This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER LIBRARY
HX P57U V

KPC 1701 (7)

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO VII

LAS HARPIAS EN MADRID
Y
TIEMPO DE REGOCIJO

NOVELAS DE

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Publicadas con una introducción
por

DON EMILIO COTARELO Y MORI
De la Real Academia Española

MADRID, 1907

PUBLÍCALAS LA
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES
Travesía del Arenal, 1—MADRID

COLECCION SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO VII

COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO VII

LAS HARPIAS EN MADRID

Y

TIEMPO DE REGOCIJO

NOVELAS DE

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Publicadas con una introducción

por

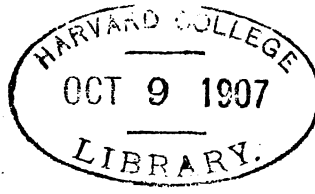
DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

MADRID, 1907

PUBLÍCALAS LA
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES
Travesía del Arenal, 1—MADRID

~~4420.1~~
Span ~~5154.3.30~~
KPC 1701.(7)



Sales fund
(VII)

IMPRENTA IBÉRICA, Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID

ADICIONES Á LA BIOGRAFÍA

DE

D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Después de publicado nuestro segundo volumen de este novelista, que contiene las *Noches de placer*, ha impreso el Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor la tercera parte de su laureada *Bibliografía madrileña*, y en ella estampó algunas curiosas noticias relativas á Castillo, que ya recojeremos.

Por su parte, el benemérito historiador castellano D. Eleuterio Fernández Torres, continuando sus investigaciones, felizmente iniciadas con el hallazgo de la partida de nacimiento de D. Alonso de Castillo, ha descubierto un buen número de interesantes documentos relativos á los padres, esposa y demás familia de aquél, y que nos dan clara idea del medio social en que vino al mundo.

Como nadie mejor que el Sr. Fernández

Torres, que los tuvo á la vista y extractó con excelente criterio, puede dar idea de su contenido, copiaremos los párrafos de su carta en que nos comunicaba el buen resultado de sus pesquisas.

«Hoy, al fin, aunque no en tanto grado como deseaba, voy á comunicar á usted el fruto de mi investigación.

»Nuestro Alonso de Castillo Solórzano es hijo de Francisco de Castillo Solórzano y Ana Grixán, resultando exacta la partida que usted traslada en su obra, y confirmadas mis sospechas de que se firmaba con los dos apellidos del padre.

»Este debió de ser oriundo de Valencia, como su hermano D. Miguel de Castillo Solórzano, y mayordomo del Conde de Benavente. Murió en esta villa de Benavente y mandó trasladar su cadáver á Tordesillas para ser sepultado en la iglesia de San Pedro, en la sepultura de su suegro el licenciado Pedro Griján. Así resulta del extracto del testamento copiado en un libro de cumplimiento de últimas voluntades de la iglesia de San Pedro, desde el año 1580 al 1618; folio 70 vuelto y dice á la letra y en la forma siguiente:

«*Testamento de Francisco del Castillo Solórzano.*—En primero día del mes de Março del año mill y quin[s] y nouenta y siete murió Francisco del Castillo Solórçano: otorgó su testamento en la villa de uenavente ante alvaro de villagomez: dexo por testamentarios a doñana grijan su mujer y heredero a Alonso del Castillo su hijo: y lo que por el ordeno es lo siguiente: mando que... se me entierre en la yglesia de San Pedro de la villa de tordecillas en la sepultura del licenciado grijan, mi suegro, y le acompañen dos sacerdotes, y demas aliende mando que sobre las misas que se dixeran el día del entierro, se me digan hasta cumplimiento de quinientas missas por mi ánima...

»*Cumplimiento.*—Hízose el entierro y missas como lo mandó...

»Mas se dixeron en el convento de santo domingo de la villa de venavente cien missas; constó por carta de pago de fray al.° de los Reyes que fue de los que vinieron con el cuerpo...»

»Esta copia se repite en el folio 75 á la letra, sin más que consignar el nombre del suegro, que era Pedro.

»El cual licenciado Pedro Griján hizo tes-

tamento, en 24 de Marzo de 1590, ante Alonso Reynaltos, escribano, dejando por herederos á doña Ana, doña Catalina y doña Antonia Griján, sus hijas; y testamentarios sus yernos Alonso Rodríguez y Francisco del Castillo, y se mandó enterrar en San Pedro, en la sepultura de Marina Cerezo, su mujer.

»El apellido Griján es permanente en toda está familia, sólo con la diferencia de unas veces escribirle con equis y otras con jota; pero, como se irá viendo, nunca se pone Gorján, ni aparece éste en los libros parroquiales ni notariales.

»Doña Ana Griján falleció en 12 de Octubre de 1616, habiendo hecho testamento ante el escribano Juan Reinaltos, en 6 de Septiembre de 1615. En él declara que fué heredera universal de su cuñado D. Miguel de Castillo, y que había vivido todo el tiempo de viuda con su hermana doña Catalina Griján, la cual había hecho algunos gastos con ella, encargando á su hijo Alonso de Castillo Solórzano que se lo pague, pasando por lo que diga, porque siempre será menos de lo que es. Dispone que la entierren en la sepultura del licenciado Gri-

ján, su padre. Y mandó que Alonso del Castillo, su hijo, dé de limosna ciento ochenta y ocho reales de sus bienes para descargo de su conciencia, en la cual limosna no quiere que se entrometa más que sólo el dicho su hijo, como lo tiene tratado con él...

»Heredó también Alonso de Castillo á su tía doña Catalina Grixán; y, aún antes, el marido de ésta, Alonso Rodríguez, fallecido en 27 de Enero de 1607 le había dejado un legado, como veremos en el testamento de aquél. Su tía declara en su última voluntad, consignada por Juan Reinaltos, en 27 de Octubre de 1617, que una viña que figuraba comprada por ella á Ana Griján, era de su sobrino Alonso del Castillo Griján, por no haber pasado dinero de parte á parte y le instituye heredero universal de todos sus bienes, previniéndole que cumpliera la voluntad de su marido, Alonso Rodríguez, en cuanto á ciertas fundaciones.

»*Testamento de Miguel de Castillo.*—«Sepan quantos... como yo, Miguel de Castillo, alférez Reformado en Portugal y en las galeras de España, vecino y natural de la ciudad de Valencia, estante al presente en la villa de Tordesillas, enfermo en cama de

enfermedad corporal pero en mi sano juicio...»

»Manda que se le entierre en la iglesia parroquial que á la señora doña Ana Grixán le pareciere...

»Siguen las disposiciones de su funeral, parecido á todos los de aquel tiempo.

»Declara que su Mag.d le debe ciento y siete mil doscientos cuarenta y dos maravedís de su sueldo, que ha ganado en la plaza de *alférez abentajado* que ha servido, como parecería por la certificación de los oficiales en las galeras de su Mag.d en Portugal.

»Iten, declara que además le debe Su Majestad *sietecientos cincuenta reales* de sus servicios en las galeras de España y debajo de la orden del Conde de Niebla desde Junio de seiscientos tres hasta el veintisiete de Enero de mil seiscientos y cuatro, en que se vino á curar, con licencia del conde de Niebla. Dice que él y su hermano Francisco de Castillo heredaron de sus padres un censo de veintiocho mil maravedís, poco más ó menos, que rentaba dos mil maravedís cada año, que al presente pagaba Gaspar Vivas, mercader de la ciudad de Valencia, y la mitad que á él le pertenecía la vendió, y la

otra mitad, con los réditos caídos, eran de Alonso de Castillo, su sobrino, hixo de dicho Francisco.

»Hace las mandas pías, entonces en costumbre, y nombra por testamentarios á su hermana Ana Grixán y otros vecinos de Tordesillas, á quienes encarga hagan las diligencias para cobrar sus deudas y pagar sus encargos, dándoles cuanto tiempo necesiten y del remanente como de todos sus bienes, derechos y acciones, instituye por universal heredera á la dicha Ana Grixán, viuda, por lo bien que le ha cuidado en su enfermedad. Ante Francisco de Palencia, 7 de Marzo de 1605.

»De este modo Alonso del Castillo Solórzano vino á heredar á su padre y su madre como hijo único, á su tío Miguel del Castillo, á su otro tío Alonso Rodríguez, primero de un legado y después de toda la hacienda, pues dejó ésta á su mujer Catalina Griján, quien á su vez se la mandó á su sobrino.

»Así se deduce también de una información que éste hizo por medio de D. Juan Ulloa, y que en lo que puede importar á este asunto dice así: «D. Juan de Ulloa, vecino

Obeso, su primo, de la Orden de San Agustín, predicador de dicha Orden en Ponferrada, á quien suplica le perdone que no le pueda mandar más.

»Declara que tiene algunas deudas con diversas personas, cuyos nombres consigna. No son de gran importancia. Las más interesantes son: una de 400 ducados al convento del Rosario, religiosos de Santo Domingo, extramuros de esta villa por la salida que hicieron y las misas que dijeron en el entierro *del Doctor Cogujado*, *su señor*, y que no había pagado por no habérselo pedido.

»Confiesa que tiene recibidos 1.500 ducados como bienes dotales de su mujer, Agustina de Paz, hija del dicho Doctor Cogujado, de los que tiene dado recibo y carta de pago, y la demasía era de otros bienes que recibió y no había incluído en cuenta, y ahora lo declara para descargo de su conciencia. Más 200 ducados que había prometido de arras á su mujer, para quien separa la décima de sus bienes, sintiendo no poder dar más por la buena compañía que le ha hecho y merece.

»Dice que después de los días de su tía Catalina Griján, mujer de Alonso Rodrí-

guez, tiene que recibir 1.000 ducados de los bienes y hacienda que prometieron dar á su madre Ana Griján. De estos 1.000 ducados, después de pagar la dote, arras, etc., de su mujer, el resto queda á favor de ésta.

»Lega unas pequeñas mandas á las cofradías de la Cruz y Angustias, de que se confiesa cofrade, y nombra por su heredera universal á su tía Catalina Griján.

»En el segundo testamento, habiendo fallecido ya ésta, instituye por su heredera universal de todos sus bienes derechos y acciones, á su mujer doña Agustina de Paz... con gravamen de que tenga en su compañía y casa á *Ana Velarde*, niña pequeña «que hemos criado en nuestra cassa» hasta que se remedie, y la ruega y encarga tenga mucho cuidado en hacerlo por lo mucho que le ha querido y quiere.

»En esta fecha no había cobrado el crédito de su tío Miguel del Castillo, y manda que se practiquen las diligencias para ello.

»Resulta que en el año 1616 ya estaba casado con doña Agustina de Paz, hija del Doctor Cogujado; pero si *de Paz* era sobrenombre ó apellido no he podido averiguar-

lo, pues no parecen ni partida de bautismo, ni de matrimonio, ni de defunción. Me inclino á creer que no era de Tordesillas, porque este apellido no se halla más que en un Bartolomé y un Alonso que figuran en algún documento del archivo notarial, y por ellos no se puede sacar nada.

»Por otra parte, en el testamento se habla de la *salida* de los frailes dominicos para el entierro del Doctor Cogujado, y pudiera suceder que aquella no sólo fuera del convento sino del pueblo, para traer el cadáver. Esto parece confirmarse por un poder otorgado por doña Agustina de Paz, en 8 de Septiembre de 1616, sin duda repuesto ya de su enfermedad Alonso del Castillo, en el cual concedió á éste poder cumplido, ó á quien el dicho Alonso del Castillo Solórzano, su marido, sustituyere para arrendar, etc., «todos los vienes y hacienda que tenía como suyos propios en la villa de Las billorias y otras partes, hansi huertas como tierras, viñas y otros heredamientos, cobrar y administrar las rentas, saliendo ella á la evición y saneamiento...»

»(Ante el Escribano Juan Reinaltos.—Tomo de instrumentos de 1616.)

»En 9 de Marzo de 1617, Francisco Roxo hizo una obligación en favor de Alonso del Castillo Solórzano, de pagarle un resto de deuda de la compra de tres tierras.

»En 8 de Noviembre de 1618 vendió una viña á Luis Martín, y el 15 de Febrero le había comprado otra.

»El 1.° de Abril del mismo año vendió otra á Cristóbal Redondo.

»El 31 de Marzo otra á Marcos Sáinz.

»El 19 de Julio otra al Bachiller Pedro Alfonso.

»El 22 de Noviembre Blas de Temulos pagó su resto de deuda que tenía con Alonso del Castillo Solórzano y su mujer Agustina de Paz, por unas heredades que les había comprado y quedado á deber.

»Por último, el 22 de Septiembre de 1626, Diego Hermosilla Lorenzana renovó el arrendamiento de ocho tierras de pan llevar que traía desde el año 1617, por la renta de cuatro cargas de pan mediano de trigo y cebada, pertenecientes á Alonso del Castillo.

»La parte de la escritura de donación de Alonso Rodríguez, marido de Catalina Gri-

ján, que puede interesar, se halla concebida en estos términos:

«Sepan quantos esta carta obligación vieren como yo, Alonso Rodríguez, vezino de la villa de Tordesillas, otorgo é conozco, é por la presente carta digo que por quanto (á servicio de Dios Nuestro Señor y de su gloriosa y bendita Madre é mediante su gracia y bendición) se trata en que Francisco de Castillo, vecino de la ciudad de Valencia del Cid, criado del ilustrísimo Sr. D. Fadrique de Toledo, hijo del ilustrísimo señor Duque de Alva, se haya de desposar, casar y velar en facie de la Santa Madre Iglesia con Ana Griján, hija del Licenciado Pedro Grixan, Abogado, vezino de la villa de Tordesillas, mi señor suegro; por tanto, porque el dicho casamiento haya efecto é porque es mi determinada voluntad, le mando en docte y casamiento con ella de mis propios bienes, é para que sea su docte y caudal á la dicha Ana Grixan le mando en docte y casamiento mil ducados, que valen trescientos y setenta y cinco mil maravedís; y estos mil ducados quiero y es mi voluntad que se los den al dicho Francisco del Castillo de mis bienes después de

ser yo fallecido, el dicho Alonso Rodrig.z y Catalina Griján, mi mujer, y no antes; é si acaso Dios Nuestro Señor fuese servido de darnos hixos á mí é á mi mujer, é si la dicha Catalina Grixan muriese é me casare con otra, ó siendo casado en alguna manera en primero ó segundo ó más matrimonio, siendo Nuestro Señor servido de darme hijo, en tal casso esta escriptura sea insegura, pues estos mil ducados se le han de dar después de mis días y de la dicha Catalina Griján, mi mujer...»

»Añade luego que si el dicho Francisco y Ana tuvieren hijos sean para ellos, y si no, después de gozarlos en vida, vayan á los que el Alonso nombrara herederos por testamento ó por testigos no pudiendo hacerlo.—*Juan Reinaltos*, Escribano.

»Son todas las noticias que he podido averiguar acerca de nuestro literato, y me alegraría que pudieran aprovechar algo.»

Castillo respiró, por consiguiente, al venir al mundo un ambiente literario, pues su abuelo, con quien tal vez se educó, era abogado, así como después lo fué su suegro el doctor Cogujado.

La indicación que el Sr. Fernández Torres hace de que la mujer de D. Alonso no debió de haber sido natural de Tordesillas, nos parece acertada, y hasta creeríamos que fuese de Benavente ó de las Villorias, donde, como se ha visto, tenía alguna hacienda.

Ilustran también estos documentos algunos puntos obscuros de la juventud de Castillo, y aun permiten sospechar que no tuvo sucesión, pues, de otro modo, la hubiese mencionado en su segundo testamento, y tal vez no hubiese recogido ni adoptado aquella niña que en el mismo menciona.

Los documentos hallados y publicados por el Sr. Pérez Pastor pertenecen á época más reciente, y completan en algún modo los del Sr. Torres.

El primero es de 1620; y en él D. Alonso de Castillo Solórzano, «gentilhombre de la cámara de S. E. del Sr. Conde de Benavente, estando en esta corte é villa de Madrid, como heredero que soy de D.ª Ana de Grixán (el escribiente puso erradamente Gorxán), mi señora y madre y la dicha mi madre lo fué tal heredera del alférez Miguel del Castillo, su cuñado; por cuya causa yo vengo á subceder y subcedo en los bienes y

herencia del dicho Miguel del Castillo, cuyas herencias de ambos y dos tengo aceptadas, y si es necesario de nuevo acepto con beneficio de inventario, digo que por cuanto S. M. ha dado libranza para que se paguen á los herederos de dicho alférez Miguel del Castillo 138.840 mrs., como consta de la libranza, su fecha en esta villa á 28 de Agosto deste año de 620, despachada por los contadores del sueldo...» Para cobrar este crédito da poder al señor Andrés de Alarcón y Rojas, tesorero de las alcabalas de Ciudad Real «para que en mi nombre resciba y cobre de Christobal de la Torre y Alfonso Ramírez, vecinos de la villa de Daimiel, depositarios que son de los bienes procedidos de moriscos... los dichos maravedís de la libranza. En Madrid á 6 días del mes de Septiemb. de 1620. Don Alonso de Castillo Solórzano» *(Prot. de Juan de Alaiz de Pedrosa*-1620-f.° 1.187.)

El segundo es una fianza de D. Alonso, «criado del Marqués del Villar», en favor de Martín Sánchez, que entra á servir de ayuda de cámara en casa del Conde de Benavente, D. Antonio Pimentel.—Madrid 13 de Marzo de 1622 (ante el mismo escribano

1622-f.° 291). Este documento honra á Castillo, que aunque había dejado la casa del Conde de Benavente, bastaba su firma para acreditar nuevos servidores.

El tercero es aún más curioso, y lo forma una carta de pago de D. Alonso, «gentilhombre del Marqués del Villar», en favor de D. Magno Brundusio, natural del reino de Nápoles, que le ha pagado la parte que le corresponde de «un título de nobleza que Su Majestad le hizo merced al dicho otorgante para disponer dél en el dicho reino de Nápoles por servicios de sus padres, el cual dicho título de nobleza ha de gozar Vicencio Antoniani, natural de la ciudad de Gaeta, para quien se compró por agencia del dicho D. Magno Brundusio». Madrid 17 de Abril de 1623. (Ante el mismo: folio 574.)

El cuarto es un poder que Castillo y su mujer, doña Agustina de Paz, «vecinos de Tordesillas», y él además gentilhombre del marqués del Villar, dan á Juan de Ulloa Belón para vender la hacienda que tiene en dicha villa. Madrid 17 de Junio de 1623. (Ante el mismo, 1623, f.° 965.)

El quinto es otro poder que D. Alonso,

«criado del Marqués de los Vélez, residente en Madrid», da á Cosme González de la Temprana, residente en Valladolid, para cobrar de Francisco Arias de la Torre, vecino de Valderas, 600 reales, «contenidos en una carta en forma de libranza de que el Sr. Marqués de Astorga me ha hecho merced». Madrid 22 de Marzo de 1627. (Ante el mismo, 1627, f.° 857.)

Y el último es otro poder que Castillo «Maestresala del Sr. Marqués de los Vélez, residente en Madrid», da á Martín de Salinas para cobrar de Garci Sánchez, vecino y regidor de Tordesillas, 200 reales «por cuenta de lo que el dicho Garci Sánchez ha cobrado de mis rentas, los cuales 200 rs. le cedo para que sea pagado de otra tanta cantidad que yo resto debiendo á Inés Hernández, mujer del dicho Martín de Salinas, de sus servicios y salarios y otras cosas del tiempo que me sirvió á mí y á D.ª Catalina Grijón, mi tía; y con esto no la quedo debiendo cosa alguna, antes la doy treinta reales más...» Madrid 22 de Diciembre de 1627. (Ante el mismo, 1627, f.° 1.800) (1).

(1) *Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid por el Presbítero don*

La concesión del título de nobleza en Italia le haría Felipe IV á nuestro D. Alonso para pagarle alguna composición poética que le haya dirigido, y el mismo objeto tendría la libranza del Marqués de Astorga.

El mismo Sr. Pérez Pastor cita una escritura por la cual Alonso de Castillo Solórzano «residente en Madrid», vende en 15 de Abril de 1624 á Diego Flamenco, impresor de libros, el privilegio de los *Donaires del Parnaso* en 200 reales. (*Bibliogr. madr.*, página 264.)

En el presente tomo se incluye, aunque tomándola de otro texto, *La quinta de Laura*, novela que ya figura en las *Noches de placer*. No hemos querido dejar de repetirla, ya por algunas variantes que contiene, y ya por no dar mutilado este libro de las *Carnestolendas de Madrid*.

Cristóbal Pérez Pastor; doctor en Ciencias. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1897 é impresa á expensas del Estado. Parte tercera (1.621 al 1.625). Madrid, tipografía de la «Revista de Archivos», 1907. 4.°, 564 + L. pp.—V. pp. 344 y 345.

LAS HARPÍAS EN MADRID Y COCHE DE LAS ESTAFAS

Por

DON ALONSO

DE CASTILLO SOLORZANO

A DON FRANCISCO MAZA DE ROCAMORA, Conde de la Granja, Señor de las villas de Mogente, Agosto, y Novelda, &.

Año 1631

Con licencia.

En Barcelona, por SEBASTIAN DE CORMELLAS, al Call. Y á su costa.

A D. FRANCISCO MAZA DE ROCAMORA

CONDE DE LA GRANJA, SEÑOR DE LAS VILLAS DE MOGENTE, AGOSTO Y NOVELDA, ETC.

Tiene V. S. con su afabilidad, prudencia y demás portes (iguales á su ilustre sangre), granjeados tantos servidores y aficionados que, cuando yo no tuviera la buena elección que todos, por inclinación lo había de ser, sin conceder á ninguno ventaja en este particular; y así para dar demostración de esto á V. S., desde que comencé á escribir este libro, determiné dirigírsele, no poco ufano de tener ocasión en que manifestar esta voluntad, alma del deseo que tengo de servir á V. S., á quien suplico se digne admitir este pequeño servicio, y si no igual sujeto á quien le ofrezco, por lo menos no culpado de haber escogido tan buen Mecenas. Con su patrocinio, espera verse libre de los Aristarcos que le aguardan para censurarle, desde otras obras mías en que le he prometido sacar á luz: halle el amparo que su dueño se promete del favor de V. S. que N. S. guarde con dilatada sucesión en su casa como desea,

Servidor de V. S.

D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

APROBACION

Por orden del Sr. D. Miguel Sala, Regente del Consejo Real de esta provincia, he visto el libro intitulado: LAS HARPÍAS EN MADRID Y COCHE DE LAS ESTAFAS, compuesto por D. Alonso de Castillo Solórzano, y por descubrirse la destreza, apacible estilo y curiosidad del autor, en los admirables y exagerados discursos que trae para enseñar á la juventud, el recato que han de tener en obviar el canto de las engañosas sirenas, que la precipitan en el proceloso Caribdis de su ruina, parece conveniente conceder la licencia que se pide.

Fecha en Barcelona á 8 de Abril 1631.

RAFAEL CERVERA.

Attenta huiusmodi aprobatione mandetur tipis.

D. MICHAEL SALA REG.

APROBACION

Este librito de LAS HARPÍAS EN MADRID Y COCHE DE LAS ESTAFAS, por D. Alonso de Castillo Solórzano, no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fe Católica, y es muy á propósito para advertir cómo se deben guardar de semejantes peligros los que corren por aquellos mares. El lenguaje del autor es elegante, y los episodios muy galanes, conforme á la materia que trata; puédesele, á mi parecer, dar licencia para imprimirle. En Santa Caterina de Barcelona á 8 de Abril de 1631.

FRAY TOMÁS ROCA.

AL LECTOR

En dos libros tengo prometido al señor lector (que así le tengo de llamar siempre), éste de LAS HARPÍAS EN MADRID Y COCHE DE LAS ESTAFAS y cumplo mi palabra; sólo quisiera que, habiéndole comprado en casa del librero, no le parezca el mismo libro *estafa* del dinero que ha dado por él; porque juzgando que no lo vale, la tendrá por tal.

No hay lectura, por mala que sea, que no tenga alguna cosa buena con que reformar costumbres; si de las que abomina hubiese enmienda, daré por bien empleado el trabajo que me ha costado; pido atención en su lectura y disimulación en sus yerros, que no tendrá pocos.

Mucho espera del lector; Dios se le de bien intencionado, que no siéndolo, en lo muy consumado buscará defecto que poner.

Las harpías en Madrid y coche de las estafas

POR

D. Alonso de Castillo Solórzano

Sevilla, antigua ciudad de nuestra España, cabeza de Andalucía, asilo de extranjeras naciones, depósito de los ricos partos de las Indias occidentales, madre de claros ingenios y, finalmente, patria de claras y nobles familias, lo fué también de dos hermosos sujetos: éstos eran dos damas que, por faltarles su padre (que murió en la carrera de las Indias), quedaron huérfanas, en la compañía de su madre que, viuda y pobre, perdió cerca de la Habana, marido y hacienda á un tiempo.

Tenía algunas deudas en Sevilla, de empréstitos que la habían hecho con la esperanza de la venida de su esposo, y viendo que si las pagaba con el poco caudalejo que tenía, se quedaban sin

comer, determinó mudarse de tierra, por mudar de ventura; esto antes que se dilatase por Sevilla la muerte de su malogrado esposo.

Dudosa estuvo si su mudanza la haría á Granada ó á Córdoba y estando en esta confusión, entró una anciana amiga que tenía, á quien dió cuenta de su determinación y comunicó su duda. Era la vieja de agudo ingenio y mayor experiencia, y viendo en su amiga tal perplejidad en elegir, le dijo estas razones:

—Amiga Teodora (que era el nombre de la recien viuda): dos cosas me dan licencia para aconsejarte en tu nueva determinación. La una, mi grande experiencia, y la otra la amistad que contigo tengo. Siempre oí decir que en corto golfo hay poco que navegar, menos brazadas da el que nada en una breve laguna, que quien se halla en un dilatado río. Granada y Córdoba, no niego que no son muy buenas ciudades; aquélla, ilustrada con tantos moradores, Real Chancillería, y concurso de negociantes, y pobladas de antiguas casas de nobles caballeros y ricos ciudadanos, mas en comparación de Madrid, corte del español monarca, cada una de estas ciudades es una aldea; ¿qué digo aldea? Un solitario cortijo.

Es Madrid, un maremagno donde todo bagel navega, desde el más poderoso galeón, hasta el más humilde y pequeño esquife; es el refugio de todo peregrino viviente; el amparo de todos los

que la buscan; su grandeza anima á vivir en ella, su trato hechiza y su confusión alegra. ¿Qué humilde sujeto no engrandece y muda de condición para aspirar á mayor parte? ¿Qué linaje obscuro y bajo no se bautizó con nuevo apellido para pasar plaza de noble? Finalmente, Teodora, la corte es el lugar de los milagros y el centro de las transformaciones. Dióte el cielo dos hijas que á ser mías, con la hermosura de que las ha dotado, pensara llevar en cada una de ellas un Potosí de riquezas; poco he dicho, una India entera de plata, perlas, oro y piedras preciosas, que esto se alcanza con la belleza. Con una sobrina mía, me hallé en Madrid, que no tenía más partes que un buen despejo y una razonable voz, y si siguiera mis consejos, hoy día, manaran oro los cimientos de mi casa. ¿Qué galas no rompió? ¿qué regalos no tuvo? ¿qué fiesta se le escapó que no viese? En fin, Teodora, por ella y mi buena diligencia, siempre estaba en mi posada lo lucido y lo ilustre de la corte; nada me faltó y todo lo hallé, y dudara esta dicha, si este negro amor no la hechizara con el empleo de un capitán, que fué su total destrucción y la mía, pues nos jugó cuanto adquirimos y al cabo fué la causa de su muerte. ¡Mal hayan estos amores particulares que tan caro cuestan á las que en general, son damas de placer en la corte! Pues si esta moza con tan pocas partes, hizo la riza que ves, con dos portentos de hermosura, dos prodigios de beldad con

que entres en Madrid, ¿qué no te puedes prometer, y más con las accidentales gracias que han adquirido? Desde aquí puedes poner por súbdita la juventud de Madrid, así noble como rica, porque la demás ayuda al aplauso, mas no aumenta el provecho. ¡Qué justicia no tendrás de tu parte! ¿Qué galas no vestirán tus hijas? Las que no quisieren. Acabo mi discurso, con que no dilates el ponerte en camino; que todo cuanto tardas en llegar á la corte, pierdes de tus aumentos. ¡Oh, cuán importante te fuera mi compañía y consejo allá para tomar la altura de las cosas y los fondos á todas ellas! Mas hállome en los últimos tercios de mi vida y he hecho mi retirada á echarme ya á morir; con todo, te daré una instrucción que te será importante para que te gobiernes, y precisa para que adquieras hacienda.

Estimó en mucho Teodora los consejos de la anciana; y con su persuasión mudó de intento y enderezó proas á Madrid, esperando con los advertidos documentos que le prometió, verse de buena venjura, y así acomodando su ropa en un carro de los del ordinario de Sevilla, y así mismo sus personas, se pusieron en camino de Madrid, no olvidándose de llevar la instrucción de la taimada vieja amiga suya.

Ya que hemos puesto en camino á Teodora y sus hijas, siendo ellas el principal asunto de este libro, razón será que se digan sus partes, y así servirá la pluma de copiar sus per-

fecciones como de escribir sus adquiridas gracias.

Era la mayor (llamada Feliciana), de dieciocho años, su rostro blanco, bien proporcionado, negro el cabello, hermosos ojos, perfecta naríz, breve boca, frescos labios, iguales, menudos y blancos dientes, sus mejillas (sin el artificio del resplandor) vertían rosa y púrpura, entre blanca nieve; su mirar agradable, su habla sonora y la más dulce voz que había en España, cultivada con la destreza de un gran maestro que la dió las lecciones bastantes para saber cantar diestramente á un arpa y á una guitarra, dando admiración á quien la oía. Danzar y bailar lo hacía con grandísima gallardía y donaire, porque, fuera de que la disposición y gentileza del hábito le ayudaban á esto, ella lo había desprendido con tanto cuidado, que era la primera del orbe.

Su hermana Luisa, que este era su nombre y de un año menos que Feliciana, era morena de color, de ojos rasgados muy vivos y alegres, nariz, boca, dientes y barba, en más breve proporción que las facciones de su hermana, aunque no menos perfectas; algo menor de cuerpo, pero de airosa disposición y de más bullicio imitábala en la buena voz y destreza de tocar los dos instrumentos referidos y del mismo modo en el danzar y el bailar, pues como condiscípulas de un buen maestro no malograron su enseñanza.

Eran con esto muy bien entendidas que es el

oro sobre tan vistosos matices; bien podía, con estos dos hechizos, prometerse Teodora cuanto la vieja la había asegurado; y al modo que cuando un corsario de los que cursan los marítimos golfos sale de su patria con dos bien artilladas galeras reforzadas, así de chusma como de gente de guerra, para con ellas surcar mares y conocer regiones donde saciar su demasiada codicia en los robos que piensa hacer, así Teodora, con las dos hermosas mozas que llevaba, adornadas de tantas perfecciones, compuestas de tantas gracias, sazonadas de tantos donaires se prometía, al salir de su patria, inclinar voluntades, granjear aficiones y que sus efectos llenasen pronto sus talegos de moneda, sus cofres de vestidos y su casa de lucidos adornos.

No se sabía de Feliciana más travesura, que la que con su maestro de danza había hecho quizá por paga de la buena enseñanza. Sabedora su madre de este descuido, después de hecho, sintiendo entrañablemente que en trueque de mudanzas hubiese dado lo que pudiera al de firmezas á quien con más pródiga mano supiera pagar primicias tan mal desperdiciadas, y así esperaba de la hermosa Luisa un grande donativo en llegando á la Corte; de suerte que éste restaurase las dos pérdidas al modo del que vende un par de perdices, que las mejoras de la una suplen los defectos de la otra.

Faltábale á Teodora el dar apellido á sus hi-

jas y aun el tomársele ella, que es una de las importantes circunstancias que le advirtió la vieja, y acordándose de las nobles casas de los señores de España se puso á escoger como en peras; y así quiso que su mayor hija se llamase doña Feliciana de Toledo, apellido que quiso que le viniese por línea masculina traído arrastrando por los cabellos de la casa de Alba sin que en ella le hiciese falta este robo. Restaba que del suyo se derivase el de su hija doña Luisa y así se aplicó el de Cardona, con perdón de su duque.

Con este ajuar de dones y apellidos (que cuestan poco y ganan mucho) pisó los umbrales de la puerta de Toledo, si hemos de dar puertas á la Corte después que los contagiosos polvos de Milán la han cercado. Acudió el carro á su parador, donde se desembarazó de aquellas señoras y de su breve menaje de casa, porque lo más había reducido á dinero doña Teodora con pensamiento de comprarlo en Madrid.

Aquella noche durmieron allí, aunque incómodamente, y el siguiente día se mudaron á una posada de las buenas que tiene la calle de la Espada.

Posaba en ella un anciano caballero que estaba, un año había, pretendiendo un corregimiento, habiendo servido á S. M. en otros de importancia. Éste se les ofreció, con mucha cortesía y afabilidad, á todo cuanto le mandasen;

estimaron la merced que les hacía y por entonces no le pusieron en más cuidado que pedirle prestado su coche para salir al otro día á ver Madrid, cosa que él ofreció con mucho gusto.

Deseaba Teodora asentar real en buena parte, digo, buscar casa en buenos barrios, y así, esotro día, aprovechándose de la merced del caballero de su posada, fueron en su coche por Madrid. Llevólas el cochero por la calle de la Merced atada en la de Toledo; de allí á la Plaza Mayor, donde admiraron su grandeza y exageraron su igualdad de casas y balcones. Salieron de allí á la Puerta de Guadalajara y Platería, y del fin de ella volvieron á subir á la calle Mayor, tan nombrada en todas partes.

Esta reconoció la anciana Teodora por el curso donde habían de andar sus dos galeras de que esperaba ser astuta pirata sin dejar bolsa segura de piante ni amante.

Traía aviso de la astuta vieja de Sevilla, que los barrios cerca de San Sebastián eran los más frecuentados de todo Madrid, de la gente moza, así por estar cerca los dos corrales de las comedias, como por vivir en ellos muchas damas de la profesión que pensaban ser las que Teodora introducía en la corte; y así, quiso hacer su habitación en ellos, para lo cual mandó al cochero que guiase allá. Siguió la calle que ruaba hasta salir á la Carrera de San Jerónimo, admirándoles á las dos hermanas la riqueza de las tiendas, las

muestras que de lo que había manifestaban. Pues como llegasen á la calle del Príncipe entróse por ella el cochero.

Bien estarían á la mitad de ella, cuando en una buena casa vieron que un papel fijo en su puerta, daba razón de como en ella se alquilaba el cuarto más principal. Acercando el coche doña Feliciana lo leyó desde el estribo; con ésto se apearon, y pidiendo las llaves de él, en un cuarto bajo que á la entrada había, subió á él una criada á mostrársele; no era la casa grande y así el cuarto era acomodado para lo que doña Teodora había menester. Bajaron con esto á tratar del precio adonde les dieron las llaves, y entrando en la primera sala hallaron en un estrado una señora viuda rezando en unas horas. Tenía autorizada presencia y dábanle más antoridad unos antojos que suplían cortedades de vista. Esta señora se levantó á recibir las forasteras con mucha afabilidad, y viendo las dos hermanas tan hermosas, las abrazó diciendo:

—¿Tales serafines han venido á querer vivir á esta casa? No se irán sin quedarse en ella pues tanta dicha es para mí. ¡Hola, Constancia, Dorotea, salid y veréis dos portentos de belleza, dos milagros de hermosura! ¡Jesús, Jesús! vuesas mds. mis señoras, no deben ser de Madrid, que nunca en él he visto tal beldad.

Díjola Teodora, como eran de la ciudad de Méjico de la Nueva España.

—Tal creo yo (replicó la anciana) que del otro mundo habían de ser estos ángeles; sientense aquí, mis reinas, en tanto que mis hijas salen; que como gente moza y sin el cuidado de gobernar casa duermen á sueño suelto, como dicen.

Obedeciéronla las tres sevillanas bautizadas por de Méjico y comenzaron á tratar de lo que se les había de dar por el cuarto. La anciana dijo que la casa no era suya más que por cinco meses; tenía facultad para poder alquilar lo que estaba vacío, por haberlo dejado una amiga suya que se había ido de la Corte, pero que satisfaciéndoles la vivienda de él, sería fácil concertarse con el dueño de la casa, que era un apacible hidalgo rico y no nada tirano. Díjoles cuánto daban por él y qué habían de dar ellas menos, y así se efectuó el concierto y se le dió señal, como es costumbre.

Al acabar el concierto, salieron de una cuadra dos damas de la edad misma que las recién venidas y poco menos hermosas; salieron medio vestidas, con sólo enaguas y pretinillas de lana verde con mucha guarnición de oro, los cabellos sueltos y la mayor parte de ellos esparcidos por las espaldas. Como eran muchachas de gentil pareceer, hacíales el traje sobremanera hermosas; saludaron á las de Sevilla, no poco admiradas de su hermosura, si bien en el adorno del pelo y vestidos, vieron que no tenían mucha prác-

tica del uso de la corte. Fueron correspondidas en la cortesía de las forasteras, y sabiendo las de Madrid que se quedaban en su casa á vivir, fué notable el gusto que mostraron de ésto.

Fué suerte que Teodora, sin cuidado alguno, acertase á encontrar con personas que asistían en Madrid, con el mismo modo de vivir que ellas determinaban tener. No se supo esto luego porque cada una se recató de la otra hasta tomar el fondo á las calidades.

Miró bien Teodora el adorno del cuarto de doña Estefanía (que así se llamaba la anciana) y del mismo modo, trató luego de adornar el suyo.

Ya tenemos á nuestras sevillanas puestas en Madrid, alquilando cuarto y adornado (por ser con menos costa) con aderezos de casa de viuda, colgaduras honestas, estrado negro, sillas, bufete y lo demás al tono de ésto, muy á imitación de la vecina del cuarto bajo; sólo faltaba comenzar á buscar con buen pie, quién había de ser el que sustentase esta máquina, aficionado á una de las mozas.

Ofrecióse una fiesta en el convento de la Santísima Trinidad, cuyo templo es frecuentado por lo más grave y lucido de la Corte. Para ella les convidó á la fiesta doña Estefanía, que por ser la primera salida que hacían de aquella casa quiso ella llevarlas, para lo cual, pidió coche á uno de los muchos conocidos que tenían sus hijas. Ya Feliciana y Luisa habían hecho dos há-

bitos al uso y tomado el modo de tocarse de las amigas vecinas; y como caía así el prendarse como el aderezarse sobre sujetos más hermosos que ellas, hacíanlas muchas ventajas.

Fueron á la fiesta y habiendo procesión por el claustro del convento, tomaron en él un buen lugar, cerca de uno de los curiosos altares que había en los cuatro ángulos; estaban al paso de todos, dando tal vez rostro entero á los que con más gala y lucimiento veían.

Entre los muchos caballeros que pasaban venían cuatro, naturales de Córdoba, que pudieron ver la hermosura de las dos hermanas por haberse descubierto al pasar. Entre ellos iba don Fernando Antonio, mozo de veinticinco años, galán y recién heredado de dos mayorazgos, con que tenía de renta más de 14.000 ducados.

Este, pues, estaba en la Corte holgándose y haciendo la costa á los tres que le iban acompañando; pues como viese á las sevillanas comenzaron él y sus compañeros á trabar pláticas con ellas y las amigas.

Cayóle en suerte á don Fernando la hermosa doña Luisa, de cuya hermosura y discreción se pagó tanto, que desde allí en adelante quedó sin libertad, perdido por ella; supo su casa, y dando lugar á que pasase la fiesta y ellas le viesen, se despidió muy contra su voluntad, porque dejaba ya su alma en poder de aquel ángel andaluz.

Bien conoció Teodora la afición del cordobés,

y como ida de la presencia de su hija, informóse luego de quien era, y hallando las nuevas dél cómo las podía pedir, procuró que este pez no se le fuese de la red, pues tan á propósito era, sino para sustento de su comida, para que las sustentase.

Acabada la fiesta, volvieron las damas á su coche y en él fueron al Prado, donde tuvieron muy buena tarde, viendo en él todo lo más ilustre de la Corte. Reconoció el enamorado don Fernando el coche de su nuevo martelo que andaba á caballo con sus tres amigos y quiso al estribo galantear un rato, acabando de rematarse con la vista de su doña Luisa.

Llegó la noche y no quiso que se le pasase sin hacerles la visita, y escogiendo un amigo de los tres, se fué á la posada de las damas que no erró por las señas que de ella le habían dado. Fueron recibidos con afabilidad, así de la madre como de las hijas, y de la conversación resultó aplazar otra para el siguiente día.

Continuaba estas visitas el galán cordobés á menudo, hallando afabilidad en su dama, pero resistencia á sus súplicas. Determinóse declarar con su anciana madre pareciéndole que de ella podría salir el más eficaz decreto para su empleo; y habiéndola ponderado su afición y con ella ofrecido su hacienda, le dijo la resistencia que hallaba en su hija y cuán huraña se le mostraba á sus deseos.

Atenta estuvo á su plática la astuta Teodora, no perdiendo la más mínima acción del amartelado galán, y considerando de todas ellas estar la afición en su punto, le dijo estas razones:

—Señor don Fernando: la encendida afición que gobierna ya vuestro pecho, llevada á sólo el apetito, no consideráis en el objeto á quien se ha inclinado más que una mujer hermosa, bizarra y á propósito para conseguir vuestros deseos; esto con la ocasión de haber hallado fácil el beneplácito mío para visitarnos, con que habéis ignorado el conocimiento de nuestra calidad.

Luisa y Feliciana son hijas de un calificado caballero de Méjico que dejó su vida y hacienda en los profundos senos del mar y á mí en Sevilla, viuda, con cortos alimentos y grandes obligaciones. A pretender que por sus muchos servicios se nos dé una ayuda de costa vine á Madrid; esto se va entablando en el Real Consejo de Indias, y creo tendrá efecto. La llaneza de la Corte, tiene en uso dejarse visitar; con esto se ha permitido venir aquí, no dudando de que como quien sois procederéis. Haberos declarado conmigo debe ser con el intento que es justo de fin de matrimonio; si así es deseo que más abiertamente me lo digáis, porque yo os he dicho mi calidad y hacienda.

Con las últimas razones de la vieja se mesuró don Fernando, que un envite de matrimonio donde admite duda la opinión pone raya al mayor

incentivo de amor; más fácil se juzgó dueño de aquella hermosa prenda que después que oyó esta tremenda palabra del consorcio. Con todo, no desmayando en la empresa, como alentado caballero, la dijo:

—Señora doña Teodora: no he hecho apretada información de vuestra calidad, con la que me da vuestra venerable presencia y las hermosas de vuestras hijas; que de todo infiero que apoyan cuanto de ella me habéis dicho; esto, porque mi designio sólo se enderezó á servir á mi señora doña Luisa, de modo que por firme y generoso mereciese llegar al fin de mis deseos con los vínculos del amor, no del matrimonio, porque aunque fuera para mí de suma dicha, hállome tan lejos de ese lazo, que si continúo con este propósito, le admitiré algo tarde; y esto para dar sucesores á mi casa, para que hereden lo que tengo, que es alguna hacienda. Supuesto lo dicho, ya echaréis de ver por el camino que galanteo; soy caballero secreto, que por mí no se perderá la reputación de esta casa, antes calladamente sabré ser el apoyo de ella y aun el que aliente con generoso ánimo (andando el tiempo), que estas señoras tomen estado á costa de mi hacienda, si desde hoy os queréis servir de ella; mi voluntad es ésta, con seguridad que mi palabra no podrá faltar.

Halló Teodora cerrada la puerta del matrimonio á su primer envite y abierta la de la amis-

tad en la réplica de don Fernando, con tan grandes promesas, con las cuales menos inexorable y más humana le procuró dar á entender la entereza con que estaba Luisita, las obligaciones que le corrían caso que hubiese de ser el Colón de ella, y, sobre todo, le encargó el secreto.

Como don Fernando viese mudado el timón á seguir el rumbo que él deseaba, el más alegre hombre del mundo tomó las manos á Teodora, y besándoselas muchas veces, comenzó á estimar la merced que le hacía.

Para principio de entrada de yerno á media rienda, la dió una cadena de 200 escudos que llevaba al cuello. Esta se la puso á la vieja al suyo, y á las dos hermanas las dió dos sortijas que valdrían otro tanto; y sin querer más que tomar una mano á doña Luisa y besársela, se despidió por entonces de ellas y se fué á su posada, de donde hizo traer luego una rica colgadura y cama de lo mismo para que se pusiese en el aposento de su dama. Esto envió con un mayordomo y 500 escudos en oro para que la señora Teodora gastase.

Con buena runfla de gasto entró este amor; buen día se metió en casa de Teodora; ya iba conociendo con experiencia lo que la anciana de Sevilla le había pronósticado.

Con esta generosa demostración fué don Fernando dueño de la beldad de Luisa, muy enamorada de lo generoso de su amante cuanto en-

vidiosa su hermana de no ser ella el empleo de tal caballero, el cual anduvo tan galante desde aquel día, que con mucha brevedad se vieron todas tres de buena dicha, porque además de hacerles el plato espléndidamente, no hubo invención de gala que las dos hermanas no fuesen de las primeras que la trujesen. Llegó la fineza del amor á tanto, que de dos coches que tenía, el menos conocido (con el tiro de cuatro caballos) le tenían como por suyo, pues todos los días paseaban por Madrid en él.

No poca envidia había en las dos damas del cuarto bajo, viendo que sus empleos eran muy inferiores á éste, en cuanto á la posibilidad; más como hasta ellas participaban de las dádivas del generoso don Fernando y gozaban continuamente de la comodidad del coche, siempre tenían amistad estrecha con las vecinas.

Bien se pasarían ocho meses que don Fernando gozaba de este empleo, en los cuales gastó más de 12.000 escudos con su dama, en joyas, vestidos y dineros que les dió, y aunque sus amigos le iban á la mano en esto, estaba tan enamorado de su dama que no reparaba en gastos. En todo este tiempo nunca Feliciana pudo hallar quien la festejase; porque al lado del cordobés, todos rehusaban el cuñadazgo, encogiéndose de hombros, por no ser sus caudales ni ánimos tan grandes.

Desearon un día Teodora y su familia y las

vecinas irse á holgar al Pardo, casa real, de campo, de gran recreación así de jardines como de caza, que hizo la majestad de Felipe II. Dieron cuenta de esto á don Fernando, y él, con mucho gusto, les dijo que se divirtiesen. No se ofreció á ir con ellas por tener una precisa ocupación; mas encargó á su mayordomo que todo lo que fuese menester de comida y dulces se les diese en abundancia.

Llegóse el día de la holgura, y puesto el coche partieron de Madrid al Pardo, donde las dejaremos por volver á decir de don Fernando.

Habíanse los tres amigos de don Fernando, ido á ver unos toros á Alcalá y no les pudo acompañar él, por la misma causa que dejó de ir al Pardo con las damas, que era el acudir á un negocio forzoso y de consideración. Pues como se quedase sólo, levantóse aquel día algo melancólico, y habiendo por la mañana oído misa y acudido á los patios de Palacio, volvió á mediodía á comer, no con buenas ganas, procedidas de alguna tristeza. Acabó de comer y echóse un poco en la cama á reposar, dando lugar á que los criados se fuesen á comer, dejando para lo que se ofreciese un pajecillo en guarda por si llamase.

Había más de dos años, que en una casa de juego, sobre el juzgar una suerte, tuvo en Córdoba don Fernando ciertas palabras con un hidalgo de allí; de suerte, que la cólera y el verse poderoso y con amigos al lado, le dieron osadía

para darle un bofetón; quiso acudir el agraviado á la venganza de esta afrenta y con la mucha gente que había, abrazándose unos de él y apartando otros á don Fernando, quedóse esto así sin tener efecto el vengarse enfragante. No lo dejó olvidar el ofendido, que aunque no pareció más en público, en secreto buscó todos los medios que pudo para verse con su ofensor; pero él andaba con tal cuidado que nunca halló ocasión para lograr su deseo, y así, viéndose imposibilitado de vengarse, dejó su patria y anduvo por las ajenas.

Estuvo en Portugal algunos días, y allí, sabiendo que su enemigo estaba en Madrid holgándose, quiso allí cogerle con descuido, y habiéndose dejado crecer la barba, de suerte que le hiciese desconocido, en hábito de peregrino, se vino á la corte, donde buscó á don Fernando algunas noches, las cuales iba acompañado de sus amigos á la casa de su dama, por lo cual nunca se atrevió á arriesgarse á matarle, ni quiso jamás con arma de fuego; mas habiendo sido expiado de él este día con ocasión de pedir con el hábito de peregrino limosna, se entró disimulado en su posada.

Vivía don Fernando en unos barrios solos detrás de los Carmelitas Descalzos y en casa sola; su familia estaba comiendo y él reposando; era la ocasión como el agraviado la podía desear y así no la quiso perder. Entró, pues, por la casa,

y habiendo llegado hasta el aposento del ofensor, fué en coyuntura que el pajecillo de guarda se había ido de allí, con que tuvo por hecha su venganza. Con todo, entró con lentos pasos donde descuidadamente dormía don Fernando, y como aquel día estaba melancólico, era sueño más pesado, tanto lo fué que dió lugar á que su enemigo, con un puñal, le quitase la vida con seis heridas que le dió. Salióse disimuladamente, dejándose allí el puñal por no detenerse á limpiarle y púsose en cobro.

Acabaron los criados de comer, y después de haber reposado la comida y sobremesa con varios discursos que movió la conversación, fueron á ver si despertaba su amo; no hallaran allí al pajecillo, y habiéndole reñido después el mayordomo el faltar de la guarda, se entró á despertar á don Fernando, abriendo las ventanas del aposento, con cuya luz vió el sangriento espectáculo del mal logrado caballero, quedando él y los que se hallaron presentes, como mármoles, sin saber hablarse unos á otros, ni poder imaginar quién hubiese tenido atrevimiento de haber entrado á hacer aquella alevosía.

Entraron en consejo de estado, y viendo que de aquella muerte se había de hacer apretada averiguación y que ésta había de redundar en su daño, ninguno quiso esperarle, y así unánimes conformes en ausentarse, no lo quisieron hacer sin pagarse de sus salarios por su mano, y

así, abriendo un escritorio, sacaron todo el dinero y joyas que guardaba, y hecha breve é igual partición á buen juicio, cada uno tomó la derrota que le estuvo mejor para no ser hallado.

Sucedió venir á buscar á don Fernando un amigo suyo, y éste se entró á la cuadra donde pudo ver el desdichado suceso; dió voces, acudió gente y con ella la justicia. Comenzó á hacer averiguación del caso; no halló criados sino sola la casa; buscó en las vecinas á ella los que juzgaba por delincuentes, no le aprovechó la diligencia, con lo cual se prendieron á los que estaban sin culpa; que hasta á los vecinos de los desgraciados tienen participación de su mala fortuna. Súpose que tenía los caballos en otra casa, fueron allá y hallaron con mucho descuido cuatro lacayos y un cochero durmiendo; éstos pagaron por los demás, llevándolos á la cárcel, donde luego, con rigurosos tormentos, procuraran averiguar la verdad; más ninguno la supo decir, que no fué poco no culparse á sí, con el dolor, en lo que no habían hecho.

Volvamos á las damas, que descuidadas de lo que pasaba volvían del Pardo, llegaron á Madrid, y queriendo que el cochero guiase el coche á la casa de don Fernando, en el camino les cogió la trágica nueva, á que no pudieron dar crédito; pero pasando adelante y sabiéndolo con más certeza, el cochero que era esclavo, no quiso aguardar á que por bienes de don Fernando le

vendiesen, y así en la parte que la profunda certeza de que era muerto les halló, dejó á las damas plantadas en la calle y cobró la libertad de su mano; buscaron un hombre que llevase el coche hasta su posada, donde se apearon, mandando Teodora un escudero suyo que le hiciese llevar á una cochera algo distante de aquellos barrios y que los caballos los pusiese á recaudo con mucho secreto.

Lloraron á dos coros lo que fué bueno, la muerte del mal logrado, no por haber muerto, sino por el pie de altar que perdían; mas pronto tuvieron el consuelo.

Aquella noche Teodora durmió poco, que como se halló señora de un buen coche con un tiro de cuatro caballos rucios, quiso que no se le sacasen de las uñas, y así otro día los hizo llevar de Madrid á Vallecas, á donde los tuvieran ocultos.

No se descuidó la justicia en dejar de visitar la casa de las sevillanas y tomaron declaración á las damas, pero como no hallasen indicio alguno, no fué mucho que no peligrasen; ya que Teodora se vió libre del trago, un día que ella, sus hijas y las vecinas estaban juntas, les habló de esta manera:

—Ninguna cosa para la profesión que seguiguimos (señoras mías), se sabe que dé más aumentos, que el portarse con autoridad porque al paso del porte, viene la de la estimación tras el empleo, ¿de qué le sirve á una mujer la buena

cara, ser discreta y tener otras gracias si en traje humilde las ostenta?; que aunque sean de estimación, se ajustan los que la tratan á no salir de los límites que les parece vale el porte de la persona. La autoridad pone respeto, sube de punto y encarece los donativos á los que buscan cosas de superior jerarquía. No hay negar que en el astillero que nos vemos, es el de mayor estimación que hay en Madrid, y que como tal, nos respetan, nos aplauden y nos celebran; pero si más se subiera de punto, se llevara mayores aplausos de todos; el cielo ha permitido la muerte del malogrado don Fernando, harto ha perdido mi casa con ella, pues al paso que iba enriqueciéndola, no dudara en tres años tener casi lo que vale uno de los dos mayorazgos que tenía. Al fin pagó la deuda que todos hemos de pagar; un coche se dejó ahí de que no han hecho caso los que tratan del beneficio de su hacienda; yo he procurado tenerle oculto para lo que oiréis.

Toda nuestra felicidad y descanso consiste en conservar este coche y que la Corte nos juzgue poderosas y con hacienda para poder sustentarle; ésta nos falta, del mismo coche ha de salir su conservación y muchos más provechos; la diligencia es madre de la buena ventura; en piélago estamos donde hay bien que bracear todas las que aquí estamos, despabilen los ingenios y sepan que este coche (disfrazado con dos

cubiertas y conducido por dos tiros de caballos, diferentes de los que ha tenido) podrá servir de cubierta de nuestras cosas y dar autoridad á nuestros embelecos; á cada una aviso que se ha de prevenir pronta en la estacada, de este coche ha de hacer con su cara y luego con su astucia un rendimiento tal, que de él redunde una provechosa estafa, esto, sin que la cueste enamorarse más que en lo fingido, ni cosa que toque en liviandad de su cuerpo, que á ser esto, saliese comido por servido, como dicen. Pues para que tenga principio lo propuesto, yo quiero que Feliciana sea la primera que muestre á lo que se alarga su ingenio, ayudada de nuestros documentos, dijo volviéndose á doña Estefanía.

A todas pareció bien lo propuesto por doña Teodora, y acordando que doña Feliciana fuese la que primero diese autoridad al disfrazado coche, fueron pensando la primera estafa; y para emprenderla fué necesario dividir casa las dos familias en distintos barrios de Madrid, con lo cual, comenzó Feliciana su estafa de esta suerte.

Estafa primera.

Con alentado ánimo y animoso aliento, se dispuso la bella Feliciana á emprender la primera estafa, para conservación del adquirido coche.

No pudo dudar del buen suceso, quien consigo llevaba tanta hermosura; y así, aunque dió dos filos á su ingenio, podémosle agradecer más al hechizo de su beldad que á lo agudo de su astucia el conseguir su deseo. Había prevenido Feliciana, antes de ponerse en astillero de estafante, la persona á quien había de hacer la burla, y así hecha elección de ella, tal, que aunque estafada, no quedase con tan vivo sentimiento que fulminase venganza.

Puso, pues, los ojos en un rico milanés que había poco que estaba en la Corte; su venida á ella había sido á heredar más de 50.000 ducados de un tío suyo que había muerto sin hijos; éste era hombre de negocios y no fué poco sacar en limpio esta cantidad, cuando de los tales suelen quedar rezagos que consumen la mayor parte de su hacienda.

Era un mozo el señor Horacio (que este nombre tenía) de veintidós años, gentil disposición, buen rostro, de afable condición, muy cortés, aunque no muy versado en la lengua castellana, si bien la entendía. Preciábase de tocar diestramente un laud y una tiorba y era sumamente aficionado á la música, y no menos á servir damas, pero atajábale esto el hallarse tan falto de hablar nuestra lengua.

Tenía su posada en el fin de la anchurosa calle de Alcalá, viviendo en una casa sola que tenía su poco de jardín. Su familia eran dos criados de espada que trajo de su tierra, un pajecillo, que lo había sido de su difunto tío, y un ama, también milanesa, que les guisaba de comer, un cochero que cuidaba de dos frisones rucios y de una haca de portante. Con esto pasaba en Madrid, aunque ya estaba para volverse á su patria, donde tenía padres muy ricos: á este sujeto hizo la hermosa Feliciana blanco de su tiro, y fué de esta manera.

En una de las calurosas noches de Junio, que hacía la luna clara, hizo Feliciana poner el coche, y vistiéndose de gala con el mejor vestido que tenía, quiso llevar consigo una criada vieja á la cual vistió de dueña. Con las dos iba un escudero viejo que servía en casa; los dos, personas bien acomodadas para llevar adelante cualquier bien maquinado embeleco. Pues con esta gente, industriada y advertida en lo que

había de hacer, pasaron á cosa de las nueve de la noche por la casa del milanés, en tan buena ocasión, que mientras le prevenían la cena, estaba gozando el fresco á una reja de una ventana baja en calzas y jubón, entreteniéndose en una tiorba, paró el coche, casi arrimado con las paredes de la casa, y al llegar enfrente de la puerta, pudo oir decir á voces:

—Para, cochero, para.

Paró el coche y dejó nuestro milanés de tocar su tiorba por oir que decía doña Feliciana:

—No tiene que cansarse mi madre y primos, que antes me daré la muerte con un cuchillo de mi estuche que dar un paso adelante. ¿Este engaño se me prevenía?

Luego oyó otra voz que era de la recien intrusa dueña, que decía:

—Mi señora, no dó v. m. este disgusto á su madre; obedézcala y no quiera darla mala vejez que muchas estimaran el empleo que v. m. desecha.

—Ha sido traición, repetía la dama, traerme contra mi voluntad á efectuar lo que no quiero; sobre mi libre albedrío nadie tiene jurisdicción.

Esto decía con lacrimoso tono; no perdiendo una sílaba el atento milanés. Llegóse el anciano escudero á este tiempo al estribo del coche y díjela:

—Mi señora, baje v. m. el tono si le sirve, que

se juntará gente y parecerá que es algo lo que no es nada.

—¿Quién os mete á vos en eso, Mogrobejo? dijo Feliciana. Mucho es usar conmigo de violencias; pero porque no las haya con quien no las merece, yo me valdré de la fuga; veamos quién me lo podrá estorbar.

Parecióle al milanés que en el coche la resistían su determinación con fuerzas y asimismo el escudero por su parte; mas venciendo esta dificultad la astuta Feliciana se arrojó por el estribo sin chapines y algo descompuesta del manto y comenzó entrarse por la casa del milanés diciendo:

—Esta casa, sea de quien sea, será mi amparo, donde me libraré del peligro que me aguarda, y no digo yo en ella (que debe ser de gente principal), pero en una leonera me arrojara pareciéndome hallara más piedad en las fieras que á donde me llevan.

Oyendo esto el señor Horacio, dejó el instrumento y tomando su espada bajó al zaguán donde halló á la dama cercada del escudero y dueña, que porfiaban con ella que se volviese al coche. Así como Feliciana vió á quien dirigía su engaño, fingiendo un lastimoso llanto se abrazó á él diciendo:

—Generoso caballero: si hay piedad y cortesía en vos (que dudo falte de esa presencia) valedme, amparadme de dos criados que intentan lle-

varme á que por fuerza pierda mi libertad con un casamiento á disgusto.

Mandó Horacio á sus criados bajar luz é hizo que se cerrasen las puertas de la calle porque no se juntase gente, y atendiendo á la hermosura de Feliciana, quedó suspenso de verla. Fingía llanto la astuta moza y con eso daba mayor realce á su beldad, lo cual era mayor incendio para el milanés, que ya se rendía á tanta belleza, y así, en mal aliñado español, dijo á la dueña y escudero que se fuesen al coche y dejasen allí aquella señora, que no había de consentir se la llevasen donde no tenía gusto, aunque perdiese la vida en ello. Esto dijo con mucha cólera, puesta la mano derecha en la guarnición de la espada; fingieron miedo el escudero y la dueña, y él dijo:

—Señor, ¿qué cuenta daremos de esta señora á su madre, si cuando la llevamos á su presencia se queda aquí?

—Eso, vos los sabréis, dijo el ya enamorado Horacio, que á mí no me toca más que servirla con estorbar que no se haga violencia alguna.

—¡Triste de mí!, replicó Mogrobejo; no me conviene parecer más en Madrid si de lo que á mi fidelidad se encarga doy tan mala cuenta, y más de una doncella, hija de tan principales caballeros.

La dueña dijo que ella no desampararía á su señora y que lo que por ella pasase, eso pasaría

por ella; que bien veía tenía razón de rehusar el empleo que la daban, y así la disculpaba en lo que hacía.

Con todo, instaba el escudero en no irse; mas Feliciana le dijo:

—Viejo ruín, no os canséis; que así pueden hacerme pedazos como yo no salga de aquí un paso. Mañana podrá ser que sea á un monasterio, donde con el hábito de religiosa acabe allí mi vida.

Volvió las espaldas el escudero y entrándose en el coche partió de la calle; el milanés tomó de la mano á Feliciana y entró en un cuarto bajo que tenía curiosamente aderezado, con ella, no poco ufano de verse tocar del animado marfil de la dama. Sentáronse en dos sillas, mostrando la astuta Feliciana, en lo aparente, grande tristeza, si bien con ella notaba con disimulo las acciones de su huésped, que cada instante, más enamorado, no apartaba sus ojos de los hermosos de Feliciana. Pasóse un rato en esta contemplación, y al cabo de él rompió el enamorado galán el silencio, diciendo en castellano adulterado con milanés:

—Pensión de la hermosura es, bizarra señora, el no emplearse en igualdad de méritos: á los que en vos veo, dudo que igualen ningunos en todo el orbe y así no me espanto que hayáis rehusado tanto ir donde era cierto el empleo con tanta desigualdad. Desgracia ha sido para el

que pierde tal bien, como ventura mía haber acertado á quereros valer de mi corta choza para huir de este lance. Quisiera ser un poderoso monarca y tener la suma de riquezas que hay en el orbe para que hallárais el agasajo conforme á quien sois; no iguala á ésto mi corta posibilidad, si bien la voluntad lo excede; de ella debéis hacer alguna estimación, con seguridad que no faltará en serviros mientras la vida me durare, oponiéndome á cuantos inconvenientes hubiere que quieran contravenir á vuestro gasto. Aquí estaréis oculta el tiempo que fuéreis servida que convenga sin que os falte nada de lo que tuviéreis gusto, y así os suplico que no rehuséis de manifestármele para que puntualmente seais servida.

Mientras este entreverado razonamiento (con las dos lenguas) le hacía el milanés á Feliciana, ella no apartó los ojos de una rica sortija que tenía en el dedo menor de la mano izquierda. Era de un hermoso diamante de gran fondo, cercado de otros muchos, el cual, con las luces, brillaba mucho y atraía la vista de la dama que se prometió (codiciosa de su riqueza) hacer lo posible por ser dueña de él.

Volviendo, pues, á la de la encarecida oferta de su huésped, le agradeció mucho la dama el favor que la hacía, y confiada en su promesa aceptaba su posada por el tiempo que se ofreciese estar allí para su seguridad, lo cual hacía con la

confianza que le daba su persona de que se le guardaría el decoro y el respeto que á su calidad le era debido y así se lo prometió el milanés, y más que, si gustaba, él se iría en casa de un deudo suyo á posar en al ínterin que ella se componía con su madre. A ésto no salió Feliciana, diciendo que más que pensaba fiaba de él y que así no tenía que moverse, que antes, ella gustaba de su compañía para que hallasen defensa los que la quisiesen sacar de allí, caso que su fuga llegase á ocasionar ésto en dos primos que tenía.

Esto de los primos no le sonó bien al señor Horacio, que se quisiera él á la dama con sola una madre viuda y no más embarazo de parentela. Había mandado prevenir más cena de la que tenía, y avisáronle los criados que ya estaba hecha; hízola entrar, y á muchos ruegos é importunaciones, Feliciana se sentó á la mesa, que de la aflicción que tenía no quería cenar.

No se puede exagerar con razones, cuan ufano estaba Horacio con la hermosa huéspeda que tenía. Estaba loco de contento, y ya juzgándose dueño de aquel serafín, por lo mucho que pensaba obligarla con dádivas y regalos. Toda la cena se le fué en mirarla, de suerte que no comía bocado. Feliciana bien conocía ésto y no la pesaba de verle ya enredado en su afición. Comió poco, que fué dicha para Bañuelos (que éste era el nombre de la dueña), que fué regalada de la mesa de todos los platos que en ella se sirvieron.

Bien quisiera el milanés que la dama le dijera su nombre, calidad y asimismo la causa de no querer ir con su madre, más por extenso; pero considerola afligida y no quiso que aquella noche se afligiese más; así habiendole hecho aderezar cama en aquel cuarto donde él la tenía, la dejó en el aposento donde había de dormir acompañada de la dueña y él subió al cuarto alto.

Esa noche la pasaron Horacio y Feliciana con bien diferentes pensamientos; él, enamorado de la dama, pensaba obligarla de modo que la pudiese merecer por esposa suya: claro está que él la juzgó tan principal y de tantas calidades que no se bajaría á otro pensamiento que á éste. La dama, deseosa de salir con su empresa, maquinó toda la noche cómo saldría de ella á su salvo y con provecho. Algunas cosas comunicó con la dueña, que no era menos harpía que su ama, las cuales se ejecutaron adelante como veremos.

Llegó el día, bien deseado de Horacio, para gozar de la vista de su dama; vistióse y fué luego á saber cómo había pasado la noche, y al pasar por el zaguán para entrar en el cuarto bajo, vió á Bañuelos, la dueña, andar por el suelo buscando cuidadosa y suspirando de cuando en cuando; preguntóla que qué era lo que allí buscaba. Ella le dijo que nada y volvió á suspirar con más pesar, cosa que poniendo en cuidado al milanés, porfió en que le dijese lo que la preguntaba, á lo cual dijo la astuta vieja:

—Señor, lo que busco es una sortija que anoche perdió mi señora por aquí, que dice que con la porfía de hacerla volver al coche se le salió del dedo y no la sintió más. Era de diamantes y de valor, y lo peor es que no era suya, sino de una amiga, que se la había dado para hacer otra por ella, que era de extraordinaria hechura.

Con esto arrojó la taimada dueña otro suspiro y algunas lágrimas, que en lo fácil de salir parecía los traía en la manga del monjil. Mandó el milanés á un criado suyo buscase la sortija, y á la dueña la dijo que no se afligiese, que cuando no pareciese que no la faltarían á su señora otras de más valor, que en casa estaba donde sólo su dueño deseaba ocasiones semejantes para mostrar su amor y liberalidad. Estimó, por su señora, y aun casi aceptó la buena Bañuelos el ofrecimiento del señor Horacio, con lo cual subieron los dos arriba.

Ya Feliciana estaba levantada y medio vestida; no quiso entrar Horacio, sino que la dueña le diese los buenos días de su parte; dióle el recaudo, más Feliciana, por hacerle mayor favor, dijo de adentro en alta voz:

—¡Jesús, señor Horacio! ¿A vos se os ha de negar entrada en vuestra casa? De quien yo he recibido tantos favores y mercedes ¿tengo de recelarme? Ya estoy vestida; y cuando no lo estuviera fuera lo mismo. Entrad y daréos los buenos días.

Entró, con esto Horacio, estimando el favor, y allí estuvo un rato con Feliciana, preguntándola cómo había pasado la noche de parte de la posada.

—Buena me la podia prometer, dijo ella; mas de la de mi sentimiento me ha tenido desvelada la mayor parte de ella.

—No lo he estado yo menos, dijo él; que no tuviera buen conocimiento del bien que tengo en mi casa si reposara sin dar á la memoria recreos, con tener en la idea vuestras perfecciones.

No quisiera Feliciana que su batería se publicara tan presto, y así, no dándose por entendida de la razón, preguntó á Bañuelos si había parecido la sortija; ella dijo que no, pero que todavía la buscaban los criados de casa. Corríasele entonces obligación á Horacio el cumplir la oferta hecha á la dueña, que eso era la fina gentileza; advirtió en ello y no quiso dejar pasar la ocasión, y así la dijo:

— Mucho me pesa del disgusto que habéis tenido con la falta de la sortija; aunque esa no sea del valor de la perdida, os la ofrezco por ella, para que en mi nombre la traigáis, y os suplico sepa de la hechura que era la otra, para que yo la mande hacer y cumpláis con la amiga.

Con esto le dió la sortija á Feliciana, la cual, tomándola, la miró con mucha atención, y le dijo:

—Señor mío, este es grande exceso, para quien

no os ha servido en nada. Esta sortija, según veo, excede en mucho valor á la sortija perdida, y así, en su lugar no la pienso dar, porque sería mejorársela á quien me prestó la otra con el cuatro tanto la perdida; era una sortija de 300 escudos no más, y ésta veo que es de mucha cantidad.

—Ochocientos costó el diamante principal de ella dentro en Milán, dijo él, y fué del Duque de Saboya. Mi padre le tuvo en su poder, y hacía mucha estimación de esta piedra, que quiso cercarla de otras de su mismo género, aunque no tan costosas como ella, por no ser de su grandeza estimadas y de valor.

—Así se ve, dijo Feliciana. Mil años viváis que tan bien sabéis honrar y agasajar vuestra huéspeda en cosas de mayor consideración.

—Quiero que conozcáis mi voluntad, dijo él.

En éstas y otras pláticas estuvieron hasta que Feliciana le pidió licencia para tocarse, con que la dejó sola y señora de una joya de mil escudos y más.

Salió Horacio en su coche, vióse con sus amigos en Palacio, pere no dió á ninguno parte de la huéspeda que tenía, y así les encargó á los criados que no diesen cuenta de esto á nadie. Volvió á casa cerca del medio día, hallando en ella al anciano escudero de Feliciana, el cual dijo que por volver á los ojos de su señora se había valido de una mentira, que fué decir como su

tía quería llevarla dentro de tres ó cuatro días, y que á su tía había dicho haber dejado su señora en casa de su madre, con ocasión de ver á la anciana señora enferma.

Agradecióle Feliciana el buen despidiente que había tomado, y Horacio por esto le dió un doblón, que él estimó mucho, acudiendo al dársele la dueña, con decir:

—Si á ese precio me pagasen á mí las mentiras, diría muchas.

Vió Horacio en ella ganas de ser señora de otro doblón y diósele de cuatro, porque se le quitase la envidia que tenía al escudero. Mostró Feliciana sentir esto mucho y porfiaba que no lo había de tomar; más la vieja dijo:

—Señora mía, quién ha de rehusar la merced del señor Horacio hecha con tanta voluntad y amor; guarde Dios tal persona, que cierto que es un ángel de los cielos.

Con esto se envanecía el enamorado milanés y pensaba que cada dádiva de estas era añadir una cadena á la hermosa Feliciana. Comieron aquél día con más gusto, mostrándose contenta Feliciana con lo que el escudero dijo, y después de haber alzado los manteles, se quedaron Horacio y ella á solas; él la suplicó le diese parte de su disgusto y así mismo cuenta de quién era, á lo cual Feliciana dijo desta suerte:

—Don Lope Zapata y Meneses, del hábito de Calatrava, fué mi padre, hijo segundo de don

Bernardo Zapata y Meneses, del mismo hábito. Siguió la carrera en Flandes, donde llegó á ser capitán de caballos y después cabo de cuatro compañías. Viniendo á pretender á la Corte acrecentamiento de sueldo ó una encomienda en Bilbao, se enamoró de mi madre, que es de la casa de Arancívica, noble y calificada en Vizcaya. En los pocos días que allí asistió pudo obligar á sus padres que se la diesen por esposa y, en dote, una herrería, que es hacienda de calidad en aquella tierra, por ser la saca del hierro de ella, para toda España. Vínose á Madrid con su casa, donde tuvo efecto lo de la encomienda que pretendía, dándosela, de 4.000 escudos de renta; aquí tuvo dos hijas: á mí, que me llaman doña Blanca y á mi hermana doña Lucrecia, que es menor que yo. Vivió algunos años mi padre ocupado en corregimientos por S. M. y en uno de ellos murió, que fué con el de Córdoba. Allí dió un caballero en festejarme, con tal afecto que su mucha puntualidad, me cansó de manera, que en vez de obligarme díle en aborrecer de tal suerte, que no podía oirle nombrar.

Con la muerte de mi padre hubo mi madre de venirse á esta Corte, donde ha quo asiste dos años, tiene una hermana viuda con dos hijas en cuya casa estamos los más días aunque en separados barrios, porque ella vive á las Tabernillas de San Francisco y mi madre á Buenavista. El caballero de Córdoba vino aqui, no con la misma

intención de servirme porque propuso casarse con una hija de un consejero y no le admitieron. Visto esto, le pareció proseguir con el servirme como antes y al fin determinó á enviar, por un tercero, á pedirme en casamiento. Es el galán pequeño de cuerpo, de ruin persona, feo de rostro y no de muy apacible condición, según afirman sus mismos criados. Tras esto, su mayorazgo es corto: mirad si estas eran partes para admitirle en consorcio. Con todo, mi madre no desestimó la plática, antes la abrazó y se comenzó á tratar de intereses; el novio reparaba en pocos, aunque un tío suyo pedía dote, mi madre podía dar poco por no deshacerse de su hacienda hasta el fin de sus días. Al fin, con todo esto, vino el novio en que me quería con lo que mi madre quisiera darme; yo estaba en casa de una tía mía, descuidada de esto que se trataba; y para el día que el novio había de firmar las capitulaciones, hízome mi tía vestir de gala y que me llevasen á casa de mi madre. No se hacían allí las capitulaciones, sino en casa de mis primos y ellos asistían á ellas por parte de mi madre y después había de venir el novio á verme; yo estaba descuidada del pesar que me había de venir. Vino el coche de casa (que gracias á Dios hay con que sustentarle) y entréme en él, supe en el camino, de la dueña, á lo que iba, y desesperada de pesar, me valí del auxilio de vuestra casa donde estaré hasta que sepa que mi madre deshace

este concierto; que no quiero vivir con disgusto toda mi vida, casada con un hombre que desde el primer día que le ví le aborrezco. Esto es señor Horacio lo que queréis saber; mi calidad es esta y os aseguro que después que estoy en Madrid he desechado otros mayores empleos, porque soy un poco mal contentadiza.

—Según eso, dijo Horacio, yo presumo que no habréis tenido amor en vuestra vida.

—Así lo podéis tener entendido, dijo ella: inclinación sí, y esa os aseguro que ha pocas horas que la tengo, que esto granjea un buen término y una afable condición, y no me habéis de preguntar más por ahora.

Mudó el color la hermosa Feliciana, volviéndose más encendidas sus mejillas, conque confirmó Horacio que por él se dijo aquello, quedando rendido del todo y no poco ufano; y por no contravenir á lo que le pidió Feliciana, no le hizo la pregunta, si bien se dió por entendido. Rogóle Feliciana que tocase un poco en la tiorba, cosa que él estimó en mucho, porque deseaba esta ocasión para manifestar aquella gracia á su dama. Trajo el instrumento y entretúvola un rato con varias fantasias y diferencias que los extranjeros nos la ganan en esto. Quiso también Feliciana acabar de rematar á su amante, y así dijo si había en casa arpa ó guitarra y que ella era algo aficionada á la música y se quería entretener. Dijo Horacio:

Arpa no tengo, pero guitarra si hay y es uno de los mejores instrumentos que se han hecho en Madrid.

Hizo traer una guitarra de lucida apariencia y mayores obras; ésta tomó en sus manos Feliciana, y habiéndola templado diestramente, siguiendo un término de un sonoro pasacalle, cantó así:

Con cadenas de cristal
aprisionaba un arroyo
á los álamos y alisos,
verdes murallas de un soto.

Donde la bella Fenisa
(por dar al mundo reposo)
les permite dulce sueño
á la beldad de sus ojos.

Blandas lisonjas le hace
con sus combates Favonio,
y las aves en las ramas
le asisten cantando á coro.

Con eclipse de sus luces,
Lauso halló á su dueño hermoso,
y por imitar las aves,
esto cantó en grave tono:

«Gasta flechas doradas, niño de Venus,
mientras á Fenisa la vence el sueño;
más si ves que despiertan sus ojos bellos,
huye, huye,
tiende las alas y rompe los vientos
niño de amor,
que su poder es mayor.

Pues sabes con experiencia
que tiene mayor poder
su descuido en el vencer,
que tu mucha diligencia,
con su beldad es error.
Huye, huye, tiende las alas, *etc.*

Acabó con tan sonoros pasos de garganta y tanta destreza que Horacio (que era aficionadísimo á la música) quedó suspenso, absorto y elevado, contemplando en la hermosura de la dama. Dejó ella la guitarra diciendo:

—No ha sido poco, señor Horacio, haber acertado á cantar algo, que estos disgustos no son á propósito para este gusto ó entretenimiento.

Ponderó, exageró y aplaudió el milanés la dulce voz de Feliciana en su mezclada lengua, de modo que ella hizo harto en no manifestar la risa. Estimó en mucho los favores que la hacía, y porque entró Mogrobejo, el escudero, no pasó la plática adelante. Traía el viejo un envoltorio cubierto con un tafetán, el cual era de curiosa ropa blanca, manifestándole allí, delante de los dos, y Feliciana le dijo:

—¿Y el vestido que le dije, cómo no le trae? Eso, mi señora, dijo, es imposible, pues él y los demás los han llevado á casa de mi señora, madre de vuestra merced.

—¡Buena estoy! replicó la dama. ¿Cómo se podrán sacar ahora de allí? ¿A eso yo soy con-

denada, á quedarme con solo el vestido que traigo, hasta que se haga pedazos?

Mostró afligirse por esto, mirando á Horacio, el cual, viendo que le tocaba responder á esta ocasión, por acrecentar obligaciones á la dama, la dijo:

—Vuestra merced, mi señora doña Blanca, no muestre afligirse de nada, que donde yo estoy no le han de faltar galas que traer. Esta tarde haré que se saquen dos vestidos de lo que vuestra merced gustare y todo lo necesario para ellos.

Agradeció Feliciana la merced que le hacía mostrándole unos ojos muy amorosos, con que se dió el amartelado joven por pagado con sólo aquello; pidióle los colores y telas de que gustaba fueran los vestidos, y salió á hacerlos sacar luego. Antes de esto le rogó Feliciana que procurase verse con su tía en esta forma. En su su casa se alquilaba un cuarto bajo, y con aquella ocasión podía verse con ella y ver el semblante que tenía, que ella presumía que el escudero la había mentido en cuanto á lo que dijo de que en una parte y en otra se había disculpado su fuga y estaban con este engaño.

Gustó el milanés de hacer esta visita por informarse de quién era Feliciana y de todo. Ya la astuta dama había escrito un papel con Mogrobejo, avisando á su madre (que era la que había de pasar plaza de tía) lo que había de tratar con Horacio.

Salió, pues, el milanés á la puerta de Guadalajara, y en una de aquellas tiendas donde tenía crédito, sacó lo necesario para dos vestidos, uno de damasco negro y otro de color, con mucha guarnición de oro, y de allí, con las señas que llevaba de la casa de la tía de Feliciana, paró el coche á su puerta y subió un criado á pedir las llaves del cuarto que se alquilaba. Bajó una criada á mostrársele, y después de verle quiso verse con la persona con quien se había de concertar, que por el nombre que la criada le dijo conoció que era la tía. Subió arriba y halló á doña Teodora, con nombre de doña Laura, en su estrado, con el semblante muy triste; tratóse del concierto del cuarto y remitió Horacio el efectuarlo á que viniese á contentarse de él la persona para quien le alquilaba; preguntóle Teodora que quién era; dijo Horacio que una señora prima suya y viuda.

—¡Ay señor mio!, dijo Teodora; tráigamela luego v. m., que deseo tanto tener compañía, que no se lo podré encarecer, porque vivo con muy grande desconsuelo de unos días á esta parte.

—Su rostro de v. m., dijo Horacio, lo manifiesta; pues será á propósito mi prima para divertir á v. m., que es muy agradable en su trato y conversación.

—Dios la guarde, dijo Teodora, yo la deseo por vecina, que la juzgo por muy gran parte de

mi consuelo, que todo no podría ser por pedirlo así la causa.

—¿No podría yo saberlo? dijo Horacio.

—¡Ay señor mío, que lo peor que tiene es no poder ser comunicada, que todavía es descanso del dolor en quien le padece cuando le comunica!

—Yo me desmandé á preguntarlo, dijo Horacio, pensando que era cosa que se me podía decir, y si pedía remedio, ofrezco para ello mi persona y cuanto valgo; que me precio de servir á las personas de la calidad que juzgo á vuestra merced tan bien como cualquier caballero español.

—¿No es v. m. de España? dijo Teodora.

—La mala expresión de la lengua se lo podía haber dicho á v. m., dijo él.

—Cierto, que estoy tal, dijo ella, que no había reparado en eso. ¿De dónde es v. m.?

—De Milán, dijo él, para serviros; y si por ser forastero merezco que se me diga vuestra pena y está algo en mi mano remediarla, creed de mí que lo haré con mucho gusto.

—¡Ay señor, Dios os guarde mil años, dijo ella; que parece que recibo consuelo con esas palabras salidas de ese hidalgo pecho y nobles entrañas! Cierto que eso y veros que no sois de esta tierra me ha obligado á deciros mi pasión. Entrad la silla en el estrado, que no querría aun echar el aliento de la boca, porque temo que me han de oir

Llegóse el milanés, y ella (recatándose primero con mirar á una y otra parte) le dijo:

—El veros extranjero y mozo y que ya sabréis las cosas de Madrid, me obliga á deciros que ha pasado por esta casa una de las mayores desdichas del mundo, y es que yo tenía en mi compañía una sobrina, hija de una hermana mía y de un caballero calificadísimo, y tratándosele un casamiento á disgusto suyo, por huir de verse empleada contra su voluntad, una noche que la enviaba con un escudero y una dueña, sin saber á lo que iba (que era á efectuar las capitulaciones), se han escapado de los ojos del escudero, sin saberme dar razón el buen viejo dónde se fuesen; he hecho en secreto diligencias por casas de amigas de su madre y mías y por todos los conventos de la Corte si está en alguno, y no se halla rastro de las dos. Su madre está indispuesta y juzga que está en mi casa; las capitulaciones se han dilatado con el mal de mi hermana, y yo me hallo la más afligida de orbe, por no saber dónde puede estar. Vos sois mozo, galán y que todo lo andáis en Madrid, querría encomendaros que, con secreto cuidado, me supiésedes alguna nueva desto, que vivo en grande aflicción haciendo mil consideraciones de dónde se habrá ido, ó quién se la habrá llevado; que todo se puede temer de una mujer determinada, aunque me anima que no ha de degenerar de su noble sangre haciendo alguna liviandad con al-

gún hombre desigual de sus partes; si fuera tal su dicha que ella encontrara con un caballero de vuestras prendas y gallardía, aún diera por bien empleada su fuga; pues dellas infiero que supiérades hacer estimación de lo que merece mi sobrina, que os aseguro que hay pocas damas que la igualen en belleza.

Esto último que dijo Teodora, animó al milanés á decirla:

—Mi señora, en mucho estimo que me hayáis hecho este favor de declararme la causa de vuestra pena, pagaré la obligación en que me dejáis con deciros que sé de una dama que habrá tres ó cuatro días que falta de casa de sus padres por un disgusto, ésta se llama doña Blanca.

—¡Ay, pobre de mí (dijo Teodora) que ésta es mi querida sobrina!

Comenzó la astuta Teodora á abrazar á Horacio y darle besos en un carrillo diciendo:

—¡Angel mío, que no debéis ser hombre, decidme dónde está mi querida Blanca, que ya muero por saberlo, de vos me había de venir este consuelo, que no en balde el cielo me inspiró que os dijese mi pasión.

Con esto, no dejaba de abrazar á Horacio persuadiéndole que la dijese dónde estaba su sobrina. Él la hizo volver á su asiento y la dijo cómo la señora doña Blanca estaba en su posada, haciéndola relación de cómo habia venido á ella, y asimismo la dijo cómo por orden suya había

venido allí con achaque de alquilar aquel cuarto. Con mayor afecto volvió la vieja á hacer fiestas al milanés, agradeciéndole el favor que á su sobrina se le había hecho, y para que con más solemnidad se hiciese el agradecimiento, comenzó á decir:

—¡Luisica, Luisica! ¡sal acá como estuvieres que tengo unas nuevas que darte de gusto!

Salió doña Luisa, hermana de Feliciana, con cuya presencia se alegró mucho Horacio, pareciéndole bizarra moza, aunque como estaba apasionado por Feliciana no le dió el primer lugar en la hermosura, sino el segundo. Habló doña Luisa al milanés con mucha mesura y cortesía, él la besó las manos y preguntó por su salud, tomó asiento en el estrado, cerca de su madre, y ella le dijo:

—Hija, este señor (que le juzgo más angel que hombre) es quien me ha dado nuevas de tu querida prima doña Blanca: tiénela en su casa.

—¡Ay, qué alegre nueva, dijo Luisa, para mí que nos tenía muertas de pena el no saber de ella!

Preguntóle la madre á Horacio si era casado, él la dijo que no y porque presumió que no sin alguna intención se le hacía aquella pregunta, acudió con decirla:

—Aunque el no ser casado arguye poca seguridad para huésped, préciome de cortés y fiel con quien se vale de mí; esto os puedo asegurar,

que mi señora doña Blanca está en mi posada, si no con el regalo que debía tener, con el respeto y decoro que su calidad y partes merecen.

—Así lo creo yo, señor, dijo ella: fuera que de la seguridad que de mi sobrina tengo me quitan esos recelos que pudiera tener. En estas pláticas cerró la noche, encendieron luces y entró una criada á decir que estaba allí don Diego de Orozco. Quiso el milanés dar lugar á la visita, más Teodora le rogó que no se moviese, que importaba. Esto hizo porque este caballero era nuevo pretendiente de Luisa y habíale penetrado el caudal la madre y hallado corto fondo para la gran sonda de su codicia; hacía hueco entre otros pretensores, pero ni él ni ellos estaban en el catálogo de su gusto, por faltos de dinero y sobrados de razones y finezas.

Entró, pues, el tal don Diego que era muy galán y mucho más presumido de serlo; diéronle asiento, y después de haberles preguntado por sus saludes y hablado un rato en diferentes cosas, aunque no halló muy gustosos semblantes en madre é hija, les dijo:

—Habiendo ayer visto á mi señora doña Luisa algo melancólica, me atreví á quererla divertir hoy con un músico que traigo conmigo, que es de las buenas voces de la Corte.

No pudieron dejar de admitir la oferta, que no se holgó poco Horacio por ser tan amigo de músicas. Subió el músico y, habiéndole hecho sentar,

sacó su instrumento, y habiéndole templado, en sonora voz cantó un tono grave que dió gusto á los oyentes con la buena letra, voz y destreza. Mudó término y con pasacalle más corrido cantó esta sátira:

Boca de Lisarda bella
todos me dicen que estáis
más abajo del conducto
del diluvio catarral.

No es poco que os conservéis
en ese antiguo lugar,
cuando en el tiempo que corre
todo se nos sube ya.

Naturaleza, gran sastre
(aunque no en mentir ni hurtar)
os pespuntó dos ribetes
que descosió á un cardenal.

Purpúreos alcaides son
de ese orificio locuaz,
si acaso no se despeja
á demanda universal.

Agria sóis al castellano,
al aragonés, voraz,
pedigüeña al portugués
y estafante al catalán.

Cuántos hay que se atrevieran
á tan bello portapaz,
si el mal olor de pedir
no les llegase á infestar.

Que ese epicúreo postigo
(bella adüana del pan)

si llama con su hermosura,
despide con su crueldad.
El mendicante clavel
(si en lo grave monacal)
es para el ósculo, encuentro,
para socaliña, azar.
Muy antojadiza veo
en dos carreras igual
la devorante caterva,
la herramienta del mascar
Los antojos en la vista
los pide la cortedad,
mas vos en ojos y boca
es cierto que los gastáis.
Para animar voluntades
un embrión animad,
que así se repara menos
cuando las causas son más.
Más futo saca á la gente
ese hechizo circular,
que una boca de mendigo
en una pierna jayán.
Diaquilón contra durezas
fuísteis boca en lo eficaz,
no con el gremio del don,
sino con el tribu de dan.
Valentía en el pedir,
y donaire en estafar,
¿quién como vos le ha tenido?
¿Quién como vos le tendrá?

Mientras la sátira se cantaba, estaba don Diego con la mano puesta delante de la boca, di-

simulando la risa. No la mostraron madre é hija, antes muy mesuradas, oyeron hasta el fin las coplas hechas por el mismo caballero á la señora doña Luisa, que conociendo de su condición ser amiga de pedir y esto ejecutado en todas ocasiones, confiriendo sucesos pasados con ella, entre caballeros mozos, éste quiso tomar la voz por todos, y cara á cara darle á entender por esta sátira que se le notaba á la dama este defecto.

A ser más baquiano en la corte el milanés, bien entendiera por los semblantes de Teodora y su hija, haberles hecho á ellas el tiro; mas sólo juzgó que los mostraban por abreviar la visita del caballero, lo que Teodora le dijo fué:

—Señor don Diego, ya está visto vuestro buen deseo y entendida la intención. Dios os guerde muchos años, que así consoláis melancólicos. El señor Horacio tiene cosas que tratar conmigo, suplícoos que deis lugar á que no le tengamos aquí más tarde, que tiene lejos la posada.

Bien conoció don Diego el disgusto de Teodora y su hija; parecióle bastaba aquello por venganza y así se despidió de ellas, y fué suerte no preguntar por Feliciana, que obligara á su madre á maquinar una mentira con que satisfacer á Horacio. Quedóse el milanés con ellas y dijo Teodora:

—Este caballero es amigo de dos sobrinos míos, y así es conocido de esta casa; en esta oca-

sión me ha pesado que viniese y más con el músico, que á no cogerme con la alegría de las nuevas que de Blanca me habéis dado, no le admitiera; por esto y porque os divirtiésedes un rato, dí lugar á que cantase.

Estimóle en mucho Horacio, y queriéndose despedir le dijo Teodora que quería escribir un papel á su sobrina, que se entretuviese con su hija en tanto que escribía. Dejólos solos en buena conversación, y con mucha brevedad escribió dos papeles; el uno dió á su escudero, encomendándole que con diligencia le llevase á Feliciana, de modo, que antes que llegase Horacio le hubiese recibido. Partió Mogrobejo con más presteza que de su edad se podía esperar, y con esto salió Teodora con el otro papel en las manos, que dió á Horacio, diciéndole:

—Señor Horacio (ya les había dicho su nombre), pasado mañana enviaré á pedir el coche á mi hermana é iré por mi sobrina, que aunque en vuestra casa está muy honrada y respetada, el no ser vos casado, da sospecha y piérdese reputación, y más de una mujer de las calidades de Blanca.

Ya quisiera Horacio haber estado mudo y no decir que estaba en su posada doña Blanca, porque sintió grandemente que su tía tomase aquella resolución; detúvose allí otro rato, y al cabo, despidiéndose de madre é hija se fué á su posada. Ya Feliciana había recibido el papel de su

madre, en que le daba instrucción de lo que había de hacer. Recibióle la dama alegremente, y tomando asientos le preguntó cómo le había ido con su tía.

—Bien y mal, respondió el milanés. Bien, en haber conocido una señora de tantas partes como vuestra tía; y mal, porque con darla consuelo, vengo yo sin él; yo la hallé en grandísima tristeza porque cuanto dijo el escudero fué falso, que ella sabía vuestra fuga y no donde estábais. Desde que pasó el concierto del cuarto, supliquele me dijese su pena, y así me la dijo; yo por darla consuelo la dije como estábais en mi posada, y me parece está con determinación de venir por vos pasado mañana.

Aquí dió un terrible suspiro Feliciana, y con él fingió luego un desmayo, quedándose arrimada á la silla. Acudieron la dueña y Horacio á apretarle las manos, diciendo la vieja:

—¡Ay, Señor mío! ¿Qué ha dicho á este ángel que le ha dado este desmayo? Siempre nos han de tocar desdichas cuando entendíamos estar libres de ellas.

—Nunca hubiera hoy faltado de mi posada, dijo Horacio, pues he sido causa de este daño y he perdido todo mi contento. ¡Bien merecido tengo mi castigo!, pues pudiera conocer á su tía, mas no declararme con ella.

—¿Luego con su tía de mi señora doña Blanca habéis estado? díjoles Bañuelos.

—Sí, dijo Horacio.

—¿Y la habéis dicho que está aquí su sobrina?

—También, dijo él.

—¡Ay, desventurada de mí, qué mala dicha podemos esperar de tal desacierto, que es mucho peor que su madre en el rigor! Ella está aquí esta noche, sin duda alguna. ¿Qué habéis hecho? ¿Quién os mandó ir á su casa?

—Mi señora doña Blanca, díjole él; pero excedí de su orden en declararla dónde estaba; yo lo pagaré con pesares.

Volvió en sí Feliciana, y dijo á Horacio:

—Señor mío; si el embarazo de mi hospedaje os cansaba, avisáradesme, que yo procurara vuestro descanso y me fuera á casa de una amiga de muchas que tengo. Desdichada ha sido mi suerte en que mi tía sepa donde estoy; ya la temo, y lo peor es que no sólo della puedo tener temor, sino de que dé aviso á mis primos, que es cierto que lo hará, para que yo me vea en algún trabajo. ¡Oh, quien no hubiera nacido en desdichada estrella!

Fingía tan bien su pena, con la solemnidad del llanto, y respondíale á las cláusulas dél el monacillo fúnebre de la dueña que el pobre milanés se halló desesperado, confuso y cercado de cuidados, pareciéndole tener á su tía en casa acompañada de los dos primos supuestos. Paseábase por la sala haciendo varios discursos sobre el remedio que se podía dar á esto; veía el edificio que comenzaba á levantar amor, pos-

trado y arruinado por el suelo, con pocas esperanzas de volver á su primero ser. Finalmente, después de largo rato que batalló consigo mismo, lo que propuso á la dama fué lo siguiente. Que él había pensado resistir á todo el mundo que de su casa la sacasen contra su gusto, aunque en ello perdiese la vida; pero que por obviar esto, le parecía dar otro corte y era, que el jardín de su casa confinaba con otro de otra; vecina á ella, la cual al presente estaba vacía, que ésta la alquilaba por su cuenta, y en una pared de hiedra que dividía los dos jardines abriría una pequeña puerta que cubriría la misma hiedra, por donde se podía pasar (caso que viniesen por ella), y que pues él solo había dado parte á su tía y primos de que estaba allí, que él determinaba negárselo á pesar suyo. Admitió Feliciana este arbitrio y recibió algún consuelo, con que el afligido Horacio volvió en sí y cobraron nuevo vigor sus espíritus; púsose por obra lo propuesto; tomósele la casa y abrióse la puerta y todos tuvieron aviso para lo que sucediere.

Al otro día cortaron los vestidos de Feliciana tomando la medida del que traía, y con mucha brevedad fueron hechos; por aviso de Feliciana, la tía no trató de ir esotro día á casa de Horacio, enviándola á decir que se hallaba indispuesta en la cama, con que Horacio fué alentado. Una noche que los dos habían acabado de cenar, dando un suspiro Feliciana, dijo:

—Cierto, señor Horacio, que me veo tan aborrecida de mí misma con la persecución de mi madre y deudos con este propuesto casamiento, que me determinara á salir de España con mucho gusto.

Vió Horacio el cielo abierto, y díjola:

—Si vos, hermosa señora, estáis fija en esa determinación, yo os cumpliré ese deseo con más honrosas circunstancias de las que pensáis. Si la voluntad que me debéis halla verdadera paga, yo os embarcaré á Milán, y no digo con el título de esposa, porque he enviado poderes para desposarme allá; mas con el amor de hermana, procuraré que lo seais mía, siendo mujer de un hermano segundo que tengo, esto, si allá no han dispuesto el efectuar mi casamiento por haber enviado poderes para ello, y á no estar hecho, nadie será dueño de mi alma como vos.

Sólo á esto aguardaba la astuta Feliciana, que se declarase del todo Horacio, al cual dijo:

—Obligáisme por tantos caminos, señor mío, que fuera mal correspondiente á tan grande amor y voluntad, si no aceptara cualquiera de los dos partidos que me hacéis, rogando á Dios no hayan tenido efecto los poderes que habéis enviado, para que yo tenga el dueño y esposo que me está bien; y así, disponed el viaje cuando más gustárades, que yo no tengo más voluntad que la vuestra.

Aquí se atrevió el milanés á tomar la blanca

mano y besársela en señal del favor que le hacía, cosa que consintió con mucho gusto Feliciana, por llevar mejor su negocio adelante. Allí la dijo Horacio, que esotro día que partía un correo del rey por la posta á Milán, pensaba revocar los poderes que había dado, que entendía llegaría á tiempo la revocación, que no se hubiese efectuado nada, porque la dama era de Florencia.

Tratóse de la jornada, y Horacio la aseguró que en seis días podían partir de Madrid, pues él tenía despachdos todos sus negocios y la hacienda puesta en letras, que sólo el gozar de la Corte le detenía en ella aquellos días. Mostró gusto desto Feliciana y la dueña también, con que se fueron á dormir.

Aquella noche no durmió casi nada el enamorado Horacio, disponiendo su jornada y deseando gozar de Feliciana en estando embarcados, ora tuviese su casamiento efecto ó no. El día siguiente sacó galas de camino el milanés y ni más ni menos á su dama. Cada uno se hizo dos bizarros vestidos con mucho oro, conformes en los colores, y previno, en fin, cuanto había de llevar.

De allí á dos días, estando Horacio para salir de casa llegó el coche de Teodora á su puerta, y queriéndose apear, Horacio la dijo muy en sí, que su sobrina estaba en Atocha, que había salido de mañana en el coche á confesarse, que si no tenía que hacer, allá la hallaría. Fingió la

astuta Teodora creerlo, y habiendo estado con él muy apacible, se despidió diciendo que allá iba á buscarla.

Muy ufano quedó Horacio con pensar que la había engañado, más era que no entendía el caso; de todo lo que se trataba, tenía aviso la madre, y así esta venida, fué para prevención de lo que adelante se oirá. Subió arriba y dijo á Feliciana lo que con su madre había pasado, y ella aprobó la buena ficción, aquel día se pasó en prevenir varias cosas para la partida, y sólo aguardaban que los vestidos se acabasen. Cerca de la hora de las Ave Marías, he aquí, vuelve el coche de Teodora á casa de Horacio; supo de uno sus criados como estaba en casa, y mandóle llamar; no quisiera el milanés que hubieran dicho que estaba allí, hubo de bajar, dejando á Feliciana en una fingida turbación de que supo hacer el papel razonablemente. Ya Teodora estaba apeada en el zaguán, cuando bajó Horacio. Díjole que dónde estaba el cuarto de su sobrina.

—Mi señora, dijo él, su merced no ha vuelto desde esta mañana á casa, enviándome á decir que se quedaba en casa de una amiga suya, y que en su coche vendría.

—¡Buena es esa! dijo Teodora; qué ¿queréis negármela, sabiendo yo que está aquí? Yo la tengo de ver y llevarla conmigo; que las doncellas tan principales como mi sobrina no han de tener voluntad para hacer su gusto. Basta la que ha te-

nido hasta aquí, tan en daño de su reputación.

Comenzó Horacio á porfiar con Teodora, que no estaba doña Blanca en casa, y esto, á voces, porque arriba lo oyesen y se escondiesen. Fué entendido y al punto Feliciana y la dueña, guiadas de un criado de Horacio, se pasaron por el jardín á la otra casa; subió Teodora y no dejó rincón en la de Horacio que no buscase, certificándole con esto que había sido verdad, conque mostraba gran sentimiento de que á aquella hora no estuviese de vuelta su sobrina. Persuadióla Horacio á que aguardase, hízolo cosa de una hora, pero como vió que aguardaba en balde, quiso saber en casa de qué amiga había ido. Llamaron al cochero de Horacio, pero estaba avisado que no pareciese; con esto Teodora se volvió al coche, diciendo al milanés:

—Señor Horacio, mi sobrina vendrá á pesar suyo á mi poder y sabrá cómo ha de proceder de aquí en adelante; sus primos sabrán esto, y pienso que son hombres que no la consentirán estas liviandades.

Mostró grande enojo y fuése, dejando á Horacio con un poco de cuidado, temiendo la venida de los fingidos primos. No pasaron dos horas que, por orden de Teodora, no viniesen dos conocidos suyos á casa de Horacio, preguntando por él. Había el tal avisado que le negasen diciendo que cenaba fuera.

Así se les dijo; más ellos dijeron que habían

de aguardarle hasta media noche, si fuese necesario; estuvieron en la calle paseándose á la vista de Horacio y Feliciana, que se afligía mucho diciendo ser aquellos sus dos primos; túvose cuidado aquella noche con las puertas, y esotro día, Horacio, salió por la casa que había tomado é hizo pasar á ella á Feliciana. Aquel día negoció todo cuanto había que hacer para su despacho; despidióse de sus amigos y para esotro día por la tarde previno el coche y mulas para Barcelona.

Ya había llegado el medio día y comido con mucho gusto, aguardando la ocasión del saco Feliciana: esta fué que á Horacio se le había olvidado despedirse de un religioso algo deudo suyo del Carmen Descalzo y quiso llegarse al convento de un salto, que estaba muy cerca. En tanto, había dejado á Feliciana un cofrecillo de joyas y dineros que valía más de 2.000 escudos lo que tenía: éste era el lance que la moza aguardaba, no más porque Horacio, no se le había fiado hasta aquel punto. Pues como se viese señora de lo que pretendía, sin aguardar á más, ella, su dueña y el escudero, cargaron con el cofrecillo y con una maleta de vestidos de Feliciana, y por la puerta de la otra casa se pusieron con brevedad en casa de doña Estefanía, su amiga, que vivía cerca de allí. Volvió Horacio de su visita y previniendo al cochero, le mandó que pasase el coche á la puerta de la otra casa, donde se pensaba que estaría Feliciana. Llegó el

coche á ella, y entrándose por el jardín allá, la buscó en toda la casa y no la halló; llamó á su ama y preguntándole por la dama le dijo, que la había enviado á ver desde la ventana cuando volvía del convento y que de camino servía de espia por si sus primos viniesen.

Comenzó á afligirse el milanés, buscóla de nuevo, y visto que no parecía, resolvióse á preguntar á los vecinos si la habían visto salir. Fué en ocasión tan buena su salida, que nadie reparó en ella, conque no pudo informarse Horacio. Él que estaba en esto fuéle un criado á decir que preguntaban por él dos caballeros con dos ó tres criados que les acompañan. Pensóse Horacio que eran los primos de la dama, y temiendo una desdicha si venían por ella, no quiso aguardar á verse en tal lance y así, tomando una mula de las que eran para sus criados, se partió á Alcalá mandando que le siguiese el coche. Llegó á aquella antigua villa muerto de pena, no sabiendo qué se presumir de Feliciana, si se había ido por robarle, ó de miedo de sus primos. Como quiera que ello fué, él se quedó sin más de 2.000 escudos y lo gastado en vestidos, obligándole el robo á detenerse en Alcalá cuatro días y enviar á Madrid por dinero y hacer de nuevo diligencia si parecía la dama, no halló rastro de ella, y temiendo, creído que los primos le seguirían hasta Alcalá, se partió á Barcelona y allí se embarcó á su tierra, qui-

tándosele el amor de la fingida doña Blanca, la cual se quedó con lindas joyas y monedas, saliendo bien con su empresa.

Aprovechamiento deste discurso.

Porque no se arguya de los libros de entretenimiento que no tienen aprovechamiento para que se saque de ellos fruto, quiero deste discurso pasado decir lo que acerca de él se me ofrece.

En el dañoso consejo que ofreció la anciana á la viuda Teodora, nos amonesta cuánto debemos guardarnos de los que fueren de este género, conociendo el peligro dellos; en la resolución de Teodora para seguirle avisa de que con más cordura se miren las que tienen en su fin conocido peligro, exponiendo dos mujeres mozas á él, pudiendo inclinarlas á la virtud, pues viéndolas con ellos no les faltara más honesto empleo y más provechoso remedio; en haberse en Madrid conformado en la amistad con las que vivían en su casa, se advierte la elección que se debe hacer de las amistades para que no sean menoscabo de las honras; el ir á manifestarse á la Corte en la primera fiesta que se hacía en aquel monasterio, avisa cuánto se ofende á Dios con hacer sus templos lonjas de amorosos empleos, pues dice

El mismo que su casa lo es de oración, dando á entender que no ha de servir para otro efecto; en la muerte de don Fernando da escarmiento á los arrojados para que abstengan en sus cóleras, porque no les vengan los castigos como él le tuvo con muerte tan desgraciada; en el quedarse con sus bienes se amonesta cuánto nos debemos guardar de usurpar lo ajeno con poco temor de Dios; en el amor de Horacio, que nos debemos guardar de la ocasión para que, olvidados de nuestras obligaciones, no demos al traste con la hacienda y la reputación y lo peor es con el alma.

Estafa segunda.

El ver salir victoriosa á la astuta Feliciana de su empresa dió nuevos alientos á las confederadas en la estafante profesión para animarse á no ser menos que ella; y así la hermosa Luisa, que era á quien tocaba la segunda conquista, después de haberse asegurado bien, estando algunos días en Carabanchel Bajo (aldea cerca de Madrid), volvió á la corte, trayendo el coche (capa de estos embelecos) nueva cubierta, diferentes caballos y cochero, de suerte que en todo volvió desconocido á los ojos de los cortesanos.

Ya tenía la astuta Luisa mirado bien en quién había de ejecutar la presa, y así buscó casa en la calle que llaman del Sordo, donde supo que vivía un genovés rico y ya entrado en edad, que había poco llegara de Génova á Madrid á entrar con unos amigos suyos y deudos en unos asientos que se hacían con S. M.

Era este personaje viudo y algo verde de condición, muy servidor de damas, pero no muy liberal para lo que debe ser quien quiere parecer

airoso con ellas. Tenía coche, cuatro criados y un ama que le servían.

Enfrente de la posada de éste (cuyo nombre era César Antonio) tomó cuarto nuestra sevillana. Era el principal de ella con balcón á la calle; el traje con que quiso entrar fué de viuda, al modo de éstas que enjugan brevemente el llanto de sus difuntos esposos, y, mintiendo achaques, tripulan luego la bayeta del monjil, el anascote del manto y la holanda de las tocas, convirtiéndolo en gorguerán, tela de lustre y transparente cambray, no dejando en reclusión el cabello, sino sacándole con tufos por los lados y tal vez con algunos vivos que adornan el bien acicalado frontispicio de las viudas. De esta data se presentó la hermosa Luisa, quedando en tal traje apetitísima y sobremanera bella.

Habiendo, pues, hecho aderezar el cuarto conforme al estado que mentía, se fué á él en su coche con no poca autoridad, pues su madre le sirvió aquí de dueña, en compañía de la buena Bañuelos y su hermana (en diferentes paños) de doncella, con título de que había de pasar plaza de parienta suya; Mogrobejo, honestamente aliñado, iba al estribo del coche.

Con esta familia entró Luisa en su nuevo albergue en ocasión que el genovés estaba en un balcón de su casa mirándolo todo, y no poco deseoso de saber qué vecina se le iba á su calle. Paró el coche; apeáronse de él, y subiendo arri-

ba, lo primero que hizo la dama (que ha de ser el héroe de este discurso) fué salir al balcón y dejarse ver en él sin manto, muy descubiertamente, del genovés, que estaba hecho un Argos mirándola, pareciéndole no haber visto en su vida hermosura tan perfecta. Bien lo echaba de ver la astuta moza, mas hacía que no reparaba en él; miró á un lado y otro la calle y después, poniendo los ojos en el balcón del vecino, ocasionó con su vista que él la hiciese una gran cortesía de que tuvo correspondencia en la viuda, si bien dijo luego algo alto para que lo oyese:

—¡Jesús, y qué descuido ha sido tan grande el de no haber hecho poner aquí una celosía! No me pase de mañana sin que se ponga, que no es recato de mi estado y calidad ponerme tal vez á este balcón sin ella.

Aquí tomó ocasión el genovés para decirla:

—Lo que á v. m. le es tan conveniente, les está á sus vecinos muy mal, pues es darles la luz del sol con eclipse de rejas; y no me espanto, que él es tan hermoso que no merecemos su presencia, sólo nos quedará el contento de asistir cerca de su esfera, en que no me tengo por poco dichoso con tal vecindad.

Con una seña de besarse una blanca mano (que entonces sacó del guante) significó Luisa estimar el favor, y sin hablar palabra, haciendo al genovés una cortesía, se entró, dejándole rendido su belleza.

Aquella noche misma quiso saber del escudero, quién era su ama, y él (industriado en lo que había de decir por Teodora) le dijo ser una señora de Zaragoza, llamada doña Angela de Bolea, que había sido casada con un gran caballero de aquella ciudad; su venida á la Corte era aguardar á un hermano de su padre que venía de las Indias, riquísimo, el cual la había de hacer su heredera de todo cuanto traía, que serían más de 80.000 escudos, y que éste la socorría con más de 2.000 al año, por haber quedado pobre.

Creyólo todo el genovés, y confió que por la vecindad tendría entrada en su casa; envióla con el escudero un cortés recaudo, ofreciéndose con cuanto había en su casa, y que tendría á suma dicha valer algo para su servicio, á que se le respondieron agradecimientos corteses á su oferta. Con esto se alentó él á enviar de allí á dos días otro recaudo en que pidió licencia para visitarla; alcanzó de la dama su benaplácito, y lo mejor aliñado que pudo, acompañado de sus criados, le entró á hacer la visita. No halló menos apercibida á la fingida viuda, que, como su principal intento era tirar á granjearle la voluntad, estaba en todo con advertimiento.

Hallóla en su estrado de terciopelo negro, y cerca de él, en una alfombra negra, sus dos dueñas reverendísimas, de mantos, monjiles y tocas; en fin, todo muy en orden, para dar á entender la calidad que habían publicado. Si mucho se

pagó el genovés de lo hermoso de la dama, no lo quedó menos de lo razonado, que como era discreta, le mantuvo una larga hora de conversación muy entretenida, sazonada con gustosos chistes de que el genovés fué muy engolosinado y deseoso de volver otras veces. Pidióle licencia para esto, no la halló fácil en ella por saber con experiencia, que tiene más estima lo que más se desea, si bien no del todo le dejó descontento, diciéndole que ella tenía algunos deudos allí de su marido, y que por ellos no admitía el favor que la hacía, que eso había de ser de cuando en cuando, que asi estimaría ser visitada de él.

Con esto se despidió el caballero, prometiéndose que su buena vecindad la obligaría á más llaneza. Con esto la hacía algunos presentes de las nuevas frutas del tiempo, todo cosa poca y de poco valor, cosa que dió á la dama cuidado, conociéndole el fondo de miserable y le puso dudas de su empresa. Entre los criados que el genovés tenía, era uno español, natural de Toledo, que le había recibido allí porque era diestrísimo en la música y de gallarda voz, juntamente con una punta de poesía que le penetraba todo el cerebro: éste quiso que fuese el festejo de la hermosa Luisa, con airosos trozos que la cantase; y así una noche de verano, que vió á la dama en su balcón acompañada de su familia, quiso entretenerla con las gracias de Leonardo (que así se llamaba el músico), y habiéndole hecho poner en

el balcón de enfrente, después de haber templado su instrumento, cantó esta letra:

Las esmeraldas que al Tajo
la primavera le dió,
en sus márgenes le roba
del cano invierno el rigor.
Las verdes plantas que fueron
en su apacible sazón
tálamos de amantes aves,
quietud del vuelo veloz,
Ya sin la pompa de Abril,
en Diciembre helado son
cadáveres, ostentando
lo que el verdor animó.
Lauro (que en verlas renueva
los sucesos de su amor),
á la quietud de los campos
les dice en sonora voz:
La fortuna, el tiempo y amor,
tres enemigos terribles son.
¡Ay qué rigor, ay qué rigor!
No hay estado seguro de su condición;
que si el uno le trueca le ayudan los dos.
¡Ay qué rigor!

Hizo Leonardo ostentación á su sonora voz, al mismo tiempo que de sus versos, pues la letra que cantó era saya, que como patriota de Toledo, no se olvidó del caudaloso Tajo que le cerca con sus cristalinos muros. Con esta letra cantó otras de la misma data, que era tan presumido que no ponía en la guitarra tono que no fuese suyo; en

éste no venía á ser falta, por ser único en la música, pero en otros que tienen esta condición llevados de su fiducia más que de su ciencia, viene á ser ignorancia y poco conocimiento de las ventajas que les hacen otros ingenios de más fama, y así, si alguno de éstos llega á poseer oficio en alguna iglesia, les hace oir toda la vida una cosa á los capitulares de ella, con no pequeño enfado suyo, porque comer siempre de una vianda, aunque sea buena, enfada; ¿qué será si es desabrida?

Volviendo, pues, á nuestra música, ella fué á gusto de la señora viuda, que así se lo envió á decir esotro día con el escudero al vecino, con el cual él pidió licencia para verla y le fué concedida; en esta visita, nuestro amante, declarado ya por tal, ofreció montes de oro á la dama y prometió finezas. Oyóle muy falsa, atribuyéndolo á lisonja, lo que él la vendía por amor de veinticinco quilates, quisiera la dama que las obras lo dijeran y no veía orden, porque el genevés podía apostar al más avariento indiano. Con todo, aquella tarde la hizo un presente de guantes y abanicos, todo poca cantidad, que aun la ocasión del aire quiso dar limitada, librándolo en el puerto de Guadarrama, proveedor de los refrigerios del verano de Madrid.

Mucho se desanimaba Luisa de ver esto, y así quiso comenzar á desenvainar sus ocultas gracias, advirtiendo al vecino que le quería pagar una noche su música con otra, sin salir fuera

de su casa á buscar ningún músico; pensóse el genovés que era ella la que había de cantar, y así, acompañado de Leonardo, su criado, se puso en el balcón la noche que tuvo certeza que había de ser. En él aguardó á que su dama saliese, la cual, acompañada de sola Feliciana, con una bien encordada guitarra se pusieron á su balcón. Era ya tarde, que se aguardó á eso porque se atribuyese á recato, y con el silencio de la noche, quien primero le rompió fué la fingida viuda cantando así:

Ya la nieve de la sierra
se desataba en cristales,
y en dos márgenes de flores
arroyo les mira un valle.
Undosa cítara ostenta
en los agudos y graves,
su sonorosa armonía
siendo las guijas los trastes.
Con dulces coros la ayuda
la capilla de las aves,
al compás que el viento lleva
con las hojas de los sauces.
Miraba las aguas puras
Belisa en su verde margen,
y en su sonoro instrumento
dice rompiendo los aires:
«Arroyuelo que en campos de flores
con ondas de plata caminas libre,
dile á mi amor, dile
que Belisa amando, muere de firme.

»Arroyuelo transparente
que haces con dulce armonía
salvas á la aurora fría
en los balcones de Oriente,
si acaso vieras mi ausente,
con lengua de plata, dile
que Belisa amando, muere de firme.»

Acabó la dama con dulces pasos de garganta, en que hizo lucido alarde de su destreza, causando admiración á su amante, y mucho mayor á Leonardo, que como presumía en facultad, casi la reconoció ventaja en la voz, no en la destreza, que era tan desvanecido que al mismo Orfeo no se la diera. Aquietáronse un poco, y queriendo hacer la fiesta doble cantaron juntas las dos hermanas esta letra:

¡Ay, que en el valle me miran
unos ojos con dulce rigor;
con su ausencia me abraso de celos
con su vista me muero de amor!
De cualquier suerte es penar
quien amando ha de servir,
en ausencia con sentir
y en presencia con mirar.
Celos, á desesperar
inclinan mi cobardía,
y amor á seguir porfía
la causa de mi dolor.
Con su ausencia
me abraso de celos,
con su vista me muero de amor.

Quedaron los oyentes con esta graciosa letra cantada con tanta gracia y destreza por las dos hermanas, con notable suspensión, pareciéndoles no haber oído tal cosa en su vida. Así lo afirmó Leonardo, más morigerado con tan valiente desengaño, quedándole el consuelo para sí, de que entre los hombres, era el único en el orbe. Cerróse el balcón y recogiéronse en las dos casas á dormir con diferentes intentos, porque la hermosa Luisa, no era el suyo otro que aficionar al genovés, para encaminar su estafa en el modo que mejor se la ofreciese la ocasión; y el rendido amante, no ponía el cuidado en otra cosa sino cómo gozaría de la dama; que, á falta de juventud y gallardía, había de suplir ésto su dinero, cosa que guardaba mejor que el día más festivo del año. Emprendió Luisa dar un tiento á este inexpugnable varón con poca cosa; y así estando un día de visita con él, se oyó un ruido abajo entre Mogrobejo el escudero y otro hombre. Preguntó la dama qué era aquéllo, sabiéndolo mejor que nadie; fuele dicho que su escudero lo había con un criado del dueño de la casa que habitaba. Mandole subir, diciendo primero al genovés:

—Vuestra merced perdone mi curiosidad en averiguar esta rencilla, que no lo hiciera en presencia de otro que no fuera tan señor mío.

Estimó el galán que con él se usara aquella llaneza, juzgándole con lo dicho, por de la casa.

Subió con esto Mongrobejo muy colérico, y preguntada la causa de su enojo, oyó ser muy justo, pues, el criado del dueño de la casa, que venía á pedir el alquiler del cuarto, que se usa dar el año adelantado, quería subir á hablar en ello arriba, y porque le había impedido el hacerlo, era la reyerta, diciendo, que era excusa para negarse.

Mandóle subir la señora Luisa, y entró un mozo vestido como paje y buscado para hacer aquel papel, al cual, dijo la dama:

—Gentil hombre; dirá al señor su dueño, que ya veo la razón que tiene en pedir lo que ha un mes le había de haber dado, según es costumbre en la Corte; pero le aseguro que no me ha llegado un dinero que espero de Sevilla, y que al presente me hallo sin un real, y que le suplico me espere por ocho días, que si en ellos no viene, buscaré modo para que quede satisfecha su justa queja; y cuando otro día le dijesen que hay visita, crea que es así y no buscar causa para negarme.

Con esto se fué el supuesto sirviente y la dama se volvió al genovés, diciéndole:

—Prometo á v. m., señor César Antonio, que han sido tantos los gastos que estos días se me han ofrecido, que me traen corta de dinero de tal suerte, que no puedo pagar una miseria como son 1.000 reales del alquiler deste cuarto.

Bien entendió ella que esto bastaba para que liberalmente, el aficionado varón se ofreciera á

pagar por ella tan corta cantidad; más excusando el lance, dijo:

—Creo yo bien, mi señora, cuanto v. m. me dice, que estamos en tiempos tan trabajosos, que en las más gruesas haciendas vemos estas quiebras y por la mía, pasan cada día.

Picada quedó la dama de haber echado este virote al aire, y conoció en el sujeto conchas, y haber menester agudos arpones para penetrarlas. Moviéronse otras pláticas con que se acabó la visita, quedando en ella la dama, no poco descontenta con que la obligó á buscar otro medio para sacarle jugo á aquel pedernal Faraón.

Era nuestro Mogrobejo, único hombre en la pluma, y de tal facilidad en contrahacer cualquier letra, que no había en el orbe quien le exceda. A éste le encomendó la dama que procurase imitar la firma de algún genovés de Sevilla de los más conocidos, y que esto lo podría hacer, acudiendo á las casas de hombres de negocios, donde se despachan letras. Ofrecióse á servirla con puntualidad el viejo, sabiendo que de la victoria de estas conquistas tenía parte, como todos, en los despojos, y esto se lo facilitó ser de un cajero de un genovés que asistía en la Corte, muy amigo suyo desde su mocedad. Con éste se vió algunos días, en los cuales, asistiendo á su escritorio, vió despachar algunas letras entre las cuales tuvo atención á las de un poderoso genovés que estaba de asiento en Sevilla, cuyo nom-

bre era Carlos Grimaldo; deste la imitó con tanta propiedad, que de una á otra no había diferencia alguna. Vino con esto muy contento á casa y no lo estuvo menos la dama, pues, con tan buena ayuda le industrió en lo que había de hacer.

Aunque miserable el genovés amante, no dejó de conocer, que para galán y pretendiente de su vecina, había andado muy corto en no ofrecerla la cantidad que le venían á pedir por vía de empréstito, pues, cuando la perdiera, eso se aventuraba y no empeño de mayor cantidad, si es que había de seguir su martelo. Vió que era imposible enmendarlo, habiendo ya pasado después del lance, más de seis días, y así, esos estuvo sin ver á la dama, cosa que le puso en cuidado, por parecerle que se le había espantado la caza. Tomó, pues, un día el genovés un achaque para volver á la continuación de su martelo, y así una tarde, cerca de las oraciones, entró en su casa, pidiendo mil perdones de su ausencia. Comenzóle á dar quejas de su olvido la dama, y él á dar á ella disculpas de que forzosas ocupaciones le habían estorbado lo que era tan de su gusto, y que ya había determinado y comenzado á divertirse, yéndose á la comedia, por saber que se representaba en ella un entremés que había escrito su criado Leonardo, el cual venía muy contento por haberle parecido muy agudo y gracioso.

—¡Oh, quién le viera, dijo á este tiempo la

dama con mucho afecto, que de su buen ingenio me prometo que sería muy sazonado.

—Fácil es á v. m. cumplir su antojo, dijo él; porque la comedia que con él se hace, es del fénix del orbe Lope de Vega Carpio, intitulada *La ilustre fregona*, y es tal, que durará algunos días con lo bien que representa aquel papel la mayor cómica que ahora se conoce que es *Amarilis*; y así prevendré aposento donde v. m. la pueda ver mañana.

—¡Jesús, señor mío!, dijo la dama (no queriendo que pasase en cuenta de servicio aquél tan pequeño que la ofrecía), mi hábito no es para ver comedias.

—El embozo, replicó él, lo puede disimular, pues la edad no pide tanta reclusión.

—Aunque eso lo cubra, dijo ella, no me pondré en esos lances, si bien otras de menos años de viudez no miran en eso; pero yo debo reparar, porque aguardo á un tío que es muy escrupuloso en estas cosas y no quiero que halle fama de mí que ando en divertimientos.

—Vuesa merced lo mire, dijo el genovés con la cordura que es razón, pero si de un vecino se permite traerle por fiesta, la misma representación de amigos de Leonardo, yo quiero servir á v. m. con ello una noche sin que entre aquí otra persona más que yo, y las amigas que vuesa merced quiera.

—Aún eso, dijo la dama, podré aceptarlo,

como se cumpla con el rigor quo v. m. lo promete.

—Así se hará, dijo él, y se hará con brevedad; porque él lo tenía dispuesto de hacer con amigos suyos en una holgura, y lo podían hacer aquí mejor.

Con ésto se habló en otras materias, y por ser aquel día de estafeta de Andalucía, le pregunta la dama qué nuevas tenía de Sevilla; él dijo que no le escribían novedad alguna en aquel ordinario.

—A mí me ha venido esa carta, dijo ella, de un genovés que se corresponde con mi tío en Indias, que en esta ocasión la he estimado mucho; léala v. m., que quiero saber si le conoce y á la persona que él dirige una letra.

Tomó la carta de la mano de la dama, y esforzándose á leer sin antojos, por no confesar su edad en la presencia de la dama, dijo así:

«Por esperar en el navío de aviso nuevas más frescas del señor capitán Bolea, tío de v. m., he dilatado el hacer ésto; queda con salud y ya previniendo su partida; no escribe á v. m. por la ocupación, sólo me manda la libre 800 pesos en la persona para quien va esa letra; así lo hago, deseando en cosas de más importancia, servir á v. m., á quien guarde Dios muchos años, etc.,

Carlos Grimaldo.»

Dentro de la carta viene la letra que dice así:

«Pagará v. m. por esta primera, señor Juan Baustista Lomelín, á la señora doña Angela Bolea, asistente en esa corte, la cantidad de ocho mil reales en moneda doble á cuarenta días vista, por otros tantos recibidos aquí del capitán don Gonzalo Bolea, su tío, y póngalos v. m. á mi cuenta. Cristo con todos. En Sevilla á 12 de Septiembre de 1630.

Carlos Grimaldo.»

—El dueño de esta carta, dijo el genovés, es una persona muy conocida y caudalosa, y á quien viene la letra, lo es tanto como él.

—Basta que v. m. lo asegure, dijo la dama; ¿pero no es terrible rigor, señor César Antonio, venir á cuarenta días vista? ¿Qué tengo de hacer yo, pobre de mí, de aquí á que se cumplan, con mis forzosas obligaciones á que acudir?

Aquí le pareció al genovés que tenía lugar su oferta, sin daño de su dinero, por vía de empréstito, y así la dijo:

—A v. m. no le dé ningún cuidado esas dilaciones teniéndome á mi para servirla. ¿Qué se le ofrece á v. m. por ahora haber menester que la preste?

—Cuatro mil reales, dijo ella con no poca alegría viendo que el pez caía en el anzuelo.

—Pues véngase, Mogrobejo, mañana á casa,

que yo se los daré hasta que v. m. cobre su letra por entero.

Agradecióselo ella con muchas muestras de amor, el socorro que la hacía, y al volverle la letra al genovés, se dejó tomar de él la mano aunque con algún recato, cosa que le dejó transportado y con alientos de ofrecer toda la cantidad (sobre la letra se ha de entender).

Con esto se despidió de la dama, quedando ella contentísima de haberle salido bien aquel seguro lance, previniendo otro mayor en que dejarle estafado á su satisfacción. Quiso cumplir su palabra el enamorado César, es otro día yno aguardando á que Mogrobejo viniese, mandó contar el dinero en reales de á ocho segovianos y que Leonardo se los llevase, no cargando él con ellos, porque su presunción no lo permitía ni la profesión de poeta, que se llegase tan cerca de la moneda.

Agradeció la dama la puntualidad y más en venir con oferta de que aquella noche si gustaba, se le quería hacer la fiesta del entremés. Todo lo aceptó con mucho gusto y dejó con lo afable, más rendido al genovés, y á Leonardo alentado, para mostrarla las partes de su ingenio, así en la música como en la representación.

Quiso la señora Luisa que esta fiesta fuese aplaudida de damas, y así convidó á las dos amigas y á su madre, introducidas en la estafante profesión é interesadas en ella; y á prima noche vinieron en el coche y juntamente con ellas otras

amigas de aquel barrio, mozas y bizarras. Previnose la sala de luces y de pomo un brasero que exhalaba suavísimo olor, acomodándose en su estrado, y el genovés en una silla cerca de él, de donde podía hablar á su gusto con su dama. Púsoles silencio ver entrar tres músicos y entre ellos Leonardo, que con tres guitarras cantaron esta letra:

Duplicado sale el sol
en los hermosos zafiros
de la divina Gerarda
que hace estos campos Elíseos.
Regocijo muestra el prado
viendo que sus pies divinos,
con solo el tacto le aumentan
las violetas y los lirios,
Sonoras salvas la hacen
los pintados pajarillos,
cantando varios motetes
en los álamos y alisos.
Suspendía Manzanares
sus cristales fugitivos,
porque su rara hermosura
es para todos hechizo.
Olvidando los pastores
sus ganados y cortijos,
vienen á ver de beldad
un soberano prodigio.
En cuya presencia, Lauro,
(sujeto al rapaz Cupido),
templando el dulce instrumento
ésto en su alabanza dijo:

«Albricias, zagales,
que dos soles, alumbran el valle;
y las plantas se alegran,
las flores se esparcen
viendo que sale,
la que viene á ser dueña
de libertades.»

Cantaron esta letra con mucha gala y destreza, esmerándose Leonardo en hacer el tono porque la había escrito al propósito de haber venido nuestra doña Luisa de las riberas del Ebro á las de Manzanares; dieron gusto al auditorio, el cual esperó el entremés cuyo título era *El Comisario de Figuras:*

ENTREMÉS

DEL

COMISARIO DE FIGURAS

Salió el Comisario con vara alta y una ropa negra, herreruelo encima y gorra al uso, de terciopelo, y su huésped.

COM. Es esta comisión, huésped amigo,
del Nuncio de Toledo despachada
para ser con rigor ejecutada.
Abunda el golfo de esta Corte insigne

de tanta sabandija en sus honduras
que he venido á limpialla de figuras.
Yo salí á petición de los discretos
que se pudren de verlas, y á su costa
quitaré de Madrid esta langosta.

HUES. Tal se puede llamar seor comisario
plaga que ofende el español distrito,
y no fueron mayores las de Egipto.

COM. Yo imagino que nada diferencia
un hombre de figura acreditado
á otro en su locura confirmado,
y el castigarle por aqueste vicio
es de mi comisión el ejercicio.
Pero, ¿qué ruido es éste?
(*Entra un alguacil primero, con uno presumido de galán que trae en el sombrero muchas cintas, cabellos y favores.*)

HUES. ¿Hay tal exceso?

COM. Mis alguaciles traen algún preso.

ALG. 1.° Este galán en una esquina hallamos
que á un balcón estaba haciendo señas
donde había una mona con dos dueñas:
la mona, ejercitando las quijadas
y ellas á su labor atareadas.
Fuese de allí, más dos que le seguimos
á otro balcón, hacer lo mismo vimos
y en él con su temática porfía
con un alnafe á solas las habia:
da nota de figura en sus acciones
adornando de flores, de listones,
y de cintas y guantes el sombrero.

COM. Decidme, ¿sois galán ó buhonero?

GAL. Todo lo vengo á ser favorecido.

COM. Protofigura sois de este partido.
¿Que sombrero es aqueste, gran figura?
GAL. Un pregonero es de mi ventura.
COM. ¿Dónde habéis hecho tan fatal estrago?
¿Traeis estas veneras de Santiago?
GAL. De siete damas son, por mí rendidas.
COM. Bien empleadas pero mal perdidas.
¿Siete os quieren?
GAL. Y á todas digo amores.
COM. Hipocritón os juzgo de favores.
GAL. Todos tienen envidia á mi fortuna.
COM. Siete ostentáis y no tenéis ninguna,
caballero de alardes tan preciado
pues así de figura habèis jurado:
ponedle luego, y no se me alborote,
del Nuncio de Toledo el capirote.
GAL. ¿Cómo?
COM. No hay que *comer*, hombre importuno,
que de ahito os preciais, y andáis ayuno.
(*Aquí le pusieron un capirote de loco pajizo y carmesí y le metieron dentro y entró el alguacil segundo con el lindo.*)
ALG. 2.° Aquí viene otro preso.
COM. ¿En qué ha pecado?
Decidlo presto.
ALG. 2.° En lindo y confiado.
LIN. ¿No se me echa de ver en mi lindura?
COM. Que por el tranco sube hasta la altura
¿Quién os ha dicho á vos que sois tan lindo?
LIN. El efecto de ver á cuantas rindo;
pues con solo mostrar mi blanca mano
no dejo corazón libre ni sano.
COM. ¿Como os llamais?

LIN. Don Félix.
COM. ¡Qué belleza!
Figura sois del pie hasta la cabeza,
Ved lo que trae en esos dos bolsillos.
(*Míranle los bolsillos*)
ALG. 2.° Un papel de arrebol, peine y espejo.
LIN. Pues en verdad que vengo aun en bosquejo.
COM. Mostradme ese papel que se ha caido.
ALG. 2.° El da, de ser figura indicios llanos.
COM. Esta es receta de aderezar manos.
¿Usais mucho las mudas y sebillos,
blandurillas, pomada y vinagrillos?
LIN. De todo me aprovecho.
COM. Dame risa;
bien os podeis llamar, Doña Fenisa.
Mozo estáis, pues en vos cana no asoma
y ha mucho que pasó lo de Sodoma.
¿Enrizáis el cabello?
LIN. Y con algalia.
COM. Este huevo es pasado por Italia.
LIN. Por señas que conmigo traigo el bote.
COM. Figura al mar, ponedle el capirote.
(*Pónenle el capirote, y éntrase, sale otro Alguacil con una dama.*)
ALG. 1.° Esta dama á un espejo se miraba
diciéndose requiebros á sí misma.
DA. Es verdad que á mí mismasola quiero.
COM. Es figura á pagar de mi dinero.
Llegad acá, Narcisa de la legua;
almendra que de dos está preñada,
¿Cómo vivís de vos enamorada?
DA. Porque me veo en todo muy perfeta,
graciosa, bella, rica y tan discreta,

que si á lo más hermoso he de inclinarme,
yo lo soy y á mí propia debo amarme.

COM. Segura viviréis de compentencia
de temores, de celos y de ausencia.

DA. Así es verdad, por eso soy mi amante.

COM. ¿Háse visto locura semejante?
Sin duda que por vos, dijo el poeta:
«Traigo á mi pensamiento
siempre descalzo
porque no hallé la horma
de su zapato.»

DA. Es así, más no apruebe el Comisario,
que es bueno amar á un loco, á un temera-
[rio,
á un lindo, á un jugador, á un ignorante,
mi hermosura de porte tan brillante
que de ninguno ha sido competida.

COM. Archifigura es la presumida.
¿Aseguráos el tiempo apresurado
que no tendréis lo fresco acecinado?

DA. No.

COM. Pues caed, señora, en vuestra cuenta
que os faltará la sal y aun la pimienta.
Caed de vuestro entono, ved que os daña.

DA. Caiga la gran Princesa de Bretaña
que no he de dar caída que se note.

COM. Figura al Nuncio; dénla capirote.

DA. ¿Capirote?

COM. Es buen traje aunque bisoño;
guárdenle siempre su decoro al moño.
(*Pónenla capirote y vase; sale Alguacil segundo y el poeta prestado.*)

HUES. Otra figura en corro.

ALG. 2.° Viene preso
por querer ser poeta de prestado,
y es mendigo de versos declarado.
COM. ¿Poeta sois don Ganso?
POET. Sí.
COM. ¿A qué efeto?
POET. Sólo por pasar plaza de discreto.
De limosna me valen los poetas
para justas poéticas.
COM. ¡Qué tretas!
¿Y si fuese el poeta un ignorante,
es bien ser de ignorancias mendicante?
Apolo de hombres tales forma quejas
pues con plumas prestadas son cornejas.
POET. Yo vivo en este error.
COM. Ved que es mancilla
Que pretendáis ser loco por tablilla.
POET. Poeta pienso ser.
COM. De paso y trote
Figura al Nuncio; dadle capirote.
POET. ¿Qué es ésto?
COM. Esté con grillos y cadenas,
pues quiere ser bribón de obras ajenas.
(*Pónenle capirote; llévanle y sale el Alguacil primero con otro preso que es el preciado caballero.*)
ALG. 1.° De caballero superior á todos
se precia mucho el que traemos preso.
COM. ¿Y cuántos son los coronistas de eso?
CAB. Yo solo, y basto.
COM. Al basto no me allano:
otros lo han de decir, no vos, hermano.
¿Cómo, os llamais?

CAB. Don Singular.
COM. Condeno
el nombre; para Fénix era bueno.
CAB. Desciendo de Pelayo y de Favila.
COM. El solar es antiguo, que es de godos.
CAB. Por eso quiero preferirme á todos.
COM. ¿Andáis en coche sólo?
CAB. Día y noche.
COM. ¡Quién os pusiera fuego á vos y al coche!
Pasaréis en eternos soliloquios;
caballero mental os considero,
¿tendréis también durezas de sombrero?
CAB. Gorra fija poseo, con los títulos
me porto de merced.
COM. ¿Y con los grandes
CAB. Llámoles señoría ó no les hablo.
COM. No sólo sois figura, sois retablo.
CAB. ¡Hola! Tengo yo muy altivo mi cogote.
COM. Figura al Nuncio; dadle capirote.
(*Pónenle capirote; váse, sale Alguacil segundo con un poeta culto.*)
ALG. 2.° Este traemos preso por poeta
de estos que llaman *cultos;* tuve aviso
del barrio en que vivía, y en efeto,
le he cogido escribiendo este soneto.
(*Dále un papel.*)
COM. Si en estos hacéis presa, tengo miedo
que quepan en el Nuncio de Toledo.
Veamos el soneto, así empezaba:
Lea. «Bella difusa no, sí luz algente
á paranconizar la que pulula
crepusculante aurora se vincula
diviciosa en celajes, sí esplendente»

COM. ¡Figura, figurón y figurísima;
figura de figuras sin cimientos,
que es lo mismo decir, cuento de cuentos.
¿Escribes en el limbo ó en el infierno,
que con lo obscuro das tormento eterno!

CULTO. Esta de mi capricho culta ciencia
vulgar no admite pedantina plebe.

COM. ¿Qué pedantina? ¡Belcebú te lleve!
Ministros figurosos, yo os advierto
que de esta gente no toméis memoria.

ALG. 1.° ¿Por qué?

COM. Por no cargar con tanta escoria,
y al gasto no poner añadiduras.

ALG. 2.° Y aun despoblar la Corte de figuras.

COM. Pague aqueste por todos el escote.

CULTO. ¿Cómo, cómo?

COM. Ponedle capirote.
(*Pónenle capirotc y llévánle dentro.*)

ALG. 1.° De más figuras esta lista abunda.

COM. Bien la podéis dejar para otro día,
que me canso con tal figurería.
(*Entra el alguacil 2.°*)

ALG. 2.° De parte de los discretos,
señor Comisario vienen,
para divertirse un rato,
á ofrecer un baile alegre.

COM. Agradezco su cuidado;
entren en buen hora, entren. (*Vase.*)

ALG. 1.° Los músicos han salido.

COM. Ea, el regocijo empiece.

Salieron á este tiempo tres músicos, dos mujeres airosamente vestidas, con sombreros ador-

nados de plumas blancas, y con ellas dos bailarines bien aderezados, y con plumas, y comenzaron este baile:

Figuras de varios temas
los que de serlo os precíais
para ser nota de todos
y risa en todo el lugar.
Advertid, atended y mirad,
que un Comisario ha venido
por juez de este partido,
que á Toledo os pretende llevar.
Los que el frenesí moderno
para cansarnos usáis,
sin corrección que os enmiende
ese necio delirar.
Advertid, atended, *etc.*
Yo conozco figuras
á muchos mozos,
que si dejan de serlo
vivirán poco.
De figuras abunda
la Corte, niña,
unas son de presa
y otras de pinta.

Hicieron el breve baile con muy buen concierto, airosos lazos y excelentes vueltas, con que se acabó la fiesta, quedando el auditorio de las damas muy gustoso, así de él cómo del entremés. No quiso perder el que le escribió, la gloria de las alabanzas, y así salió á oirlas de todas aquellas damas, en particular de doña Luisa, que se

celebró con notables exageraciones, con que quedó nuestro poeta, vanísimo y alentado para mayores desvelos, que era dar fin á una comedia que estaba escribiendo, á quien daba título de *La dama sierpe.*

El se pensaba que por lo extraordinario se la habían de pagar los actores muy bien, y engañábase, que no había cosa más vista en la Corte que damas sierpes, que lo pudieran ser en un retablo de San Jorge.

Acabada la fiesta, el genovés (que tomó por su cuenta el regalar á los cómicos) los hizo llevar á su casa, donde con una buena colación salieron de allí muy agradecidos y contentos. Desde entonces quedó César muy adelante en la gracia de la dama, pues era favorecido de ella con los lícitos favores que eran permitidos, cosa que le daba esperanza para alcanzarlos mayores.

Habían las dos hermanas y las vecinas, juntamente con sus criadas, estudiado una comedia, cuando vivían en la calle del Príncipe, la cual, al tiempo de hacerse, no tuvo efecto por la desgraciada muerte de don Fernando, galán de doña Luisa, y con la ocasión de haber visto este entremés, quisieron hacerla; concertóse, pues, la noche de la fiesta, que para de allí á ocho días con dos ensayes se hiciese en aquella misma sala. Volvieron á ver los papeles, ya todo prevenido, así de gala como de lo demás necesario, dieron aviso de ello al genovés, permitiéndole

que él solo, con Leonardo y otros dos músicos, pudiesen hallarse en la fiesta. Estimólo muchísimo, y más sabiendo que su dama representaba vestida de hombre, que era la comedia *La tercera de sí misma*, (1), y ella hacía el principal papel della.

Llegóse el día de la fiesta, y juntas las amigas y otras que para ellas se convidaban; cuando todas aguardaban al genovés, vino Leonardo á decirlas que por orden del presidente del Consejo de Hacienda, había sido llamado para acabar de efectuar unos asientos con su majestad, á que había venido desde Génova, y que así era forzoso asistir á ellos con no poca pena, por perder tan buen rato, que á él le enviaba con otros dos amigos para que les ayudasen en la fiesta. Mostró doña Luisa pesar de su ocupación, pero no le estuvo mal haberla tenido, como adelante veremos.

La comedia se representó muy bien, y todas hicieron sus papeles excelentemente adornadas sus personas con lucidas galas, hasta Mogrobejo hizo un papel de barba con la que él se tenía muy autorizado, que era hombre de muy buen humor.

Ya que la comedia era acabada y estaban todas las damas en su primer traje, vino César apenadísimo de no haberse hallado en ella. Exa-

(1) Comedia del Doctor Mira de Amescua.

geróle Leonardo lo bien que todos habían representado, y en particular su dama, que con el vestido de hombre parecía un serafín y la más airosa cosa que había visto en su vida. De nuevo sintió el genovés su ocupación, y estaba que se pelaba las barbas de pesar.

Mostró Luisa grandes sentimientos de que no hubiese venido, una vez que ella se disponía á salir de su recato por darle gusto y haber de asistir á verlas. De nuevo refirió la precisa ocupación que lo había estorbado, y entre las damas se trató que para sólo darle gusto á él se volviese á hacer la comedia para de allí á ocho días, en la quinta del Condestable, haciéndole á él el dueño de esta fiesta, porque supiese que el gasto había de correr por su cuenta. El se ofreció á que les daría comida y merienda muy abundante, yéndose á la holgura desde por la mañana. Así quedó concertado, advirtiendo doña Luisa á su galán que le hiciese un vestido para representar, que con el que había salido era de persona más abultada y salía á disgusto con él; asimismo le mandó buscar joyas de botones, cintillos, cadenas y sortijas, y otro vestido de dama para salir antes que se mudase de hombre. Todo lo aceptó el ya rendido genovés, y echaba á un lado la miseria; que esto puede el amor. Aquí fundó Luisa su estafa avisando á su madre y amigas de lo que habían de hacer.

El genovés no podía ir á la quinta hasta salir

del Consejo de Hacienda, donde asistía todos los días, y advirtió que eso no estorbaba el acudir allí al medio día. Con esto mandó prevenir lo necesario para la fiesta de comida y dulces, é ir allá sus criados á aderezar una sala con colgaduras y otras con camas por si quisieren reposar las damas.

Dos días antes del concertado llevó el amante genovés á su dama un vestido de mujer de tabí azul y plata, muy guarnecido de alamares y pasamanos que había mandado hacer para ella, y otro de raso negro, bordado de oro de canutillo para vestirse de hombre, para los cuales le habían tomado las medidas y obrádose con mucha prisa y costa, como se hace en estas ocasiones en Madrid; junto con esto, la llevó ricas joyas de botones, cintillo, cadena y rosa del sombrero, todo con diamantes. Con esto, se mostró Luisa tan agradecida, que le dió esperanzas que en la quinta alcanzaría el último favor que deseaba, con que el genovés quedó loco de contento.

En los dos días que faltaban para el de la fiesta, no se había descuidado la astuta Teodora, madre de la héroe de este discurso, que esas noches algo tarde dispuso que se se llevase cuanto había en casa á parte donde estuviese oculto, para hacer á su salvo su hecho. Llegóse el día de la fiesta, y ese, antes de amanecer, ya los criados de César estaban en la quinta previniendo lo que era menester.

El genovés acudió á su Consejo, yendo á él en un macho andador para acudir, en saliendo allí, á la quinta con brevedad.

Teodora, sus hijas, Bañuelos y Mogrobejo, se pusieron en su coche, y en vez de salir por la calle de Alcalá á la prevenida fiesta, con las galas y joyas del genovés, acudieron á la custodia de ellas y á ponerse en salvo, en una casilla de los barrios de Santa Bárbara, donde, en diferente traje, se ostentaron á la vecindad, mudando luego Mogrobejo el encerado al coche y ocultando los caballos en parte secreta.

Las dos hermanas amigas ya estaban también en salvo con nuevo disfraz, ellas y su madre, hasta que de allí á ocho días se fueron las unas á Illescas y las otras á Valdemoro.

Volvamos á nuestro galán, que habiendo salido del Consejo y acompañado al Presidente hasta su casa, desde allí tomó el camino de la quinta. Llegó á ella alborozadísimo con el buen día que esperaba tener, y no halló más que á solos sus criados y otros tres cocineros que había enviado á guisar la comida. Preguntó por las damas, y dijéronle como aun no habían llegado. Alteróse César sumamente de oir esto, pareciéndole que alguna desgracia les había sucedido, y eso habría sido causa de no haber llegado, y con este sobresalto tornó á ponerse en el macho y volvió á Madrid y á su casa, en la cual halló cerrado el cuarto, é informándose de los vecinos de abajo

supo como habían visto que habían salido en el coche toda la familia; pensóse que habrían ido por las amigas y quiso informarse de donde vivían, pero no halló razón de esto, con lo cual le pareció volverse á la quinta lleno de mil imaginaciones. En ella sólo halló los mismos que había dejado, con las nuevas de no haber llegado allí las damas, más de que un correo de á pie, les había allí dejado una carta para él, que por no haberle hallado en casa y saber que había venido á la quinta le vino á ella á buscar. Apeóse César todo confuso y sentándose en una silla, abrió la carta, lleno de mil temores que decía de esta suerte:

«Señor César Antonio:

No pongáis cuidado (si lo podeis acabar con vuestra condición) en saber de vuestras vecinas que ellas están en parte donde no se podrán hallar y le irá mal á quien hiciere diligencia en saberlo: esto se os avisa, y del lobo, un pelo, etcétera.»

Quedó el genovés con esto muerto. Decía cosas que parecía estar fuera de juicio, viendo su gasto perdido, sus joyas hurtadas y sus esperanzas muertas. Entróse en su coche en compañía de sus criados y volvió á Madrid, hecho un tigre, pensando que tanta gente era imposible ocultarse en la Corte, y más con coche; no se persuadía á que la viuda fuese mujer de mal trato,

con haber visto el desengaño en la carta que se pensaba que por hacerle burla había sido todo ó por no cumplir sus esperanzas. Al fin él llegó á Madrid y esperó en su casa á que llegase la noche por ver si venía á la suya su viuda; vió que no le pasaba por el pensamiento; informóse de los de la casa, donde vivía el propietario de ella; fué á verse con él, de quien supo que aquella mañana le enviaron las llaves del cuarto, y pues no era cumplido el tiempo, pusiese cédulas para si había quien por cuenta suya se alquilase, que la dama se ausentaba á Toledo por algún tiempo á negocio forzoso. De aquí se fué á ver con el genovés para quien había venido la letra de Sevilla, supo de él que aún no se la habían llevado á aceptar, por donde conoció que todo se había hecho para engañarle. Con no poca pena, dió cuenta á un alcalde del suceso, el cual hizo por su persona y por la de algunos alguaciles de corte sus diligencias y todas fueron en balde, pues ningún rastro se pudo hallar, con que quedó el pobre amante hecho una mona y estafado, expuesto á que sintiesen en él ligereza sus amigos en materia de sensualidad, pues se dejaba ver que quien tan liberalmente daba, que amor tenía. Finalmente, él se quedó sin cuatro mil reales perdidos, los vestidos y las joyas, que todo valía más de dos mil escudos. Algunos días se pasó con esperanzas de cobrar lo perdido, que sería tiempo de dos meses, al fin de los cuales se hubo que

partir á Génova, por saber que un hijo suyo, el mayor, estaba enfermo y muy de peligro. Con esto dejó la Corte, de la cual no se le olvidó todo el tiempo que vivió por la pesada burla que en ella le hicieron.

Aprovechamiento del pasado discurso.

En la determinación de doña Luisa con tanta autoridad se reprende á las que con tales disfraces hacen semejantes engaños, que es causa para que los poco prácticos en la Corte tengan á muchos por personas de su profesión. En el vestir la viudez con gala, se amonesta á las que esto hacen cuanto yerran, pues la verdadera viudez siempre ha de andar vestida de la honestidad y no relajada con traje indecente á tal estado. El enamorarse César en tal edad, da escarmiento á los ancianos para que se abstengan de hacer esto, pues no hay cosa tan oculta que al cabo no se publique.

El desenfado de representar en diferente hábito, fué siempre reprobado, pues sólo sirve de anzuelo á las voluntades y motivo de lascivos pensamientos.

Finalmente, la estafa amenaza peligro á las que tal intentan, como le temieron estas mujeres, pues si fueran halladas las castigaran muy severamente.

Estafa tercera.

De la manera que los nuevos sucesos de las conquistas animan á los soldados para emprender las más peligrosas, así dieron aliento las dos presas de Feliciana y Luisa á las otras dos hermanas y amigas suyas, para atreverse cada una á intentar su estafa por no ser menos que ellas.

Tocábale á doña Constanza, la mayor de las dos hijas de la anciana doña Estafanía, la estafa tercera, para la cual la ofrecieron las amigas todo su favor, y en principal lugar el coche, que era el *tu autem* de la fiesta.

Estaban (como he dicho) las sevillanas en Valdemoro y las otras en Illescas, allí se juntaron los dos coros de garduñas; y Constanza, alentada para su empresa, dejó su compañía, y con solo la de la anciana Bañuelos y de Mogrobejo se metió en el coche que, mudado de cubierta y de caballos y cochero, pudo entrar en Madrid sin refrescar memorias de haberse visto jamás pasear sus calles: tal es la confusión de la Corte.

Mogrobejo no se descuidó, que para no ser co-

nocido, acortó la barba y púsose unos venerables anteojos con que disimuló la fachada; con esto y un carro de ajuar, entraron en Madrid llevando ya Constanza elegida la persona con quien las había de haber, sin intervenir de por medio hechizo amoroso ni otro embeleco semejante, fundándose en haber conocido el sujeto del que iba á estafar. Tomó cuarto en los barrios de la Merced, de donde, en su coche, había de salir á hacer su presa. El traje que eligió para emprenderla fué el mismo que doña Luisa, si bien con más honesto modo, pues aquí había de lucir más la hipocresía que la gala, y así se valió de los adornos de viuda de su madre, como eran estrado y colgaduras. Puesta su casa en forma, dió principio á su engaño de esta suerte.

Tenía el curato de una de las más ricas parroquias de la Corte (que no se nombra cual es) un docto sacerdote, doctor en la sagrada Teología, cuyo nombre también se calla; bastará que le nombremos con los nombres de doctor ó cura para la inteligencia de este discurso. A este personaje le habían dado este cargo por sus méritos y letras, sacándole de la Mancha (de donde era natural) para Madrid.

No vino desnudo á la posesión del curato, porque de su patrimonio él tenía renta, sin más de 1.000 escudos de pensiones que le pagaban dos obispos, y así con esto, como con la renta de cura, pasaba con más de 3.000 escudos en el

mejor lugar del mundo; sólo era hombre que no pecaba en pródigo; no vió el orbe más avariento sujeto desde que la avaricia se introdujo en él.

En esto fundó nuestra estafadora dama su capricho; la familia del cura se cifraba en una hermana doncella que se le iba pasando la sazón de casarse y no le llegaba la del ser religiosa por no disponerlo el señor doctor; una ama, un estudiante que le acompañaba, y aunque era anejo á esto, una mula la excusaba con tener posada cerca de su iglesia y no ser muy amigo de salir por la Corte, ocupado en sus estudios.

Ya hemos dicho la persona que ha de padecer en esta oración; volvamos á la agente, que era doña Constanza; ésta, muy reverenda de tocas y monjil, salió un día á misa á la parroquia de este cura, acompañada de su dueña y escudero; oyó allí misa y luego salió á un cementerio que tiene la iglesia y paseole con la vista con mucha atención razonando con su escudero; hallóse en esta ocasión el padre cura en la iglesia y notó con curiosidad lo que vió hacer á la viuda, si bien por entonces no quiso inquirir de ella qué era lo que con tanta atención miraba. Púsose en el coche, y volvióse á casa contenta de esta diligencia. Al día siguiente volvió á hacer la misma estación al cementerio, donde con más detención estuvo mirando; más hizo á Mogrobejo que midiese á pies una parte. Todo lo miraba atento el cura, ya con más deseo de saber con qué inten-

ción se hacían aquellas trazas y mensuras, y para informarse mejor salió adonde estaba la señora, con quien se hizo encontradizo, diciendo:

—Ayer y hoy he visto á v. m. en nuestra iglesia y que con mucho cuidado mira nuestros sitios; y como cura de ella he salido á besar sus manos y á saber qué nos manda y en qué la podemos servir.

Ya tenía la fingida viuda en campo al que había de ser despojo de su victoria, y así, con no poca gravedad, le dijo:

—Huélgome mucho, señor mío, que v. m. sea la principal persona de esta iglesia, que como aficionada á su glorioso santo, he venido á ella á ver si en su sitio hay capacidad para ejecutar mi intento. Vamos ó la iglesia, y v. m. lo sabrá más despacio de mí.

Acompañóla el cura hasta una capilla, donde en un estrado que en ella había se sentó y el cura en una silla, cerca del que servía de asistir en ella á los que confesaba. Después de sosegarse un rato, con un fingido suspiro, dijo la disimulada harpía ansí:

—Yo, señor mío, soy natural de Sevilla: allí nací de nobles padres, con el apellido de Monsalve. Mi padre se llamó don Lope de Monsalve, mi madre doña Mencía de Saavedra, y á mí, única hija suya, me llaman doña Rufina de Monsalve y Saavedra; quedé muy niña falta de la compañía de mi madre, por llevársela Dios á

yor, y viendo ser cosa qué tan bien le estaría, procuró hacer de modo que no se le fuese aquel pez, determinando hacer cuanto pudiera, así de agasajos, como de favores, para que la determinación de la fingida viuda no se mudase de su iglesia; y así, con afable semblante la facilitó mucho, que allí saldría mejor que en otra parte con su intención y que él la allanaría todas las dificultades que se ofreciesen, y desde luego quiso mostrarla por dónde se daría la salida desde la iglesia á la capilla; y así, los dos lo vieron y trazaron, y volviendo á salir al cementerio, vieron que había en él capacidad para muy grande capilla; con esto la señora viuda, le dió palabra que allí se haría, diciendo al cura que en su persona había visto partes para prometerse de ella grande alivio y ayuda en lo que quería hacer, y que siendo así, no lo perdería de ella, pues á nadie podía nombrar mejor que á él por capellán mayor, siendo un hombre docto y de tantas letras.

Quedó con esto el padre cura loco de contento, y no tenía razones con qué agradecer á la viuda la merced que le ofrecía; supo su posada, y desde aquel día la frecuentó, visitándola siempre y regalándola, y asimismo hizo que su hermana la visitase, á quien la astuta Constanza agasajó mucho y dió de merendar aquel día. En este tiempo no se dormía el entendimiento de la harpía, procurando fundar su estafa sobre buenos

cimientos; lo primero que hizo fué mostrar al Cura el testamento de su esposo, que ella hizo escribir á su modo, de suerte que confirmase con lo que había dicho.

Como al deseoso Cura no vía la hora de ver comenzada la obra, dijo que si quería que buscase maestro para darla [principio]; ella le dijo que ya los tenía buscados, pues habiendo visto en Toledo en algunos templos, excelentes capillas labradas á lo moderno, se informó de los que las habían obrado y la dijeron que estaban en la ciudad, y á los cuales había hablado y esperaba brevemente á uno para concertarse, contentándole una buena traza. Con esto el Cura habló al mayordomo de la iglesia, y concertando el sitio del cementerio, sólo aguardaba la venida del albañil; en tanto el Cura no dejaba de ir cada día á ver á su patrona, que así la llamaba ya, y de hacerla regalos saliendo de su condición (por ser sumamente avaro), mas como pensaba sacar interés, daba por recibir.

Quiso un día la fingida viuda visitar á la hermana del Cura por pagarle la visita, y así un domingo por la tarde, fué con todo su coche, dueña y escudero á verla; fué recibida del Cura y de su hermana con muestras de mucho amor, donde pasó la tarde muy entretenida y mejor merendada; porque el Cura echó aquí el resto.

Cerraba ya la noche y queríase ir cuando el Cura entró á decir que pues había venido á hacer

la merced á su hermana, en aquel día podí
tener un par de horas de divertimiento, que n
las perdiese, asegurándola que en su vida lo ten
dría mejor, gozándose de oir los mejores músico
y poetas de la Corte, porque en su casa se hacía
las academias, como un poco aficionado á la
musas.

No quiso doña Constanza dejar de aceptar e
ofrecimiento que le hacía, aunque le antepus
su hábito y recato; esto allanó el señor cura, di
ciéndola que desde un aposento lo vería todo de
trás de una celosía, sin ser vista ella ni su herm
na de nadie; con esto las llevó al dicho aposent
el cual tenía una ventana que caía á una sala, cu
bierta con una celosía, de allí vieron esta sala
curiosamente aderezada de cuadros de paisaje
de valiente pincel, y, asimismo, muchos ramo
llenos de curiosas flores y mascaroncillos d
pasta, puesto todo con tal orden y concierto, qu
lisonjeaba los ojos. En el tope de la sala estaba
tres sillas, detrás de un bufete, en que habí
aderezo de escribir; había ya cerrado la noch
y comenzaron á encender luces alrededor de l
sala (pues estaba cercada de candeleros plateados
y en medio de ella un candelero en que se in
cluían veinte; todos se ocuparon de bujías d
cera blanca, gasto que hacía nuestro cura, qu
era excepción de regla. En breve tiempo se llen
la sala de poetas, de músicos y de los mayore
señores de la Corte, no faltando algunas dama

que de embozo quisieron gozar de aquel buen rato por acreditarse de buenos gustos. Todos ocuparon sus asientos porque ya sabían los que les tocaban de otras puntas. Comenzó la música á prevenir el silencio, y así, á cuatro coros, cantaron primorosos tonos en bien escritas letras por los mismos académicos; acabada la música, que duró un buen rato, el presidente de la academia, que era Belardo Visorrey del Parnaso, viceprotector de las Nueve hermanas y el Fénix de la poesía, (1), asistiendo en el asiento principal de las tres sillas, y á su lado derecho el fiscal, y al izquierdo el secretario de aquella junta, mandó comenzar á leer versos de los asuntos que se habían repartido la academia pasada, que habían sido ocho días antes. Tenía todos los papeles de los poetas el secretario, y el primero que dió á que se leyese, fué uno del poeta Moncayo, insigne sujeto en la Corte y venerado por sus doctos escritos; tomóle su dueño, y en alta voz dijo así:

(1) Indudablemente describe aquí Castillo una de las Academias literarias de la corte, á que asistió varios años y alude á Lope de Vega, que algunas veces fué presidente de ellas.

MONCAYO

A un candil que, juntamente, era reloj de muestra.

SONETO

Tú que animado en breves resplandores,
ardes, nocturno sol de desengaños,
tú que las horas muestras á mis años
(¡oh, así como las muestras las mejores!)
Cuenta también la edad de tus ardores
que solicitan trémulos tus daños,
mide esos instantes tus engaños,
que efímeras hay llamas, como flores.
Pronto verás lo que el lucirte cuesta,
que á un paso más que dés, fábula miras,
cuanta verdad de luz me persuades.
¡oh, cargo á mis horrores, sin respuesta,
que siglo se prometen las mentiras
cuando son tan caducas las verdades!

Notablemente suspendió al auditorio el soneto de Moncayo que, como de tan agudo ingenio, se había prometido lo que después oyó; hiciéronsele volver á leer más despacio, causando la segunda vez tanta admiración como la primera, con que su autor se dió por bien premiado del cuidado que puso en escribirle.

El segundo asunto le tocó á Bartelio, que fueron cuatro décimas; tomó el papel y leyó:

BARTELIO

A una dama que ofreciéndola su galán imposibles en su servicio, ella le pidió que la olvidase.

DÉCIMAS

Imposibles, liberal,
te ofrezco Isbella, que amor
quiso obligar tu rigor
por diminuir mi mal;
efecto fué desigual
ofenderme al obligarte,
al que es tuyo por amarte,
viviendo en tí como quiere
tu rigor, que cuando muere,
sea tuyo para obligarte.
Si amor, por merecimiento,
de la belleza se arguye,
ó por estrella que influye
el mismo en el pensamiento,
¿cómo seguiré tu intento,
cuando en el rigor que ofreces
un imposible apeteces?
Pues para olvidarte, Isbella,
he de vencer á mi estrella
ó negar lo que mereces.
Si amor es una pasión
que vencer el alma trata,
y ella lo que ama retrata
con una fiel impresión,

¿cómo podrá la razón,
sin que mude de alma, hacer
que te deje de querer?
Pues que la tienes, procura
borrar allá tu hermosura
ó dejarla de ofender.
Amor por mi cortesano
imposibles prometía,
sin ver que dios ofrecía
lo que ha de cumplir humano;
si al rendirme fué tirano,
violentando mi sosiego,
temple tu rigor mi ruego,
pues que puede disculparme
(quien es tirano en prendarme)
que fué al ofrecerte ciego.

Fueron desgraciadas estas décimas, siendo tan buenas en leerse después del soneto pasado, porque llevaban más aplauso; con todo, se solemnizaron, dando lugar á que el cuarto *(sic)* asunto se diese á Lisardo.

LISARDO

A una dama que, llamándose Constanza, era mudable.

LIRAS

Ayer, Constanza hermosa,
tu amor creí con necia confianza
y hoy hallé tan dudosa

mi gloria, cuanto cierta tu mudanza,
conociendo, advertido,
que á espaldas de tu amor vive tu olvido.
Antes en mi deseo
admitido me ví que enamorado,
y confuso me veo,
aun antes que admitido despreciado;
mujer fuiste en amarme
y dos veces mujer en olvidarme.
Si admiración deseas,
siendo firme serás más admirable
ó tan bella no seas
ó no seas, Constanza, tan mudable,
que en mi agravio han tenido
una mano tu amor, otra tu olvido.
Ya que á ti no te imitas,
no adornes tu firmeza de despojos;
ser tu fe no permitas
firme al oído, frágil á los ojos;
facilidad te aclama,
el nombre oculta, pues tu ser inflama.
Busca otro nuevo dueño
verasme más contento que envidioso;
haz de tu amor empeño,
estaré más ufano que celoso,
que tus locos desvelos
tomaron la venganza de mis celos.
Porque yo, agradecido,
si lloro el mal, no temo el desengaño,
pero él inadvertido
siendo tan cierto no previene el daño,
y tú, fácil por horas,
mañana has de olvidar lo que hoy adoras.

Aquí hicieron pausa los papeles, después de solemnizar éste mucho, porque la música divirtiese otro rato; cantaron una letra y después de ella, el secretario dijo en alta voz:

A Lisandro se le repartió la Academia pasada que trajese escrita la fábula de Acteón; he sabido que está indispuesto, pero por ella (en otro papel que me han dado sin nombre) hallo escrita la misma fábula y viene remitida á mí que la lea. Diole licencia el presidente para ello y así rompió el silencio:

FÁBULA DE ACTEÓN

Sangre esmaltaba de fieras
de Beocia en la región,
las peñas del monte sacro
ara del libero Dios.
Donde el hijo de Aristeo,
y viznieto de Agenor,
fué en arte venatoria
discípulo de Chirón.
Y donde fortuna un día
victoriosas huestes vió,
de su venablo el acero,
de sus brazos el valor.
En él á su honesto empleo
puso ociosa intermisión,
esperando de la aurora
siguiente aliento y favor.
Silencio á cincuenta canes,
el tiempo entonces prestó,

porque Acteón en su carrera
latidos daba el menor.

Del monte en la falda yace
amena selva que el sol
con opaca sombra hurta
del sitio la posesión.

Caverna su seno ocupa
donde sin arte labró
la sutil naturaleza,
ó bóveda ó pabellón.

Y el que en las vidas impera
de artificiosa labor,
órgano de plata, en que hace
pulsando unas guijas son.

Allí con su casto coro,
á dar riqueza y valor.
Diana á las claras linfas,
sudando aljófar llegó.

Las flechas, aljaba y arco
dió á una ninfa, y otras dos,
la escondida de sus galas,
descubrieron perfección.

Otras en urnas vestían,
sobre ella, cristal veloz,
que á su bulto de alabastro
fué manto de resplandor.

Cuando en el sagrado oculto
inadvertido garzón
dió asaltos á su descuido
y á su venganza temor.

De las ninfas voces tristes
en tan desnuda ocasión,

le hallaron sordo, aunque ciego
de su luz, fuera mejor.
Airada la casta diosa
de estar sin armas, forjó
en la fragua de Neptuno,
de cada perla un arpón.
El rostro le hirió con ellas
dejando en él su rigor
señales de ser su siervo
si de ser su esclavo no.
Y vi partiendo sus plantas,
su cabeza coronó
de sus años, y á sus ojos
dió espanto y admiración.
Él, mirando su retrato,
en el cristal le enturbió
por no fiar su desdicha
de espejo murmurador.
Ligero y con piel manchada
escaló el monte Acteón,
cuyas huellas de sus perros,
fueron el despertador.
Al fin le dieron la muerte,
castigo que mereció,
quién viendo tanta hermosura
no quedó muerto de amor.

En todos puso gran deseo de saber quién fuese el oculto poeta; el secretario dijo no saberlo; sólo sirvió de dejar por largo espacio á los oyentes, exajerando la bien escrita fábula. El quinto asunto se dió á Montardo, y él dijo así:

MONTARDO

A la velocidad del tiempo.

SONETO

Tiempo, el céfiro llevas en tus alas
cuando á buscar el mal, el vuelo ordenas;
como aunque el bien te solicite apenas
el mismo curso que te mueve igualas.
Das al verano juventud de galas,
que en un instante, á túmulo condenas
cuando con más colores te serenas
con más nublados tempestad señalas.
Aún no estampan las huellas tus favores,
cuando ya las ocupan tus castigos;
momentos haces á las glorias de años.
¡Oh, nunca á mí me niegues tus rigores!
que como duran más, son más amigos,
pues enseñan mejor los desengaños.

Celebrado fué el soneto con estimación de su autor, por toda la junta de ingenios; dijo el secretario tener al mismo asunto, otro soneto expósito como la fábula y mandando que le leyese, él prosiguió:

SONETO

Voluble tiempo, á quien ligero cede
del huracán mayor, el mayor brío,
tan firme en lo mudable como río
que siempre corre y nunca retrocede.

Deidad que por veloz todo lo puede,
rastro que deja el ave ó el navío,
ligereza de quien sólo el desvío
al sentimiento humano se concede.
Antípoda veloz de mi tormento,
imitación del pensamiento humano,
mas ¡ay! que si no eres en tu abismo
La nave, el río, el ave, el pensamiento,
antípoda, deidad ó viento vano,
sólo imagen de ti, serás tú mismo.

Bien logró el autor su trabajo, pues le vió bien premiado con grande aplauso de todo el auditorio; deseó saber el presidente si era el soneto del mismo dueño de la fábula pasada, mas á esto le dijo el secretario que la letra no era toda una, por lo cual presumía que eran dos los poetas. «No merecen encubrirse, que sus versos no son envergonzantes (dijo el que presidía); no podrá pasar tiempo sin que sepamos quiénes son porque sean admitidos en esta Academia, pues tan valientemente escriben.» Prosiguióse con los asuntos y dióse el sexto á Silvio, que dijo así:

SILVIO

Pintando un toro muy feroz en la plaza.

Indómito valor, fiereza extraña
en dilatados miembros, bruto ostenta,
del patrio suelo honor y en la montaña
de varias fieras general afrenta;

esculpida en la frente trae la saña
que en ceñudos carácteres aumenta,
juzgando su desprecio por despojos
cuanto amenaza con sangrientos ojos.
Este, pues, pensamiento impetuoso,
en leves cuatro vientos colocado
(á cada afrenta al rayo poderoso
de la mano de Jove fulminado),
ocupó todo el término arenoso
á los ligeros aires entregado,
y tan veloz el coso discurría
que á un tiempo en varias partes se ofrecía.
Cuidadoso escuadrón, valiente fiera,
(más fiera entonces cuanto más valiente),
asaltó fuerte, si alcanzó ligera
flechando el arco, la encrespada frente
por donde sigue la mortal carrera,
por huellas deja túmulos de gente
que á tal velocidad, á fuerza tanta,
ni Alcides se opusiera ni Atalanta.
Ya de heroico valor acometido,
el feroz animal, las astas hiere,
y estimulado, más enfurecido
alcanza al que volar en vano quiere,
hasta que del continuo golpe herido,
á pesar del valor, venciendo muere,
que aunque resiste, esta de cada herida
cada boca pidiéndole una vida.

Aquí volvió á atajar la música los parabienes que á Silvio dieron todos, que fueron muchos, porque siempre escribía con grande acierto. Cantóse una letra escrita por el presidente y puesta

en tono por el insigne maestro Capitán, que dió mucho gusto á todos; el séptimo asunto, dijo el secretario, era una glosa que había de traer escrita Rosardo; no ha podido; en su lugar la trae otra persona que es también de las encubiertas; remítese á mí, que la leo; era el texto de ella del insigne y claro ingenio del conde de Salinas; decía así:

Es el engaño traidor
y desengaño leal,
el uno, dolor sin mal,
el otro, mal sin dolor.

GLOSAS

De tal suerte has suspendido
Laura hermosa mi cuidado,
que al verme de amor herido
ni sé si soy despreciado
ni si soy favorecido.
Tal vez juzgo que el amor
me promete su favor,
y tal vez temo ¡ay de mí!
que quien me asegura así
es el engaño traidor.
No hay gloria que no me impida
el huirle y el tenerle,
porque es tan fiero homicida,
que es fuerza á veces creerle
para no perder la vida.
Es mi enemigo mortal,
y le doy crédito igual

que menos dicha me alcanza,
la cuerda desconfianza
y el desengaño leal.
Si el engaño á tu desdén
llama amor, inmortalice
su piedad, mas ¿qué hará quien
el desengaño le dice
que tú no le quieres bien?
De los dos ignoro á cuál
he de seguir, si neutral
Laura en la elección me ves,
es, porque de los dos es,
el uno, dolor sin mal.
Mas ya el engaño clemente
mi pecho elige amoroso,
el desengaño se ausente,
que viene á ser más piadoso
el mal que menos se siente.
Del desengaño el rigor
muera, el engaño es mejor,
que es para mi pensamiento
verdugo, el uno, sangriento,
y el otro, mal sin dolor.

No se ha mostrado menos cuidadoso este oculto poeta, dijo el presidente, que los otros; la glosa ha sido excelente, y así pienso que habrá parecido á todo el auditorio; todos se conformaron con lo que el presidente decía. Dióse el último asunto á Castalio, que era jocoso, y dijo así:

CASTALIO

Romance contra los que toman tabaco.

Gremio de las manchas pardas,
tabaquista naricismo,
que con el humo y el polvo
mostráis gusto y tenéis vicio.
Nason abultado en marca,
más Nason que el mismo Ovidio,
que te falta para taco
sólo ser de granadillo.
Narigón más dilatado
que esperanza de judío,
remanente de excrementos
y taller de pasadizos.
Naso conterno de Martir
que haces, por encendido,
para fina zanahoria
caravanas de novicio.
Narigonio uñas abajo
que puedes, por lo aquilino,
tener el tintero y cajas
del coronista de Cristo.
Narizote criminal
como dardo arrojadizo,
que andas muy mal sin contera
según estás de buído.
Nariz de mediana talla,
de anchuroso frontispicio,
que puedes servir de vaina
á dos jiferos cuchillos.

Narigueta (corta en fustas)
de tan prevenido aliño,
que dice lo arremangado
que para todos se hizo.

Narichata remachada
más desfogo de mohinos
que les sirves de modelos
á brazos y á falderillos.

Naricilis, tan infante
que aún no eres nariz de anillo,
pues parece que tu dueño
puso en tu lugar su ombligo.

¿Quién te ha inclinado al tabaco
¡oh cónclave antojadizo!
que tragar el humo y polvo
sólo es porción de precitos?

Réditos al polvo pagan
diluvio de romadizos,
que de tal polvo, tal lodo,
dice el brocardico antiguo.

¿Sin decirte el *Mementote*
tomas polvo? ¿quién ha visto
que á cada instante te encuentres
con el miércoles corvillo?

Si cursas la evacuación,
gremio narigudo, afirmo
que con la gran polvareda
perderás á don juicio.

Graduado en chimenea
de las del país más frío,
puede ir quien humo lleve,
chispas come y traga cisco.

Quien humo sufre en su boca
sufrirá un necio al oído,
una armazón en su frente
y dos trompetas vecinos.

Acabóse la Academia con el golpe de la risa de haber oído la sátira contra los tabaquistas. Diéronle parabienes á Castalio, y fuera más si la música no les atajara; cantóse diestramente tercera vez, y antes de repartir los asuntos dijo el presidente:

¿Es posible que nos vamos esta Academia todos sin saber quiénes sean los tres valientes poetas que han versificado hoy sin decir sus nombres?

No quiso el secretario que estuviesen más ocultos, y así, dijo:

—Porque no es justo que esta junta se vaya sin saberlo, los dueños de los tres papeles que he leído son: Siuranio, Gerardo y Hortensio, poetas célebres del Turia, que están juntos en esos asientos de atrás.

Entonces se levantaron y saliendo á la presencia de estos dos, les dijo el Presidente:

—¿Son vs. ms., por su desdicha de los poetas de la baja jerarquía, para esconderse por temor de parecer fríos? No, por cierto, que ya en esta Corte tenemos noticia de sus claros ingenios, manifiestos por sus escritos; ya sé que desconfianza discreta puso á vs. ms. en ese encubierto sitio; no hay para qué de aquí adelante se embo-

cen, sino entren en nuestra congregación, que á las musas que caminan sobre las alas del Pegaso, admiten las de la Corte, no á las que van por el suelo tropezando y levantando polvo. Por allá dicen se ha dicho, que nuestras musas se vieron con las del Turia, fueran dichosas á ser de las que acá tienen fama, pero de las pedantes no hacemos cuenta; hase hecho donaire de la de un poeta que hace, ó cortos, ó largos los versos, porque no sabe más, dudo haya tal monstruo en Madrid, porque nuestras musas nacen con la mensura de los versos en el entendimiento, y ejecutándola en sabiendo hablar, y así no hay necesidad de hacer romerías al Parnaso, por sanidad de pies ó manos, que todos los tienen constantes en sus escritos. Grandemente se satiriza allá á las mujeres que piden, pues en verdad, que acá tenemos la misma plaga, y nos estufan con toda nuesta penuria, pero no las tratamos tan mal, tanto dicen de ellas, que nos ha dado curiosidad de saber si les dan algo y tenemos aviso que no, sino que otros las contribuyen y los poetas las persiguen; podían estos contribuyentes decir lo que un zapatero, que habiendo una no che perdido á las pintas 500 ducados, que era todo su caudal, siendo preso por el exceso, se salió otro día á presentar á la sala donde el alcalde que presidía en ella le dió una reprensión muy larga, apasionándole mucho, á lo cual, respondió el zapatero: «Pues señor, soy yo el que per-

dí el dinero y no lo siento, ¿y siéntelo v. s.?» Eso pueden decir los feudatarios á los satíricos. Vs. ms. sean muy bienvenidos á esta Corte á honrárnosla, tomen desde hoy lugar entre estos señores poetas y continúen en hacerme merced.

Sentáronse los tres entre los más estimados sujetos de la Academia, y la música celebró con una letra, su entrada en el museo. Repartió el secretario los asuntos y también dió á los forasteros para que trajesen versos de allí á ocho días.

Con esto se acabó la Academia, quedando nuestra viuda muy gustosa de haber visto lo que tanto había deseado; así se lo dijo al padre Cura, aunque por no dejar la hipocresía conque había comenzado aquella empresa, ponderó no haber en su vida, recogídose á su casa tan tarde, haciéndole cargo al Cura que por él se había hecho aquel exceso.

El día siguiente, por no perder tiempo nuestra dama, trató con Mogrobejo de que hiciese las diligencias para buscar un hombre secreto y amigo suyo que hiciese el papel de un arquitecto recién venido de Toledo, y que buscase quien le hiciese una traza, ó dos de una capilla. No se lo encargó á persona lerda, que en estos casos, era el escudero un águila, y así á la noche, ya tenía las dos cosas preparadas para esotro día que vino á visitar á su patrona el Cura con la cual ocasión (que á ella sola aguardaba), mandó la dama á su escudero, que llamase al maestro de obras; pronto le

trajo á su presencia, en la cual, después de contentar de una de dos trazas, que le mostró, comenzó á tratar del concierto terciando el Cura, el cual, habiendo hecho las capitulaciones, que los dos asentaron, se llamó á un escribano y ante él y testigos se otorgaron, obligándose el maestro á dar dentro de un año hecha la capilla. Pidió para principio de paga, 2.000 escudos, más á esto se regateó y se le ofrecieron 1.300, por intervenir en ello el Cura; mandóle venir la dama, dentro de dos días por el dinero con lo cual se hizo el papel por entonces muy bien, quedando el Cura contentísimo y juzgándose con la capellanía mayor y los 500 de renta, aunque pronto tuvo el desengaño como se verá.

Ya la Constanza había trazado el modo de tentar al Cura, y para esto había enviado á Mogrobejo aquella tarde por las joyas de sus amigas; túvolas allí á media noche, estaban en un cofrecillo de terciopelo carmesí tachonado de bronce, y por él mandó hacer otro que no se diferenciase en ningún modo de aquél, y juntamente con esto, cajuelas semejantes á las en que estaban las joyas.

Con esta traza (teniéndolo todo dispuesto) envió á llamar al Cura, que vino al instante, porque como era interesado era puntual en acudir á sus mandatos. Tomó la silla, y habiendo preguntado por su salud, le dijo la viuda:

—Señor doctor, yo tengo 6.000 escudos en

poder de los Fúcares y en plata. Cuando los dejé allí para que ganasen, me pusieron por condición que cuando los quisiese yo sacar de su poder, los había de avisar un mes antes; no sé como encarezca á v. m. cuánto me ha pesado de haber hecho tal por la confusión en que ahora me veo para ver de dar este dinero á este hombre de la capilla; pero como no se puede hacer más, quiero valerme de mis joyas, que son de consideración, y bastantes para pedir más cantidad; hélas hecho tasar por el contraste y esta es su fe.

Diósela al Cura, y sacando uno de los cofrecillos en que estaban las joyas, que tenía sobre un bufetillo de estrado cubierto con un tafetán negro, comenzó á mostrar las joyas al padre cura, leyendo con cada una que veía la tasación de ella. Eran éstas las del boquirrubio de Milán y las del enamorado genovés. Admiróse el cura del fondo de los diamantes y la curiosa hechura de las joyas, y prosiguió la dama diciendo:

—Estas quería empeñar por 1.500 escudos y no sé por qué orden se haga, que yo, gracias á Dios, no me he visto nunca en estos lances hasta ahora, ni ahora me viera si hubiera prevenido esto de la capilla.

Brevemente discurrió el Cura en que era aquella ocasión para hacer el empréstito, pues no perdía la cantidad y se granjeaba la voluntad de su patrona, y así la dijo:

—Yo, mi señora, podré prestar á v. m. esa

cantidad, aunque no de dinero mío; pero de uno que tengo en mi poder en confianza por cierto empleo; nos podremos valer de él y por eso me atreveré á la grosería de tomar las joyas en prendas, que á ser mío, juro á v. m. como quien soy, que no intentara tal.

—De cualquier suerte, dijo ella, es muy grande el favor que recibo, y así, cuando v. m. se sirviere, llevará las joyas el escudero y traerá el dinero.

—Luego puede venir conmigo, dijo el doctor; traeráse aquí, contaráse y yo me llevaré las joyas.

—Sea como v. m. guste, dijo ella.

Con esto Mogrobejo se fué con el cura en el coche y dentro de él volvieron brevemente con dos talegos grandes en que traían los 1.500 ducados en reales de á ocho.

La primera cosa que pidió el cura fué que aquella moneda se había de pagar en la misma especie, que no quería nada con premios de plata; asegurándole ella que así se haría, con lo cual se contó el dinero que embolsó la estafante moza, y sacando el cofrecillo vacío con sólo las cajas de las joyas que imitaban á las otras, se le entregó por piezas, habiéndole mostrado otra voz las joyas y trocádole con mucha sutileza; para que no le engañase el poco peso, estaba dentro de cada cajuela una piedra no preciosa, sino de la calle.

Tomó el cura el cofre, que no lo quiso fiar del escudero, y fuése á su casa; fué suerte no estar su hermana en ella, que había ido con otras amigas á visitar el santo cuerpo de San Diego á Alcalá de Henares, que á estar allí, al mostrarle las joyas se descubriera el engaño y saliera mal de él nuestra dama. Guardólas y acudió á su iglesia á su obligación, con que se pasó aquél día.

La viuda, luego que vió el dinero en su poder, dejó la casa en que vivía, y con su dueña y escudero tomó el camino á Illescas, llevándose su moneda y joyas, dando á entender á los de casa que dejaba aquel cuarto por ser melancólico; de modo que todo el ajuar pasó en cherriones Mogrobejo á parte conocida, que era el asilo de sus embustes y el coche también se ocultó, que no pareció por entonces.

Aquel día ni otro hasta la tarde, no fué el cura á ver á su patrona; llegó á su cuarto y llamando en él le fuè respondido desde otro más arriba que ya no le habitaba nadie; preguntó la causa sin recelo alguno, y dijéronle que á aquella señora viuda le había parecido melancólico y que así se había mudado de él y puesto cédula para que de su cuenta se alquilase. Preguntó el doctor si había dejado dicho dónde se había mudado, y dijéronle que no, sino es que á un escudero de casa que les vió ir se lo hubiese dicho, el cual estaba fuera, pero que en viniendo lo sabrían. Con esto se fué el cura, sin pensar que se le hubiese he-

cho ningún engaño; en tal reputación estaba para con él su patrona.

Aquella noche llegó su hermana de Alcalá, con quien, después de la cena, se trató de la viuda y él la dió cuenta del empréstito que la había hecho sobre las joyas, y diciendo esto, se levantó y de un cofre que tenía á la cabecera de su cama (custodia de su tesoro) sacó el cofrecillo que estaba renovando las memorias de los que dejó el Cid al judío lleno de arena. Abriole y sacando una cajuela en que le parecía que estaría una rosa de diamantes, halló en su lugar un duro pedernal de los que parten las ruedas de los coches de Madrid rodando por sus calles.

—Si son como esa las demás joyas, dijo la hermana del Cura, bien dado está el dinero.

Con notable alteración fué el cura abriendo las demás cajas, y con mucha brevedad se vió engañado. Hacía y decía cosas de hombre fuera de juicio. No sosegó, sino que tomando una capa de color y su espada, volvió á la casa que había habitado aquella harpía de su moneda á saber si el escudero sabía nuevas de su mudanza. Halló más firmeza en su obscuridad que él quisiera, y hablando entre sí palabras de hombre sin entendimiento, volvió á su casa, donde, sin decir nada á su hermana, se arrojó en la cama, llamándose desdichado y miserable hombre; en todo decía verdad, que por tal le había escogido la Constan-

za para su estafa, pareciéndole era en él más lucida que en un liberal.

Aquella noche la pasó hecho un Jeremías el pobre Cura, y á la mañana fué á dar cuenta á un alcalde del robo que se le había hecho. Hízose la diligencia posible, todo á costa del dinero del pobre paciente, pero no se halló rastro ni señal de la tal Constanza, la cual estaba en Illescas con su dinero contando á su madre y amigas los lances que tuvo su empresa hasta salir con la victoria.

Llegóse en este tiempo el día de la Academia en la casa del Cura, y los Académicos la hallaron cerrada y sin prevención. Fuéles dicho que estaba indispuesto y no para tener embarazo en su casa, con que se fueron los poetas sentidos del descortés recaudo.

En breve supieron la causa de su despedida y en venganza le hicieron multitud de sátiras que pudiera excusar á hacer valor del sentimiento.

Aprovechamiento de este discurso.

Nunca fué bueno, debajo de especie de estorapia, fundar engaños y maquinar hurtos, y así se reprende á los que esto hacen; engañar á los sacerdotes es atrevimiento terrible, pues son personas á quien debemos siempre tener el respeto que á Dios. La hipocresía siempre fué abo-

rrecida de todos, y así Cristo nos amonesta que, no seamos hipócritas tristes, que es un engaño que inventó el demonio cegando á los que la usan. Los entretenimientos lícitos que llevan el fin á habilitar los ingenios, siempre son loados, como vituperados los que con la misma capa se enderezan á malos fines. La avaricia es la cosa más aborrecida del orbe y los que la tienen son escogidos para ser engañados, cegándoles la codicia con que vienen á facilitar sus daños, como este sujeto de quien se ha tratado.

Estafa cuarta.

Confusa se halló la hermosa Dorotea de ver á su hermana y amigas en posesión de tan buenas presas y á ella en esperanza, y hubiera desistido de lo propuesto si esta negra honrilla no la hiciera salir de cobarde, pareciéndole que pues en ingenio no reconocía ventaja á ninguna, que por qué se había de amilanar y ser menos que las otras.

Con esto, pasados cuatro meses por dejar olvidar las ofensas del padre Cura, no trató de nada; pero después de este tiempo se puso en Madrid con su madre y Bañuelos en forma de criada de tocas. Volvió el coche á mudar pellejo y tiro de caballos, y, asimismo, cochero, y con otro nuevo se tomó cuarto en Madrid, en los barrios de Antón Martín, por diferenciar de los otros que habían vivido, y después de haberle tomado y que fuese principal arrimado á cochera, con nuevo escudero que tomaron, se plantaron un día en la puerta de Guadalajara (terrible atrevimiento), pues en viendo los galanes de este tiem-

po coche de damas vecino de tienda mercader, huyen de él como de lugar apestado. En la más bien proveída de la Corte, pidió Dorotea un tabí de oro para ver; sacáronsele, y habiéndole descontentado pidió un espolín negro; llevósele la tela al coche y estándola viendo acertó á pasar por junto á ella un caballero recién venido á la Corte de cierta ciudad de la Andalucía; asistía allí á unos pleitos y de camino holgábase en aquel apacible golfo de Madrid, donde tantas figuras nadan.

Vió este caballero á nuestra Dorotea que estaba divertida con el espolín y, como á chapetón en la Corte, dióle el dios de los arpones con uno (pequeñísimo debió de ser por serlo mucho el sujeto), y quedó palpitando por la moza y en contemplación de su beldad. Atendió ella á la suspensión del nuevo enamorado y no le juzgó por ventura, hasta averiguar el caudal, que de la apostura no se descontentó, si bien de la presencia es menester que hagamos descripción.

Era el joven, de hasta veintiséis años, de buen rostro, pero tan pequeño de cuerpo que le debió de hacer la naturaleza para diseño de hombre antes que para criatura racional; pero después, por verle bien hecho de todos sus miembros, gustó que tuviese alma. Teníala en todas sus acciones, porque alcanzaba á todas partes como hisopo de aldea, pues el entendimiento era bueno; hablaba lo bien aliñado, si bien tal vez mos-

traba en la prosa una punta de culto por serlo en los versos, de que se preciaba mucho.

Este, pues, llegó al coche de nuestra dama, que estaba ocupada en mirar el espolín, á quien dijo:

—¿Qué se le ofrece á v. m., mi señora, en que la sirvamos? Que yo, de mi parte, estimaré que v. m. me quiera emplear en que pague lo que eligiere su buen gusto, y así con esta seguridad puede su merced escoger lo que fuere servida.

Cubrióse el rostro la dama y dijóle:

—Ó yo he salido con buen pie de casa ó v. m. quiere parecer prodigio en esta Corte; porque tal oferta no se ha hecho con tanto ánimo desde que Macías expiró atravesado con la lanza de su enemigo. Santíguome una y mil veces de lo que v. m. ha dicho solamente; ¿hase visto tal temeridad, al primer encuentro ofrecer ferias sin conocer á quien se ofrece?

—Básteme, dijo, el que v. m. se haya descuidado con el manto para haber visto lo que obliga, no á cosas tan pocas, sino á muchos excesos, y si esto lo parece en esta Corte por faltar liberales en ella, dígase que de Andalucía ha venido quien lo sabe ser con damas que lo merecen como v. m. No me vuelvo atrás de lo dicho, antes la suplico que si esa tela la contenta á v. m. la tome.

—Hecho había della elección para un vestido,

más en la de v. m. dejo ya que me hace merced el vestirme á su gusto, por poder decir que con esta acción resucita las memorias de aquel siglo de oro, cuando los galanes esperaban á pie firme á las damas en este sitio.

Esto dijo, descubriendo un poco el rostro y mostrando en él una agradable risa, con lo cual no hubo menester más el boquirrubio galán para entrar en la tienda y convertir el espolín en otro de raso de más precio; sacó de él lo que bastaba para vestido muy cumplidamente, con todos los adherentes necesarios para guarnecerle y forrarle; y de más á más tomó media docena de pares de medias de tres colores: verdes, turquesadas y nácar para la dama. Sacado todo el recaudo, la señora Dorotea mostró con agradecimientos parte de la paga al caballero, sustentándole un rato de conversación, en la cual supo su casa y pidió licencia para verla.

Para la primera salida no fué mala presa la de dos mil reales que costaría el vestido y las buenas esperanzas de tener más, prometiéndose del nuevo amante liberales acciones como éstas, y que tendría con que las hacer bien. Así era, que el galán era rico y pródigo sumamente; dió el coche la vuelta á casa y siguióle un criado del caballero, porque aunque la dádiva obligaba á tratarle verdad, son poco seguras las damas de la Corte (de la data de ésta se entiende) para fiar de lo que aseguran; halló ser verdad lo que

le había dicho, con lo cual otro día la fué á visitar; no halló descuidada á la dama, que para más amartelarle, se había adornado con lo mejor que tenía. Hallóla en su estrado, y cerca del á su madre y á Bañuelos haciendo papeles de dueñas.

Aquella tarde toda se le fué al galán en manifestaciones de sus partes, en contar su origen y en dar razón de su mayorazgo; su nombre dijo ser don Tadeo de Silva. Parecióle desairado á la dama, y así dijo oyéndole:

—¡Ay señor! ¿Y en su tierra no confirman los obispos?

—Sí hacen, mi señora, acudió él; pero aunque mi nombre es poco usado fué fuerza tenerle por gusto de don Tadeo Tristán de Lorgones, mi tío, de quien heredé una buena parte de hacienda libre que poseo.

—Ahí no replico, dijo ella; pues se dora con dinero, pase como píldora.

Con esto la dama le dijo ser casada con un caballero que estaba en Indias, á quien esperaba en la flota, el cual había quedado preso en Lima, y ella había acudido á diligenciar su libertad y el desembargo de toda su hacienda, que no era poca. De nuevo se ofreció el señor don Tadeo á servirla en cuanto le fuese de su gusto, porque sabía las incomodidades que los pretendientes tenían en la Corte.

—Algunas se pasan, dijo ella; pero á mí,

gracias á Dios, nunca me ha faltado con qué sustentar dos criadas, un escudero y un coche de lo que traje de Indias; más no por eso desestimo el favor, antes hago de él la estimación que es razón, teniéndome por muy feliz en haber conocido tal voluntad en v. m.

De nuevo hizo el caballero exageraciones della y viendo ser hora de irse, desocupó el asiento y despidióse con muchas cortesías.

Desde aquel día no paró Dorotea hasta averiguar si era verdad la hacienda de don Tadeo, y halló la información como la podía desear, si bien con cierta pensioncilla, que era tener fama de gran tahur, pero muy dichoso en el juego, con que se podía tolerar lo de serle aficionado. Procuró enamorarle muy de veras, de suerte que le fuese puntual feudatario; continuáronse los amores, haciendo la dama muy de la esquiva por picarle más; con esto llovían presentes en su casa, si bien eran todos de cosas de comer, que Dorotea trocara á preseas ó cosas de más valor, más tras de lo uno esperaba lo otro.

Entre las gracias que nuestro don Tadeo tenía, eran dos de que él se preciaba mucho: la una ser poeta, como se ha dicho, y la otra excelente músico. Quiso una noche desliar el fardo de sus habilidades, y estando al brasero con Dorotea (que era tiempo dél), mandó á un criado suyo traer su guitarra, y con ella cantó esta letra:

De lo pardo de dos nubes
celosías hace el Sol,
de envidia que á Manzanares,
honra Dorista con dos.

Sus rayos van previniendo
recato á todo pastor,
pues de tanta luz se teme
otro incendio de Faetón.

Alegre vigor ostentan
cada planta y cada flor,
que tocadas de sus plantas,
tienen doble perfección.

Las fuentecillas risueñas
paran su curso veloz
y en ver tal deidad, la aplaude
la que de antes murmuró.

Celio, mirando á la causa
de su bien nacido amor,
esto su dulce instrumento,
en su alabanza cantó:
«Si tu vista á los campos tanto alboroza,
dobles son los efectos en quien le adora.»

Como deseaba atraer á su voluntad, nuestro don Tadeo, la de la dama, echó aquí el resto de su destreza, cantando esta letra con mucha gala, de modo que agradó mucho á Dorotea. Después de haberla cantado, dijo:

—¿Qué le ha parecido á v. m., mi señora, el tono y letra?

—Que uno y otro, son admirables, dijo ella.

—Pues todo es hecho replicó don Tadeo, por un muy firme servidor suyo.

—¿Cómo? dijo la dama; ¿luego poeta es?

—Aficionado á las musas, dijo él.

—No lo puedo creer, dijo Dorotea.

—¿Por qué lo duda v. m.?, replicó don Tadeo.

—Yo se lo diré, acudió la dama, pues tanto lo desea saber. Yo he leído el libro del *Laurel de Apolo* (1), y me acuerdo que v. m. no está en aquella lista de los cofrades del Parnaso.

—No puso su autor á poetas de tan pequeño nombre como yo tengo.

—No es sino porque se persuadió, dijo la dama, que en su patria, hablando de tejas abajo, no podía haber cosa buena.

Esto dijo por picarle, á lo cual respondió el galán con mucho despejo:

—Cuando sea así como v. m. dice, yo soy excepción de esta regla, por haber tenido bueno de adorar esta beldad.

—¡Miren por donde se quiere calificar! dijo ella; por ahí se esfuerza más mi razón, pues hace v. m. favor á quien tan pocos méritos tiene.

—No hablemos en eso, dijo don Tadeo, que yo tengo el bastante conocimiento para saber que están bien empleados, sino cierto su favor. Pero volviendo al *Laurel de Apolo*, á muchos

(1) Poema de Lope de Vega, publicado en 1630.

ha dado pesadumbre no verse allí puestos, y es cierto que esto lo manifiesta ser, hasta en obras más limadas y peor advertidas. Bien creo que el divino ingenio de Lope, no pudo comprender todos los ingenios de España, que era fuerza quedársele algunos olvidados que no lo merecieron, pero yo aseguro que no los deje su pluma sin premio, donde conocerán los Aristarcos de poquito, que se está en sus trece en no acordarse de ellos por más cosquillas que le hagan. Yo como he dicho, no he llegado á tanto que por mis versos tenga tan alta colocación esto, se gana con estudio y obras con el tiempo, llegará el mío como el de todos de que quiero tener más, buena esperanza que ruin posesión.

Quiso atajarle el discurso Dorotea; y así, pidiéndole la guitarra, y después de haberla tocado un rato, con mucha destreza y con admiración de don Tadeo, cantó así:

¡Ay, cómo regocija la selva
con su canto sonoro la Filomena!
Mas ¿qué mucho si oyendo sus dulces quejas
calman los vientos, paran las fuentes
y escuchan las fieras,
y suspensos, todos se alegran?

Dulcísimo ruiseñor
que con canto enamorado
das alivios al cuidado
y suspensión al dolor.
Si la causa de mi amor

llegare á oirle, procura
obligarla tu dulzura
que menos ingrata sea.
¡Ay, cómo!, *etc.*

Nunca cese y siempre cante
tu centro que en lo quejoso
es lisonja al bosque umbroso,
y rémora al caminante.
¡Quién (oh, pajarillo amante),
con voz tierna, dulce y clara
tales efectos causara
en la que el alma desea!
¡Ay, cómo!, *etc.*

Sumo gusto recibió don Tadeo con la letra que oyó á su Dorotea, cantada con tanta gracia y donaire, y no hallaba exageraciones con que alabársela; pero con las que su ingenio alcanzó ponderó grandemente su destreza y voz, y pidió con grande afecto le dijese cuya era la enamorada letra. Ella lo dijo que el tono le habían dado en Sevilla, y que presumía que el poeta sería también de allí. De nuevo lo celebró todo don Tadeo, con que se hizo hora para irse á su posada y dar lugar á que cenase su dama un capón de leche que él la había enviado acompañado de dos perdices. No quisiera ella tanta volatería, sino dádivas del talle de la primera de la puerta de Guadalajara; con todo, se le mostró tierna y hasta lo que era dar una mano á escondidas de sus dueños lo hacía, dando lugar que el enamorado

joven pusiese en ella su boca con mucha devoción, con que iban sus esperanzas en aumento. Finalmente, aquella noche se despidió de su dama, aunque de mala gana, y se fué á pasarla en largas memorias de su hermosura.

Andaba Dorotea cuidadosa por donde daría acuño al boquirrubio amante, presumido Narciso y más de poeta, y desvelábase en estos pensamientos; pero ella comenzó esta conquista con tan buen pie que se le vino á las manos como se dirá adelante.

El día siguiente no vió don Tadeo á su dama, novedad que la puso en cuidado, si bien lo atribuyó no la haber hecho visita al mal día que hizo, que era el invierno áspero; pero esotro día se desquitó, yéndose desde las cuatro de la tarde á entretener con la dama, cantó algunas letras enamoradas escritas por él al estado en que se hallaba su amor, que para el buen entendimiento de Dorotea eran súplicas para mejora del galán, si bien ella se hacía desentendida de todo; pero él, porque no se hubiese ido en balde la diligencia y cuidado con que se verificó, la daba á entender al fin que había invocado las musas quejandose de su rigor, y así le dijo:

—Cierto que cuando considero la veneración que damos á las damas y cuán subordinados vivimos á su voluntad amando, que comenzando de mí, me compadezco de todos los amantes viendo cuánto padecen.

—¿Será mucho, señor don Tadeo? dijo la dama.

—Si ello es, respondió él, al compás de lo que yo padezco, mucho es; y lo peor es padecer con pocas esperanzas. Ayer maldije á una dama mil veces, leyendo el rigor que había usado.

—¿Quién era la rigurosa señora? dijo Dorotea Anacorte.

—Esa fué extremo de crueldad, aunque en ésta no faltó, dijo él; con el mal día que ayer hizo me estuve algo más en la cama, y para divertir algunas penas tomé un libro.

—Haga v. m. pausa, dijo Dorotea, que quiero averiguar si su amor es de calidad, que se puede doblar la hoja cuando se quiere á la pena, porque me holgaré de saber ame con esas comodidades.

Bien quisiera el galán no haber dicho aquello ni pasádole por el pensamiento, pero de la manera que lo enmendó fué con responder:

—Señora mía, la pena siempre la hay, pero el divertirla es buscar cosas amorosas que la consuelen, leyendo buenos sucesos en amantes pretensiones.

—Bien se ha salvado el yerro, dijo ella. Pase v. m. adelante con su discurso.

—Tomé, como dije, un libro de novelas de un italiano llamado Francisco Sansovino, que escribe en su idioma, en el cual leí la altivez y crueldad de una dama francesa con su amante,

que fué extraña, debiéndole tanto amor y voluntad.

—¿Y por eso la maldijo? dijo Dorotea.

—¿Es poco delito, dijo él, ser desagradecida á un puro y honesto amor, y tras eso, sin gusto de premiar, hacer peligrosas experiencias de él.

—Ya tengo gana de oir referir la novela á v. m., dijo la dueña (que estaba haciendo labor cerca de ellos); si le sirve, pues es larga la noche, háganos esta merced.

—No sé si gustará de ella mi señora Dorotea, dijo el galán, que oir crueldades de mujer es decir mal de ellas.

—Yo tengo mucho gusto, dijo la dama, que v. m. la refiera por pasar el tiempo.

—Así lo suplico yo, dijo él, que sirva de sólo pasar el tiempo, y no de ejemplar para mi daño.

—Así será, dijo ella; va de novela.

Sosegóse un poco en su asiento, y dijo de esta suerte:

En la provincia de Turena, en Francia, hay una populosa ciudad que llaman Bles, fertilísima de todos los bienes que la Naturaleza cría para regalo de los hombres; ésta fué patria de madama Flor, hija de monsieur de la Flor, caballero antiquísimo en el reino. Era única hija suya, y la más hermosa dama que había en toda Francia. En lo más florido de su edad murió su padre, dejándola heredera de su hacienda, que si bien no era mucha, podía pasarse bonitamente con ella,

con esperanzas de merecer por sus partes un rico esposo. La hermosura que siempre desvanece á las mujeres, hizo este efecto en madama Flor, con más extremo que en otras, porque con verse aplaudir y exagerar tanto de hermosa, le parecía que el Delfín era corto empleo para sus merecimientos.

Había en la ciudad muchos caballeros que la servían y festejaban con intento de merecerla por esposa; y entre ellos quien más se señalaba en su servicio, era Rugero de Angulema, caballero noble, hijo natural del duque de Angulema, que habiendo estado preso este principal [señor] en la fortaleza de Bles (que es de las más inexpugnables del reino), tuvo este hijo en una señora de las más principales de la ciudad, y de la parte della, quedó este caballero, señor de su hacienda al tiempo de su muerte, y después reconocido del Duque cuando murió, por hijo suyo este generoso joven, bien querido en la ciudad, estimado por sus partes y loado por sus virtudes. Adoraba en la belleza de madama Flor, y era con tanto exceso lo que la quería, que como centro suyo, nunca salía de su calle. Hizo en su servicio muchas fiestas de justas, torneos y otros ejercicios semejantes, propio de los caballeros de su edad, en que gastó mucha parte de su hacienda y todo esto (con no igualar con él, ninguno de sus competidores), no era estimado ni aun bien admitido de la dama, que muy altiva y poco inclinada á

casarse, no hacía caso de ninguna acción de éstas, en particularidad de las de Rugero, por parecerle que el no ser legítimo (aunque hijo de tan gran señor), la agraviaba con poner en ella sus pensamientos con fin de matrimonio.

Esto le dió á entender á Rugero, por una dama que él puso por tercera en sus amores, con lo cual le dió tan notable pena, que perdiendo la salud cayó enfermo en la cama. Fué visitado de los médicos con mucho cuidado, que veían cada día más evidente el peligro de su vida é ignoraban la verdadera causa de su mal; sólo convenían en que tenía mucha parte en él la melancolía.

Sabía un amigo de Rugero, la causa de la enfermedad, á quien él se había descubierto, y viéndole tan al cabo, que no le daban los médicos quince días de vida, por no ver malograr su juventud, se determinó verse con madama Flor, causa de este daño, con la cual estuvo de visita un día, que la halló con la dama que había dado el desengaño á Rugero; hízola cargo como su severidad y altivez aquel buen caballero perdía la vida, con el sentimiento de su desprecio y suplicóla, que aunque fuese fingido en su voluntad, le enviase á visitar de su parte, que él estaba cierto que sólo con esto, tendría mejoría. Tanto instó el buen amigo (que Filiberto se llamaba), y así mismo la dama que estaba con madama Flor, que ella más por importunaciones que por su vo-

luntad, le envió desde allí un recado con un escudero, el cual le significase el pesar con que estaba de su mal y que le pedía se procurase alentar para dar á todos contento con su mejoría.

Llególe este recaudo á tan buena ocasión, que si se tardara dos días más, no fuera menester; oyólo el doliente caballero con mucho gusto, casi dudoso de que fuese verdadero, pero dándole el escudero los testigos que se hallaron presentes; le dió crédito á él; respondió que su mal procedía de su rigor, y que así, cesando la causa, con el favor y merced que le hacía es cierto que cesaría el efecto, y con esto estaría para esforzarse á levantar otro día.

Con esta diligencia que hizo Filiberto, por su caro amigo, mejoró en pocos días y volvió como antes á servir á madama Flor, la cual hacía poco caso de sus finezas. Ofrecióse un día hallarse Rugero en parte donde estaba esta dama, en ocasión de irse juntando damas y caballeros para un festín, y como se viese casi á solas con ella en una parte de una gran sala, le dió muchas quejas de su crueldad, representándole su mucho amor y las finezas que por ella había hecho en su servicio, suplicándola se doliese de él y diese entrada á comenzar á conocer sus honestos deseos. Atenta le había escuchado la dama y notado en él los vivos afectos que le había dado las quejas, y así le respondió estas razones:

—Señor Rugero; no dejo de conocer lo mucho que me amáis y los servicios que en orden á esto, me habéis hecho; más mi inclinación es tan esquiva y tan poco afecta al hinmeneo, que como lejos de tal empleo, lo estoy de favorecer á nadie y cuando me determinara, en estos tiempos que se usan pocas finezas en los galanes, había de experimentar muchas en el que había de ser mi esposo.

—Si á eso os determináis, dijo Rugero, yo haré tantas, que excedan á cuantas se vieron en los siglos del celebrado Macías.

—Eso es mucho prometer, dijo ella, y al fin dificultoso de cumplir; pero porque veáis que no soy tan huraña como os parezco si váis hacer por mi gusto una cosa que yo os mandare echaré de ver que sois el extremo de la gala y adelantaréis méritos á cuantos os compiten y me pretenden.

Rugero, ajeno de penetrar el pensamiento de la dama le prometió con fuertes juramentos, que haría todo cuanto le fuese mandado aunque fuese la cosa más dificultosa del mundo. De nuevo le hizo ratificar en los juramentos, y segura por ellos, le dijo:

—El verdadero amor, consiste en la resignación de la voluntad del amante en la de la dama y en la obediencia pronta á sus mandatos, supuesto lo cual y que otro ha de estar en vos firme, yo os mando que desde hoy en dos años, no

hableis palabra con hombre ni mujer alguna, aunque os sea hecho cualquier agravio; con esto veré si obedecéis mi mandato y me tenéis amor.

Quedó Rugero suspenso por un rato, considerando el riguroso precepto de la dama y loco capricho suyo, pero por ser un prodigio de obediencia y un portento de enamorado, lo que hizo fué darla á entender por señas que sería obedecida y que cumpliría lo que la prometió; y así se atrevió á besarla una blanca mano en señal de obediencia y dejar la fiesta. Fuése á su casa, donde por señas comenzó á mandar algunas cosas á sus criados, dejándoles admirados de verle sin habla en tan breve tiempo. Con esto, pasó la palabra de que Rugero había enmudecido, que no causó poca lástima en la ciudad entre los caballeros y damas de ella donde era tan bien querido, juzgando que de algún grave accidente le había sucedido tal desgracia. Hízole gran fuerza Filiberto para saber de él de donde le había procedido, más Rugero se encogía de hombros y con esto daba á entender no saberlo.

Bien era pasado un mes que el galán proseguía con su fineza, cuando llegó á la ciudad orden del rey Carlos VII que gobernaba á Francia para hacer gente contra el Rey de Inglaterra que se le había entrado por Normandía y tomado en ella su principal ciudad, que es Roan. Habiendo sabido esto Rugero, se determinó ir á servir al Rey en aquella ocasión y cumplir en la guerra el

tiempo de los dos años de mudo. Previno dineros cuantos pudo y con cuatro criados se partió á Normandía, donde se alistó debajo del orden del duque de Guisa, caballero anciano, que sabiendo quién era, le honró mucho, compadeciéndose de su desgracia.

Dentro de dos días que llegó al campo del Rey nuestro caballero mudo, se sitió la ciudad de Roan y de allí á otros dos tuvieron con los ingleses una reñida escaramuza en la cual se señaló Rugero con conocidas ventajas ganándole dos estandartes al enemigo, que presentó al Rey, por lo cual le hizo capitán de una compañía de caballos.

Con este cargo, en las demás refriegas, hizo notables cosas con que se comenzó á dilatar por el campo la fama del caballero mudo, que así era llamado de todos.

Habían avisado los sitiados al Rey de Inglaterra que les enviase socorro, y un día que se les daba un asalto, cogió á la gente francesa por detrás el ejército inglés que les venía de socorro con que les puso en notable aprieto, llegando á tanto rompimiento, que el Rey se halló á pie y cercado de sus enemigos, muy cerca de prenderle. Llegó á este tiempo el esforzado Rugero, el cual, viendo á su Rey en tan peligroso trance, haciendo con la espada ancha calle por sus enemigos, llegó á pesar suyo donde estaba y apeándose de su caballo se le dió y puso en él; y él

procuró coger otro de los enemigos con que pudieron salir de aquel aprieto, y retirarse con la demás gente en buen orden. Era noche, mandó el Rey llamar á Rugero, y por premio de lo que por él había hecho, le hizo gentilhombre de su cámara con 4.000 escudos de renta.

Poco duró la guerra, porque llegándole al Rey nueva gente de París, ganó la ciudad é hizo salir de ella á sus enemigos con grande daño suyo. No se mostró en esta ocasión Rugero menos valeroso que en las otras, antes más, pues fué el primero que puso el estandarte real en las murallas de Roan. Con esto se prosiguió el alcance hasta echar de Francia á los ingleses y el Rey volvió á París.

Habíasele aficionado tanto el duque de Guisa á Rugero que le llevó por huésped suyo á su casa á donde le comenzó á regalar con mucho cuidado y amar como si fuera su hijo.

La fama de Rugero había llegado á París y estaba muy dilatada. Entre los que más deseaban verle era una madama Leonor, hija del duque de Guisa, á la cual se le cumplió el deseo muy á su gusto, pues le tenía por huésped en su casa. A esta dama, visitaba á menudo Rugero, si bien era breve en las visitas; porque como habían de entenderse por señas, no quería cansar el galán á madama y no se cansara ella aunque durara mucho, porque le estaba sumamente aficionada, y cada día sentía más verle sin habla

por parecerle que si la tuviera podría ser su esposo.

Por la victoria que el Rey tuvo de los ingleses, quiso que hubiese fiestas en París, y así ordenó que éstas fuesen unas justas reales en que quiso ser mantenedor el duque de Humena y fué su ayudante el caballero mudo. Aquí se excusa la proligidad de referir las galas, invenciones y letras que en ellas hubo, dejando al discurso del auditorio entender que fiestas en corte de Rey y hechas por su célebre victoria, sería todo hecho con gran cuidado. Quien más en ellas se señaló fué el caballero mudo, que ganó seis precios, el primero ofreció á la Reina, y los cinco á madama Leonor, hija del duque de Guisa, su huésped, la cual estaba la más alegre del mundo viendo á Rugero tan bizarro y alentado en las justas de donde se acabó de rendir el niño amor sin ser parte para resistir esta pasión amorosa ni dejar de amarle.

Tanto fué el gusto que dió aquella tarde el caballero mudo al Rey, que desde entonces era uno de los que más privaban con él, siendo con esto de los caballeros más lucidos de la Corte, estimado en ella de todos los príncipes y señores.

Parecióle al Rey que oyendo Rugero (que es lo que les falta á los mudos) podía ser curable su enfermedad y publicó un bando, que cualquier persona que emprendiese su cura, señalando té-

mino para dejar sano á Rugero, le darían 16.000 ducados.

Esto se dilató, no sólo por Francia, mas por Italia, España y otras partes, viniendo de todas ellas las más expertos y doctos médicos que había, los cuales, cada uno de por sí, emprendía la cura señalando plazo, pero no salían con ella; de lo cual, enfadado el Rey, mandó que el que se dispusiese de allí en adelante á curarle, si no salía con la cura había de dársele prisión perpetua, con lo cual se atrevieron pocos á intentarlo, y esos quedaron en prisión.

Llegó el bando del Rey á oídos de madama Flor, en la ciudad de Bles, habiendo antes tenido nuevas de la altura en que estaba Rugero, su amante, pues como supiese con certeza la condición del bando, con la misma, se prometió salir con la cura y ganarse aquella suma de dinero que el Rey prometía; y así dispuso luego su jornada á París, acompañada de una tía suya, á quien dió parte del secreto que esto encerraba; pidió audiencia al Rey, y puesta en su presencia le dijo como se ofrecía á dentro de quince días dar sano á Rugero y restituirle su habla como de antes, pero con una condición, que la habían de dejar sola con el caballero en su aposento todos los días del tiempo que durase la cura. Todo se le ofreció por parte del Rey y aún más cantidad de dinero de la prometida si salía con la empresa; con esto la llevaron á casa del duque de

Guisa, y fué en ocasión que estaba Rugero fuera en compañía del Duque. Mientras que venía, se entró la dama en el cuarto de madama Leonor, á quien dijo á lo que era venida y del modo que había de curar á Rugero. La hermosura de madama Flor, puso cuidado en el pecho de la hija del Duque para pensar (por el recato con que había de ser curado Rugero) que algún secreto había escondido, y así al instante mandó á una criada que previniese por aposento en que se hiciese la cura uno que ella señaló del cuarto de Rugero, donde había una ventana pequeña que cubría un cuadro de pintura, desde la cual curiosamente quiso ver cómo se hacía esta cura; esto le encargó á la criada con secreto.

Llegaron en esto á casa el Duque y su huésped, que venían de Palacio, donde supieron del Rey la venida de madama Flor y lo que con él había concertado. Mucho gusto había dado á Rugero la venida de la dama, infiriendo de ella que más codicia que amor la traía á restituirle el habla, ó por mejor decir, darle libertad á la lengua para volver á su natural uso; viéronse con la dama, fingiendo Rugero no conocerla, cosa que ella atribuyó á disimulación suya. Quiso luego comenzar su empresa, y así fué llevada al aposento señalado por madama Leonor, en el cual la dejaron sola con Rugero, cerrando las puertas ella con cuidado y reconociendo el aposento si podían ser oídos por otra parte.

Ya estaba la hermosa Leonor puesta en su ventanilla para oir y ver todo lo que entre los dos pasase con no pocos recelos en su pecho, que como quería bien á Rugero procedían éstos del mucho amor que le tenía. Viéndose pues á solas madama Flor con su obediente amante, le dijo estas razones:

—Señor mío, ¿qué semblante es ese que en vos veo, en presencia de vuestra cara y amada Flor? ¿Esa es la alegría con que esperaba de vos ser recibida, ese el contento de verme en esta Corte? Bien echo de ver que esa novedad procede del sentimiento de haber sido tan cruel con vos, pero ya es llegado el tiempo en que vengo á alzaros el juramento, y que podáis hablar exagerando que en los pasados siglos ni en otros, no ha habido ni hay tan fino ni obediente amante como vos, pues con tanta puntualidad habéis querido ser fenix de amor. Bien podéis, Rugero mío, hablar que aunque no haya pasado el plazo que puse á vuestro silencio, yo quiero que lo sea y goce esta Corte con vuestra habla de un caballero discreto, como ha gozado de vuestra gala. ¿Qué remisión es esa en callar? Mirad que me voy presumiendo que es ya venganza de mi crueldad. Yo concedo que la tuvecon vos, no estimando tantos servicios como me hicistéis; mas ya vengo arrepentida de haber sido tan necia, y pues me reconozco, podéis tener esperanza que será para estimaros de aquí adelante por señor y dueño mío.

Lo que hacía Rugero á esto era encogerse de hombros y significar con señas que no podía hablar, queriéndola dar á entender que la costumbre de callar le había dejado mudo. De nuevo le volvió á persuadir la dama que hablase y no se vengase de ella, tomándole las manos, y tal vez echándole un brazo al cuello; mas Rugero se estuvo en sus trece callando, y con presupuesto de no condescender con su gusto, que ya el amor que la había tenido se la había pasado conociendo el rigor que con él había usado.

Viendo, pues, madama, que no había medio como Rugero hablase, enternecida y algo pesarosa de haberle puesto en aquéllo, se despidió de él y se fué á su posada diciendo al Duque que esperaba dejar en breve sano á Rugero.

—Así lo creo, dijo él, que quien tiene tantas gracias no le faltarán para hacer esa cura.

Volvamos á la dama que, muerta de celos, había estado escuchando la plática de madama Flor con Rugero, la cual procuró verse con él aquella tarde, y haciendo que sus criados despejasen el aposento, quedándose á solas con él, le dijo así:

—Señor Rugero, bien creo que en mis acciones habréis echado de ver la estimación que hago de vos, conociendo vuestras partes, con una grande inclinación que ahora me obliga á decir que pasa á voluntad, deseando que vuestro defecto tuviera enmienda para que fuérades más favorecido. Esta, que se llama ya afición, ha engen-

drado (con la venida de esa dama) cierto recelo en mí que me ha obligado á ser hoy algo curiosa, de suerte que he oído todo cuanto madama Flor ha dicho y he conocido de la plática, que no por accidente estáis mudo, sino por mandato suyo. Quien á esto se aventuró, claro está que sería con sobra de amor, si bien no merecía tal correspondencia quien con tan extraño capricho quiso probar vuestras finezas. De esta primera visita he quedado, si no segura, por lo menos con esperanzas (viéndoos tan mudo como antes), que no queréis obedecerla en hablar aunque ella os alza el juramento que la hicísteis y da por pasado el plazo de la obediencia; por donde veo que, con mejor acuerdo, habréis echado de ver que en esa dama no hay amor, sino arrogancia y codicia; aquélla para manifestar que fué poderoso su mandato con la fuerza de su hermosura á hacer mudo á un amante suyo, y ésta para cobrar el interés que por vuestra cura se promete. Si yo tengo algún mérito para con vos en haberme declarado, os ruego que prosigáis con vuestra venganza, de suerte que ella no vaya tan ufana de la victoria que esperaba, y si así lo hacéis, creed de mí que no será mal galardonado.

Alzando el dedo, prometió Rugero cumplirle lo que le mandaba, satisfaciéndola allí por escrito que á ella sola quería por dueña de su alma y que sólo aguardaba á que cumpliese el plazo de los dos años que era de allí á veinte días, para

hablar. Con esto, se partió de la presencia de madama Leonor, besando una de sus hermosas manos.

Continuó su cura madama Flor, cada día persuadiendo á Rugero á que hablase, ya con caricias, ya con lágrimas, mas ni unas ni otras fueron parte para ser obedecida, significándole por señas que él estaba mudo de veras con lo cual la dama se desesperaba de pesar, conociendo lo cierto en él, que era habérsele pasado el amor y querer vengarse de su crueldad.

Toda la Corte estaba aguardando el efecto de la cura de la dama, mas pasados los quince días mandó el Rey que fuese puesta en una torre de palacio; presa, donde era cosa notable ver el sentimiento con que estaba, que era de modo que perdía el juicio.

Llegóse el término de los dos años, el cual pasado, la primera persona que gozó del habla de Rugero, fué la hermosa Leonor, con quien una tarde estuvo en larga conversación, dejando á la dama contentísima con su entendimiento, y ya con resolución de no admitir otro por esposo sino á él.

Esotro día que Rugero habló con su dama, fué á palacio á vestir al Rey, á quien suplicó, por señas, que le oyese aparte. Entráronse en un camarín donde Rugero, habiendo besádole la mano, le dijo primero el principio de sus amores con madama Flor y lo que en su servicio hizo, hasta es-

tar á pique de morir, todo procedido de su mucho amor. Dióle cuenta del precepto de la dama y cómo le había guardado todo el término de los dos años, que le había cumplido tres días había. Finalmente, le dijo cómo por vengarse de ella no había querido que saliese con su cura, pero que le suplicaba la diese libertad y la enviase contenta á su patria.

No se puede encarecer lo que el Rey se holgó de ver con habla á su privado Rugero, al cual abrazó muchas veces, y saliendo con él donde estaban los caballeros les dijo lo que Rugero le había contado, con que luego dilató su fineza por París.

Quien entre todos se holgó más de verle con habla fué el duque de Guisa, el cual, echando de ver que él y su hija se miraban con afición, pidió al rey que los casase.

Hiciéronse las bodas en presencia de madama Flor, que asistió á ellas con bien poco gusto, considerando perder ella aquella ventura por haber sido altiva y cruel. A instancia de Rugero se le dió á la dama la mitad del tallón que había señalado el Rey para quien le diese habla, con lo cual se volvió á su tierra y Rugero se quedó con su esposa muy contento, recibiendo cada día grandes mercedes del Rey, con quien privaba. Este castigo tuvo madama Flor por su crueldad con que nunca se casó. Filiberto, el amigo de Rugero, fué á verle, á quien dió muchas joyas y

preseas y le casó de su mano con una parienta de su esposa.

Aquí acabó don Tadeo su novela, dándole las gracias Dorotea de haberla entretenido tan bien con ella; él pidió perdones de la mala prosa, á que acudió doña Dorotea:

—Bien sabe v. m. que no tiene defectos en el hablar.

Responder quería don Tadeo, cuanto le atajó su razón oir en la calle una bien templada guitarra que, con un sonoro diferenciar, prevenía querer su dueño cantar; atendieron todos, y acercándose más á la ventana (que era baja), oyeron una sonora voz de un bien entonado bajete, estos versos:

Avara naturaleza
quiso con manos habiles
hacer un modelo de hombre
en un sujeto meñique.
Un átomo racional
que á veinte pasos un lince,
de ser ó no ser persona,
duda en su vista concibe.
Quinta esencia de facciones
exprimió por alambique,
con que fué melindre de hombres,
si hay en los hombres melindre.
Infundióse en él una alma
que aunque de especies sutiles,
la pequeñez de tal cuerpo
llama calabo zo triste.

Porque en distrito tan corto,
con tanta apretura vive,
que en un bostezo ó suspiro
no halla aun aire que la alivie.

Discurriendo por el cuerpo
(si hay cosa en que discurrirse)
pasa con forma pigmea
por mil injurias terribles.

Porque tal vez un verano
que se descuidó en dormirse
le sacó de su reposo,
por una pierna una chinche.

Y hubo pulga puesta en pie
(tentada de la irascible),
que quiso, haciéndole un reto,
barba á barba competirle.

A este sujeto palpable
(si bien con forma invisible),
quiso adquirir por vasallo
el dios que venera Chipre.

Para atravesarle el pecho
no de arpones se apercibe,
que á sutileza de aguja
hacer su tiro remite.

Con lo cual el chichimeco,
amante en finezas, firme
á una niña, manifiesta
su amor con quejas en tiple.

Deseando por jarifo
si le quiere, y si le admite
en su torneado cuello
tener lugar con sus dijes.

Tiene conchas la taimada,
y dudo yo que peligre,
cuando él piensa con su garbo
que la ha de dar algún pique.
Viviendo con esperanzas
ni asegura ni consigue,
que nada puede alcanzar
quien hongo en la tierra asiste.
Los nombres de los amantes,
que amor en su vista escribe,
son, Dorista el de la dama
y él don Tadeo ó don Nichil.

Mientras la sátira se cantó, mudó nuestro galán el rostro de varios colores, disimulando cuanto pudo. Bien lo notaba la dama, pero no quería interrumpir el oir la sátira; pero llegando á la última copla, en que se declaró que se había hecho por don Tadeo, él perdió toda la paciencia y, calando el sombrero y sacando la espada, acometió á irse por la puerta, diciendo:

—Yo sabré castigar á un pícaro este desvergonzado atrevimiento, ó no seré quien soy.

La que primero se abrazó con él fué Dorotea luego su madre; mas él, á pesar de todos, hacía fuerza para salir, muy perdido de cólera.

Parecióle á Dorotea que en aquella ocasión venía pintado un desmayo, y como tan bien sabía fingir, dando un suspiro muy doloroso se tendió en el suelo. Acudió la buena Bañuelos á tomarle la cabeza en sus faldas, diciendo:

—¡Malditos sean los hombres amén, que con su cólera causan estos daños! Miren este ángel si ha sentido verle salir á la calle, que se nos ha quedado sin sentido.

Con esto, comenzó á fingir un copioso llanto, como quien tenía fáciles las lágrimas para toda ocasión; no hizo menos su madre, diciendo:

—Si tiene conciencia debe anticipar á su enojo la salud de esta señora, antes que salir á vengarse.

Con esto, pusieron grillos á los pies de don Tadeo, aunque no salía de muy buena gana á reñir; que por cumplir con su dama había hecho aquel desafuero, por no parecer cobarde á sus ojos, que en rigor, más era dado á lo de Adonis que á lo de Aquiles. Turbóse en extremo de haber sido ocasión de aquel susto en su dama y procuró, con apretarla el dedo del corazón, que volviera, diciéndola no pocas ternezas; todas las oía la socarrona y no hacía corta fuerza para no reirse.

Al fin, de allí á un rato, volvió, no en sí (que ya lo estaba), sino á hablar, diciendo:

—¡Jesús y qué hombre tan arrojado! ¿El es el que quiere? No lo creo, pues tan poco caso hace de mí emprendiendo lo que es contra mi gusto.

El procuró desenojarla con caricias y no tuvo que hacer poco.

En este tiempo llegaron sus criados que venían por él, con quien se fué á su casa, no poco

picado de la sátira que le cantaron, y diera por saber el autor de ella cuanto tenía para hacerle matar á palos.

El día siguiente envió un gran regalo á Dorotea, y con él un rico faldellín, que sin haberle dicho nada había mandado hacer en su nombre. Estimó la dama el presente y envióle á decir que no había podido dormir en toda la noche de pena, temiendo no hubiese salido en busca del músico de la sátira.

Con esto se proseguía su martelo adelante, dándole buenas esperanzas Dorotea de que tendría premio su afición, con que vivía alegre.

Mientras Dorotea había estado en Illescas, vino á aquella villa de la imperial Toledo un caballero estudiante, con otros amigos, en romería, á visitar aquel insigne santuario de la Emperatriz de Cielos. Este (cuyo nombre era don Basilio) se enamoró de la dama, y tanto la supo obligar, que alcanzó el premio que deseaba sin mucho interés, porque degenerando de su codicia y tiranía, á ella le pareció bien el caballero; éste la vino siguiendo á Madrid, donde se le daba entrada en casa, con presupuesto de que no quebrantaría el precepto de «no estorbarás», tan importante para la gente del trato de Dorotea.

Tomaba el escolar lo que le daban y no se metía en más; de suerte que, ni inquietud de celos ni temores de mudanza le quitaban el sueño, sólo su fin era cumplir con su apetito, y lo demás lo

dejaba correr, dando muestras con ésto de su buena condición. A este caballero había encargado Dorotea que hiciese una sátira á don Tadeo y que se la cantase cuando supiese que estaba de visita en su casa; no lo encargó á lerdo, y así pronto halló un poeta de los muchos que sobran en Madrid, que se la hizo dándole noticia del sujeto, y hecha, buscó á un músico que se la cantase. Logróse bien, pues sin ignorar nada, la oyó el mismo don Tadeo, para quien se había hecho. Volviendo, pues, á sus amores, él los llevaba en buen punto, creyendo verse pronto en posesión de galán de Dorotea.

Casóse un amigo de don Tadeo, y fué él convidado á la boda. Dió aviso de esto á su dama, y díjola que fuese á San Sebastián, donde se holgaría de ver mucha gala, así en los novios como en los padrinos y acompañantes. Quiso Dorotea darle gusto, y así fué en su coche á ver de embozo la boda. En la iglesia la conoció su amante que estaba aquel día más galán que el sol, con un vestido bordado que para eso había hecho; adornábale con ricos botones, cadenas y cintillo de diamantes, y no se olvidó de dar también un adorno á las manos con preciosas sortijas que valían mucho dinero. Parte de estas joyas eran suyas y parte prestadas.

Llegóse á donde estaba Dorotea, la cual le alabó su gala y bizarría de que no poco se envaneció. Díjose la misa á los novios, y para volver

á acompañarlos, se despidió don Tadeo de su Dorotea, pidiéndole ella con mucho encarecimiento que aquella noche fuese su convidado; él lo aceptó, aunque dijo que agraviaba al amigo, pero que no faltaría causa con qué excusarse, pues le era su convite más de gusto.

Ya Dorotea tenía, desde que vió á su galán, forjada la burla que le había de hacer, y así se previno de todo lo necesario.

Aquella tarde se jugó largamente á las pintas en casa de los novios, donde don Tadeo estuvo de buena dicha, pues ganó más de 1.500 escudos en joyas y dinero, alzóse del juego, y á la hora de las oraciones, acudió á ver á su dama de quien había de ser convidado, llevando pretexto de hacer todo su esfuerzo en quedarse allá aquella noche. Fué recibido de Dorotea con muchas caricias y no menos de su madre en forma de dueña y de Bañuelos, encareciéndole lo galán que venía, publicó su buena suerte en el juego y dió de barato á su dama 100 escudos en oro, y á las dueñas á cada una ocho. De buena suerte se vió Dorotea, pues halló que toda la ganancia la traía consigo en los bolsillos, que apenas se podía mover.

Mientras se aderezeba la cena se cantó un poquito y después se habló, donde en la conversación manifestó su deseo de quedarse el galán, y tanto instó, que Dorotea condescendió con su gusto, llevando el intento que después se dirá.

Mandó don Tadeo á sus criados que se fuesen á casa y que á la mañana, á las diez, volviesen allí trayéndole otro vestido. Ellos se fueron también con barato, no poco contentos de ver que su amo tomaba aquella noche la posesión de lo que le había costado tantos desvelos.

Prevenida la cena, cenaron los dos amantes, siendo servidos de las dos dueñas solamente; en la bebida de don Tadeo, se le echaron unos polvos que causaban dentro de breve tiempo profundo sueño, y él brindó á su dama largamente, pareciéndole, que siendo pródigo con Baco, lo sería con él Venus. Con esto se levantaron los manteles y quedaron hablando los dos amantes en varias cosas. Deseaba ya Dorotea que los polvos hiciesen su efecto, y para que más brevemente le escutiesen, llevó á su amante á su aposento, mandóle que se desnudase; él lo hizo con mucha presteza, y para engañarle la astuta moza, se comenzó á irse poco á poco destocando.

Apenas hubo entrado don Tadeo en la cama y reclinado la cabeza en las almohadas, cuando comenzaron á obrar los polvos, con tanta fuerza, que daba los ronquidos tan fuertes, que se oyeran en la calle. Comenzó á llamarle la dama y á moverle, pero él estaba como un muerto. Así le tuvieron hasta la media noche, previniendo en el intermedio su fuga, ayudándola el estudiante que se halló allí y el cochero; recogieron las joyas de don Tadeo y el dinero de su ganancia,

que todo valía más de 2.500 escudos, y puestos los cofres á punto, los mudaron á parte segura, que ellas tenían prevenida de antes.

Sólo restaba lo que habían de hacer de don Tadeo.

El estudiante, como era bellacón, dió en un capricho extremado, y fué, que así desnudo, le sacó de la cama y le envolvió en un pedazo de manta colorada vieja, muy fajado como niño, delante le puso un paño como babador, y de un cordel, pendientes por dijes, un pie de puerco que había sobrado de la cena que sustituía por mano de tejón ó tasugo (remedio contra el ojo). Del otro lado le pendía una mano de mortero y un cencerro.

Con esto le metió en un serón, y así envuelto, cargó con él, acompañándole el cochero, y le fueron á colgar de un balcón de la casa de un indiano muy miserable, donde le dejaron y volvieron á casa, hallando todo el menaje de ella dispuesto para trasladarlo con lo demás; hízose así, poniéndose en salvo todos.

En su profundo sueño y metido en su serón pasó la noche el pobre de don Tadeo al sereno y colgado de un balcón, cuando se pensó estar en los brazos de su Dorotea.

Restituyó la aurora la luz á los mortales dando de su venida noticia las alegres aves, cuando el indiano salió á abrir sus ventanas, habiendo madrugado más que su gente (propio de avaros),

que aun el rato que duermen piensan que se les defrauda el tiempo. Abrió el balcón y vió de él pendiente la espuerta. Sacó los anteojos, que era hombre de edad, y reconoció bien lo que era, no pudiendo determinarse á distinguir lo que estaba dentro, si bien se presumió le habían echado algún niño á sus puertas. Con este temor llamó á sus criados, á los cuales mandó que descolgasen la espuerta y la subiesen allá. Hiciéronlo, y abierta, vieron al buen don Tadeo adornado en la forma que se ha dicho, y con un papel en el pecho; diéronsele á su amo (muertos de risa de ver tal espectáculo y de que estuviese aún todavía durmiendo), el cual leyó en estos versos:

La madre que le parió
aqueste niño que véis,
para que vos le criéis
á vuestras puertas le echó;
el bautismo se le dió;
no se vuelva á bautizar
que el agua le podrá helar;
su crianza no os asombre,
él mismo os dirá su nombre,
que pienso que sabe hablar.

De nuevo causó risa al indiano y á sus criados la décima hecha al niño expósito. Alguno dijo que era persona principal y haberle visto en buen traje en la Corte. Lo que se hizo del pobre caballero fué ponerle en una cama, donde estuvo

durmiendo hasta de allí á media hora; pero así como despertase y reconociese el aposento donde se vía y no ser el de la casa de su dama, comenzó á dar voces, acudieron los criados del indiano y como extrañase el no conocerlos, les dijo que le dijesen dónde estaba. Llegó á este tiempo su amo, el cual, en breves razones, le hizo relación de cómo le habían hallado, de que se halló en extremo corrido y afrentado.

Mandó salir á los criados, y con su dueño se declaró, diciéndole sus amores, la burla que le habían hecho y quién él era; con lo cual fueron á su posada á llamar á sus criados que trajeron de vestir, y en el coche del indiano se fué desesperado de pena. Hizo hacer luego diligencia para saber qué se había hecho de Dorotea, y trajéronle nuevas como aquella noche había dejado el albergue y no se sabía de ella. De nuevo se hicieron otras más apretadas, pero todo aprovechó poco; vino á dilatarse por Madrid la décima, de suerte que de afrentado don Tadeo, hubo de dejar la Corte y irse á Flandes.

Dorotea, triunfante con la presa acudió á Illescas, donde se celebró entre las compañeras su burla y estafa por la mejor, y todas de conformidad se determinaron á irse á vivir á Granada y no tratar de más embelecos; hicieron su jornada, y llegando á aquella insigne ciudad vivieron por un tiempo pacíficamente, donde las deja el autor de este libro por ahora, prome-

tiendo, si sale á gusto del lector, escribir el de *Los vengadores de las estafas* placiendo á Dios, y *La niña de los embustes*.

Aprovechamiento deste discurso.

En el aliento que tuvo Dorotea en no ser menos que sus amigas, reprende á los que hacen caso de honra el querer emprender cosas viles como otros, viniendo á ser después causa de su infamia.

En la prontitud con que aceptó el vestido en la puerta de Guadalajara, amonesta que no deben ser las mujeres tan atrevidas en aceptar, pues quien se deja obligar, es fuerza también obligarse á la paga.

El apresurarse don Tadeo á amar, dé escarmiento para que se guarden de ser fáciles en vencerse, pues de esto resultó el daño que se siguió en perder sus joyas, dineros, y lo más que fué, la reputación.

Laus Deo honor, et gloria.

Tiempo de

Regocijo, y Carnestolendas

de

Madrid

AL EXCMO. S. D. ALVARO IA-
CINTO DE PORTUGAL, Almirante de las In-
-dias, conde de Gelues, duque de Vera-
gua, marqués de Xamaica, &c.

Por don Alonso de Castillo Solorçano

CON PRIVILEGIO
En Madrid, por Luis Sánchez: año de 1627
á costa de Alonso Perez, mercader de libros.

Año 1627

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene don Alonso de Castillo Solórzano, privilegio por diez años y licencia para poder imprimir este libro, intitulado *Tiempo de regocijo*, de los señores del Consejo Supremo, con prohibición de que otra ninguna persona, so graves penas le pueda imprimir sin su licencia, como consta del testimonio que dello dió Jaime de Villaceballos, escribano de cámara de dicho real Consejo. En Guadalajara á siete días del mes de Enero de mil seiscientos y veintiseis años.

SUMA DE LA TASA

Está tasado este libro por los señores del Consejo, á cuatro maravedises cada pliego.

ERRATAS

.....

Con estas corresponde á su original. En Madrid á 7 de Enero 1627.

El Licenciado Murcia de la Llana.

APROBACIÓN DE DON JUAN DE JAÚREGUI

MUY PODEROSO SEÑOR:

En estos libros que me manda V. A. ver, muestra don Alonso de Castillo Solórzano, tanto ingenio y estudio como en otros que ha publicado con mucha aprobación. La *Vida de Cleopatra*, abraza las mayores historias de gentilidad; y así no dudo que á los faltos de aquellas noticias, será de importancia y de gusto. No menos lo ha de ser el que llama *Tiempo de regocijo*, por el modo, gracia y facilidad de sus prosas y versos. Todo, en efecto, muy libre de ofender costumbres, y digno (si V. A. se sirve), de que el autor lo imprima como suplica. En Madrid 20 de Diciembre 1625.

DON JUAN DE JAÚREGUI.

DEL PADRE MAESTRO FRAY FRANCISCO BOIL, APROBACIÓN

En estos dos libros de *Historia de Cleopatra* y *Tiempo de regocijo*, que he visto cuidadosamente, con orden del señor don Juan de Mendieta, Vicario general de Madrid y su partido, compuestos por don Alonso de Castillo Solórzano, he hallado no menos utilidad que deleite, y he advertido que el autor dellos estudiosamente pretende lo primero cuando con su ingenio se ejercita en lo segundo. Ha sido fácil modo de instruir la república con estas obras, que tienen tanto de Filosofía, saber ilustrar la Historia con estilo sucinto y hacer dulce la aspereza de las virtudes morales, con el entretenimiento de la variedad en la lectura. Ambas cosas hace con suma destreza el autor, enriqueciendo nuestra lengua y nación depuesto todo vicio en el escribir, ni aprovechándose de las extranjeras, ni mordiendo la nuestra, como se ha visto en los libros, que con tanto acierto y aprobación del pueblo tiene sacados á luz. En éstos que ahora veo tendrán provecho las costumbres y alivio los ánimos más ocupados, no hay en ellos cosa que contradiga á las verdades católicas y así lo firmo. En el convento de los Redentores de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, Octubre catorce de mil seiscientos y veinticinco.

M. Fr. Francisco Boil.

DEL DOCTOR FRANCISCO DE QUINTANA

De la elegancia y el modo
deste discurso, colijo,
que es, siendo de *regocijo*,
cifra de elocuencia y todo.
Cuando á verle me acomodo
dar doctrina tan á tiempo,
disfrazada en pasatiempo
llego también á pensar,
que á este *Tiempo* ha de faltar
para su alabanza tiempo.

DE DON JUAN DE LA REA Y ZURBANO

Todo el tiempo que gastáis
con vuestra pluma, colijo
que al mundo da *regocijo*,
pues con él tanto alegráis.
Al Mayo siempre imitáis,
pues, con diversos colores,
concetos nos dáis por flores,
bellos donaires por fruto,
y en tan colmado tributo
todo es placer, todo amores.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ÁLVARO JACINTO COLÓN Y PORTUGAL, ALMIRANTE DE LAS INDIAS, CONDE DE GELVES, DUQUE DE VERAGUA Y DE LA VEGA, MARQUÉS DE JAMAICA, CONDE DE MONTEALEGRE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE VILLANUEVA DE ANSCAL, TORREQUEMADA Y ALMUÑDANO, ETC.

Habiendo de seguir el estilo que los escritores antiguos observaron eligiendo grandes príncipes á quien consagrar sus obras, en quien concurrieron sangre ilustre y claro ingenio, nadie tiene más derecho á ser el Mecenas deste volumen que V. E., por haberle hecho el cielo tan consumado en estas dos partes: que en sangre descienda de la real casa de Portugal y por el entendimiento adquiere la estimación de todos.

Confieso que este trabajo mío, cuanto más humilde, necesita más del favor de V. E., con cuya protección espera reguridad de los mordaces, si no por lo acertado en lo escrito, por andarlo su autor en la elección de habérselo dedicado á V. E., á quien Nuestro Señor guarde y dé la dilatada sucesión en su casa que yo deseo.

D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

AL BIEN INTENCIONADO

Hállome (lector amigo) tan obligado de tu liberalidad en recibir mis borrones, no sólo con gusto sino con aplauso, que viendo que por mí no puedo pagarte, he venido á hacer lo que muchos, que es pedir prestado, rogando á don Alonso de Castillo me salga por fiador con su divino ingenio, para que ya que no puedo por la propia, lo satisfaga con la ajena pluma; así, te ofrezco, en nombre suyo y desempeño mío, ese libro que se llama *Tiempo de regocijo*, para que en este piélago de la vida que navegas con sus avisos te guardes, con sus discursos te diviertas, con su invención te deleites y con su doctrina huyas de los escollos que amenazan la tranquilidad de tu juventud.

No te digo que es bueno, porque lo que es tan cierto más debe suponerse que decirse; sólo te digo que es suyo; que con esto supongo lo que no digo. Su calidad es grande, aunque en cantidad no lo parece; discreción sin duda de su dueño, que, como tan buen cortesano, sabe que más está la vida para divertimientos breves que para historias largas.

Y porque me debas también la lisonja de unas alegres nuevas (que como te he menester te lisonjeo), quiero prevenirte de cinco libros que has de

gozar este año; porque están ya para darse á la imprenta, donde, á mi juicio, hallarás todo cuanto te puede pedir tu deseo, sin que la buena intención que tienes te deba nada en su aprobación; que lo que de justicia se debe no se ha de atribuir á tu cortesía.

Y porque sé que en oyendo el nombre de cada uno has de sentir lo mismo que siento, digo que don Lorenzo Vander Hammen, á quien debe España tantos lauros, así en la parte de la historia como en las humanas y divinas letras, tiene escrita la *Vida del señor don Juan de Austria,* digna empresa de su gran juicio, cuyo talento y estudio no te encarezco, porque ya le conoces en sus escritos, y también por no hacerme mal visto por alguno que se pudre de las alabanzas ajenas, como si fueran vituperios propios.

Francisco López de Zárate, nuestro Apolo español, está dando la última mano á su *Poema,* para que tengas otro Virgilio en nuestro idioma; de donde, como estudioso ejemplar, traslades la verdadera poesía; yo no lo he visto, pero conozco á su autor y basta, que de los hombres tan provectos, en profecía se han de venerar sus escritos, y más cuando tienen dadas al mundo fianzas de su acierto.

Don Gabriel del Corral y don Gabriel Bocángel émulos solamente en el nombre, porque en la ciencia el que más sabe es el primero que se oye, tratan de ofrecerte en la estampa alguna parte de lo mucho que has aceptado en la ingeniosa Academia desta Corte, donde se dan las manos la nobleza y el ingenio, la ciencia y la autoridad. Bien los ha-

brás visto, pues sueles preciarte de que te llamen el curioso.

Por el doctor Francisco de Quintana te convido con *Hipólito y Aminta*; perdone Heliodoro que aunque en la invención sea el primero, quizá por la edad, en lo político grave, agudo y conceptuoso, has de confesar que no le iguala; á mí tal me parece, aun cuando me desnudo de la pasión con que le estimo; y porque creas más fácilmente esta verdad, advierte que á su ingenio debes las *Experiencias de Amor y Fortuna*; que, si su modestia ocultó su nombre, yo (aunque sin licencia suya) te lo he querido revelar, porque es lástima que le quite su desconfianza la gloria que le has dado, aun sin conocerle.

Yo también, fiado sólo en la merced que me haces, sacaré á luz un tratado del *Purgatorio de San Patricio*, misterio deseado de muchos y sabido de pocos; si te agradare, pensaré que es del Santo, y si no confesaré que es mío, aunque de la piedad con que me honras espero grandes favores, fuera de que cuando te enojare con mis desaciertos volveré á rogar á don Alonso del Castillo escriba otro libro como éste, que á él le honre, á tí te despique y á mí me desempeñe. Dios te guarde.

EL DOCTOR JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN.

INTRODUCCION

Doraba el hermoso hijo de Latona, cuarto planeta y fomento universal de las plantas y flores, la última casa del Zodiaco, formando sus lucidos rayos, vistosos cambiantes en las plateadas escamas de los celestes peces; que por haber sido causa del portentoso nacimiento de la Dea Siria (que llamaron Venus), fueron colocados en aquella etérea mansión, adornados de lucientes astros.

No se había despedido del todo el erizado invierno, para dar lugar á que la apacible primavera vistiese de su verde librea las desnudas plantas, porque en el fin del inscontante Hebrero, molestaba aun á los mortales curiosos rigurosas nieves, plateadas escarchas y copiosas lluvias, ocasionándoles sus rigores á buscar templanza, ya en abrigados aposentos ó ya en calientes estufas.

Era el tiempo en que las Carnestolendas dan amplias licencias á mayores divertimientos en

los juegos, en los banquetes, saraos y regocijos; no perdiendo la gente en estos entretenimientos el poco tiempo que hay hasta el futuro Miércoles de Ceniza.

Asistían en la insigne y antigua villa de Madrid (corte del magnánimo Felipo, monarca de las Españas), tres nobles caballeros casados, que vivían en tres principales casas en la anchurosa calle de Atocha, muy cerca los unos de los otros. Llegóse la noche del jueves, que vulgarmente llaman *de las comadres*, en la que hizo el más anciano dellos (cuyo nombre era don Enrique) á los otros un costoso y regalado banquete, en que se juntaron las tres familias, hallándose en él seis bizarras y hermosas damas doncellas, hijas de los tres, y cinco caballeros mozos, sus hermanos, todos gente de buen gusto y buenos entretenimientos. Entre ellos había quien cantase con suma destreza; y asimismo quien hiciese versos con mucha prontitud de ingenio, imitándoles en las dos gracias algunas de aquellas discretas y hermosas damas.

Después que se hubo acabado la cena (que fué servida con mucha diversidad de apetitosas ensaladas, gustosas viandas, olorosas y regaladas conservas), antes que se comenzasen los juegos, los bailes y entretenimientos que la mocedad de aquellos caballeros y damas pedía, quiso el anciano don Enrique que sobre la mesa se oyesen estas razones:

—Ya que mi casa se ha visto hoy sumamente honrada con tan nobles huéspedes, tanta hermosura de damas y tan agudos entendimientos, en el tiempo que las Carnestolendas nos permiten menos composturas y más licencia para divertirnos, me parece que los tres últimos días dellas los ocupemos en entretenimientos gustosos y honestos, olvidando por este año estas hermosas damas la impertinente ocupación que permite la recibida costumbre de las burlas que hacen con el agua, arrojándola con sus instrumentos desde las ventanas á los que pasan por las calles á pie ó á caballo, con que veo pocos gustosos de tales favores. Y así (subordinado á los pareceres de todos), propondré el mío, que desde el domingo que viene nos juntemos, en siendo de noche, en esta sala (donde quiero que sea la primera holgura), y ésta conste de todos estos divertimientos.

Mientras se hace hora de cenar, quiero que don Claudio, mi hijo, os refiera una novela maquinada de su ingenio, guardando en lo rozonado della el decoro que debe á tan discreto y principal auditorio; después della, dirá cada uno los mejores versos que supiere de memoria, graves ó jocosos, que si lo fueren, no desdiciendo de la compostura que debe guardarse, serán más á propósito del tiempo; y después de la cena se rematará la fiesta con algunos graciosos bailes ó máscaras ó alguna representación. Esto me parece

conveniente, salvo el acuerdo de todos, que obediente me dispongo á seguir.

Parecióles á todos bien lo propuesto por don Enrique, y así quedaron de concierto que el primero día fuese la fiesta en su casa (pues la pedía); el segundo en la de don Sancho, su primo, y el tercero y último, que era el martes de Carnestolendas, en casa de don Rodrigo, amigo de los dos, y que de una noche para otra dispusiesen los entretenimientos para divertirse y holgarse.

Concertado, pues, en esta forma (después de haber entretenido aquella noche con diversos juegos y bailes), se fueron á sus casas, cuidadoso cada uno de los señalados, de procurar exceder á los otros en todo con la mayor diversidad de fiestas que pudiere.

Fiesta primera.

Yacía el délfico planeta en el monumento del ocaso, sepultado con sus hermosas luces, por dar lugar á que la obscura noche mostrase en su ausencia su negro dosel, bordado de astros, cuando las prevenidas familias de don Sancho y don Rodrigo se hallaron el domingo de Carnestolendas en casa del anciano don Enrique, á quien recibieron él y doña Eufemia, su esposa, con mucho gusto.

Entráronse aquellos caballeros y damas, en una espaciosa sala, colgada de costosos paños flamencos y alfombras turcas. Estaban repartidas por ella muchas luces, con igual correspondencia. A un lado estaba un grande estrado, con veinticuatro almohadas de terciopelo carmesí; en él había dos grandes braseros de plata, para reparo del frío, que le hacía grande.

Ocuparon sus asientos las damas, y cerca dellas sus padres y hermanos. Y después que se hubieron preguntado por sus saludes, don Enrique, deseoso de que se comenzase su fiesta, les pidió

que prestasen silencio á ocho músicos que ocupaban una parte de la sala, con varios instrumentos, á cuyas suaves diferencias cantaron á dos coros, con dulces voces, este romance, que se había hecho en alabanza de la singular hermosura de doña Ana, hija de don Enrique.

Duplicado sale el sol
á los amenos países,
que en su primavera Anarda
de lucidas flores viste.

Sonoras salvas le hacen
los alados menestriles
en sus amenas estancias
más atentos, menos libres,

Aviso dan á las flores,
que en amenidades viven,
para que tanta hermosura
con más perfección imiten.

Sacrílegos á su frente
se le atreven los jazmines,
pues de su nieve pretende
tener su belleza origen.

Del claro azul de sus ojos
se adornan los alelíes,
siendo hipócritas de celos
que no sienten lo que fingen.

A sus mejillas la rosa,
menos sana y más humilde,
para aumentar perfecciones
púrpura nevada pide.

Bizarro ostenta el clavel,
en sus hojas carmesíes,
que ha robado de sus labios
esmaltes que le autoricen.
De su cuello la azucena
bien es que el candor mendigue,
pues es beldad inconstante
y busca belleza á firme.
Ya de su aliento las flores
fragantes gajes reciben,
pagándoles en aromas
lo que la aplauden y asisten.
Esta deidad soberana
hace estos campos jardines,
que exceder pretende Mayos
la que ha triunfado de Abriles.
Pastores de Manzanares
nadie libertad publique,
porque es contra su beldad
la resistencia imposible.

Cantaron el romance con tanto concierto y destreza, acompañando los versos dél con alegres pasos de garganta, de tal suerte, que suspendieron el auditorio por todo el rato que duró.

Llegóse el tiempo en que el ingenioso don Claudio, hijo de don Enrique, le tocaba el referir la novela que se le había encomendado, el cual, tomando un asiento en medio del auditorio, de suerte que pudo ser oído de todos, después de haberse sosegado un rato, dijo en alta voz:

—Á mucho se atreve, discreto auditorio, el

primero que introduce una costumbre, poniéndose al peligro de la censura de tan varios pareceres, que si á unos agrada la novedad, otros abominan della; esto mismo pasa esta noche por mí, que soy el que primero da motivo, en estas alegres juntas, á este gustoso entretenimiento que ha de durar estas tres noches de las Carnestolendas. Obligado de la obediencia de mi padre, ocupo este puesto con celo de serviros; lo uno me disculpe, y lo otro me valga para que supláis las faltas que en mi discurso hubiere, el cual, por constar de mucha variedad, no fiándome de mi memoria (que temo me falte en la mejor sazón), le traigo escrito en este pequeño volumen; suplicoos que me tengáis atención, que con ella comienzo desta suerte.

EL DUQUE DE MILAN

Novela primera.

GOBERNABA el rico y poderoso estado de Milán, Ludovico, su generoso Duque, tan amado de sus vasallos como temido de sus enemigos, en edad floreciente, pues no llegaba á los veintiséis años.

Era el gallardo joven, hermoso de facciones, bien proporcionado de miembros, brioso de cuerpo y alentado de ánimo. Á estas naturales gracias acompañaban otras, adquiridas con el estudio, como eran ser un excelente latino, grande retórico, eminente orador y agudo poeta. Los que perfeccionó la práctica de grandes maestros que tuvo, fueron el andar á caballo diestramente en las dos sillas, el jugar las armas, el danzar con gallardía, y, finalmente, el tocar todos los instrumentos consumadamente.

Tenía un hermano, cuyo nombre era Carlos, diferente en todo de Ludovico, y si bien fueron

los dos doctrinados por unos mismos maestros, en Carlos lució poco la enseñanza y surtió menos efecto la doctrina por caer en sujeto así rudo, como de mala intención, defecto que ni le apoya la sangre noble ni le desmiente la generosidad.

Era Carlos en todo opuesto á Ludovico, teniendo siempre con él una natural antipatía que no podía ocultar, y aunque su hermano conocía esto, con virtuosa modestia y fraternal amor procuraba, al paso que le hallaba áspero y desabrido, hacerle muchas caricias y favores, todo á fin de quitarle del pecho aquella mala intención, digna solamente de habitar en los sujetos de baja suerte.

Ofreciósele á Ludovico tener ciertas diferencias con el duque de Módena, vecino suyo, las cuales llegaron á tales términos, que les obligó á salir cada uno con su gente en campaña. Tuvieron algunos encuentros, habiéndose los dos duques en ellos como valientes soldados, y asimismo Carlos, acompañando á su hermano con cargo de general de su gente, que en todas las ocasiones procuraba honrarle Ludovico.

Por las continuas guerras que Carlos, padre de los dos hermanos, y Duque de Milán, tuvo con venecianos y piamonteses, quedó empeñado su Estado de tal suerte, que en tres años que había que le gobernaba Ludovico, con ajustarse cuanto pudo, ahorrando de gastos, no fué posible acabarle de desempeñar, por lo cual, en la

ocasión desta guerra, no venían los soldados tan bien pagados como Ludovico quisiera, y aunque para el remedio desto pudiera imponer un nuevo tributo por toda su tierra, según le propusieron sus consejeros, era tan prudente y ajustado á la razón, que no quiso apretar á sus vasallos, pensando que la guerra duraría poco, como procedida de pequeña causa.

En todas las ocasiones que con el duque de Módena tuvo Ludovico, siempre salió ganancioso, hallándose por su persona en los mayores trances de la guerra, animando á sus soldados, cosa importantísima para el buen efecto della; porque con la vista del señor pelea el soldado valientemente, considerando que quien está presente á sus hazañas como testigo de vista dellas se las ha de premiar después.

Dilatóse la paga á los soldados más de lo que fuera razón en el ejército del duque de Milán, con lo cual casi se le amotinó un tercio de su gente, siendo la principal causa desto más la mala intención de Carlos que la falta de dinero, que, como opuesto en todo á su hermano, deseaba que no se le hiciere cosa bien; y con esto, ponía mal ánimo á los soldados, dándoles pocas esperanzas de haber paga.

Sucedió, pues, que los duques señalaron día para verse juntos; y desta vista resultó el concertarse en sus diferencias, con los más suaves medios que pudieron, quedando amigos; con que

cesó la guerra, volviéndose á sus estados, yendo la gente de Ludovico mal pagada y nada afecta á su príncipe por el mal tercio de Carlos, con lo cual hizo á su hermano la cama para la traición que adelante diré.

No obstante la mala intención y condición de Carlos, tenia por apasionados suyos algunos principales caballeros de Milán, que ó por simbolizar en sus costumbres con él, ó por hallarse poco favorecidos de Ludovico, le cortejaban sin apartársele un punto del lado.

Bien conocía esto el Duque, y pesábale entrañablemente no poder reducir á Carlos á que imitase sus costumbres y se quietase en sus mocedades. Salía de noche con éstos, que le acompañaban, y hacían por la ciudad notables travesuras, no sólo en daño en las personas de algunos ciudadanos, más de sus honras; con lo cual le venían á la mañana las quejas al Duque, el cual, para deslumbrar á los quejosos que no era su hermano, les prometía mandar hacer apretada averiguación sobre ello y castigar los culpables. Y tal vez por paliar esto, hizo que á un delincuente, que estaba preso por un grave delito, le castigasen públicamente, diciendo en los pregones ser castigado por revoltoso y por travieso. Por otra parte, reprendía á Carlos con amor y cordura, afeándole las mocedades que hacía á costa de otros, lo cual oía Carlos con disgustado semblante; pero aprovechábase poco de los cuer-

dos consejos de su hermano, empeorándose con esto la mala voluntad que le tenía.

Con la llaneza deste caballero y la libre vida que traía, agregó á sí algunas voluntades de hijos de caballeros poderosos, que, deseando verle señor del Estado de Milán y ellos privados suyos, se atrevieron á tratar conjuración contra Ludovico, para desposeerle del Estado, y sobre esto quitarle la vida si fuere necesario.

Estos y los soldados del tercio que habían querido amotinarse (con quien Carlos repartió algunos dineros por tenerlos gratos), se conspiraron contra Ludovico, de suerte, que para cierta noche que señalaron entre ellos, quedó hecho el concierto de prender al Duque, y si se defendía quitarle la vida.

Llegóse, pues, el plazo, y habiendo entrado de secreto la gente de guerra á deshora de la noche en la ciudad, por estar alojada cerca della, guiándoles Carlos, entraron en palacio donde lo primero que hicieron, fué dar muerte á la guarda del Duque, que hallaron á sus puertas, con lo cual se entraron por las salas, diciendo en altas voces:

—¡Muera Ludovico, y viva Carlos, nuestro príncipe!

El sedicioso rumor de la traidora gente interrumpió el blando sueño á Ludovico, que por haber estado de caza el día antes, vino algo cansado della. Pues como oyere atentamente apellidar por señor á su hermano, y así mismo rom-

per las puertas de palacio, luego sospechó que de Carlos era esta traición, por haber tenido dos días antes un papel sin firma, que de secreto le avisaba se guardase dél.

Alborotóse grandemente, y llamando á Camilo, un caballero mozo que era gentilhombre de su cámara y grande privado suyo, le hizo levantar, que dormía en otra pieza más adentro de la del Duque. Levantóse admirado de lo que oía, y ayudó brevemente á vestir á Ludovicq; y por huir de la traidora turba, que les tenía tomadas las puertas, se hubieron de arrojar los dos por una ventana que caía á un jardín, y de allí, por una puerta falsa dél, cuya llave tenía el Duque, se fueron á una quinta de Ascanio, caballero anciano, padre de Camilo, que distaba un tiro de ballesta de la ciudad, donde residía lo más del año.

Carlos y sus valedores fueron rompiendo puertas hasta llegar á la antecámara del Duque, donde algunos criados suyos les quisieron defender la entrada; pero luego fueron muertos por mandado de Carlos, sin valerles su defensa. Con esto llegaron al aposento del Duque, y como no lo hallaren en él, fué notable el disgusto que Carlos recibió desto, por parecerle que había hecho el tiro en balde cuando había manifestado su intención. Mandó, luego, que con mucho cuidado se buscase por todo palacio, y así mismo por el jardín; mas, con toda la diligencia que hicieron, no fué hallado.

Con el ruido y alboroto de armas que había, despertaron todos los ciudadanos, y oyendo correr la voz por Carlos, los amigos de Ludovico, con el amor y pasión que le tenían, acudían desalumbrados de lo que podía ser, á palacio, cada cual prevenido de armas, donde los más dellos eran muertos y algunos presos.

Convocóse toda la plebe contra Carlos; y junta la más gente que pudo congregarse, determiñaron defender la parcialidad de su querido Príncipe, á pesar de los traidores, gobernándoles algunos caballeros leales que les animaban á esta empresa. Mas como era gente poco práctica en la milicia, encontrándose con el bando contrario murió la mayor parte dellos á sus traidoras manos. Esto confusamente á las pocas luces que en las ventanas ponían, de suerte que esta civil batalla entre los leales y traidores, duró poco por la ocasión dicha.

Mientras esto pasaba Ludovico y Camilo, estaban en la quinta de Ascanio, tomando su consejo en la forma que podrían escaparse de aquella traidora canalla; y para esto, Ascanio, como caballero prudente y de experiencia, dió una ingeniosa traza, diciendo al Duque:

—Generoso Ludovico; la determinación de vuestro traidor hermano ha llegado á los términos que véis, deseoso de poseer tiránicamente el Estado que por primogénito heredastes. Esta ciega ambición de verse absoluto señor en él,

sin contradicción alguna, le ha de obligar á buscaros con grande cuidado para quitaros la vida, no sólo en vuestro Estado, más donde supiere que asistáis. Para que su depravada intención no tenga efecto, y le deslumbremos, no hallo mejor modo que este, que parece que el cielo me le ha dado para libraros del presente peligro; el cual es, que os quitéis luego ese vestido, que es el mismo con que ayer fuísteis á caza y todos os vieron, y buscando un hombre de los que en esta guerra civil han muerto, se le hemos de vestir, y juntamente adornar de las sortijas que traéis, hasta ponerle en las calzas los papeles que trujéredes en ellas, que algunos serán de importancia, y el rostro del difunto lo podemos llenar de heridas, de suerte, que deshaciéndole las facciones, no pueda ser conocido por ellos.

Parecióle á Ludovico bien el consejo del anciano Ascanio, y para ponerle en ejecución salió Camilo luego á buscar al que había de representar al muerto Duque para engaño de Carlos y sus valedores. No fué dificultoso el toparse presto en lo que buscaban, por haber tantos hombres muertos por las calles, cosa que le dió notable pena.

Cargó con uno, que á la luz de una linterna vió que simbolizaba en el talle con Ludovico, y llevándole á la quinta, fué despojado de sus vestidos y adornado de los del Duque, con los demás requisitos que había ordenado Ascanio, no olvidándose de ponerle los papeles, que eran me-

moriales que aquel día le habían dado, y algunas consultas de oficios que estaban por proveer. Con esto, sacando al fingido Duque, le llevaron en sus hombros Ascanio y Camilo, su hijo, hasta una plaza que estaba junto á Palacio, donde le dejaron entre los demás difuntos y heridos que allí estaban. Y esto se pudo hacer sin ser vistos, por andar la revuelta entre los rebeldes y leales, lejos de aquel distrito.

Venciendo, pues, la parcialidad de los traidores por justos juicios de Dios, reservados á su deidad, que nosotros no alcanzamos, la luz del día distinguió confusiones, con lo cual la gente de Carlos, apellidando ¡victoria!, contra los rendidos, quisiera dar saco en las casas de los de la parcialidad de Ludovico; mas considerando Carlos, que era ofenderles de nuevo y que no convenía para conservarse, mandó echar un bando, que pena de la vida, ninguno se atreviese á saquear casa alguna, con lo cual se sosegó la gente y él se fué á Palacio, acompañado de los de su parcialidad, donde le besaron la mano reconociéndole por señor.

En la ciudad no se oía otra cosa que llantos y quejas de las mujeres, unas llorando á sus padres muertos, otras á sus esposos y otras á sus hermanos ó hijos, procurando dar á sus cuerpos sepulturas. Grande lástima causaba ver interrumpir el aire con suspiros y sollozos causados de la lastimosa tragedia.

En esto llegó un soldado al nuevo Duque y le dijo, cómo habían hallado á Ludovico, su hermano, muerto. No lo pudo creer Carlos; tanto lo deseaba, y así mandó que á su presencia fuese traído. Hízose brevemente, poniéndole delante al fingido Ludovico, desfigurado el rostro con las muchas heridas que en él tenía, cuyo funesto espectáculo enterneció á muchos de los que acompañaban á Carlos, y aun á él le dió notable pesar de lo que había emprendido, siendo causa de la muerte de un hermano que tanto le había querido y honrado siempre.

¡Oh, poderosa ambición; cuántos daños se han causado por tí en el mundo! ¿Qué no intentas? ¿Qué no emprendes? ¿A quién no te atreves? ¿Qué padre se halla seguro de su hijo? ¿Qué marido de su mujer? ¿Qué hermano de su hermano? No me espanto que sean rigurosos tus impulsos, si las más veces te acompañas de la envidia. Examinando de nuevo el cuerpo del difunto, si era el que pensaban, las sortijas que le hallaron y papeles certificaron su duda, con que manifestó Carlos de presente sentimiento de ver muerto á su hermano, tanto que lo quiso acreditar en los dudosos con lágrimas. Duro se hace de creer, que fuesen de dolor, más persuaden á sospechar fuesen de alegría de ver hecho trofeo suyo al que tenía por mortal enemigo sin causa alguna, más de haber nacido un año antes que él. A este propósito me acuerdo de un soneto jocoso que se

hizo á Julio César, llorando sobre la cabeza de su enemigo Pompeyo, cuyas lágrimas eran de la data de las de Carlos; y con vuestra licencia le tengo de decir:

SONETO

¿Con lágrimas los ojos de un barbado?
César, ¿qué más hiciera una marica?
Más es trocado rótulo en botica,
que informa mal de lo que está guardado.
Sentimientos publica lo llorado,
cuando el alma mil júbilos publica
y á fiestas mil el corazón replica,
si el semblante clamores ha tocado.
Todos han penetrado el sentimiento,
que es la malicia gran censuradora,
pues lo que causa aumentos siempre alegra.
César, decid que el llanto es de contento:
que quien la muerte de su yerno llora
también sabrá llorar la de una suegra.

Parecióle á Carlos enmendar su yerro con dar sepulcro honroso al cuerpo del fingido Ludovico, y así mandó que todos se vistiesen de luto. Y por razón de estado mandó asimismo que toda la nobleza de Milán se hallase en su palacio, porque á los favorecidos de su hermano quería admitirlos en su gracia, pareciéndole que con esto reparaba en algo el agravio que les había hecho.

En este ínterin, Ludovico estaba dudoso á qué

parte se fuese de Italia. En Saboya le parecía que no estaba seguro, por haber tenido muy reñidas guerras su padre con su duque, que duraron mucho tiempo. En Módena no se aventuraba á estar por no hallarse muy amigo del duque, por el encuentro pasado. Finalmente se determinó ir á Nápoles á ampararse de su Rey, y para esto con solo Camilo, que le acompañaba, en hábito de humildes soldados, se partieron en dos caballos de la quinta de Ascanio, dándoles él joyas y dineros y á cada uno dos pistolas para su defensa, quedando concertado que en estando en salvo le diesen aviso de la parte en que estaban, y él así mismo de lo que pasaba en Milán. Y para hacer mejor su hecho procuró Ascanio fingir que á su hijo le habían dado muerte juntamente con el Duque, cuyo cuerpo no hallaba entre los demás que murieron, y por esto Carlos por no tenerle quejoso le dedujo á su amistad, haciéndole merced, por ser hombre poderoso en su estado.

Hiciéronse las exequias del fingido Ludovico con mucha solemnidad, conociéndose en el general sentimiento que la ciudad mostró de su muerte, cuán amado príncipe era de todos, cosa que acusaba más el yerro del ambicioso Carlos, el cual procuró quitar los alterados ánimos de los quejosos, haciéndoles mercedes, con que apaciguó algún tanto la ciudad.

Cuatro jornadas habían caminado Ludovico y

su privado Camilo, cuando en una hostería se toparon con un correo que corría la posta á Turín, el cual venía de Milán, de quien supieron el entierro que se le había hecho al Duque; y así mismo un alboroto que aquella noche había habido entre la plebe, por haberles querido el Duque imponer cierto tributo para su desempeño, y había llegado á tanto el rompimiento, que le tenían retirado en palacio, si bien allí tenía gente de guerra con que se defender.

Viendo Ludovico esto, le pareció conveniente que Camilo volviese á Milán de secreto, y supiese el estado que aquello tenía, y que él en tanto le aguardaría en Turín, corte de Saboya, encubierto.

Partió Camilo para Milán, donde le dejaremos, por decir lo que sucedió á Ludovico caminando por el Piamonte. Veinte millas estaba de Turín, cuando por postrera jornada quiso madrugar una hora antes que amaneciese. Salió, pues, de la posada, y habiendo caminado cosa de una milla, cuando el alba comenzaba á desterrar las nocturnas tinieblas, cerca de un bosquecillo le salieron cuatro soldados al encuentro con sus escopetas, en forma de quererlas disparar, y á poco trecho, parándose, le dijeron que el capitán de la guarda de la duquesa de Saboya les mandaba llevarle á su presencia para ser testigo de cierta justicia que se hacía por mandado de su alteza.

Viendo Ludovico que era forzoso obedecer y no ponerse á riesgo (resistiéndoles), de que por fuerza fuese llevado, les dijo que guiasen donde habían de ir á verse con el capitán, que él les seguiría.

Ellos lo hicieron, llevándole á un castillo que distaba del camino un tiro de ballesta, donde luego que llegó le hicieron apear de su caballo, y dejándosele á uno de los soldados que iban con él, subió arriba, donde, en una pieza del castillo, halló al capitán acompañado de otros tres gentiles hombres, el cual recibió á Ludovico con mucho agrado y cortesía. Y luego les metió en una sala más adentro de aquélla, en medio de la cual estaba un madero de una vara de alto fijo, y junto á él sentado un hombre de edad de treinta años, de aspecto robusto y fornido de miembros. Tenía en sus pies puesta una gruesa cadena y dos pares de grillos y en las manos fuertes esposas. A su lado derecho estaba un religioso con un crucifijo en las manos, y al izquierdo un verdugo con unos cordeles.

Luego que llegaron á ver este espectáculo, hizo el capitán á un notario que supiere los nombres de los que le estaban acompañando, y así mismo el de Ludovico. Dijéronselos, fingiendo el suyo el gallardo milanés, y así mismo su patria, los cuales escribió el notario. Y luego en alta voz dijo, que por convenir al servicio de la Serenísima Vitoria, duquesa de Saboya, y á la

buena administración de la justicia, aquel hombre era condenado á muerte, y eran llamados para ser testigos de la ejecución della. Dicho esto acudió luego el religioso á esforzar al reo con las más consolatorias razones que se le ofrecieron, animándole en aquel paso con santos y devotos advertimientos. Y habiendo hecho, como buen cristiano, muchos actos de contricción arrepentido de sus culpas, hizo el verdugo su oficio, dándole garrote, rindiendo brevemente la vida. Con lo cual, los que se habían hallado presentes al funesto espectáculo, desocuparon la pieza, encomendándoles el capitán el secreto de aquéllo.

Partió con esto Ludovico, tan compadecido de la muerte de aquel caballero, cuanto deseoso de saber por qué se mandaba ejecutar aquella justicia en él. Salió, pues, del castillo, cuando el socomenzaba á comunicar sus hermosos rayos á la tierra, y habiendo á medio día posado en un pequeño lugar, se detuvo en él más de lo que quisiera por venir su caballo fatigado del camino. Continuó su jornada, saliendo algo tarde, por lo cual le anocheció cuatro millas de Turín.

Era la noche algo obscura, por haberse turbado el cielo con un denso nublado que amenazaba grande agua. Dióse priesa á caminar, pero atajóle el copioso rocío que derramó el cielo, bastante á no le dejar pasar adelante, y así hubo de ampararse dél en una casa que halló cerca, edi-

ficio antiguo y ya casi arruinado, donde halló un villano que, apeado de una yegua, había tomado la misma resolución que él; en cuya compañía estuvo todo aquel tiempo que duró el agua, que fueron largas dos horas.

Allí, sin verse el uno al otro por la grande obscuridad que hacía, estuvieron platicando en varias cosas; y sabiendo el labrador de Ludovico que caminaba á Turín, le rogó afectuosamente que por ser tarde no prosiguiese con su jornada, sino que en su compañía se fuese á su aldea, que distaba de allí un cuarto de legua, y esotro día podía seguir su camino, que aquella tierra era poco segura de noche. Así mismo le ofreció su casa por posada, lo cual le agradeció mucho Ludovico, y por no desestimar su buena voluntad y estarle bien á su seguridad, aceptó el ofrecimiento con mucho gusto.

Pusiéronse los dos á caballo, y tomaron el camino de la aldea, á la cual llegaron brevemente por ser corto el trecho que había hasta ella. Guió el labrador á su posada, donde fué bien recibido de su mujer y de una hija suya, doncella de buena cara y muy graciosa. Apeáronse los dos y luego les previnieron la cena, pagado el labrador de la buena presencia de Ludovico, aunque iba vestido en traje humilde de soldado.

Ya le había preguntado en el camino por su patria, y él le había dicho ser de Mantua, por saber que aquella tierra estaba muy confederada

con los de Saboya. Trujéronles la cena, que por el nuevo huésped fué más abundante que su posibilidad consentía, con lo cual cenaron gustosamente. Allí dió cuenta á Ludovico, como la Duquesa había un año que gobernaba aquel estado después de la muerte de su padre; cuán hermosa y bizarra era, y así mismo cuán pretendida para esposa de muchos príncipes de Italia, si bien por entonces no tenía gusto de casarse.

En esta plática se acabó la cena, y al mismo tiempo que se alzaron los manteles, entró en casa del labrador un sobrino suyo que venía de Turín; y, preguntándole cómo había salido tan tarde de la corte, dijo, que había sido la causa por aguardar á ver la entrada del duque de Ferrara, que venía con grande ostentación á asistir en la corte algunos días y á regocijarla con fiestas, deseando, como uno de los más finos pretensores de la Duquesa, merecer ser su esposo.

Mucho le pesó á Ludovico que fuese la venida del Duque estorbo para no poder entrar en la corte, porque temía ser conocido dél. Fuése con esto á acostar adonde le tenían una limpia cama, en que reposó poco aquella noche, considerando en lo que había de hacer de su persona; pues le era fuerza asistir allí hasta la venida de Camilo. Venida la mañana, entró su huésped á darle los buenos días y á preguntarle cómo había pasado la noche, al cual hizo sentar en su cama, y le dijo estas razones:

—Amigo mío, agradecido estoy mucho del buen agasajo que en vuestra casa he recibido, pues sin conocerme más que del poco tiempo que asistimos juntos á defendernos de aquel aguacero, me ofrecistéis con puras entrañas vuestro hospedaje para pasar esta noche; el cielo os pague tan buena voluntad. Por cierto inconveniente que se me ha ofrecido de anoche acá, no me está bien entrar en la corte, y así me es fuerza valerme de vos asistiendo en vuestra casa algunos días, hasta saber de un amigo mío que aguardo en esta tierra. Esto ha de ser con mucho gusto vuestro, y no quiero que mi estada os ponga en cuidado, ni costa, porque gracias á Dios, aunque me veis en este humilde traje, traigo con que poder pasar aquí mucho tiempo que estuviere; y para que no dé nota en tan corto lugar viéndome en este traje, he determinado vestirme al uso de la tierra en el vuestro, todo el tiempo que aquí asistiere, acudiendo á todo lo que los de vuestra profesión hacen. Decidme vuestro gusto en esto, y por principio de paga tomad lo que va en ese bolsillo, asegurándoos, que lo que por mí hiciéredes os será bien agradecido y pagado.

Con esto le dió un bolsillo que tenía cien doblones.

Confuso se halló Mireno (que este era el nombre del labrador) con lo que de nuevo se le ofrecía con el forastero, no juzgando de su humilde

hábito tener aquella posibilidad. Admitió el dinero con mucho gusto y á él por huésped en su casa, en la forma que le había comunicado, diciéndole que él diría ser un sobrino suyo, que se había ido de aquella aldea muy pequeño á Nápoles, de donde había escrito que era alférez de una compañía de infantes, que le aconsejaba que los dos días primeros se dejase ver del pueblo en aquel hábito, por dar mejor color á la mentira.

Quedó con esto muy contento Ludovico, y Mireno, dándole lugar á que se vistiese, se fué á dar cuenta á su mujer é hija de lo que con él había pasado, enseñándoles el bolsillo con la moneda, que les alegró sumamente, pareciéndoles que el cielo por aquel camino se compadecía de su pobreza y se la remediaba.

Aquel día anduvo Ludovico con Mireno por todo lugar, publicando ser su sobrino Montano, á quien todos daban el bien venido, hallándose Ludovico no poco confuso con los labradores, porque no los conocía, pero su huésped, que era hombre astuto (aunque nacido en aquella rústica aldea), enmendaba esto, atribuyendo en no conocerlos el recien venido sobrino, á haber salido tan niño de casa de su difunta madre, hermana suya. Dentro de dos días mudó hábito vistiéndose al uso de aquella labradora gente, y ese día determinó despachar al sobrino de su huésped á Milán, con cartas para Ascanio y Camilo, dándoles aviso de dónde estaba, y que allí le remi-

tiere Ascanio á su hijo. Dióle, pues, á Mireno (que así se llamaba el labrador) el dinero bastante para ir y volver, y en su mismo caballo partió á Milán, donde le dejaremos ir su viaje por decir lo que le pasó á Ludovico en aquella aldea.

Con el rústico traje comenzó el fingido Montano á comunicarse con los labradores de aquella aldea, acudiendo á sus juntas, así de solaz como del beneficio de sus campos, por disimular mejor quién era; con lo cual comenzó á tener muchos amigos, siendo en pocos días el gallo del lugar, y en quien las labradoras mozas ponían los ojos, en particular Lucinda, la hija de su huésped, que le mostraba grande amor, pagada de su talle, cosa que Ludovico le perdonara temiendo no le hiciese esto algún estorbo á su intento. En lo que más se ocupaba era en ir á caza á pie por aquellos cercanos montes, á que siempre era notablemente aficionado. Un día que se alejó más de lo acostumbrado, vino á dar cerca del vedado bosque de la duquesa de Saboya, en seguimiento de un venado, adonde le cogió la noche sin haber hecho tiro alguno.

Era esto por el principio de la primavera, y con la codicia de la caza determinóse á pasar la noche al pie de una copada encina, para que el alba le cogiese en el monte, donde hiciese más á su gusto caza á aquella hora. Y después de haber cenado de la rústica fiambrera que consigo traía,

y bebido de una fresca y cristalina fuente que regaba un verde valle, cercano á aquel sitio, se quedó dormido, que el cansancio facilita el sueño en cualquiera lugar. La media noche sería, cuando le recordaron relinchos de caballos, que cerca de aquel puesto estaban atados.

Levantóse de donde estaba, y con la mayor quietud que pudo se fué á la parte donde oía el rumor, y vió que al principio de aquel ameno valle estaban atados cuatro caballos á otras tantas encinas, y cerca dellos sus dueños, sentados en la verde hierba. Hizo lo mismo el curioso Ludovico, para oir lo que los cuatro hablaban. Uno dellos dijo á otro, que pareció ser forastero, según de las razones coligió:

—Aquí, señor Filiberto, os hemos suplicado mis primos y yo que viniéredes desde vuestro castillo, para daros enteramente cuenta de la muerte de mi hermano y vuestro sobrino, mandada ejecutar por nuestra cruel Duquesa, y porque sepáis la causa que hubo para castigarle, pasó el caso desta suerte.

Federico, mi hermano, fué uno de los mayores soldados que el difunto duque Alberto, padre de la Duquesa, tuvo en sus ejércitos; por quien tantas victorias se ganaron en la reñida guerra que tuvimos con el duque de Milán, padre del que murió malogrado y del que tiranamente posee su estado.

Aquí se enterneció Ludovico oyendo lo que

aquel caballero decía, el cual prosiguió diciendo:

—Pues como el ser tan estimado del Duque y preferido á muchos nobles caballeros le ensoberbeciere, atrevióse (que no debiera) á poner los ojos en la hermosa Duquesa con demasiada afición, si bien nunca de Victoria fué admitido á dejarse servir dél, cosa que le pudiera servir de desengaño; pero como estaba ciego de su pasión y loco con su desvanecimiento, siguió su mal fundada pretensión, juzgándose digno (por importante servicio de los ejércitos del Duque) del empleo de su hermosa hija. Con esto acudía al terrero el tiempo que al ocio daban lugar las treguas de la guerra. Llegó Victoria á enfadarse de los atrevidos deseos y demasiada asistencia de Federico, enojándose sumamente de que presumiese merecerla, siendo su vasallo, por su esposa. Pero hizo disimular este enojo el verle tan valido y privado con el Duque, su padre, y persona tan importante para las cosas de guerra.

Los achaques de la gota que tanto apretaba al Duque se le agravaron, de modo que dieron fin á su vida, porque tuviere principio, heredando el gobierno de aquel Estado Victoria, con lo cual, el no desengañado Federico, prosiguió con más veras en su loca pretensión, cosa que ofendió de nuevo á la Duquesa. Valióse mi hermano para esto del medio de una dama privada

de Victoria y algo deuda nuestra, con quien le estuviera mejor casarse que hacerla su tercera, pues fuera estimado y favorecido de Victoria; más era tal su pretensión que todo lo que no era la Duquesa le parecía cosa indigna de sus merecimientos; y no me culpéis que hable así de un hermano, que en lo que le faltó razón no es en mi mano dejar de acusarle.

Esta dama tercera suya le traía desvanecido, cuán bien hablaba la Duquesa dél en todas ocasiones y cuán adelante estaba en su gracia. Y en algo desto decía verdad; porque por razón de estado (habiéndole menester á mi hermano, como el más importante soldado de su ejército) le honraba en público mucho, siendo uno de sus consejeros de estado y guerra; pero en secreto sentía mucho que remontase tan alto sus pensamientos por cosa que había de salir mal.

Un día, saliendo la Duquesa á caza, se halló mi hermano en ella acompañándola, y fué en ocasión que sucedió caer la hermosa Victoria de un caballo, desgraciadamente. Acudió Federico de los primeros á su remedio, y tomándola en sus brazos la trujo en ellos hasta meterla en la carroza, casi sin sentido, estando él loco de contento de haber tenido tan buena suerte en llegar á tal tiempo. Cayósele á la Duquesa un listón verde con que traía atado el cabello, el cual alzó mi hermano en presencia de algunos y le guardó. Y el día siguiente, saliendo muy galán, le

acomodó entre los rizos blancos de un hermoso plumaje que se puso. Aquel día y otros dos estuvo la Duquesa en la cama, y Federico acudió á saber de su salud muchas veces, con demasiado cuidado, viéndose casi todas con Laura (que este era el nombre de la dama nuestra deuda) á quien, con afectuoso sentimiento, hacía muchas preguntas de la indisposición de la Duquesa, y asimismo la mostró el listón que se le había caído en la desgraciada caída. Habiendo la Duquesa y Laura aquellos días que estuvo en la cama hablado largamente de Federico, deseando la Duquesa que se desengañase por algún buen camino, quisiera verle inclinado á Laura para casarle con ella y hacerle merced. Viendo, pues, Laura el gusto de la Duquesa, y como deseaba favorecerle por su causa, procuró que Federico desistiere del amor de la Duquesa; y así, un día que se halló con él á solas, le dijo cómo su dueña sentía mucho las públicas demostraciones que de servirla hacía, no buenas para un vasallo con su señora, y que así le suplicaba procurase reportarse en esto y tratar de obligarse de aquel cuidado, que no le sucedería bien si perseveraba en él, que ella sabía por la Duquesa cuánto se holgaría que pusiese los ojos en alguna de sus damas, de las que más favorecía, para hacerle mucha merced casándose con ella. Estas y otras razones le dijo Laura, dándole á entender ser ella con quien la Duquesa tendría por bien que

se casase. Disgustóse Federico con esto sumamente, y sin darle respuesta á lo que le había dicho, la volvió la espalda, presumiendo della, que por afición que le tenía, le quería disuadir de su amor, porque le pusiese en ella, envidiosa de que amase á la Duquesa, y teniéndola de allí adelante por sospechosa, no quiso comunicar con ella más sus pensamientos como hasta allí.

Luego que Laura se apartó de Federico (sentida del desprecio que de ella había hecho, partiéndose de su presencia sin darle respuesta), se fué á la Duquesa y la dió cuenta de lo que con él había pasado, cosa que sintió mucho Victoria, determinando si proseguía con su loco intento, castigarle severamente, aunque perdiese tan importante persona en su estado.

Ofrecióse tratar un día cierta materia de importancia en el Consejo de Guerra, y para facilitar una duda, fué necesario dar cuenta del negocio á la Duquesa, y le dieron todos los consejeros sus veces á Federico para que la fuese á dar razón desto, y supiese su voluntad. Estimó mi hermano esto mucho, así por la honra que le hacían, como por ofrecerse ocasión en que de camino pudiese decir su cuidado á la Duquesa. Subió á su cuarto, y fuéle dicho que estaba en el jardín; avisaron á la Duquesa como estaba allí Federico y á lo que venía. Mandóle entrar á donde estaba: hallóla acompañada de dos damas privadas suyas, que la una de ellas era Laura, y

sabiendo Victoria, ser negocio de secreto, las mandó despejar aquel puesto; quedaron solos Federico y Victoria, y él turbado con su hermosa presencia (cosa muy ordinaria en los amantes), la hizo relación de lo que se trataba en su consejo, con hartas pausas y muchas más digresiones, cosa que enojó mucho á la Duquesa. Y antes que en esto le diese la respuesta, atrevidamente la dió parte de su amorosa afición, de las penas que por ella padecía, y de los continuos desvelos en que todas las noches estaba, ocupando su memoria en sólo contemplar su belleza.

Grandemente sintió la Duquesa que se hubiese atrevido Federico á decirla cara á cara su pasión á vueltas de negocio de tanta importancia, como al que era enviado de su Consejo; mas disimulando su enojo con prudencia, respondió lo que resolvía en aquel caso, y por respuesta de lo que á Federico tocaba, le dijo que si otra duda se ofreciese en su consejo, viniese á comunicarla con ella otro consejero de más edad que él; con lo cual le volvió las espaldas. Salióse del jardín Federico, pesaroso de ir tan mal despachado en su particular, pero no arrepentido de haber manifestado su amor á la Duquesa, pareciéndole que si ahora se le mostraba áspera, la perseverancia haría que le favoreciese.

Todo lo que la Duquesa y Federico pasaron, oyeron las dos damas que se habían apartado de ella, que se pusieron á oirles detrás de una

mesa de murta, con las cuales, después de ido, comunicó la Duquesa lo que Federico le había dicho acerca de su afición, enojada grandemente de su atrevimiento, y propuso de castigarle severamente.

Dió cuenta Federico al Consejo de lo que resolvía la Duquesa; y ofreciéndoseles otra duda de que daba cuenta, determinaron advertírsela por medio de un papel que le llevase el secretario. En tanto que esto se hacía, Federico escribió otro á Victoria, el cual tuve yo después en mis manos. Uno y otro, puso en un pliego disimuladamente Federico, sin echarlo de ver nadie, por hacer el pliego, excusando al secretario de este trabajo por su particular interés. Llegó el secretario al jardín, de donde aún no había salido la Duquesa, y dándole el pliego, lo abrió y vió el papel de Federico. Bien pensó que era de disculpas de su loca osadía, y así lo guardó, y al del Consejo, que solamente leyó, dió por respuesta que se suspendiese por aquel día lo que acordaban para determinar en ello lo más conveniente. Con esto se fué el secretario, y la Duquesa se quedó á leer el papel de Federico, que contenía estas razones, que por ser pocas, las tengo en la memoria.

«A desentendidas respuestas, no desmayan firmes perseverancias de quereros; si bien mi afición no merece desestimaciones, ni mi calidad desprecios; morir de firme será mi mayor blasón,

si vuestra severidad permanece, y mi amor no os obliga. Federico.»

Aquí perdió la paciencia la hermosa Victoria, y desde luego con más veras trató de castigar la locura de Federico. El efecto de su enojo se vió dentro de tres noches que sucedió esto; porque, sacando de su casa á mi hermano el capitán de la guarda, con fin de irse á pasear por el campo en su carroza, no le he visto más hasta ahora, y queriendo saber (después de seis días que había que faltaba) del capitán de la guarda, qué se había hecho de él, me respondió qué se lo preguntase á la Duquesa. Vime en su presencia, y quejándome del capitán, por no darla á ella por autora de mi sospecha, me dijo, que por ahora no tratase de saber dónde estaba mi hermano, que así importaba; que pusiese los ojos en alguna cosa que me estuviese bien, que me daba su fe y palabra, como quien era, de hacerme merced. Con esto colegí que le había mandado quitar la vida, ó que le tenía preso en algún castillo de su estado. Hice grandes diligencias en saber esto, pero en todo el Piamonte no me han sabido dar razón de nada. Para saber esto con certeza somos aquí venidos, porque ha de ser en esta forma, según tengo pensado, salvo mejor acuerdo, mañana sé con certeza que ha de venir la Duquesa á este monte á caza; aguardaremos á que se aparte de su gente en seguimiento de algún venado, como muchas veces acontece, y en sien-

do esta ocasión, nosotros, con ayuda de algunos amigos, que para esto tengo prevenidos, la cercaremos y por fuerza haremos que nos dé razón de lo que ha hecho de mi hermano; y si dice haber mandado darle muerte, la llevaremos presa á un castillo de Fisberto, mi tío, que dista de aquí una milla, y dando luego aviso de esto al nuevo duque de Milán, con quien yo tengo particular amistad, le podremos hacer con facilidad señor de este estado, desposeyendo de él á la Duquesa.

Esto quede así concertado, fiando de vosotros que sabréis ayudarme en todo.

Así se lo prometieron los tres, con que se acabó esta plática, y ellos se fueron á prevenir su gente para hacer la concertada traición.

Todo lo dicho entendió bien Ludovico, y por la relación del caballero, cayó en que aquel por quien era la plática debía de ser el que dieron muerte delante dél cuando venía de Milán. Admiróse mucho cuán fácilmente había hallado aquel traidor caballero prontas las voluntades de los otros para ejecutar su dañada intención; y porque no pasase adelante determinó estorbar su intento y hacer este servicio á la Duquesa.

Para lo cual se volvió á su aldea, y dando parte del caso á su huésped Mireno, él convocó otros veinte labradores, los cuales prevenidos de espadas y escopetas, se fueron al monte, y para disimular á lo que iban llevaron asimismo segures para hacer leña, como que era para hacer

carbón. Ese día partió la descuidada Duquesa á caza, como acostumbraba otras veces á salir. Llegó al monte y saliendo de la carroza, le dieron un alentado caballo de campo, y con una jabalina en la mano, fué guiada de dos monteros á un puesto donde la noche antes habían visto tener su cama un cerdoso jabalí. Octavio, la primera persona de la conjuración, hermano de Federico, tenía más de doce amigos encubiertos ya entre lo más espeso del monte, aguardando esta ocasión. Comenzóse, pues, la caza, y los sabuesos levantaron de su cama al jabalí, siguiéndole, y así mismo dos de los monteros y la Duquesa. Fatigóle cuanto pudo, pero él se escapó de todos, con lo cual hallándose cansada se apeó del caballo, cerca de una fresca fuente, donde quiso lavarse y beber en una bolsa turca que traía. Vino á ser este sitio frontero de una espesura donde los de la traición estaban escondidos.

En seguimiento de la Duquesa habían venido los villanos con la mayor quietud, y recato que pudieron, y escogieron por puesto otra espesura que caía encima de la fuente donde estaba la Duquesa. Pues como los traidores no los sintieren, y vieren el descuido con que la Duquesa estaba descansando, salieron todos prevenidos de sus pistolas, y guiados por Octavio, autor de aquel aleve atentado, á ponerse en la presencia de la hermosa Victoria. Asustóse algún tanto la Duquesa de verse cercada de aquella gente, y

mucho más cuando conoció á Octavio. Había á este tiempo el rubio Febo llegado á los límites del horizonte, donde la hermosa Fénix le esperaba, cuando Octavio, viéndose delante de la Duquesa, le dijo con osado atrevimiento estas razones:

—El natural amor de un hermano, me obliga, ¡oh, hermosa Victoria! á buscar esta ocasión en que te hallo sola y apartada de tu gente para que lo que súplicas no han acabado contigo, de que me des razón de mi asusente hermano, lo haga la violencia. Yo vengo con resolución de saber hoy de ti, qué has hecho de su vida, y para esto me acompaña esta gente con la precaución que ves, y otros que están derramados por ese monte, aguardando á una seña que les tengo de hacer para acudir á ayudarme. Suplícote que te sirvas de escuchar esto con sólo darme razón de lo que pido, restituyendo en su primera libertad á Federico, si es que por orden tuya está preso.

Grandemente se admiró la Duquesa de la resolución de Octavio, conociendo de su intención querer hacer con ella alguna exorbitancia. Hallábase sola; y cuando toda la gente que la acompañaba la tuviera en su auxilio, era muy poca y desapercibida respecto de la que tenía presente; y conociendo esto, determinada antes á perder la vida á manos de aquellos traidores que á desdecir un punto de quien era, con ánimo más

de fuerte varón que de delicada y flaca mujer, se resolvió á decirle á Octavio la verdad, y así le dijo:

—Nunca presumí, Octavio, que viniendo de tan noble sangre como la de tu casa, te atrevieras á tenerme esta traición prevenida. A los reyes y príncipes soberanos que han dado siempre muestras de rectos y que saben guardar á todos justicia igualmente, siendo asimismo generosos en hacer largas mercedes á sus vasallos, no se les ha de apretar á que manifiesten la causa de sus rigurosas acciones, cuando de su voluntad no las quieren publicar, pues es de creer que en ocultarlas hay ocasión bastante para no ser dignas de manifestarse por cosas que, ó tocan en la reputación del señor ó en daño de tercera persona. Mas, pues me esfuerza tu osadía á que descubra la que tuvo tu hermano, digo, que por ofensas hechas á mí, que soy su soberana señora y él mi vasallo, le mandé quitar la vida; esto podías tú haber presumido por sus locos desvelos, si de ellos te hizo partícipe, como algunos á quien dió cuenta dellos fundándose en vanas imaginaciones; la justicia que de él se hizo fué secretamente por no escandalizar mi corte. Considera, pues, si no soy de condición áspera ni vengativa, cuánta razón me sobraría para poner en ejecución lo que ya sabéis de mi boca. Sola estoy y sin defensa. Si el verte sin hermano y ser yo la causa de su muerte te irritase

á la venganza, el cielo que aquí me ha traído sabe cuánto justifiqué su causa, y por ser así espero en él su defensa.

Alteróse sumamente Octavio con lo que oyó á la Duquesa, y perdido el color del rostro volvió á hablar con algunos de los que le acompañaban. Y desta plática (que fué breve) resultó el irse todos juntos contra la Duquesa, diciéndola Octavio:

—Por lo menos, ya que la ocasión te me ha traído á las manos, no se me pasará sin vengarme.

La Duquesa que conoció su resolución, caló la javalina, previniéndose á la defensa con varonil esfuerzo, si bien era de poca consideración, no excusándosele la muerte ó prisión si el cielo no lo determinara de otras suerte, y fué que los villanos, guiados de Ludovico, se fueron acercando hasta verse en lo eminente del sitio que tenían cara á cara con los enemigos, sin ser vistos dellos con la espesura de las ramas; y vista ya su resuelta determinación, antes que llegara á ejecutarse, prevenidas las escopetas dispararon á un tiempo todos, de suerte que con aquella rociada murieron siete de los traidores y entre ellos Octavio. Asustada quedó la Duquesa y sin sentido, de suerte que la obligó á sentarse en la menuda hierba, sin ánimo. Salieron pues los villanos, y dando tras de los que quedaban no dejaron ninguno á vida de los que estaban metidos en la pe-

lea. Acudieron á aquel puesto al ruído de las disparadas escopetas los secuaces de Octavio, que estaban divididos por el monte, prevenidos de armas de fuego, y aunque de su llegada murieron tres de los villanos, ellos salieron mal de la refriega porque todos perecieron á sus manos, si no fueron tres, que por mandado de la Duquesa les dejaron con las vidas atándoles de pies y manos, para que confesasen cómo se había ordenado aquella traición y por quién.

Llegó Ludovico á la presencia de la hermosísima Victoria, cuya vista pudo de súbito turbarle, viendo en ella tal extremo de hermosura; cobróse de su turbación, y puesta la una rodilla en tierra, le dijo:

—Vuestra alteza, serenísima señora, reciba destos sus leales vasallos este pequeño servicio, que yo fuí la ocasión para hacérsele á V. A. sabiendo impensadamente esta traición.

Allí le dió cuenta por extenso de lo que habéis oído, dejando admirada á la Duquesa el animoso esfuerzo de los villanos, á quien agradeció mucho el socorro que la habían hecho ofreciendo hacerles á todos merced, y en particular á Ludovico, como principal autor dél, agradándose de su buena persona y despejo, á quien preguntó su nombre y patria. El dijo ser de aquella pequeña aldea, vecina de aquel monte, y asimismo sus compañeros. De nuevo agradeció el servicio y ofreció la satisfacción la duquesa, no acabando

de creer lo que por ella había pasado, pareciendo estar viva por milagroso favor del cielo.

En esto llegó alguna gente suya, admirándose de los muertos que vieron en aquel campo, y más de saber en lo que la Duquesa se había visto. Entróse en la carroza y en compañía de los labradores se volvió á la ciudad haciendo que por el camino no se le apartase del estribo Ludovico, con quien fué hablando hasta llegar á palacio, admirada de que en tan rústico hábito hubiese tan buen entendimiento. Apeóse en palacio, y mandó que á los presos los llevasen á la cárcel, donde les cargaron de prisiones, y al día siguiente con tormentos que les fueron dados, confesaron el autor y cómplices de aquella traición, con lo cual fueron ajusticiados, quitándoles las vidas tres cordeles; y á los villanos (á quien la Duquesa no dejó ir hasta ejecutar esta justicia) les repartió las haciendas de los culpados en remuneración del servicio que le habían hecho, habiéndose confiscado para la Duquesa.

La parte que á Ludovico tocó hizo que se diese á Mireno, su huésped, que le llamaba tío, para ayuda á casar á Lucinda, su hija, cosa que admiró mucho á la Duquesa, pareciendo ser aquella generosidad de más que labrador, con que la dejó más aficionada; y para premiarle más que á los otros, le hizo parecer en su presencia, cosa que Ludovico estimó en mucho, porque ya el amor le tenía rendido á su hermosura.

Preguntóle si sabría cultivar un deleitoso y fresco jardín que estaba en Palacio, porque entendiendo desto le quería hacer juntamente guarda de la caza del parque, por verle inclinado á aquel ejercicio. Á lo cual, Ludovico la respondió, que de las dos cosas sabría la afición que á servirla tenía hacerle dar buena cuenta de sí, y así le llegó á besar la mano por la merced que le hacía. Con lo cual quedó Ludovico al servicio de la Duquesa, muy contento por verse ocupado en ejercicio en que era fuerza asistir cerca de quien ya era dueño de su albedrío.

Despidióse de Mireno, encargándole mucho que de cuando en cuando le viniese á ver, y algunas veces con su mujer y su hija. Él se lo prometió, yendo muy triste en dejar su compañía, porque le había cobrado afición; pero quien más sintió esto fué Lucinda, que, como le amaba tiernamente, se hallaba mal sin él.

En su nuevo ejercicio, Ludovico asistía en el jardín y parque, cultivando aquellas apacibles cuadras, ayudado de otro jardinero anciano que había allí antes, donde tenía cada día muy gustosos ratos con la hermosa Victoria y sus damas, que acudían allí todas las tardes por ser el principio de la primavera, y él las entretenía con sazonados cuentos y algunos dichos, de manera que todas le mostraban grande voluntad, principalmente la Duquesa, que desde la acción de dar la parte que le tocó de los traidores á Lucinda,

le pareció tener aquel hombre algo encubierto de calidad. Y confirmaba esto cada día, conociendo su gran talento.

En este tiempo, aficionado el Duque de Ferrara en extremo de la Duquesa, quiso, por celebración del día, que cumplía años, y regocijo de la corte, hacer un torneo que durase dos días; y así, con licencia de la hermosa Victoria, fijó carteles, señalando su día para el que celebra la Iglesia las festividades de los dos gloriosos apóstoles San Felipe y Santiago, que da principio al florido mes de Mayo.

Era esto quince días antes, y así tuvieron lugar todos aquellos convecinos príncipes (que lo supieron) de prevenirse, viniendo á la corte de Saboya, con mucho lucimiento de galas y criados.

Entre los señores que en Turín se hallaron de embozo como pretensores de la Duquesa, fueron el duque de Milán, el de Parma, el de Urbino, el de Módena y otros poderosos príncipes de Italia, con que aquella corte piamontesa estaba muy regocijada. Las prevenciones para la fiesta eran grandes, las invenciones muchas y costosas, deseando todos lucir para merecer la elección de la Duquesa. Todo esto sabía Ludovico en el jardín, sin salir dél, porque las damas de la Duquesa, que estaban continuamente en él, lo platicaban.

Tratóse un día delante de la Duquesa quién

tenía fama de mayor y más galán torneante, y todos daban su voto al de Urbino, persona con quien la Duquesa estaba muy mal, por ser feo de rostro y algo soberbio, si bien entre los propuestos para su empleo era la persona á quien más se inclinaban los de su Consejo de Estado, por ser gran señor y experimentado soldado; pero la hermosa Victoria no se le inclinaba, ni tampoco al de Milán, por la injusta muerte que dió á su hermano por tiranizarle el Estado.

Todo esto pasaba delante de Ludovico, el cual metido también en conversación con las damas, daba su voto de lo que sentía destos Príncipes por haber visto sus personas, y conociendo la antipatía que con el de Urbino tenía Victoria, diciendo que deseara que no luciere en el torneo, propuso entre sí de salir á él como aventurero, sin dar cuenta á nadie.

Acabóse aquella plática y Ludovico el día siguiente fué á la aldea, donde en casa de su huésped Mireno halló que había venido su privado Camilo, de Milán, con quien se holgó extrañamente, dándole muchos abrazos. Preguntóle por su padre, del cual le dió cartas Camilo, en que le avisaba de secreto iba convocando algunos poderosos caballeros para la ocasión, y que con el tiempo la dispondría, de lo cual le iría avisando, pues sabía donde estaba. Asimismo le dió cuenta Camilo cómo el Duque estaba de se-

creto en Turín para hallarse en estas fiestas, lo cual ya sabía Ludovico. Dió Camilo al Duque gran cantidad de joyas, que Ascanio y otros caballeros del Estado le presentaban, y asimismo crédito para todo el dinero que quisiese.

Ya Mireno tenía noticia, por lo que le había dicho su sobrino, de que Ludovico era el desposeído duque de Milán; y así él, su mujer é hija le llegaron á besar la mano lo más gozosos del mundo, á quien Ludovico abrazó con mucho amor, ofreciéndoles pagar muy bien el hospedaje. Las esperanzas de Lucinda (que amaba á Ludovico) se desvanecieron, considerando tan grande príncipe, y el consuelo que tuvo de perderle fué que la casaría muy aventajadamente. Encomendóle Ludovico mucho el secreto de que no se supiese que él estaba en aquella tierra, que importaba no menos que su vida, y esotro día partió con Camilo y Mireno á Turín, donde con el crédito que traía de Milán comenzó por una memoria que le dió Ludovico, á sacar Camilo galas para el torneo. Y en tanto no faltaba del jardín, por gozar de la vista de la hermosa Victoria, á quien sumamente quería, adonde le iban Camilo y Mireno á la noche á dar cuenta de lo que se hacía.

Llegado que fué el día del torneo, la hermosísima Duquesa salió bizarramente vestida, acrecentando más sus costosas galas su grande hermosura, asimismo sus hermosas damas la acom-

pañaron curiosas y lucidamente adornadas con ricos y costosos vestidos, deseosas de que sus galanes ganasen en el torneo precios en su nombre que les dieren. Ocuparon los balcones del cuarto principal de palacio, y la Duquesa el de enmedio, poniéndose debajo de un rico dosel.

Estaba en la plaza principal de palacio un tablado grande de un estado de alto, cuadrado, enmedio del cual estaba puesta la tela enfrente de los balcones donde estaban la Duquesa y sus damas. Cerca del mismo tablado había una grande y rica tienda de campaña para el duque de Ferrara, que era el que comenzaba las entradas, porque era condición del torneo, que fuese mantenedor aquel que ganare precio hasta perder, y luego en su lugar entraba el que le ganaba, hasta que otro le sucediese por aventajarle. Eran jueces tres grandes señores de la corte, los cuales estaban sentados en un suntuoso tablado, ricamente aderezado de costosas colgaduras, y en él el aparador de los precios que daba el de Ferrara, que era el que publicó la fiesta.

Las dos de la tarde serían cuando en toda la plaza se oyó grande ruido de instrumentos, como son tambores, pífanos, trompetas y chirimías, que en varios puestos estaban repartidos, á cuyo bélico son entró el capitán de la guarda de la Duquesa, con cien soldados vestidos de su librea, los cuales despejaron la plaza de la mucha gente que en ella había, dejándola de suerte

que hubiese bastante lugar para las entradas. Luego entraron treinta cajas de guerra y otros tantos pífanos vestidos de encarnado y plata, colores de la Duquesa. Estos ocuparon dos hileras, haciendo calle para la entrada de un fuerte y bien torreado castillo, con su baluarte, foso y puente levadizo; el cual, artificiosamente, se movía por unas ruedas. Dió vuelta á la plaza al son de la confusa música de todos los instrumentos dichos, que á un tiempo tocaban, y pasándose frontero del balcón de la Duquesa, se hizo dentro una sonora salva de morteretes, á la cual respondieron luego muchas piezas de las torres y baluarte de la ciudad, con tan notable ruido que por un rato no se oían los unos á los otros. Arbolóse luego en la torre del homenaje deste castillo una bandera con las armas de la Duquesa, y otra después con la del duque de Ferrara.

Tendieron el puente, y, abriéndose á este tiempo las puertas, se pusieron á ellas cuatro ferocísimos salvajes, con sus gruesas mazas á los hombros. Estando así un pequeño espacio guardando la puerta, salieron por ella doce cajas, y seis pífanos, vestidos de la misma suerte que los que primero habían entrado.

Seguíanlos veinticuatro caballeros, que eran padrinos, riquísimamente vestidos de raso encarnado, bordado de canutillo de plata. Grandes y hermosos plumajes blancos, y los cabos todos de este color. Detrás dellos entró el Duque, bizarra-

mente armado con lucientes y costosas armas. Calzas y toneletes de los colores dichos y un hermoso manto que le arrastraba dos varas bordadas en él muchas cifras coronadas, que decían *Victoria*. La celada adornaba un curioso y grande penacho de plumas blancas y encarnadas. Entró con pica de guerra, y habiendo subido al tablado en seguimiento de sus cajas y padrinos, hizo su entrada airosamente; y uno de los padrinos presentó la tarjeta, en la cual traía pintado el mismo castillo y guardas y al amor en lo alto entre unas nubes, apuntando á él un dorado arpón, y la letra decía así:

Cuidado, guardas y muros
no han defendido el rigor
de los asaltos de amor.

Retiróse con esto á su tienda el Duque sentándose á la puerta della en una silla, habiendo dado mucho gusto á los presentes con su lucida y grandiosa entrada.

En segundo lugar entró un caballero saboyano, llamado Renato, que galanteaba á la hermosa Laura, dama privada de la Duquesa; éste metió en la plaza una hermosa galera, disparando las piezas della. Era dorada desde la popa á la proa; la chusma venía vestida con jaquetillas de raso verde y plata, colores de su dama; los grumetes y demás gente de la galera, de lo mismo. Las flámulas y gallardetes, lisonja hermosa del vien-

to, eran destos colores, con las armas de Laura bordadas en ellos. Este gallardo caballero iba sentado en la popa con ocho padrinos, vestidos de verde y plata, con hermosos penachos de los dos colores y cabos blancos. El estaba armado con un arnés listado de verde y plata, y en la celada un grande penacho de plumas blancas y verdes. Iba la galera con tal artificio, que parecía ir sobre el cerúleo cuerpo de Neptuno. Hizo de nuevo en medio de la plaza su salva de arcabucería, tocándose dentro muchos clarines y dando, como el castillo, vuelta á la plaza; paróse enfrente del balcón de la Duquesa, donde por una escala desembarcaron ocho cajas y seis pífanos, á cuyo bélico son salieron los padrinos y el aventurero, haciendo su gallarda entrada con mucho lucimiento; presentó la tarjeta á los jueces, llevando pintada en ella una galera que llevaba el viento en popa, y encima della un cielo, del cual salía, por entre unos hermosos celajes, una dama, y por letra:

Si el Norte de su belleza
vengo á perder engolfado,
yo me doy por anegado.

Salió de su tienda el de Ferrara á combatirse con Renato, el cual se previno para lo mismo. Rompieron las tres picas gallardamente, y en los cinco golpes de espada perdió el aventurero el precio, dándosele los jueces al Duque, y él á

la hermosa Duquesa, el cual era un costosísimo pelícano de oro, con diamantes de mucho valor y estima.

El segundo aventurero era un caballero florentín, el cual sacó por invención un excelso monte, formado con todos sus árboles y peñas, con tanta propiedad, que competía el arte con la naturaleza. En este monte estaba Sísipho, como le pintan los poetas, subiendo el pesado risco por castigo que le dieron los dioses, y llegando con él á la cumbre, se le caía de la fornida espalda. Y en este continuo y malogrado trabajo ocupaba el tiempo, pasando aquella infinita pena. Hizo su lucida entrada con ocho cajas y doce padrinos vestidos de pajizo y plata, y él, asimismo, muy bizarro. En la tarjeta que presentó, habiendo dado la vuelta á la plaza, llevaba pintada la misma invención, aludiendo á la poca estabilidad de su favorecido estado, y decía la letra:

Cuando pienso que en la cumbre
llego á gozar tanto bien,
me vuelve abajo un desdén.

Combatióse con el duque de Ferrara, el cual le ganó el precio y se lo envió á la hermosa Laura, por lisonjear con esto á la Duquesa que la quería bien.

Del tercero aventurero esperaban todos la lucida entrada, cuando asomó por la plaza una tropa de doce cajas, acompañada de ocho pífa-

nos, vestidos de encarnado morado y plata. Seguía á éstos un lucido y bien fabricado carro, en que venía el dios de amor, como le pintaron los antiguos, con sus alas y vendados los ojos, adornado de su arco y aljaba llena de arpones dorados. En la mano llevaba el arco, y puesto en él uno destos arpones. Venía sobre un dorado trono, que remataba lo posterior del carro. A sus pies traía por trofeos á algunos fuertes héroes de las pasadas edades, como Sansón, David, Hércules y Farón y otros. En lo bajo del carro iba el aventurero, calada la vista, lucidamente armado; calzas, toneletes y plumas, era de los tres colores; á su lado izquierdo llevaba á su padrino vestido de raso encarnado, bordado de plata escarchada con matices de seda morada.

El aventurero llevaba calada la vista de la colada, y el padrino con una banda embozado el rostro, poniendo con esto grande deseo en todos de conocer quién sería. En lo anterior del carro iba en un sitio eminente un hermoso corazón, que con fuego artificial parecía irse abrasando. Todo el carro era dorado, desde lo superior dél hasta las ocho ruedas en que fundaba. Era conducido por doce caballos blancos en forma de unicornios; dieron la vuelta á la plaza admirando á todos la lucida entrada del no conocido aventurero, y mucho más á la Duquesa y sus damas que deseaban con sumo efecto saber quién fuere.

Llegó, pues, el hermoso carro á ponerse fron-

tero del balcón de la Duquesa y del tablado de los jueces, donde el niño amor disparó el dorado arpón que tenía puesto en el arco; y dando con él en medio del corazón que se iba abrasando, se abrió por medio de la herida que le hizo, mostrando dentro de sí una hermosa ninfa, cuyo rostro era muy parecido al de la Duquesa, cesando con esto el fuego artificial. A todos dió mucho gusto la novedad de la invención, la cual acabada se apeó el caballero de su carro, y acompañado de su embozado padrino, hizo su entrada con pica de romper, lucida y bizarramente.

Presentó su tarjeta pintada en ella la misma invención de su carro, y al pie del corazón esta letra:

La pena del fuego es gloria,
que es transformación que ordena
quien hace gloria mi pena.

Salió el de Ferrara de su tienda, ignorando quién fuere el aventurero que tan lucida y airosa entrada había hecho; diéronles las picas y todas las rompieron gallardamente, aunque mucho mejor el no conocido, porque todas fueron de la gola arriba. En esto y los golpes de espada, le llevó al Duque tan conocida ventaja que, con justicia, se le dió el precio, el cual hizo llevar á la Duquesa, que era una pluma de diamantes de mucho valor, y ella le recibió con mucho gusto, aunque

mayor le tuviera en saber quién se la daba. Con esto dejó su tienda el duque de Ferrara, pesaroso de que tan presto se le hubiere acabado la dicha, y se salió de la plaza.

Ocupó su lugar el gallardo Ludovico, que era el caballero no conocido, y entróse dentro á levantar la vista de la celada, para tomár un poco de aliento, con tanto recato que de nadie fué visto.

Aquí entró el cuarto aventurero, que era Carlos, duque de Milán, con veinte cajas y doce pífaros delante, vestidos de leonado y plata. Sacó por invención un portátil jardín, fundado en doce ruedas, moviéndose sin ver quien lo guiaba. Iba con sus artificiosos cuadros de verde murta y oloroso romero, enlazados con vistosas cifras y en los espacios de los verdes lazos llenos de hermosas y fragantes flores. Había en la mitad del jardín una cuadrada placeta, y en ella una artificiosa fuente, que por varias partes brotaba menudos caños de agua, la cual estaba cercada de asientos de hermoso jaspe, que ocupaban el aventurero lucidamente armado y doce padrinos asi mismo costosamente vestidos de leonado y plata con muchas plumas.

Rematábase el carro con un hermoso cenador, sobre el cual estaba un corredorcillo en un lugar èminente, á donde se veía la diosa Venus cercada de ninfas, que con varios instrumentos la entretenían. Cerca del cenador estaba una

hermosa y alta palma, cuyas hojosas y verdes ramas oprimían hacia el suelo muchas manos de bronce dorado, peso que le ponen para crecer con mayor pujanza. Estaba todo el jardín cercado de hermosos jazmines que adornaban sus cercas, y por encima de todo él le cubría una menuda red, cárcel de muchos pajarillos que asistían en aquellos árboles cantando. A todos dió mucho gusto la deleitosa invención, si bien á la Duquesa no le contentó por su dueño, con quien estaba muy mal. Dió vuelta á la plaza, y en llegando al puesto de los jueces se abrió una pequeña puerta, por donde el Duque y sus padrinos salieron haciendo su entrada, aunque no muy airosamente por ser poco galán. Presentó su tarjeta á los jueces, en la cual llevaba pintada á la palma opresa con las manos de bronce. Y decía la letra:

Por llegar al cielo aspira
y lo que piensa humillarla
es para más ensalzarla.

Aludiendo á la dificultad que hallaba en la pretensión de la Duquesa. Conoció Ludovico á su tirano hermano, y escogiendo una gruesa pica de la batería se puso en el puesto para comenzar á combatir. Lo mismo hizo el Duque, en quien Ludovico rompió sus tres picas con mucha gentileza, que por ser gruesas le hizo dar algunos desairados pasos atrás, por ser hombre de pocas fuerzas. Sucedióle lo mismo en los golpes de es-

pada, donde se conoció más claramente la ventaja del caballero encubierto, que así le llamaban. Diéronle el precio, que fué una sortija de un diamante de mucho valor, la cual presentó á la hermosa Laura, dama de la Duquesa.

Sintió el tirano Duque haber perdido el precio, y más de que le dijesen cuán conocida y ventajosamente se lo había ganado su contrario, con lo cual se fué de la plaza, señalándose entre todos en esto, pues cada uno de los que atrás hemos referido que hicieron la entrada, asistían allí en lugares que tenían aguardando á la folla, hasta el de Ferrara, que volvió armado diferentemente á la plaza.

El quinto aventurero fué un caballero napolitano; entró solamente con dos cajas, un pífano y dos padrinos sin invención alguna.

Venían todos vestidos de azul y plata, y él armado con armas listadas destas colores. Hizo su entrada, y en la tarjeta que presentó llevaba pintado á Prometeo, atado al monte Cáucaso, con el buitre cebándose en su pecho. La letra decía:

Si porque tu luz pretendo
te vengas á costa mía,
corazón hay cada día
de que puedas ir comiendo.

Combatióse con Ludovico, y así él como otros seis aventureros que le siguieron perdieron precios, los cuales se dieron á las damas de la Du-

quesa, aumentándose con esto las alabanzas del caballero no conocido.

Rematóse el torneo con la lucida entrada del duque de Urbino, que fué costosísima.

Metió treinta cajas y otros tantos pifanos, vestidos de tabí celeste y plata. Detrás dellos iba un suntuoso carro y en él fundado un monte con más propiedad que el que primero había entrado; porque tenía sus amenos valles, donde habían frescas fuentes, y algunos animales esparcidos por él, que le hermoseaban más. Cerca de una de aquellas fuentes estaba sentado Paris, con la manzana de la discordia en la mano, y en su presencia las tres diosas: Venus, Palas y Juno, competidoras della.

Por una cueva que en el monte se vía (después de haber dado vuelta á la plaza), salieron doce padrinos vestidos de azul celeste y plata con costosas guarniciones en los vestidos y hermosos penachos en los sombreros. Acompañaban al Duque, que venía detrás de todos armado de lucidas y frescas armas, grabadas de medio relieve, con calzas, toneletes y plumas azules y blancas. Hizo su entrada de buen aire y presentó la letra á los jueces, que era la misma invención del juicio de París. Y la letra decía:

Porque excede á las tres diosas
espero dar la manzana
á beldad más soberana.

Combatióse finalmente con Ludovico; pero salió mal del combate, que fué con pérdida del precio con ser tan gran torneante, cosa que dió mucho gusto á la Duquesa. Dióle Ludovico el precio, que era un Ganimedes sobre el águila Júpiter, todo de diamantes. Llegó el tiempo de la folla, donde fué notable el aliento que mostró en ella Ludovico, pasando á pesar de todos los torneantes la valla dos veces. Dividió su bélica contienda un artificioso fuego que salió de la misma valla, con cuyo humo pudo Ludovico entre la confusión de la gente y padrinos salirse de la plaza; pero no fué tan á su salvo que la Duquesa, con cuidado de saber quien fuese, no mandase á un paje suyo que, con curiosidad, le siguiese hasta saber quien era.

Hízolo cuidadosamente, y se fué detrás dél y de Ludovico hasta una casa donde los vió entrar. Allí le salió á recibir Mireno el labrador, dándole mil abrazos, diciéndole:

—Bien sea venido el que tanto ha honrado hoy la corte de Saboya; no en balde estaba yo siempre sospechoso de que el humilde hábito no conformaba con la persona.

Entróse con esto en una sala baja, donde sin pensar que fueren seguidos se desarmó Ludovico, y el paje espía pudo muy á su salvo verle el rostro, admirado de ver que se pareciese tanto al jardinero de Palacio.

Fué á dar razón desto á la Duquesa, la cual,

oyéndolo, estuvo por un rato suspensa si podría ser Montano, que encubierto en aquel traje asistía en su jardín. Y para averiguar esto bajó con sola Laura, su privada, á él y fuéronse á la habitación de los jardineros y hallaron solo á Luciano, el compañero de Montano, á quien preguntó Laura por Ludovico. Él le dijo no haber asistido allí en todo el día, porque aquella mañana le sacó de su aposento un labrador de su aldea y se fueron los dos, diciendo iban á ver el torneo, y que aquello había sido con tanta priesa que se le había olvidado cerrar con llave su aposento. Deseó Laura ver lo que en él había, y entrando dentro juntamente con la Duquesa, vieron un pequeño cofrecillo mal cubierto con la ropa de la cama. Este sacó de donde estaba Laura, y le puso en manos de la hermosa Victoria. Hallóle pesado la Duquesa, y pendiendo de una anilla dél la llave, que con descuido se le había olvidado.

Abrióle, y admiráronse grandemente de ver dentro mucha cantidad de riquísimas y preciosas joyas; tales, que ella, con ser tan grande señora, no las tenía como ellas; con que confirmó la sospecha que tenía de que su jardinero era algún encubierto príncipe que asistía allí. Dejó el cofre en su lugar, encargado á Luciano tuviese cuidado de avisarla cuando volviese su compañero, y con esto se fué á su cuarto, metida en varias imaginaciones.

Luciano se salió de su aposento, y desde un cenador que se hallaba frontero de la puerta falsa del jardín, estuvo en centinela para avisar á la Duquesa de la venida de Ludovico, el cual, juntamente con Camilo, su criado, vino dentro de dos horas por no hacer falta en el jardín, bien descuidado de lo que en su ausencia pasaba. Entró en su aposento y asimismo Camilo, haciéndosele novedad el hallarle abierto, por no acordarse de su descuido. Buscó el cofrecillo de las joyas y hallóle en su lugar, con que se sentaron en dos asientos él y Camilo, platicando en la pasada fiesta.

Fué, en tanto, Luciano á dar cuenta á la Duquesa de la venida de su compañero, diciéndola como estaba con el mismo labrador que le había sacado del jardín aquella mañana. Ya la Duquesa había cenado en público, asistiendo á su cena de embozo todos aquellos príncipes que habían sido de la fiesta, dando un buen cebo á su vista los pretensores de la Duquesa con mirar su hermosura.

Bajó, pues, la Duquesa al jardín solamente con Laura, y llegándose quietamente al aposento de Ludovico, guiadas por Luciano, pudieron, sin ser sentidas, escuchar lo que él y Camilo hablaban. Camilo decía:

—Cierto, señor, que ha sido graciosa la fiesta, y que V. E. ha andado en ella tan alentado y airoso, que dudo haya habido caballero en toda

Italia que pudiera sufrir con tanto valor el trabajo que esta tarde ha pasado.

—Gracias á Dios, dijo Ludovico, Camilo amigo, que no hemos sido descubiertos; que lo temí según el cuidado que tenían todos en saber quién fuere.

—¿Si le habrá tenido la Duquesa? dijo Camilo.

—¿Quién? Dudo que como mujer, replicó Ludovico, deseare saber quién fuese, ya que como aficionada no haya sido, que á saber de cierto esto me hubiera por el hombre más dichoso del mundo, dando por bien empleadas las penas que padezco por su hermosura.

—Lástima te tengo, dijo Camilo, viéndote en el peligro de su hermosa vista empeñado, y sin remedio, por ahora, de poderte declarar, hasta que el cielo lo disponga como deseamos.

—Mucho temo, dijo Ludovico, que con el fin destas fiestas, si para en casarse con alguno destos príncipes que están aquí pretendiendo esto, llegue el de mi vida, pues es cierto que si se casa, no viviré un punto más. Tanto tengo de sentir verla en ajeno poder.

En esto estaban hablando cuando quisieron salirse á tomar el fresco por el jardín, lo cual visto por la Duquesa, temerosa de que la cogieren allí, encargó el secreto de aquello á Luciano y volvióse á su cuarto, donde, á solas con Laura, estuvieron gran parte de la noche discurriendo

sobre quién sería este encubierto caballero que tan enamorado se hallaba suyo, cosa con que dió alguna entrada el agradecimiento de su disfraz y el verle tan airoso en el torneo al amor en el pecho de la Duquesa, con que la tuvo desvelada aquella noche, durmiendo muy poco della con este cuidado.

El día siguiente del torneo, habiendo mandado la noche antes la Duquesa que se difiriese de allí á ocho días la segunda fiesta, se levantó y aderezó riquísimamente, y cuando quería salir á misa en público, entró en su cámara uno de sus mayordomos, diciéndola como el día antes había estado un pintor romano (cuya fama estaba muy dilatada por aquella tierra de ser único en su oficio) retratándola en el ínterin que estaba viendo el torneo, y que le tenía en su posada. Mandó la Duquesa que se le trujere á su presencia, el cual fué traído brevemente. Preguntóle la Duquesa que por qué la retrataba recatadamente, pudiendo pedir un retrato de los suyos para sacar más fielmente la copia. A lo cual respondió que él andaba por toda Italia retratando los más poderosos Príncipes della y venía de España de hacer lo mismo; y que por parecerle que habría dificultad en dejarse retratar, lo había ejecutado de aquella manera, enseñándola el retrato que había hecho aquella tarde del torneo, tan parecido al original, que la Duquesa se admiró de la valentía del pincel. Díjole que gustaría de ver

los retratos de los Príncipes que había copiado, y él sacó una caja donde le mostró cuantos había hecho en España y en Italia, diciéndole quién era cada uno. Entre ellos le mostró el de Ludovico, y teniéndole en las manos la Duquesa se alteró sumamente en verle, conociendo, por la copia, ser el original de su disfrazado jardinero, y así le preguntó que cuyo era aquel retrato. El pintor le dijo:

—Serenísima señora, este fiel trasunto es del malogrado Ludovico, duque de Milán, que su hermano mató por hacerse dueño y señor de aquel Estado.

La Duquesa le rogó mucho que por aquel día se lo dejase en su poder, que le había sido muy aficionada á aquel Príncipe por la fama que tenía en toda Italia de cuán generoso y gran caballero era, y que le rogaba asistiese unos días en su corte, que quería que la hiciese algunos retratos para sus galerías.

Estimó el pintor la merced que le hacía, con lo cual se despidió de la Duquesa. Y ella, luego que se hubo ido, mostró el retrato á Laura, diciéndole:

—Ya, amiga Laura, sé quién es el encubierto caballero del jardín, que ayer anduvo tan bizarro en el torneo.

—¿Quién? dijo Laura, que deseo mucho saberlo.

—El original deste retrato, dijo la Duquesa,

es de Ludovico, duque de Milán, á quien han juzgado todos por muerto, con que me deja en mayor confusión que sea la causa de andar así.

—Eso fácil está de discurrir, dijo Laura, porque siendo desposeído por su hermano, andará buscando valederos para recuperar su perdido Estado.

—Dices bien, dijo la Duquesa; mas hoy tengo de salir de tantas dudas averiguando esto.

No lo dilató mucho, porque en acabando de comer, retirándose á una pieza solamente con Laura, que estaba en parte que no pudiere ser vista, mandó llamar á Ludovico, el cual subió del jardín á su cuarto, dudoso de lo que le podía querer á aquella hora, y halló á la Duquesa sola, sentada una silla, con cuya hermosa presencia se turbó grandemente; puso una rodilla en tierra, sin hablarla palabra, aguardando á oir de su hermosa boca lo que le quería. La Duquesa estuvo con el retrato de Ludovico en la mano un rato, cotejando la copia con el verdadero original, y hallándolos conformes, le dijo:

—Montano, esa silla está ahí para que la ocupéis el tiempo que estuviéredes hablando conmigo. Sentáos, que tengo mucho que comunicar con vos.

Mucho más se turbó Ludovico con la novedad de la honra que la Duquesa le hacía; y sospechoso de que era conocido, quiso certificarse desto, diciéndola:

—Serenísima señora, no el ser cultor de un jardín (sitio deleitable donde se adquiere gusto) contrae parentesco con los que cultivan su ingenio para dar placer; criado vuestro soy, y aunque en rústico albergue nacido, no tan simple que no conozca el fin con que se hacen estas honras; á mí me sobra el lugar que tengo, hallándose indigna mi humildad de merecerlo. V. A. me diga lo que fuere servida, que desta suerte estaré siglos de años si durare vuestra conversación.

Como vió la Duquesa que se le quería encubrir con darle nuevo sentido á la honra que le hacía, le dijo:

—Señor duque de Milán, no hay para qué encubriros más de mí; esta copia de ese original me dice con lengua muda que sois el desposeído Ludovico, si bien la mentirosa fama publicó serlo de la vida, gracias al cielo que lo dispuso mejor. Si este retrato no bastase á descubrir quién sois, la fama que os hizo muerto, dirá por volver por sí lo que ayer en aquel famoso torneo hicísteis á la vista de tantos testigos, que no hay secreto que por oculto que sea, que á la diligencia del curiso no sea revelado; la mía se me lució averiguando ser vos el que ayer ganó gloriosamente de tantos caballeros y príncipes tan honrosos premios; por los que á mí me dísteis os doy las gracias y á mí me las dad de no haberos hurtado las joyas que en vuestro aposento os dejásteis sobre la cama en el cofrecillo de plata, que para

convenceros mejor fuera bien hecho tenerlas en compañía deste retrato. Nunca el corazón me fué mentiroso, que desde que os comuniqué no me podía persuadir á que ese talento fuese nacido en tan rústica patria como la que dijisteis tener. Mucho deseo saber de vos por qué causa os habéis encubierto en ese traje, y asimismo por qué no os habéis valido de mí en esta ocasión que os ha desposeído vuestro hermano que aunque los padres fueron contrarios, no había de durar la enemistad á ser herencia de los hijos; que la razón puede mucho y en esta ocasión los más contrarios vuestros os habían de ayudar contra vuestro hermano.

Suspenso dejaron á Ludovico las razones que oyó á la Duquesa, de suerte que por un espacio no pudo hablarla palabra; mas cobrándose la dijo (volviendo á poner la una rodilla en tierra):

—Con tan verdaderos testigos examinados por vuestra autoridad, mal hiciera en negaros lo que tan averiguado tenéis, besándoos las manos por el cuidado que habéis puesto en ello. Ayer procuré serviros con salir á la pista, donde la voluntad mostró cuánto deseaba daros gusto. En las pocas muestras que allí vísteis, que quiero darles este nombre, cuando son mayores las que habéis de ver en amaros. A la traición malograda de Octavio agradezco el haberos conocido, porque de no haberse intentado, yo pretendía vivir algunos días retirado en aquella pobre aldea, que

fingí ser mi patria, hasta que las cosas de Milán se dispusieran más en mi favor.

Entonces, ocupando la silla y haciendo lo mismo la Duquesa (que hasta entonces había estado de pie) la dió enteramente cuenta Ludovico de lo que le había sucedido desde que su hermano le quitó el Estado, hasta ahora. Con lo cual la manifestó, asimismo, cuánto la amaba, deseando verse en su primero Estado para intentar merecerla por esposa. Agradeció la Duquesa la voluntad que le mostraba, ofreciéndole no serle ingrata (porque ya el amor la tenía aficionada á su persona) y por mostrarle cuán de su parte la tenía en esto, le mandó aquella noche volver á su cuarto vestido de gala. Con lo cual se despidió Ludovico de la Duquesa, besándole, por la merced que le hacía, una de sus blancas y hermosas manos.

En tanto que la noche venía, la Duquesa juntó los caballeros de su Consejo de Estado en su cuarto, á quien dió enteramente cuenta de cómo estaba el duque de Milán en su corte encubierto y cómo fué el que la vengó de la traición de Octavio y finalmente, ser el caballero no conocido del torneo, que todos habían pensado ser el duque de Módena, por haber estado malo y no entrar, que entendieron había sido fingida la enfermedad.

Con esto les dijo, como ella estaba determinada que Ludovico fuese su esposo, pues ninguno

más á propósito le estaba. Todos se admiraron del caso, haciéndoseles dudoso de creer que fuese vivo. Hubo diversos pareceres entre ellos; más como vieron ser gusto de la Duquesa, convinieron en que se hiciese cuanto determinare, admitiendo primero que se satisficiese en que era el verdadero Ludovico, para lo cual hizo llamar á cuatro caballeros milaneses que venían con su Duque, y quiso su buena suerte que fuesen de la parcialidad de Ludovico, á quien tuvo de secreto escondido en su cuarto; y haciendo, asimismo, que le llamaran al Arzobispo de Turín, y juntamente al capitán de su guarda, al uno le mandó asistir allí y al otro orden secreta de lo que había de hacer.

En esto se llegó la hora de venir Ludovico, el cual vino acompañado de Camilo, su privado, bizarro y costosamente vestidos. Saliéronle á recibir cuatro caballeros ancianos, mayordomos de la Duquesa, con mucha cortesía, y fué llevado á su presencia, hallándola en una gran sala debajo de su dosel y acompañada de sus damas y caballeros de su Consejo de Estado. Fuéle dada una silla dentro de la tarima de la Duquesa, debajo de su dosel, y luego salieron de donde estaban los caballeros de Milán, á quien mostraron su Duque. Ellos que no sabían á lo que eran llamados, así como le vieron se quedaron suspensos, admirados con la vista del que juzgaban por muerto. Acudieron gozosísimos á besarle la

mano, con lágrimas en los ojos. Él los recibió no menos tierno que ellos lo estaban, con lo cual, los consejeros de la Duquesa se certificaron ser su verdadero Duque, y haciendo el más anciano relación de lo que la Duquesa tenía determinado, se dispusieron las capitulaciones; las cuales acabadas, Ludovico dió la mano á la hermosísima Victoria, desposándoles el Arzobispo de Turín. Todos llegaron á besarles las manos con mucho gusto y asimismo las damas, á quien los Duques recibieron con notable agrado, abrazándoles.

En este ínterin el capitán de la guardia, con toda su gente, cercó la posada donde estaba Carlos, hermano de Ludovico. Y queriendo alguno de sus caballeros defenderle la entrada á prenderle, fueron heridos y presos. Viendo Carlos que había de pasar lo mismo por él, oyendo apellidar favor por el Duque Ludovico, su hermano, se tuvo todo por perdido, y queriendo asegurar la vida, se arrojó por una ventana; más era mayor el salto que él se pensó, con lo cual se hizo las piernas y la cabeza muchos pedazos, perdiendo allí la vida.

Desta manera fué llevado á Palacio, dándole á Ludovico la nueva, la cual sintió mucho, que no quisiera que le costara tan cara la fuga: tal bondad tenía este benigno Príncipe. Mandó que se le hiciese muy solemne entierro, y á los caballeros de Milán hizo soltar de la prisión. Ellos y

todos los Príncipes que se hallaron en la Corte fueron los unos á besar la mano á su natural señor y los otros á darle la enhorabuena de su buen empleo, aunque algunos pesarosos de que se hubiere inclinado la Duquesa y preferídole á ellos. Con esto volvieron de nuevo á hacerse fiestas por regocijo de las bodas. Camilo se casó con la hermosa Laura, dama de la Duquesa, haciéndoles los Duques grandes mercedes. Mireno, su mujer y hija acudieron á besar la mano al Duque, y les dió con que pasaran riquísimamente en su aldea y casaron su hija. De Milán vino Ascanio en nombre de aquel Estado á besar la mano al Duque y Duquesa, siendo de los dos alegremente recibido y honrado. Dioles en nombre de la nobleza de Milán un gran presente que traía, el cual repartió el Duque entre los principales caballeros de Saboya, con que los tenía á todos gratos y le amaban entrañablemente. Dentro de pocos días se hizo preñada la Duquesa, de quientuvo Ludovico un hijo y después dél otros muchos que heredaron sus Estados, viviendo alegremente en compañía de quien tanto quería y estimaba.

Con mucho gusto oyeron todos la novela de don Claudio, que él leyó con buen despejo. Diéronle las gracias de haberles bien entretenido, y en tanto que se ponían las mesas para cenar, pidieron á don Fernando, hijo de don Sancho, que dijese algunos versos si sabía de memoria. Él obe-

deció, diciendo que había escrito el juicio de Paris la noche antes para entretenerles, en el jocoso estilo que pedía el tiempo. Previniéronle todos atención con mucho gusto y comenzó desta suerte:

JUICIO DE PARIS

Almacén de los gajes del invierno,
refugio de las fiebres del verano,
atalaya del sol, chinchón del suelo,
lobanillo troyano,
en cuyo parangón el Mongibelo
es menos que ratón, es más que pulga.
Este, pues, que á los astros los espulga
Ida, monte famoso
por el joven que envuelto presuroso
con garras afiladas
el águila robó dando pernadas
para ser del gran Jove portavinos
en los altos imperios cristalinos;
era mansión de Paris, aquel mozo,
del monarca troyano descendiente;
deste sitio eminente
posaba alegre las tendidas faldas,
que si alzarlas pudiera
no tanta zarpa en ellas concurriera.
Este recto pastor, su ilustre príncipe
vivía al tiempo que en las sacras bodas
de Tetis y Peleo,
convidados al célebre himeneo
fueron los dioses y las diosas todas

menos aquella que continua asiste
entre los mogicones y puñadas,
entre parcialidades encontradas,
entre las mal pagadas alcahuetas,
entre fruteras, rufos y poetas.
Mordiendo, pues, el uno y otro labio,
vengose la discordia deste agravio
con el dorado pomo competido
de las tres diosas bellas,
Juno, Venus y Palas,
por quien llevó infinitas noramalas;
permiten la dudosa competencia
al juicio, á la ciencia y la conciencia
del troyano pastor, más el dudoso
en un juzgado tan dificultoso
porque no tenga azares más que un martes
pretende verles las ocultas partes,
que hay mujer que en sus faldas (no es chacota)
cubre más faltas que hace una pelota.
Sacras excelsas, célebres deidades,
dice el pastor discreto,
perdonad si es perderles el respeto
á tan raras beldades,
para hacer el juicio conveniente,
como razón prudente,
á cada cual importe, y no se note,
mirarle del zancajo, hasta el cogote,
y esto sin funda alguna
permita esa grandeza soberana,
que sea yo la celestial badana,
porque hay en las mujeres tal engaño
que plata enseñan, ocultando estaño.
Después que se prohijan pantorrillas

para adorno de piernas seguidillas;
después que el corcho en lo secreto iguala
la pierna buena con la pierna mala;
después que de la lana lo estofado
disimula en la espalda lo menguado,
y finalmente á secos esqueletos
caderas pone, y sustituye petos,
no hay juzgar á mujer sea moza ó vieja.—
pues con plumas supuestas es corneja,
Dijo, y las bellas diosas,
aunque del pomo estaban codiciosas,
con vergonzosa duda
rehusa cada cual verse desnuda,
mas la ambiciosa Venus despejada,
sin reparar en nada
cierta del premio que gozar espera,
á las otras les dijo: «Ropa afuera.»
Quedaron todas tres como tres Evas
para informar en las presentes pruebas,
y en tan bellos y cándidos despojos
el severo juez puso los ojos,
con cuyo hermoso empleo
hizo mil sacrilegios el deseo.
Nota en Palas fornida
si mucha carne, no bien repartida,
mujer en el estío congojosa,
hebachona y jugosa
y la cara lavada en quinta esencia,
hace al color del cuerpo diferencia.
De Juno no le agrada
verle tan encepada
muy ancha de caderas,
desproporción que estiman panaderas,

y mostraba desnuda
que si no era muy bella, era velluda.
Mira en Venus divinas perfecciones,
igual la simetría,
tan hermosa que diera batería
á un muerto con lascivas tentaciones;
tan bella, tan perfecta,
que del cabello á la carnal soleta
un ápice de envidia no tachara,
y en lugar de ofenderla la alabara.
Viendo el recto juez la diferencia
desta diosa, á las que hacen competencia
con su rara hermosura,
á dar esta sentencia se apresura:
—Fallo, que Venus lleve la manzana,
pues su gracia divina y soberana
á las dos las excede,
como la intacta á la pisada nieve;
y esto queda firmado de mi mano:
El licenciado Paris el Troyano.—
Corridas Palas y Juno se quedaron
de que á la hermosa Venus no igualaron;
coléricas dejaron la presencia,
del que dió la sentencia,
y haciéndoles la cólera cosquillas
le llamaron juez de boceguillas.
Cándido sois, buen Paris, la hermosura
os ciega, porque ofrece con favores
haceros venturoso en los amores
¿Las riquezas dejais? Pues las riquezas
¿no son la piedra imán de las bellezas?
¿Qué beldad ó estimada ó presumida
á los presentes no se vió reñida?

Advertid que Cupido
en gatos de moneda anda metido,
y que en sacando dellos el dinero
con él se aumenta el niño dios arquero.
Yo sé que con lo dicho
á daros de dos veces la sentencia
hubiera en la segunda diferencia,
y que saliera della Juno hermosa
más estimada y menos querellosa.

Entretuvo don Fernando á aquellos caballeros y damas con su silva jocosa, y habiéndose puesto las mesas se sentaron todos á cenar, dándoles don Enrique una costosa y sazonada cena, servida con mucha puntualidad y cuidado, entreteniéndoles, en tanto que duró, los músicos con varias letras.

Acabada que fué, tornando á ocupar sus asientos, entreteniéndose un rato en varias cosas, ya con versos ya con algunos dichos y sazonados cuentos, por dar lugar á que los criados cenasen, que les habían de hacer un entremés; los cuales con el deseo que tenían de representar, abreviaron con la cena, y vestidos todos, salieron á cantar tres músicos esta letra:

¿Cómo abrasa Lucinda
los corazones,
si entre campos de nieve
nacen sus soles?
Contra el fuego y su rigor
la blanca nieve se atreve,

mas en Belisa la nieve
hace su fuerza mayor:
prodigios son del amor
que entre opuestas calidades
reconcilia enemistades
para aumentar sus rigores.
¿Cómo abrasa, *etc.*

Si apelar quieren del fuego
para la nieve piadosa,
hállanla más rigurosa,
inexorable á su ruego:
que pretende el niño ciego
cuando piedades destierra,
hacer á los hombres guerra
con los contrarios mayores.
¿Cómo abrasa, *etc.*

Apenas se hubieron entrado, habiendo cantado esta letra, cuando se les representó este entremés.

EL CASAMENTERO

PIRUÉTANO, *vejete.* LÁZARO, *su criado.*
Un arbitrista. *Un poeta.*
Una mujer. *Músicos.*

Salen Piruétano, Vejete y Lázaro su criado.

PIR. Como te digo, Lázaro, yo vengo
con comisión del Nuncio de Toledo
á esta más que confusa Babilonia,
donde concurren variedad de gentes
de extravagantes lenguas y naciones,
con más extravagantes pretensiones.
Estas, á dos estados reducidas,
las del menor en varios embelecos
ocupan de ordinario el pensamiento,
por grangear ociosos el sustento;
y atienden sólo las de más estado
á la calle Mayor, Carrera y Prado,
dando su ociosidad mal entendída
por instantes de gusto, años de vida.
Destos hemos de hacer grande cosecha,
porque es la comisión enderezada
á examinar sus partes con secreto,
y al que fuese de cascos alterado
enviársele al Nuncio maniatado
y la corte purgar destos juicios.

LÁZ. Es limpiarla de lodos y de vicios.
¿Mas que tienen que ver, señor Piruétano
con esa comisión extraordinaria
las cédulas que pongo en las esquinas,
que dicen: «En la calle del Olivo
vive Melchor Piruétano de Cárcaba,
casamentero célebre en la Europa,
que procura casar á cuanto topa.»

PIR. Mal entiendes el caso, amigo Lázaro;
á título de ser casamentero
acudirán á casa varias gentes,
y como suele quien casarse trata
decir su calidad, ocupaciones,
hacienda, ingenio, méritos y partes,
es forzoso que en esto nos dé indicio
para ver de qué pie cojea el juicio,
y esos mozos que tengo prevenidos
tan bien trabados como mal sufridos
en conociendo alguno delirante
le pondrán en prisiones al instante.

LÁZ. Digo, que del intento estoy al cabo,
y que la traza y elección alabo;
mas á la puerta llaman.

PIR. ¿Qué sería,
si alguno deste gremio desmandado,
ya que no preso, fuese aquí casado,
que á su vez es prisión más trabajosa,
pues tiene mil remedios la locura,
y ninguno quien casa sin ventura?

Entra el Arbitrista.

ARB. ¿Vive en casa el señor Melchor Piruétano?

PIR. Aquí vive, yo soy para servirle.

ARB. Dios guarde á vuesarced.

PIR. Sea bien venido.
ARB. Señor casamentero, yo quisiera
topar una mujer honesta, rica,
de buena traza y de mejor donaire;
que como un hombre ha de vivir con ella
para toda la vida, es triste cosa
no buscarla discreta, rica, hermosa.
PIR. Por esta petición yo os aseguro,
que no ocupéis el Nuncio, no es muy bobo.
Sepamos en qué juros ó heredades
funda el pedir tan buenas cualidades.
Hermosa y rica tengo por difícil
hallar esa mujer, que la hermosura
pierde de la riqueza la ventura;
pero es justo que sepa, señor mío,
vuestras ocupaciones, que á ser buenas
tendréis mujer á gusto.
ARB. Provechosas
para el bien destos reinos son al menos.
LÁZ. Que me maten si cuerpo no tenemos.
ARB. Señor, soy arbitrista.
PIR. Arbi... ¿qué dice?
ARB. Arbitrista.
PIR. Yo ignoro tal oficio.
ARB. Arbitrista, señor, es ser un hombre
de singular ingenio é inventiva,
clara especulación de cosas grandes
fundadas en las dos filosofías,
y en la razón de Estado, que al provecho
y honra del gobierno se encamina.
Tengo trescientos y setenta arbitrios
en un compendio que acabé estos días,
que intitulo *Política arbitraria.*

PIR. No sabremos alguno.
ARB. Eso sería
ganar con mi trabajo otro la gloria.
PIR. Por cierto que es notable mentecato.
El bien que nos promete esta política.
¿Y vendrale á valer?...
ARB. Seis mil ducados,
que sacada la costa de la imprenta,
pues en surtiendo efecto cierto intento.
PIR. ¿No se puede decir?
ARB. No es esta hazaña,
más que juntar las Indias con España.
PIR. Eso será muy fácil.
ARB. El Consejo
lo ha tomado con gusto extraordinario
y manda para ver esta experiencia
que á Ibiza la junte con Valencia.
PIR. ¿Háse probado?
ARB. Cuando los contrarios
la intentaron tomar, quise traella
que así fuera más fácil socorrella,
más dejóse por falta de dinero.
PIR ¡Hola! prisiones á este majadero.
ARB. ¿Cómo? ¿Hablar en mis cosas aún no puedo?
PIR. Eso reza en el Nuncio de Toledo.

(Salen cuatro mozos como palanquines y llévanle en brazos adentro.)

¿Qué te parece Lázaro si acuden
mentecatos?
LÁZ. Aqueste me ha admirado;
mirándole tan loco y confiado.
PIR. No me ha de quedar hombre de su porte.
LÁZ. Al Nuncio pasarás toda la corte.

(Dice dentro el Poeta.)

POETA. ¿Yace en su estancia mi señor Piruétano?
PIR. ¿Quién lo pregunta?
POETA. Un servidor perpetuo.
que á servir á vusted se ha dedicado.
LÁZ. Este en poca parola ha negociado.
PIR. Entrar puede en buena hora quien me busca.

(Entra el Poeta.)

POETA. Sus cándidas y ebúrneas siempre manos,
señor casamentero, humilde beso.
PIR. Nunca su candidez se ha visto en eso.
POETA. Yo, mi señor, con sumo afecto intento
si bien los pocos juveniles años
me destinan á libres albedríos,
dar dulce sujeción á mi deseo
con el suave yugo de Himeneo.
PIR. Decid, señor, por menos circunloquios
que pretendéis casaros, que no hay cosa
más insufrible que una obscura prosa.
POETA. Quisiera yo una ninfa semidea
entre Driada y Napea, no selvática,
que éstas, según Ovidio nos refiere,
entre lascivos Faunos y Silvanos
su retórica libran á las manos.
PIR. ¡Valga el diablo tu prosa endemoniada,
hombre de Belcebú, que me enloqueces,
y de oirla sin duda alguna espero
que tengo de ir al Nuncio yo primero!
Señor, ni sé quien es Driada, ni Napea,
Semidea, Silvano, Fauno ó rábana,
ó lo que vos decís; habladme claro,

pidiendo una mujer de buena data
que aquesa os podrá dar quien deso trata.

Poeta. Por una inspiración de culta musa,
el motor de la luz Apolo, Delio,
Titán, Timbreo, Anfrisio, Febo, Pitio,
que me dé al matrimonio me han ordenado
y goce lo apacible deste estado.

Pir. ¡Enmendando se va por vida mía;
hereje puede ser de la poesía!
Señor, ni pito ó flauta á mí me inspira,
sino el deseo de agradar me esfuerza
á buscaros mujer muy á propósito,
rica, de buenas partes, y aun versista
si también os agrada, porque os veo,
aficionado á aquese devaneo.

Poeta. Pláceme, caro y agradable amigo;
del concierto tratemos.

Pir. Lo primero
es saber vuestras partes, señor mío,
que trate del propuesto casamiento.

Poeta. Yo las explicaré si me está atento.
Yo soy poeta.

Pir. ¿Que?

Poeta. Poeta digo.

(Santiguase.)

Pir. ¿Pues no?

Poeta. ¿De qué se espanta,
pues que vive donde hay máquina tanta
Poeta soy con honra del Parnaso,
no con ingenio de facundia escaso;
que soy de consonantes tan fecundo,
que no le habrá mayor en todo el mundo.
En sueños me bañé en la Cabalina.

(Y aun por eso sois vos tan gran caballo.)

LÁZ. No me parece mal. ¿De qué menestra

PIR. hace vuesa merced?

Soy inclinado

POETA. á lo cómico, que es más bien pagado.

Es para mí tan fácil en dos días

hacer una comedia, asombro

de toda aquesta corte y aun de España,

como comerme ahora una castaña.

PIR. (Perdigándose va para una jaula.)

LÁZ. (Ello habemos topado buena maula.)

POETA. Veinte comedias tengo ahora escritas

que presto pienso ver representadas.

LÁZ. Muy mal oídas, pero bien silbadas.

POETA. Y no me han de salir de mi escritorio

si á novecientos reales no las pagan

en doblones de á cuarto.

PIR. Hará un tesoro.

LÁZ. ¿Cuartos no tomará si no hallan oro?

POETA. ¿El favor de las musas, el rocío

del monte del Parnaso, han de pagarse

en moneda común? Es sacrilegio.

LÁZ. (Hermano llevaremos al colegio.)

POETA. A cincuenta ducados me pagaban

cosa de once comedias, por mi vida.

LÁZ. Mal hizo en no aceptar esa partida.

POETA. No se me ande riendo; á fe de hidalgo,

si menos de lo dicho un cuarto falta,

que no he de baratar cosa tan alta.

PIR. ¿No podremos saber algunos títulos

dellas?

POETA. Los más diré, si bien me acuerdo.

La primera que hice fué *La pápara*,

pastoral á lo antiguo, pero buena,
La infanta nariguda, El catecúmeno,
El jabalí de Adonis, excelente;
Vida y costumbres de la Zarabanda,
El machuelo de Bamba, La chanfaina.

LÁZ. Esa es comedia que de balde suelo
cada sábado verla en un tinelo.

POETA. *La mula de Balán*, extremadísima,
Los celos en ajuar...

LÁZ. ¡Famoso título!

POETA. *El apodo al revés* y *La Tarántula,*
La mona en Tetuán, historia célebre,
El honroso blasón de Perotierno,
El viudo risueño, La ensalada,
La cocina de amor, Martín Lutero
y otras que por olvido no refiero.
Hay versos exquisitos, milagrosos,
ni nunca vistos, ni oídos en tablados,
que hasta ahora jamás han sido usados,
décimas, sextas hay, también veintenas.

LÁZ. Sobre quinientas casas eran buenas.

POETA. Veinte docenas hay, y ¡qué divinas!

LÁZ. Sin duda os da Segovia lanas finas.

POETA. Pues tengo otro primor que en tres comedias,
entre todas selectas por insignes,
para que sean mejor representadas,
cuatro títulos doy á cada una.

LÁZ. No tuvo más don Alvaro de Luna.

PIR. En extremo holgaré que los refiera.

POETA. En verso los forjé desta manera:

El mortuorio con risa,
la cautela sin cubierta,
el laberinto sin puerta,

la viuda sin camisa,
el enano más terrible,
el desaliño gallardo,
el genízaro bastardo,
el ermitaño invencible.
Eso es el *non plus ultra* de los versos,
porque de los de Lope yo abrenuncio.

PIR. Vos seréis archiloco de mi Nuncio,
¿á Lope despreciáis?

POETA. ¿Qué vale Lope
si á mi paso no llega su galope?

PIR. Herejías poéticas, blasfemias
no se pueden sufrir. Lázaro, venga
quien le lleve de aquí.

(*Salen los mozos y llévanle.*)

POETA. ¡Supremos dioses,
castigad este engaño manifiesto!

PIR. Quien en aqueso trata, para en esto.

(*Entra la mujer.*)

MUJER. ¿Hospeda al amantísimo Piruétano
este albergue incapaz de dueño tanto?

PIR. ¿Qué manda vuesa merced, señora mía?

MUJER. No puedo yo mandar; servir querría
al sacre enlazador de voluntades,
al parangonador de nuestros méritos,
conformador de tanto buen deseo
y legado en la corte de Himeneo.

PIR. Señora, sin aquesos arrequives,
vamos al caso que servirla espero,
por la fe de legal casamentero.

MUJER. No son estos ambajes y perífrasis
sino atributos todos y epitetos,
debidos á los méritos y oficios.
PIR. Poco es el dote, si es como el juicio.
MUJER. Del coro de Diana despedida
por no imponer violencia á mi dictamen
espero ya la conyugal coyunda.
PIR. Una legión de diablos te confunda,
¿qué estado de hombre es más á su propó-
[sito?
¿Quiere vuesa merced que sea ocupado,
como escudero, médico ó letrado,
agente, negociante ó pendolista,
modo con que en dos años se conquista
tal mayorazgo ó suma de dinero
que parece que ha sido perulero?
MUJER. Que no; mi vocación es muy distinta;
no apetezco riquezas, cuyo cúmulo
oprime el alma al prevenir el túmulo,
sólo la elevación de los espíritus
á la contemplación de cosas altas
se debe amar, que, como dice el trágico,
quien rige sus afectos sin medida
viene á vivir lo menos de la vida.
Si yo hallara un filósofo poeta
al uso de Teócrito y Homero,
cuya fama del tiempo preservada
por tan remotos climas se dilata.
PIR. ¿Qué es lo que dice aquesta mentecata?
En fin, vuesa merced quiere un marido
destos que son la fábula del pueblo;
poeta, ó por mejor decir, versista;
esta sí que es locura nunca vista,

pretender un poeta por marido
cuando nadie los quiere por amantes,
porque sólo en los versos dan diamantes,
y estiman ellas más un doblón de oro
que envuelto en consonantes un tesoro.

MUJER. Señor, ya vengo yo desafuciada
de topar las virtudes con riqueza,
y así el toscano lírico decía:
Povera é nuda vai filosofía,
que, como dijo aquel jocoso ingenio
que de burlas vistió materias graves,
se pone ya cada señor un peto,
á prueba de epigrama y de soneto.
Pero volviendo al caso, si yo hallara
un poeta de bien, no fabulista,
cuyas faltas se ven públicamente,
y si al vulgo no le habla bien templado
en tres actos le miro apedreado,
y cual si fuera contra fe el delito
se queda su opinión con sambenito.

PIR. Señora, esos son casos fortuitos
á que vive sujeto cualquier hombre.

MUJER. Pues predomina el sabio á la fortuna
no quiero yo poeta ocasionado,
que si es bueno será muy desgraciado.

PIR. Querrá vuesa merced poeta culto,
profesor de la nueva algarabía,
cuyos versos están inteligibles
y nos parecen siempre cosi-cosa.

MUJER. La claridad es muy amable cosa,
y su facilidad harto difícil,
si se atiende al concepto y la sentencia
que hizo el Ariosto, Garcilaso,

Ausías, Maro, Camoëns, el Sanazaro,
Luis Alemán, los Dantes, el Petrarca
y los que hoy alcanzan nombre eterno.

Pir. ¿Quién sacó esta sibila del infierno?

Mujer. Que si sólo al boato de los versos
y á la colocación de las palabras
se mira, es mucho ruido y pocas nueces.

Pir. ¡Válgate Belcebú cuarenta veces!

Mujer. Con estilo grandíloco y heroico,
con buenas locuciones, doctas frases,
no pierde por común ni por oscuro,
siguiendo la modesta medianía.

Pir. Un poeta en crepúsculo quería
vuesa merced, según lo que colijo.

Mujer. Un poeta en crepúsculo; bien dijo,
que hay versos que con ser de mala mano
por oscuros parecen del Ticiano.
No le quiero tampoco desgarrado
que á jácaras se dé, ni á la braveza,
que en versos la perfecta valentía
consiste en apacible melodía.
Si á sátiras se inclina, sea de modo
que á nadie ofenda, porque de otra suerte
por vísperas las tengo de su muerte.
Lucilio, Juvenal, Persio y Horacio
le ofrecerán materia conveniente
para hacerse famoso, no insolente,
en las cosas de amor; ya que no entienda
á Píndaro, ni al docto Anacreonte,
remítase á diversas traducciones,
que muchos el vulgar gregnizan luego,
y otros el castellano vuelven griego.
De Tíbulo, Propercio, de Catulo,

Casio Parmiense y de Cornelio Galo
escoja á su elección, y sobre todos
aquel tierno entre todos los amantes,
dulcísimo entre todos los poetas,
Ovidio siga, cuyo ingenio sólo
para explicar á Venus docto Apolo.
Si ha de describir acciones celebérrimas
de preclaros varones se dispone,
y al formidable estrépito de Marte
hacer extremecer toda la tierra,
con Virgilio dirá: *Virumque cano;*
Plusquam civilia campos, con Lucano.

PIR. Por San Juan de Letrán que estoy atónito;
mozo, prevén la gente; que la agarre,
que aquesta erudición, esta censura,
es todo quinta esencia de locura.

LÁZ. ¿Es aquesta mujer, ó nos lo finge?

PIR. ¡Válgate Belcebú, por doña Esfinge!
Señora, menester será una copia
deste vuestro poeta imaginado,
y harémosla poner en las esquinas
ofreciéndole hallazgo á quien topare
un poeta con estos requisitos.

MUJER. ¿Pues uno ha de faltar entre infinitos?
Perdone Dios al buen Torcuato Taso,
que si él viviera hubiera yo excusado
el escoger entre tan ruin ganado.

PIR. Casémosos con él; pero estoy cierto
que no os pueda sufrir por estar muerto.
¡Ah de la gente agarrativa!

(*Salen los mozos.*)

MUJER. ¿Cómo?

PIR. Fletan para Toledo cierta armada

de gente como vos hueca y pesada,
que hacen un templo á Apolo con gran [prisa
y llevan os á ser sacerdotisa.
Vaya luego.

MUJER. Los cielos son testigos
que por poeta sois mi enemigos
y quereis la verdad de mi censura
desmentir con achaques de locura.

PIR. Suéltenla con el diablo, que da voces.

LÁZ. Y salen los muchachos de la escuela,
no tengamos alguna escarapela.

PIR. No se me irá riendo la archidocta.
Un cómico poeta mendicante
vuestro esposo ha de ser.

MUJER. Yo lo renuncio
y me voy por mi pie derecha al Nuncio.

PIR. No; porque estais por rebelde condenada
en la prisión y costas de casada.

(*Sale el poeta con un sayo agironado y capirote de loco.*)

LÁZ. Ya sale con el hábito de boda.

PIR. ¿Qué decís? ¿Cómo va de noviciado?
¿Puedo ser en la orden presentado?

LÁZ. Todos debían de andar así vestidos
para ser por el traje conocidos.

PIR. Sabed que sois feliz sobremanera.

POETA. A nacer ignorante yo lo fuera.

PIR. Mirad, mentecato, que os he casado
con la décima musa y cuarta gracia.

POETA. Pues esa, como dice Garcilaso,
á Tansilo, á Minturno, al culto Taso;
porque yo no merezco tanta ciencia
y he menester dinero, no paciencia.

PIR. Dadle luego la mano.
MUJER. Si primero
no jura aquí por la laguna Estigia,
que serán sus poéticos impulsos
sujetos siempre á correcciones mías,
que no buscará aplausos de la plebe
con comedias cansadas ni divinas.
LÁZ. Bien dice que de andar en los tablados
muchos santos están muy enfadados.
MUJER. Que no será poeta estrepitoso
de batallas campales ó marítimas,
pues son para matar en trazas malas
los pasos, bombas, y los versos, balas;
que no librará faltas de su ingenio
en diversas tramoyas y exquisitas;
ni hará que se rotulen con almagre,
si no fuese por mucha mejoría
y por causa honorosa al matrimonio.
Si estos y otros capítulos no firma,
no le daré la mano.
POETA. Ni la quiero.
¿Soy yo poeta fondo en majadero?
¿Yo había de jurar eso? No en mis días.
PIR. Lázaro, saca un palo, ó jure luego.
POETA. ¿Hánse visto mayores extorsiones?
Marido cabe soy con condiciones.
PIR. Acabad de jurar todas las dichas.
POETA. Todos cuantos capítulos pidiese
juro á Dios y á esta cruz, ya que me aprie- [tan.
LÁZ. No tiene el sustento muy seguro
si consiste la hacienda en ese juro.
PIR. Sacad aquí los músicos que estaban
presos, porque cantaban chanzonetas,

sin más gracia que el «hu sonsón morena,»
el guirriguiray y otras frialdades.

LÁZ. Locos son de mayores calidades.
Que se ponga á cantar un barbadazo,
más viejo que mi abuelo, estas chufetas
y que se las compongan los poetas!...

(*Salen los músicos con capirotes de locos.*)

Aquí están todos.

PIR. Desde luego las manos, pues hallaron
lo que merecen, no lo que pedían.

MUJER. Mano y brazos le doy.

POETA. Basta la mano;
sólo Dios sabe lo que pierdo ó gano.

PIR. Hágase un baile á aqueste casamiento,
pues suele la tristeza de casarse
de ordinario empezar por alegría.

LÁZ. El está de las culpas de marido
antes de haber pecado arrepentido.

BAILE

Casóse un zurdo poeta
de aquestos de tres al cuarto
con una discreta moza,
culto ingenio en pocos años.
Purgatorio de sus culpas
con el consorcio buscaron,
que él lleva de sufrir mucho,
y ella no poco embarazo.
De su no buscado empleo
la fiesta regocijaron
los músicos á tres voces

esta seguida cantando:
Este igual casamiento
celebra el vulgo,
ya que en su parentesco
dispensa el Nuncio.

Entretenidos tuvo á todos el entremés y baile, y mientras que le celebraban dando las gracias á don Enrique de lo que les había festejado, se vistieron los mismos de la representación para hacerles una máscara danzada. Salieron doce con lucidos vestidos de diferentes tabíes, guarnecidos con mucha plata, y hachas blancas en las manos, y al son de un harpa, una tiorba y una vihuela de arco hicieron su máscara, danzada muy diestramente, dejando á todos muy gustosos de lo bien que lo habían hecho. Con lo cual se dió remate á la fiesta, previniendo hachas para irse aquellos caballeros y damas á sus posadas, quedando concertado que don Lorenzo, hijo mayor de don Sancho (á quien tocaba la fiesta de la siguiente noche) les entretuviese con una novela; con lo cual se despidieron de don Enrique, yéndose á reposar á sus casas.

Fiesta segunda.

Alojado estaba el despreciado amante de la ingrata Daphne, en el dilatado imperio de Neptuno, y la muda noche comenzaba á tender sus negros tellices por los españoles horizontes, cuando los caballeros y damas gustosos de la pasada fiesta se juntaron en casa de don Sancho, muy alborozados por verse ya en la que esperaban. No les tenía menos prevenciones de agasajo, así en el adorno de la sala como en la cena, que les tuvo su anciano primo, deseoso de que fuesen todos muy gustosos de su hospedaje. Ocuparon sus asientos las damas en un largo estrado, y los caballeros en las sillas más cercanas á él, procurando que les alcanzase parte del calor del fuego, que tenían dos grandes braseros de plata, y de la fragancia que daban dos bien aderezados pomos que en ellos había. Dieron principio á la fiesta doce diestros músicos, que estaban divididos en dos coros, cantando al son de varios y sonoros instrumentos esta letra con dulces y regaladas voces.

Entre los sauces
y entre las flores
ha el viento á mi niña durmiendo
y dícela amores.

Pero yo que velando
la guardo el sueño,
tengo envidia del aire
si no son celos.

El sueño eclipsaba
sus hermosos soles,
dejando en tristeza
todo el horizonte.

Contra su hermosura,
la rosa atreviose,
pues de sus mejillas
hurtaba primores.

El céfiro manso,
de Flora olvidóse,
porque ve en Lisarda
tantas perfecciones
Entre los sauces, etc.

Si dormida vence
libres corazones,
¿quién podrá despierta
sufrir sus rigores?

Atrevido el viento
penetraba el bosque
y en susurro blando
va á decirla amores.

Más yo que defiendo
que nadie la enoje
aun tengo del aire
zelosas pasiones.
Entre los sauces, etc.

Contentó á todos la bien cantada letra, y por no perder tiempo ocupó un cómodo lugar don Lorenzo, el cual cercado del discreto auditorio en medio de su silencio, dijo así:

Yo conozco, hermosas damas y discretos caballeros, que es grande osadía atreverme á ocupar este puesto después que cumplió ayer su obligación mi antecesor: la misma disculpa que él dió para cumplir el mandato del señor don Enrique su padre y mi tío, doy yo; sólo deseo salir tan bien con lo que emprendo como él.

El gusto con que me oís me alienta para dárosle y da esperanza que habéis de disimular mis defectos; con lo cual comienzo mi discurso desta suerte.

LA QUINTA DE DIANA

Novela segunda

A la escasa luz que el luciente Febo (ausente del ártico polo), comunicaba á las nocturnas estrellas, caminaba don Martín de Peralta, caballero navarro, sin otra compañía, que la de sus confusos pensamientos, por el estado de Lombardía, y deseoso de llegar á la posada, por descansar del trabajo del camino, apresuraba un ligero cuartago en que venía, para que con más largo portante abreviase el tiempo.

Divertido, pues, en varias imaginaciones nacidas de causa forzosa, que le obligaba á dejar su amada patria, tomó á mano izquierda una senda, poco advertido de las señas que del camino le habían dado y sin reparar en que se hubiese apartado del, se halló entre unas espesas carrascas y malezas, por donde se comenzaba la dilatada falda de un encumbrado monte. Reparó en

su descuido el divertido caballero, y queriendo volverse al derecho camino de donde se había apartado, se halló más metido entre la espesura de aquellas malezas y fragosidades.

Sintió en su caballo poco aliento, y él, asimismo, se halló cansado, por lo cual determinó apearse en aquel campo, hasta que el día le volviese á su perdido camino; y buscando parte conveniente donde paciendo su caballo cobrase nuevo aliento, divisó cerca de allí un edificio que era vecino de un verde valle, al cual guió su caballo.

Llegó á él y conoció ser una deshecha iglesia, que por sus ruinas mostraba haber sido lustroso su edificio en siglos pasados, más ya el tiempo había hecho sus efectos en él, haciéndole su trofeo y habitación de infaustas y nocturnas aves, cuyos funestos chillidos se oían por aquellos contornos. Ató don Martín el caballo cerca de una de las arruinadas columnas del deshecho templo, no determinando por entonces que su caballo con la hierba recuperase su cansancio, y él se recostó sobre su cogín, en las últimas gradas cerca del umbral de su puerta donde, después de haber estado un rato discurriendo en vanas cosas tocantes á la causa de su ausencia, se quedó dormido en aquel incógnito lugar.

Media hora hacía que daba tributo al perezoso Morfeo, cuando le interrumpieron su sosiego unos dolorosos gemidos que daban dentro del

arruinado templo, á cuyo rumor se levantó asustado nuestro caballero, poniéndose en pie para con mayor atención conocer de dónde saldrían aquellos dolorosos gritos en tan solitario lugar. Limpió los ojos, despidiendo de ello, con este nuevo cuidado el pesado sueño que les agravaba y atendió á que parte se hacía aquel rumor, el cual por un pequeño rato había hecho pausa; pero volviendo de nuevo á oirse más lastimosas voces, mezcladas con tristes sollozos, se fué hacia la parte que se daban, no sin algún pavor, porque el lugar era solo y no conocido y la hora la de media noche, cosa que en cualquier animoso sujeto pusiera dudas de averiguar lo que podía ser. Con esto se fué (empuñando la espada), por el templo adelante, tropezando en los deshechos mármoles, que estaban esparcidos por aquel sitio, mal divisados por la obscuridad de la noche. Pararon con esto los dolorosos gemidos con que don Martín hubo de hacer pausa á su curso, hasta que de nuevo le guiasen á donde había de acudir para conseguir su emprendida curiosidad.

En esto estaba cuando los rayos de la hermosa Lucina (que por ser en el segundo cuarto de menguante salía tarde) le dieron alguna luz, aunque poca, para proseguir su comenzado intento, y deseando volver á oir el lastimoso rumor, causa de su desvelo, salió presto deste cuidado, aunque se puso en otro mayor, y fué que oyendo

el doloroso lamento advirtió atentamente que se hacía en un sepulcro que estaba cerca de donde había sido un tiempo el altar mayor de aquella iglesia. La soledad, el sitio y la hora, considerado todo por don Martín, le pusieron algún pavor, de suerte que se le erizaron los cabellos y dudó si llegaría á aquel funesto lugar á inquirir con más certeza quién era causa de aquel doloroso y triste llanto. Pero su generosa sangre que había dado muestras de sí en más importantes peligros, animó su pecho para que no desistiese de lo emprendido y así llegó hasta estar cosa de doce pasos del sepulcro, donde pudo oir que una afligida y dilatada voz de mujer formaba, entre ahogados sollozos, estas razones:

—¡Desdichada y sin ventura, mujer! ¡Cuán infelice suerte halló tu destino, viniendo á padecer el insufrible tormento que te han dado en tan funesto y lóbrego lugar, cercada de horrores, de cadáveres helados y de secas y mondadas calaveras!

Aquí hizo pausa don Martín, sin percibir bien las mal formadas razones que del sepulcro salían, por interrumpirlas algunos sollozos. Volviósele á erizar el cabello, y comenzaron á temblarle las piernas y faltarle el ánimo, considerando que voz que salía de tal lugar, no podía ser menos que de algún espíritu, que libre ya de la corpórea cárcel, pagaba sus culpas en aquel hórrido sepulcro. Hizo en su frente muchas cruces, y in-

vocando en su ayuda los santos de quien era más devoto, con oraciones y salmos, le pareció que se había infundido nuevo ánimo y así llegó al sepulcro á quien cubría una mal asentada losa. Viéndose, pues, en aquel lugar y que las dolorosas voces cesaron por entonces, dijo, no sin alguna turbación:

—¡Oh, tú, espíritu inmortal, que libre de las prisiones humanas, tienes destinado lugar en este monumento por justo juicio de tu Criador, para juzgar las culpas que viviendo en carne cometiste! Dime qué quieres de mí, ó en que te puedo ser de provecho, que pues el cielo ha dispuesto mi venida á este lugar, perdiendo mi camino, no debe de haber sido mi causa.

A estas razones, respondió del sepulcro la voz con otras, diciendo:

—¿De qué sirve, falso engañador, burlarte conmigo, dando diverso sentido á mi estancia en este lóbrego encerramiento, si tú mismo has sido el autor que ha querido que padezca en ella. Sácame desta pena y advierte que si hasta aquí ha vivido en mí valor y ánimo más que de mujer, tanta pueda ser tu remisión en favorecerme que rindiendo el espíritu, te quite el cuidado de dar sepulcro al cuerpo.

Notable admiración causaron estas razones á don Martín, conociendo por ellas no ser espíritu el que pensaba que asistía en aquel funesto monumento, y así, con toda su fuerza, quitó la pe-

sada losa de encima del sepulcro, y apartándose dos pasos dél, dijo, poniendo mano á la espada:

—Ora seas alma, separada del os mortales accidentes ó cuerpo con vital espíritu, sal de esa penosa estancia á decirme la causa porque asistes en ella.

A cuyas palabras vió el animoso don Martín, salir del monumento un bulto, en quien puso los ojos con grande atención, no distinguiendo lo que era hasta que se puso en pie y con la escasa luz pudo divisar que era una mujer, la cual se fué para don Martín y le dijo:

—Conténtate, fiero homicida de mi sangre, con la cruel carnicería que en ella has hecho dando muerte á mis primos y criados, sin que ahora quiéras ser verdugo de mi honor. Advierte que me han dado premisas de tus intentos el ver que me has dejado con la vida y asimismo con mis adornos, cuando en los desgraciados que perecieron á tus sangrientas manos les despojaste de lo uno y de lo otro.

Esto le decía aquella afligida mujer á don Martín, postrada de rodillas y con grande abundancia de lágrimas, á lo cual, le respondió:

—Afligida señora: tan engañada estáis en haber pensado ser yo la persona de quien formáis estas justas quejas, cuanto yo admirado de la extraña ocasión que se me ha ofrecido esta noche en este arruinado templo, por haber perdido el camino que traía. Huélgome de haber llegado

á tiempo que os pudiese socorrer en vuesto aprieto. Dad gracias al cielo, que me ha guiado aquí, que asimismo se las doy yo de haberme dado ánimo para emprender el sacaros de aquel temeroso lugar, donde no persona con vida mortal, sino espíritu separado della juzgué érades, destinado á tener allí las penas que el justo juez dispone tengan las que purifican con el purgatorio. Paréceme, que quien aquí os encerró no dejará de volver por vos, y así creo que estamos poco seguros en este sitio; en mi caballo subiréis, y por ahora podré serviros con dejaros en la parte que me mandárades, segura de vuestros temores.

—El cielo os pague, piadoso caballero, dijo la afligida mujer, el favor que me habéis hecho y prometéis hacer; que sin duda, viéndome en tal aflicción y cercana á perder mi honra (como presumí de quien allí me dejó encerrada) ha dispuesto que errásedes el camino para que emprendiéredes este acierto á socorrerme. Él me dé lugar para que os agradezca este favor, que al presente sólo puedo advertiros, para principio de paga, que en el mismo lugar que me hallastes encerró el autor de mi desdicha y tres compañeros suyos, algunas joyas y dineros, que juntamente con las vidas quitó á dos primos míos, de quien venía acompañada, y así mismo sus vestidos, obligándoles á huir deste lugar el temor de que les seguía gente, de que fué avisado el prin-

cipal dellos, y así me dejó allí, con ánimo de volver presto por mí. Pues ya los rayos de la luna, entrando por las claraboyas deste templo, destierran las tinieblas dél; entrad á buscar lo que os digo, que cerca de mí los pusieron en un pequeño envoltorio.

Tanto instó en ello la mujer, que don Martín se dispuso á darle gusto más por complacerla que por el interés que de allí había de sacar, pues iba con ánimo de volvérselo todo.

Bajó por el sepulcro á su bóveda, y á dos escalones tropezó con el envoltorio, el cuál sacó fuera y dél tomó todo lo que eran dinero y joyas, dejándose allí los vestidos por no los poder acomodar. Fuéronse con esto los dos á donde estaba el caballo y en él puso don Martín á aquella mujer, que siempre tuvo un rebozo puesto que le cubría el rostro hasta los ojos. Él se acomodó á las ancas y desta suerte comenzaron á caminar por una senda hasta toparse con el camino real.

Iba don Martín deseoso de saber lo que á aquella mujer le había sucedido, y así se lo preguntó y ella, por darle gusto, le dijo:

—Veinte millas de aquí hay una quinta (cerca del Pó, caudaloso río) que juntamente es casa fuerte, donde asiste una prima hermana mía señora della, cuyo nombre, partes y calidad sabréis después que la veáis. En su compañía estaba cuando mi padre (que asiste en la ciudad de Saona) me avisó que había caído malo de una

grave enfermedad, de que estaban con mucho temor de su vida y que antes que Dios le llevase deseaba verme. Para la jornada envió dos sobrinos suyos que me acompañasen hasta aquella ciudad. Púseme en camino con la pena que podéis considerar, despidiéndome de mi querida prima, que sintió el verme ausentar della tiernamente, manifestándolo con grande copia de lágrimas, como si yo me fuera á un reino extraño para no volver á verla más; sentimiento que ahora echo de ver que fué presagio de lo que después nos sucedió. Llegando, pues, media milla del sitio donde me hallastes (caminando de noche por el grande calor), nos salieron al encuentro cuatro salteadores en sus caballos, prevenidos con armas de fuego y en postura de aprovecharse dellas. Cordura fuera rendirse mis primos conociendo la ventaja que les tenían, más los impulsos de la juventud no dieron lugar á discurrir esto con prudencia; y así, no obstante el peligro notorio á que se ponían, se apearon de la carroza con otros tres criados y con las espadas comenzaron á defenderse, pero fué por su daño, porque á manos de aquellos rigurosos homicidas el salitrado elemento, mezclado con el ardiente plomo, les dió en breve la muerte, escapándose de todos ellos, solamente un criado herido y el cochero que se acogieron á la clemencia de un espeso bosque cercano á aquel sitio. Despojaron los crueles carniceros á los malogrados mozos de las joyas, dine-

ros y vestidos, y á mí, sin tocar en nada de mi adorno, me llevaron á aquel arruinado templo, donde me libró no perecer allí mi honor el avisar al capitán dellos un compañero suyo que había sentido rumor de gente, con lo cual, temiéndose de que el cochero y criado que habían escapado la traería para vengarse y cobrarme, determinó dejarme por entonces encerrada con lo robado en aquel sepulcro, con intento de volver presto por mí, diciéndome que prestase paciencia, que presto vendrían á sacarme de aquel lugar.

Con esto se fueron, dejándome en aquel fúnebre alojamiento, donde considerando los compañeros que en él tenía, no sé cómo no me quedé hecha cadáver como ellos. Comencé á llorar mi desdicha cuando el cielo dispuso favorecerme con traeros descaminado á aquella parte, para ponerme en esta obligación, que reconoceré en cuanto el cielo me diera vida.

Acabó su discurso cuando la esposa del anciano Titón desterraba las sombras de la noche, anunciando su alegre venida los pintados pajarillos con su dulce y sonora armonía; descubrió del todo el rostro de la socorrida mujer, cuando advirtiéndolo don Martín, vió que tenía una más que mediana hermosura; si bien de la pasada aflicción, llanto y desvelo mostraba los efectos para no estar en su entera perfección. De nuevo se compadeció el animoso caballero de su

desdicha, acusando de grosero al que se había atrevido á profanar su belleza con violenta fuerza. Reconoció mejor la dama el camino, y con la información que les dieron dei unos pasajeros que encontraron, tomaron el de la quinta, de donde la dama había salido. Dos millas habrían caminado, cuando le pareció á don Martín que sería bien descansar en un pequeño lugarcillo que tenían allí á la vista, porque su cuartago tomase aliento y se buscare otro en que la dama fuese hasta la quinta de su prima. Hízose así, donde comieron y reposaron hasta que, pasada la siesta, la poca fuerza del sol les aseguró que podían proseguir con su jornada.

Pusiéronse á caballo, habiendo don Martín hallado otro en que se acomodó, y caminando con cuidado, llegaron á la quinta, media hora después de haber anochecido. Apeáronse á la puerta della, la cual hallaron abierta, y entrando en el zaguán, oyeron grande alboroto de voces en el patio. Entre los que allí estaban, conoció la dama á un tío suyo, que con mucha cólera mandaba á otros que pusieren á buen recaudo cierto preso que habían traído, y volviéndose á don Martín, le dijo:

—Caballero: mucho me importara, que mi tío (que es este que está aquí), no nos vea por ahora, y así os suplico, que esos caballos se los entreguéis á ese mozo que vino con nosotros, y con él os procuréis esconderos entre esos árboles que

están frontero de la quinta, que yo me subiré (sin ser sentida) al cuarto de mi prima, donde informándome de la causa destas voces, os daré aviso de lo que habéis de hacer.

Obedecióla don Martín, retirándose con el mozo donde le había dicho, y allí estuvo más de una grande hora esperando la resolución de la dama; mas haciéndosele tarde al mozo que con ellos había venido hasta allí, cuyo caballo traía don Martín, le pidió que le pagase su trabajo, que se quería volver á su lugar. Satisfízole don Martín, y con esto partióse.

Otra hora se pasó después que el mozo se había ido, sin venirle el esperado aviso de la dama, y pareciéndole que ya era demasiada la tardanza, sin poder tener más espera, entró en la quinta al tiempo que habían salido della cuatro hombres á caballo. Llegó al zaguán, y atando su caballo á una aldaba que en él halló, se entró en el patio, y queriendo subir al cuarto principal de la casa, fué acometido (sin advertir en ello) de dos hombres, los cuales se abrazaron con él fuertemente, sin darle lugar á aprovecharse de sus armas. Uno dellos le quitó la espada, diciéndole:

—Si veníades en busca de vuestro compañero para librarle de nuestras manos, mejor lo ha dispuesto el cielo, permitiendo (para castigo vuestro), que hayáis venido á las nuestras, donde pagaréis el atroz delito que habéis cometido tan en daño desta casa.

si há tiempo que habitáis este penoso lugar.

Con esto se acomodó mejor en la tarima, y el preso hizo lo mismo, á quien dió don Martín larga cuenta de lo que había sucedido la noche pasada, sin faltarle nada por decir. Notablemente se alegró el preso con la relación, mostrándolo en darle muchos abrazos á don Martín, á quien dijo:

—Ya que habéis, dichoso caballero, consolado mi afligido espíritu (porque os he dado estos abrazos en agradecimiento de tal favor) poco se me da que el cuerpo perezca en esta prisión ó á manos de mis contrarios. La relación que me habéis hecho os quiero pagar con otra del discurso de mi vida, hasta este estado en que me halláis, si tenéis paciencia de oirme.

Don Martín, le dijo, que gustaría mucho de que le diese parte de sus desgracias, por si él le podía servir de ayuda, ó consuelo en ellas. Agradecióle el preso la buena voluntad que le mostraba. Y viendo que don Martín le prestaba atención, comenzó su relación desta suerte:

—Yo, generoso caballero, nací en Saona, famosa ciudad del Ginovesado, cercana á la que es metrópoli de Lombardía: Desciendo de noble prosapia, derivándose mi casa de la famosa Génova en quien tuvo origen, de la ilustre y noble familia de los Pineles. Mi nombre es Anselmo. Mis desdichas muchas, como oiréis en el discurso de mi relación.

Dejaron mis abuelos á mis padres bastante

hacienda con que poder pasar y tener correspondencias y tratos en España, que ya sabéis que en mi tierra los más calificados las tienen. Vínose de Génova un principal caballero á vivir á Saona con su casa y compró una en aquella ciudad frontera de la mía, de suerte que por ser la calle angostosa, á no tener las ventanas celosías, fácilmente se pudiera juzgar lo que en la una casa se hacía en la otra. La esposa deste caballero murió á quince días que hubo llegado, de cuyo matrimonio le dejó en sucesión una hija, cuya hermosnra y entendimiento eran dos milagrosos portentos. Su nombre era Leonora, y su edad diecinueve años. Para ponderaros las gracias desta dama era menester más tiempo que el que deseo gastar en esta relación; por no cansaros, sólo os digo que fueron bastantes á rendir mi libertad y aprisionar mi albedrío.

El primero día que la ví fué en misa en un monasterio de monjas cerca de su casa, donde acudía continuamente, porque su encerramiento era grande. No sabía yo que cerca de mi casa tenía tanto bien, porque en más de dos meses que había que vivían allí nunca ví á nadie en sus ventanas, ni aun abiertas las celosías. Con esto fuí siguiendo á la hermosa dama por saber donde vivía, hasta que el verla entrar en su casa me aseguró ser hija de Julio Espínola, mi vecino (que este era el nombre de su padre); y informándome de su calidad y dote, hallé lo que me con-

venía para pretender grangear su voluntad con finezas, hasta merecerla por esposa. Dí en galantearla y procurar hallarme siempre en todas las partes donde sabía que estaba, con mucha puntualidad, dándola á entender los ojos (lenguas mudas del alma), que había triunfado de mi libertad.

Tenía Leonora un primo hermano, llamado Leonardo, que asistía lo más del tiempo en su casa; éste la amaba con extremo y ella no despreciaba que la estimase y sirviese, que la continuación de verse había engendrado en Leonora un género de afición que pasaba de los límites del parentesco, con lo cual daba oído á sus quejas y algún crédito al encarecimiento con que la ponderaba el amor, que es principio de querer, bien cuando con atención se admite lo uno y lo otro.

Procuré con todas veras dar á entender á la hermosa Leonora mi afición, y sabiendo que tenía con ella particular amistad una vecina suya, deuda mía, valíme de este medio, haciéndole una visita, en que le dí cuenta de mis amorosos pensamientos, significándola con cuánto afecto deseaba que Leonora me admitiese en su servicio, haciendo experiencia de mi voluntad, y á ella ofrecíme servirla, si esta intercesión la tomaba con cuidado, de suerte que se me luciese. Tomó por su cuenta mi parienta el favorecerme, representando mis partes á Leonora, como lo vería en el

efecto, con que yo quedé contento de ver que lo había recibido bien, y con esperanzas de que se me había de agradecer mi cuidado.

Sucedió, pues, que hallándose un día las dos damas solas, tratando en diversas cosas, vinieron á hablar de mí, en la cual conversación mi deuda supo hacer mis partes, encareciéndolas, y asimismo mi nobleza, aun con mayores ponderaciones que mis merecimientos pedían. Exageróle mi amor, sin decirla que era mi deuda, y cuánto deseaba hallar ocasión oportuna en que manifestárselo. Para la primera vez no admitió Leonora mal esta plática, que es muy propio de las mujeres pagarse siempre de la lisonja de ser queridas. Viendo pues Lucrecia (que así se llamaba mi deuda) lo bien recibida que había sido la plática, el día siguiente, sin forzarla, me introdujo de nuevo en la conversación, y de lance en lance (encareciendo de nuevo mi pasión) le puso un papel que yo le había dado en las manos. No le quería recibir Leonora, pero temiendo Lucrecia que se le volviese, se le dejó encima de un bufetillo del estrado y apresuradamente se despidió della.

El efecto que el encarecido y amoroso papel hizo, se vió esotro día, porque no habiendo ido (cautelosamente) Lucrecia á su casa, una hora antes que anocheciese la envió un recado Leonora, quejándose de cómo la había olvidado tanto tiempo sin favorecerla. Pasó con esto á su

casa, juzgando por buena señal el deseo que de verla tenía, donde en dos ó tres ocasiones deseó Leonora introducir plática para tratar de mí, más Lucrecia que era sagaz y bien entendida, procuraba con cuidado disuadirla, tratando en otras cosas, para hacer con esto experiencia de la operación que había hecho el papel. Sucedió que estando las dos á la ventana, yo pasaba á este tiempo por su calle á caballo, en compañía de un amigo mío, y como me vieren, fué fuerza darles motivo á nueva conversación, diciendo Leonora á Lucrecia (algo turbada y con muchos colores en el rostro):

—Si tan bien siente Anselmo, como escribe tierno y amoroso, no dudo que sea singular entre los galanes deste tiempo, pues tienen menos de obras que de palabras, y por ver su poca constancia en amar anda prudente quien con muchas experiencias quiere asegurar (primero que se empeñe en favorecer) la verdad de su amor.

—Bien creo yo, dijo Lucrecia, que es Anselmo excepción de esa regla, según he conocido de su amoroso cuidado, que como sabe lo que me favoreces me ha dado parte de él, y sé de su noble término que sabrá hacer la debida estimación que merece cualquier favor que le hicieres.

—Muy de su parte te veo, replicó Leonora; cosa que me da sospechas para no decir lo que siento de Anselmo.

—Bien puedes, seguramente, dijo Lucrecia,

manifestarme lo que en este particular se te ofrece, que soy tan llegada á la razón, que en lo que no la tuviese seré su mayor fiscal, al paso que deseo acreditarle contigo.

Dudosa estuvo Leonora á este tiempo en si diría ó no á Lucrecia lo que de mí se la había ofrecido, mas conociendo della su indeterminación, la obligó con persuasiones á que dijere lo que sentía de mí. Tan rogada se vió Leonora que le dijo:

—¿Cómo se puede eximir á Anselmo de la vulgar opinión de amante al uso, si recién venida yo á esta ciudad, desde esta casa he visto entrar en la suya varias veces una mujer de buena cara y mejor despejo á buscarle á quien (después de haberla tenido largo rato en su cuarto) la sale acompañando?; que con esto da á indicar de que me engaña con su papel, significando tenerme amor cuando me consta tener obligaciones más antiguas á otra.

—¿No podría ser, dijo Lucrecia, que esa mujer que continuaba su casa, fuese en busca de otra persona y no de Anselmo?

—Mal me persuado á eso, dijo Leonora, porque como las mujeres somos algo curiosas, yo lo fuí en mirar con cuidado si subía á su cuarto, y habiéndose descuidado en cerrar las celosías, pude certificarme de mi sospecha, viendo que los dos se hablaban con mucha familiaridad.

—Esos son lances de mozos (dijo Lucrecia)

que con mayor empleo se vienen á perder, y así fio de Anselmo que si le favorecieres sea un firme amante y un perpetuo esclavo tuyo.

Con estas y otras persuasiones que la hizo Lucrecia, se determinó Leonora en responder á mi papel. Notable fué el gusto que recibí con aquel favor, y para gozarle más á menudo procuré con más cuidado obligar á mi dama con mayores finezas, asentando con esto nuestra correspondencia, de suerte que cada día tenía papel suyo en que me significaba tener una firme voluntad y un entrañable amor, dirigido siempre al honesto fin de Himeneo.

Había pocas ocasiones para vernos y esas no se perdían la vez que favorable la fortuna me las ofrecía. Determinó mi dama hablarme todas las noches desde su ventana, estando yo en la mía, que por la estrecheza de la calle (como tengo dicho) había esta comodidad. Esto se hacía á deshora, cuando la gente daba réditos al perezoso Morfeo. Continuóse esta comunicación algunos días, en los cuales mi Leonora no admitía al primo con tanto gusto como antes, cansándose de su continua asistencia, causándolo el favorecerme con tantas muestras de voluntad.

Ofrecióse haber una fiesta de una regocijada sortija en la ciudad, en que yo lucí como favorecido más que todos los caballeros que se hallaron en ella. Saqué los colores de mi dama, bien conocidos de su primo; gané dos precios que la pre-

senté; con lo cual el ya olvidado galán confirmó por verdaderos celos unas sospechas que tenía, imaginando que era yo la causa del olvido de Leonora para con él, y así anduvo vigilante en saber esto; pero como acudía todos los días á casa de su prima y de noche le parecía que con la reclusión de su casa estaba segura, no se desvelaba en rondarle las esquinas della.

Sucedió morirse en este tiempo mi padre, con que estuve retirado diez ó doce días sin hablar á mi dama, acudiendo á su enfermedad, si bien nos escribíamos cada día. La noche misma que le dí sepulcro avisé á Leonora que me favoreciese con salir á hablarme por donde solía. Hízolo mucho más tarde que solía verme, y fué tal nuestra desgracia que á esa hora llegó de Génova su primo, que estaba ausente, dejó las postas en casa del maestro, y antes de irse á la posada quiso consolarse con ver las paredes de la casa de su querida prima, aunque sabía de cierto que no la había de hablar. Llegó, pues, á tan mal tiempo, que hallándonos divertidos en nuestra conversación, pudo sin ser sentido oir muy á su salvo todo cuanto hablábamos, con lo cual impaciente y celoso hizo esotro día lo que oiréis.

Juntábamonos los caballeros mozos de Saona en casa de un amigo donde se jugaban naipes y dados, y en ella sobre el juzgar yo una suerte contra él, me dijo el primo de Leonora no se qué pesadas razones, de modo que me obligaron á des-

mentirle en presencia de todos. Entróse gente de por medio que no debiera, porque seguro de que le habían apartado de mí, pudo á su salvo por detrás llegar á alcanzarme con la mano en el rostro, si bien no fué bofetón, pero bastante suceso para quedar agraviado y mi honra en opiniones. Saqué la espada para desagraviarme, más fueron tantas las que se hallaron desnudas á ponernos en paz, que no tuvo lugar por entonces mi venganza, con lo cual me fué forzoso ausentarme de la ciudad sin dar cuenta de mi partida á la hermosa Leonora.

Tal era la pasión que tenía de verme agraviado, que cuando al alma llegan los sentimientos del honor perdido mal pueden asistir en él memorias de gustos de amor. No se contentó Leonardo, el primo de Leonora, con lo hecho (aunque también se ausentó) sino que por vengarse de su prima dió cuenta al anciano Julio Espínola del amor de su hija, con lo cual la envió de aquella ciudad á esta quinta, donde estuviese en compañía de su tía Octavia, madre de la hermosísima Diana, prima suya. No traté (con el deseo de mi venganza) más de saber de Leonora, sólo me desvelaba en buscar á mi ofensor para quitarle la vida. En esto gasté más de un año, sin hallar orden de toparle, si bien le envié dos papeles de desafío, á que no respondió aunque supe de cierto haberlos recibido. Murió en este tiempo Octavia, hermana de Julio Espínola, y mi dam

quedó sin compañía. Leonardo supe que estaba en Nápoles, aunque no muy de cierto, pero para certificarme bien, escribí á un amigo mío (que asistía en aquella gran ciudad) que supiere si estaba en ella. El cual me escribió que poco más de un mes había que llegara allí, pero que había como seis días que se partiera para esta tierra á ver á su tío Julio Espínola, que estaba muy al cabo de sus días de una enfermedad; que esto había sabido por aviso de Génova. Cuando recibí esta carta yo iba caminando á la quinta de Diana para procurar verme con Leonora. Andaban en mi compañía tres hombres de buenas manos y mejor ánimo, á quien traía bien pagados, para que me ayudasen en la ocasión de mi venganza, y á uno destos envié á esta quinta con un papel para mi dama. Llegó á ella á tiempo que supo que acompañada de Leonardo y otro primo suyo, por mandato de su padre la llevaban á Saona, á verle en aquella apretada enfermedad, y que partían en una carroza con tres criados aquella noche. Estas nuevas me alegraron sumamente, pareciéndome que por este camino se iba disponiendo bien mi deseada venganza. Comuniquelo con mis compañeros, y estando con cuidado aguardándoles en el camino, oímos el ruido de la carroza. Salí á ellos con mi gente sin darme á conocer, y maté por mi persona á Leonardo mi ofensor, y á otro criado, de dos balazos; mis compañeros no anduvieron ociosos con los demás, no se esca-

pando de todos ellos, sino un criado y el cochero que se entraron en un bosquecillo. Saqué á mi dama de la carroza medio desmayada, y por ser menos conocido consentí que mis compañeros despojasen de los vestidos y dineros á los primos de Leonarda, y sus criados reservando que no tocasen á ella. Llevéla á aquel arruinado templo, que dista un cuarto de legua del camino, donde siendo yo avisado de un compañero de los tres que se quedó atrás, como había sentido ruido de gente, y temiendo que el criado y el cochero hubiesen dado aviso á algunos pasajeros de lo sucedido y me viniesen siguiendo, no quise poner la vida á riesgo viendo á los tres que me acompañaban con grande temor de ser presos, y con intento de desampararme, y así determiné encerrar en aquel sepulcro á Leonora, con pensamiento de volver de allí á un rato por ella. Eso pude hacer sin conocerme en la voz, porque con una bala en la boca la dí cuenta de mi determinación; y aunque lo resistía con lágrimas y ruegos (que pudieran ablandar una peña y á mí me tenía el corazón hecho pedazos) por llevar adelante mi pretensión y no la perder á ella la puse á su pesar en aquel funesto monumento, y con ella las joyas, con lo demás que se la había tomado, dejándola cerrada con la pesada losa. Con esto me fuí de aquel lugar, y pensando hallar allí cerca á mis compañeros esperándome, no los ví, porque el miedo de no ser hallados por actores de aquellas muertes,

les hizo ponerse presto á caballo y dejarme solo, que esto merece el que fía de gente tan vil como esta, que se alquilan para asesinos. Ocupé la silla de mi caballo y entréme por lo espeso de un monte que estaba vecino al cercano templo, en el cual me perdí, y como no acertase con el camino por no saber bien la tierra, determiné apearme y aguardar al pie de una robusta encina que viniese la luz de la esperada aurora; pasé la noche ocupado el pecho de mil temores, pesándome grandemente de haber andado tan grosero y cruel con Leonora. Con estos pensamientos, el cansancio me rindió al blando sueño, y así me quedé recostado en el verde suelo hasta que la mañana me despertó y el ruido de gente que andaba por el monte. Presto salí del cuidado de saber quien era, porque fuí asaltado repentinamente sin poder prevenirme á la defensa de Fineo, tío de Leonora y de más de treinta hombres que le acompañaban con armas de fuego, y entre ellos venían el criado y el cochero que se habían escapado, que fueron los que le dieron aviso de lo que había sucedido.

No me conocía Fineo, y así, haciéndome atar fuertemente las manos atrás, me hizo poner en mi caballo. Preguntóme por su sobrina, y yo, teniendo esperanzas de escaparme de su manos contra mi piadosa condición, le dije que mis compañeros la habían llevado consigo, dándoles señas del camino que habían tomado por deslumbrarlos.

Llegamos aquella noche á esta quinta, donde compadecido de la pena con que estaría Leonora en aquel áspero encerramiento, le dí cuenta á Fineo de cómo mis compañeros la habían dejado en aquel templo. Hizo meterme Fineo en esta prisión y cargarme de hierros, jurando que en volviendo con su sobrina me había de colgar de una almena, con lo cual partió desta quinta y con alguna gente de la que le había acompañado cuando me prendió. Esto es lo que hasta ahora pasa por mí. Yo estoy con ánimo (si no puedo hacer saber á Leonora que estoy aquí) de morir sin decir quién soy.

Con notable admiración escuchó don Martín la relación de Anselmo, á quien prometió ayudar en cuanto pudiere para salir de allí, pareciéndole que el mejor modo para ésto era dar cuenta á Leonora de todo con el hombre que tuviere cargo dellos en la prisión.

Parecióle bien á Anselmo, y así concertado, se pasaron los dos en aquellas y otras pláticas la noche, sin acordarse de darles de cenar, donde los dejaremos por decir lo que hizo Leonora.

Luego que llegó Leonora á la quinta de Diana (que así se llamaba aquella estancia) por no saber qué alboroto de gente era aquel que halló en el patio, se subió sin ser sentida al cuarto de su prima, la cual se holgó sumamente con ella, manifestándolo con muchos abrazos que le dió,

acompañados de tiernas lágrimas de contento de verla libre de los pasados peligros.

Dióle Leonora brevemente cuenta de lo que por ella había pasado, y á ella Diana de cómo al principal de los salteadores que mataran á su primo, le había traído su tío á la quinta y le tenía preso, el cual había declarado que la dejaba encerrada en un sepulcro, y por esta causa había partido con mucha priesa á sacarla de aquel trabajo, y asimismo á hacer diligencia de buscar á los demás salteadores.

Alcanzó un criado á oir parte desta plática, y como no hicieren mención de la segunda prisión de don Martín (que ellos tenían por bandolero), les dió cuenta della, acrecentando su contento en ver que tan sin trabajo se les hubiese venido á las manos. A este criado mandó Leonora que saliese á la puerta de la quinta y buscase allí un mancebo que había venido acompañándola, que estaba en compañía de un mozo de á pie, con dos caballos del diestro, el cual hiciese subir á donde estaban.

Obedecióla el criado con diligencia, pero por más que hizo no halló á don Martín; solamente topó con su caballo, que estaba en el zaguán, y en él halló el cojín y maletillas; quitóselo, y al caballo metió en la caballeriza, dejándole bien acomodado en ella, y con el cojín subió á donde estaban las dos damas, á quienes dijo cómo no había hallado al que le mandaban buscar en toda

la entrada de la quinta ni fuera della; pero que su caballo estaba allí y la maletilla en él.

Admiróse grandemente Leonora y de nuevo mandó volviese á buscar, pero fueron en vano las diligencías que hizo en esto. Pasóse aquella noche con no poco desvelo de Leonora por no saber qué se habría hecho de su libertador, temiendo no le hubiera sucedido alguna desgracia. Esta comunicaba con su prima, alabando de don Martín el agrado, la cortesía y buen entendimiento, con grandes exageraciones, tanto que la hermosa Diana tenía grandes deseos de conocerle.

El día siguiente se pasó todo sin tener ocasión los dos presos de hablar al que les tenía á su cargo, por haberles metido la comida por una ventanilla que estaba en el techo de aquella obscura prisión. Con no parecer don Martín estaba Leonora pesarosísima.

Deseó mucho Diana ver lo que en la maletilla de su cojín había, y así hicieron romper el candado que la cerraba. Lo primero con que toparon fué con un legajo de cartas de letra de mujer, de las cuales leyeron algunas, escritas con discreto y amoroso estilo, en respuesta de otras, conociendo dellas ser de asentada correspondencia de amor que su dueño tendría con alguna dama. En una cajuela de plata hallaron un reloj curioso, en cuyas dos puertecillas de su caja estaban dos retratos, el uno de una dama, cuya grande hermo-

sura las dejó tan admiradas como envidiosas; el otro era del mismo don Martín, que conoció luego Leonora. Estaba armado de un lucido y grabado arnés, y en medio dél la roja insignia del glorioso patrón de España, de cuya militar orden era don Martín, si bien ausente de su patria no traía descubierto el hábito. Mucho se pagara la hermosa Diana de su persona si el verle retratado con la dama y aquellas cartas de su letra no le pusieran el desengaño á las puertas de la inclinación, con que enfrenó algo el deseo que de verle tenía. Con esto hallaron algunas cintas y trenzas de rubios cabellos y asimismo curiosa ropa banca de la persona de don Martín. Tuvo advertencia Leonora de preguntar al criado las señas del segundo preso y él se las dijo; por las cuales dió luego en que no podía ser otro sino el que la había venido acompañando, é informándose del criado que por la ventanilla dela prisión le podían ver sin ser vistas, por ruegos de Leonora fué Diana con ella á certificarse desta sospecha. Abrieron la ventan sin ser sentidas de los presos, á los cuales hallaron en buena conversación de la cual pudieron oir decir á don Martín estas razones:

—Cierto, amigo Anselmo, que sería peregrina nuestra desgracia si vuelto el tío de Leonora os mandase quitar la vida por no manifestarle quién sois; y hacéis mal en haber tomado esa resolución, porque con decir vuestro nombre dais

á entender haber satisfecho vuestro agravio, con que estáis á nuevo riesgo; porque si como decís que les consta á todos bien saber que el ofendido puede en cualquier ocasión como quisiere vengarse del que le ha agraviado, y vos que habéis enviádole papeles de desafío. Si esto hacéis, borráis en esta quinta la opinión que tenéis de salteador. Lo que os suplico es que lo miréis con con más acuerdo, procurando primero, si es posible, dar cuenta á Leonora de cómo estáis aquí preso, que si le ha dejado vuestro amor alguna memoria (que es fuerza), no dudo que interceda con veras por vos, dando orden como salgáis de aquí libre. Bien quisiera que el que nos asiste aquí se dejara hablar para decirle la injusta prisión que por haberla servido padezco, que si con saberlo alcanzo libertad es cierto que luego la habéis de tener vos ó yo tengo primero de perder la vida.

Aquí respondiendo Anselmo, le dijo:

—Hanme persuadido, señor don Martín vuestras razones, de modo que haría mal en no seguir vuestro consejo, pues importa tanto á mi honra y vida, y así determino (si antes no surte efecto, saber mi Leonora que estoy aquí) darme á conocer á su severo tío.

Estas y otras razones oyeron las dos damas estando Leonora lo más contenta del mundo de que su querido Anselmo fuese el preso, de cuyos amores había hecho larga relación á su prima

luego que vino á su compañía desde Saona. Finalmente, entre las dos damas trataron de que el que tenía las llaves de la prisión se las diese, y esa noche bajaron á ella, si bien temerosas de que á esta ocasión no viniese su tío.

Novedad se les hizo á los presos ver abrir la prisión y temieron no hubiese venido Tineo para ejecutar su venganza en la muerte de Anselmo; mas trocóseles su temor en gusto, viendo entrar á las dos hermosas damas á la luz de una hacha que un criado traía.

Lo que Anselmo y Leonora pasaron sería hacer mayor este discurso y así lo dejo al de todos, principalmente á los que han dado parias al niño dios. Sólo digo que después de haberse recibido los dos amantes con abrazos mezclados con lágrimas de contento, no quiso Leonora parecerle desagradecida á don Martín siendo tan discreta, y así volviéndose á él le dijo:

—Perdonad, señor don Martín (que ya sé que os llamáis así), no haberos en primero lugar hablado como debía, que consigo trae la disculpa del yerro queriendo bien. La voluntad que á Anselmo tengo ha sido causa de no haber correspondido á la grande obligación en que os estoy. Si habéis querido ó queréis bien, consideraréis no haber sido más en mi mano.

—Disculpada estáis, hermosa señora, dijo don Martín), en haber acudido á donde el alma os encaminaba; yo me tengo por muy favorecido en

que en segundo lugar agradezcáis lo poco que hice en vuestro servicio.

Allí se hablaron Anselmo y Diana, y ella asimismo á don Martín con mucha cortesía y agrado, y después de haber tratado largamente en el pasado suceso, se determinaron las dos damas á darles libertad, sobornando al criado que tenía cuenta con los presos, para que cuando viniese su tío, dijese haberse ido de la cárcel, rompiendo los prisiones y puertas della. Hízose bien, porque el criado era un poco codicioso, y lo que más le animó á darles gusto, fué el prometerle Anselmo llevarle consigo, haciéndole todo buen pasaje, como deudor de aquella obligación. Con esto salieron los dos caballeros de allí, acompañando á las damas, habiéndole á don Martín parecido muy bien la hermosa Diana, la cual estimara no poco verle á él libre del empleo amoroso, que de las cartas y retrato presumía, para favorecerle con veras.

Con esto subieron al cuarto de Diana, donde en un apartado aposento, que se dividía dél, les hicieron dos blandos y limpios lechos, donde reposasen aquella noche, habiéndoles dado primero una bien sazonada cena, á que estuvieron presentes las dos damas, y solas dos criadas suyas, que se la sirvieron, de quien fiaron este secreto.

Vueltas las dos primas á su cuarto, trataron el modo que tendrían, para que Anselmo estuviese allí algunos días, sin ser sentido de nadie,

porque Leonora le estaba sumamente aficionada, y deseaba que sus amores pasasen en un feliz himeneo, con beneplácito de su padre y parientes. Discurrieron las dos sobre esto largamente, y al fin resolvieron, en que allí se estuviesen secretamente, hasta la vuelta de su tío Fineo, y hasta saber el suceso de la enfermedad del padre de Leonora.

Aprobaba Diana el buen gusto, que tenía de favorecer á Anselmo, conociendo por sus partes, ser digno de cualquiera favor. Pregúntole Leonora que le había parecido de don Martín, y ella dijo, dando un penoso suspiro.

—¡Ay prima! Menos bien que si le hallara libre la voluntad, porque conozco en él partes amables, para que cualquiera dama se digne de ser servida de tal sujeto.

—Ahora bien, dijo Leonora, mañana tengo de persuadirle á que me dé cuenta de la causa que de España le trujo á esta tierra, que podrá ser si su dama es española, que en esta ausencia haya perdido el amor su fuerza, y con nuevo objeto presente, se ocasione olvido de la memoria del pasado.

Con esto repasaron las dos lo restante de la noche hasta la mañana. No habían estado menos discursivos los dos caballeros que las damas, hablando en la buena suerte que habían tenido en salir de la prisión. Y asimismo disponiendo lo que debían hacer para guíar bien sus cosas.

Tratóse en la hermosura de Diana, de la cual se confesó don Martín aficionado sumamente, deseando tener el siguiente día, ocasión á solas, para manifestársele esta amorosa inclinación.

Venido el día, Anselmo y don Martín se vistieron, por si viniesen las dos primas no les hallasen en la cama.

Las puertas de su aposento les tenían cerradas por defuera, y la llave della poseía Diana, la cual en compañía de su prima, no tardó mucho en venirlos á ver. Con su presencia se alegraron mucho los dos amigos, y don Martín quedó más aficionado, considerando la perfecta hermosura de la bellísima Diana. Quiso pues, el discreto español, dar lugar que Anselmo hablase á solas con Leonora, y así dijo á su prima.

—Paréceme, hermosa Diana, que la señora Leonora y Anselmo no han tenido lugar de haberse dado detalladamente cuenta de lo que en esta larga ausencia les ha pasado; piedad sería dejarles á solas comunicar esto, y encarecer sus finezas, que cada cual no sabrá buscar coronista, para que se los pondere.

A esto le respondió Diana:

—Muy justo es, cuando las voluntades de los amantes llevan el casto fin que éstas, que en los que le somos afectas hallen ese buen pasaje, y así permito lo que me pides, por lo que (con esto) intereso que me hagáis merced.

Apartáronse á una parte de la pieza don Mar-

tín y Diana, ocupando dos sillas juntos, donde viéndose el español tan cerca de sujeto tan hermoso, le dijo estas razones.

—Cuando en vuestra quinta, hermosísima Diana, el rigor nos tenía en la obscura prisión, á Anselmo, dudoso de su vida, por las muertes que como á salteador se le imputaban, y á mí en el mismo estado por cómplice suyo, vuestra generosa piedad, usó de su poder, dándonos libertad; si bien al mismo tiempo vuestra hermosura con el suyo (que es tan absoluto), ha permitido que mi alma no use de su albedrío, dejándola en las dulces prisiones de esa beldad cautiva, y á su dueño ya sin libertad. Desde anoche he experimentado los efectos que hace el amor con el desvelo, comenzado la esperanza á prometerme pagas de la voluntad que me debéis, si bien sin vuestro gusto conozco que me engaño á mí mismo. Permitid, bella Diana, que yo os sirva, amandoos eternamente, para que me merezca con fuerzas tenerla segura.

Miróle Diana, y con una risa que aumentó con ella más su donaire, le dijo:

—De la voluntad de Anselmo, bien juzgo yo que con la hermosura de mi prima estará ya en mayores prisiones que las que hasta aquí tenían; porque las de la obligación que á Leonora tiene, nos aseguran desto. De la vuestra no sé cosa que me pueda hacer cierta de lo que me decís, más de que como quien sois sabréis agradecer el ser-

vicio que se os ha hecho; si todo es poco respecto de vuestros merecimientos y lo que por Leonora habéis hecho, de que yo (como á quien tanto la estima) me confieso también deudora, y si no me constara que en España hay buenas correspondencias entre los amantes, juzgara de los españoles como libres y despejados con otras naciones, que lo queréis andar con las damas de Lombardía; que es libertad, sino atrevimiento, decir que os aficionáis cuando estéis lejos de ese cuidado.

—No le tenga de mí el cielo, replicó don Martín, si no es verdad lo que de mí habéis oído, y seréis ingrata á mi afición si no le dáis el crédito que os merece.

—No os empeñéis en querer apoyar lo que habéis dicho, dijo Diana, que saldréis mal para conmigo del empeño.

—Eso será, dijo don Martín, por haber dado vos en querer hacer donaire de lo que con tantas veras os aseguro.

—Si eso fuera como decís, creedme, dijo Diana, que no veo en vos tan pocos méritos, que no estimara la dicha de que me eligiérades por objeto de vuestro amor, pero hay causas ó temores (por hablar más propiamente) que estorban el no admitir esa dicha, de que me mostréis afición. En otra debe vuestro gusto de haber hecho su empleo que os fuerza á desengañarme al principio del que pretendía hacer en vos.

Dijo don Martín:

—Si es así (que no lo dudo de mi poca suerte) aunque sea contra mí, os suplico me lo digáis.

—Lo que os puedo decir es, dijo Diana, que vos mismo traeis pocos testigos que acrediten vuestra fe, y muchos que me aseguran de que no me tratáis verdad.

—Dichoso me dejáis con esa no entendida razón, bella señora, dijo don Martín.

—No sé por qué lo habéis de estar, replicó la dama, cuando prendas mal guardadas en Italia os califican de firme amante, si conmigo os acreditan de lisonjero.

Con esta razón acabó de entender don Martín la antecedente á ella que no entendía; viendo que el hallazgo de su maletilla había manifestado sus pasados amores, y así le dijo:

—No dudo, hermosa dama (por los papeles que habéis visto), que habréis juzgado en mi apretada correspondencia de amor en España, y no niego haberla tenido, pero como noble y preciado de secreto, pude conservar esas prendas en mi poder (por no haber tenido ocasión de dárselas á su dueño), pero no el amor que la tenía al tiempo que se recibieron, pues sinrazones suyas, mal pago de voluntad y arrojamientos míos, en desagravio desto me traen desterrado de mi patria; papeles son esos que deseé volverlos á su dueño para que les desmintiesen el amor que en ellos quiso acreditar.

—¿Quién duda que el guardarlos, dijo Diana, habrá sido para renovar las dulces memorias de aquel feliz tiempo, para que cuando el amor se entibiare con la ausencia, ellas le esfuercen juntamente con la copia de su hermoso dueño, que os aseguro, que en la elección que de tal sujeto habéis hecho, tenéis para conmigo acreditado vuestro buen gusto.

No quisiera don Martín que Diana hubiera sido tan curiosa en ver el retrato de la que en un tiempo fué su dama, y así, algo turbado y con muchos colores en el rostro, le dijo:

—Sabe el cielo, y á él pongo por testigo, hermosa Diana, que no han visto mis ojos, desde que salí de España, ni los copiados del original desa ingrata, que un tiempo me miraron favorables, ni los caracteres de sus fingidas razones.

Habían á este tiempo entendido Anselmo y Leonora algo de lo que don Martín y Diana trataban, y viniéndose á sentar cerca dellos, le dijo Leonora:

—Mucho deseo tengo, señor don Martín, que nos hagáis merced de darnos cuenta de esos amores, y así mismo la causa que os forzó á dejar vuestra patria y venir á esta tierra, si acaso no os es de enfado hacer lo que os suplico.

—Aunque sea renovar mi sentimiento el obederos, dijo don Martín, deseo tanto serviros, que no me atreveré á contravenir á vuestro mandato,

y así prestándome atención; pasa mi suceso desta suerte.

La famosa y antigua ciudad de Pamplona, metrópoli del reino de Navarra, es mi patria. Desciendo en ella de la noble familia de los Peraltas, caballeros antiguos en aquel reino, con quien sus reyes, en otros felices tiempos, se dignaron de mezclar su real sangre por casamientos calificando tanto la nuestra. Nací hijo segundo de don Francés de Peralta, caballero cuyas hazañas hechas en las guerras en servicio de su Rey y en defensa de su patria, ha publicado la fama, no sólo en toda España sino en las más remotas provincias y reinos dellas, porque fué el mayor soldado que hubo en aquellos tiempos, de quien ahora (que por su mucha edad colgó las armas) hacen los reyes de Castilla mucha confianza.

A unas fiestas reales que se hacían en Pamplona, acudió mucha gente, no sólo de aquellos lugares cercanos, pero de toda Castilla, Aragón y Vizcaya, entre la cual vino de Burgos don Lope de Castilla, caballero calificado de aquella ciudad, cuya noble familia desciende del rey don Pedro *el Justiciero*. Este trujo á Pamplona á ver estas fiestas (y juntamente una hermana viuda que vivía en aquella ciudad) una hermosa dama hija suya, cuya beldad, por haberla visto en su retrato, me excusará encarecerla, sólo puedo aseguraros, que entre muchas hermosas y bizarras damas que á la fiesta concurrieron, ella se

llevó los votos de todos, de la más perfecta y hermosa, con no poca envidia de las demás.

Llegó el día de la fiesta, en la cual, ó por el ejercicio que en correr lanzas siempre he tenido, ó lo más cierto, por ser dichoso, yo fuí uno de los que más alentados anduvieron en la justa, llevándome tres precios en ella; con los dos serví á la hermosa doña Blanca (que este es el nombre desta dama) y el otro dí á una hermana mía doncella, que acertó á estar con ella en su misma ventana. De la conversación que las dos tuvieron aquella tarde, quedaron muy amigas, cosa que me estuvo á mí muy bien, porque desde el primero día que esta dama llegó á Pamplona, y la ví, me enajenó el albedrío y fué dueño de mis potencias.

Ofreciósele á su padre ir á Vizcaya á ver cierta hacienda que había heredado en aquella tierra, y dejó á su hija en casa de su hermana. En este tiempo procuré con grandes veras que doña Blanca supiera por orden de mi hermana mi pasión, declarándome primero con ella, y dándola un papel mío que la llevase. Manifestóle mi amor, y dándola el papel, fueron tantos los extremos que hizo, que enojándose con ella, la dijo que si gustaba que su amistad pasase adelante, no le tratase en esto, que su padre vendría brevemente de Vizcaya, con quien podía comunicar yo mi intención; que estimase della el dar consentimiento para ello, que esto lo hacía por ver que

mi pensamiento iba dirigido al fin de ser su esposo. Con esto volvió el papel á mi hermana, la cual le agradeció su favor, y anticipando el tiempo del despedirse della, dejó la visita para que conociese doña Blanca que iba disgustada de haberla visto con enojo, en lo que no podía perder nada.

Luego que llegó á casa me dió parte de lo que con doña Blanca le había pasado, pidiéndome encarecidamente que por ningún caso le metiese en esta intercesión, que venía con propósito de no volver más á verla, porque se había cansado mucho de que, siquiera por cortesía, no hubiese leído el papel. Lo que sentí esto, amando ya con tantas veras, podréis considerar. Hallábame hijo segundo de mi casa, y con poca hacienda para igualar al mucho dote que tenía mi dama. Asimismo veía, por la gran codicia de don Lope, su padre, cuan imposible había de ser dármela por esposa, pues me constaba que casamientos de tanta calidad como la mía, y de más hacienda no había admitido.

Con esto andaba el hombre más triste y melancólico del mundo, sin poder alegrarme divertimiento alguno, tanto que mis amigos me lo conocían. Ocasionóme esta tristeza una grave enfermedad, de la cual llegué á estar muy al cabo, sin que los médicos me entendiesen el mal, y si bien conocían que me iba acabando, se hallaban atajados sin hallar remedio de cuantos me apli-

caban que me aprovechase, porque mi mal procedía de diferente causa de las que ellos pensaban. Mi hermana que sabía bien de dónde me venía el daño, procuró animarme con consuelos que me daba, prometiendo hacer todo lo posible si me esforzaba, para que doña Blanca me favoreciese, pero como yo conocía estar lejos mi remedio si ella no se mudaba del intento que hasta allí había manifestado, alentábanme poco sus esperanzas.

Sucedió, pues, que su tía de doña Blanca (que había sido grande amiga de mi difunta madre) me vino á ver un día, lastimándose mucho de mi grave mal, y más de que me aprovechasen tan poco los medicamentos que le aplicaban. Halló á mi padre y hermanos afligidos de verme en aquel peligroso estado, á quien consoló con cuerdas y prudentes razones, diciéndoles que esperasen en Dios que me había de dar salud, no permitiendo que mi juventud se malograse. Volvió á su casa, donde dió cuenta á su sobrina de mi mal y de cuánto temían por mi vida, por no entender mi enfermedad los médicos. Pesóle mucho á doña Blanca, sospechando luego que por su desdén había de haber yo llegado á aquel peligroso estado, y asimismo sintió haber hablado con aspereza á mi hermana, de la cual conoció en haber faltado á su correspondencia, que estaba sentida della. Discurriendo, pues, sobre esto largo rato, quiso el día siguiente, con achaque

de visitar á mi hermana, verme á mí, y cumplir con las dos quejas, y así pidió para esto licencia á su tía y fué á casa. Halló á mi hermana en mi cuarto asistiendo á mi cura, y queriendo salir dél á recibir la visita en el suyo, no lo consintió doña Blanca que me dejase, antes entró en mi aposento á hacérsela allí. Considerad, señores, de un hombre que estaba en el estado que yo por su afición, qué gloria sentiría con su vista. Llegóse á mi lecho y díjome mostrando en sus ojos alguna piedad de verme tan flaco:

—¿Qué es esto, señor don Martín? ¿Es posible que con vuestro mal queráis darnos tan malos ratos á vuestros servidores? Suplícoos que os animéis, que el faltar las esperanzas al enfermo y no confiar en los remedios que para su mal puede haber, es la mayor causa de agravar su dolencia. De mí os aseguro que la he sentido mucho, como tan servidora que soy de vuestra hermana, y si en mí estuviera el poder daros entera salud, no lo dilatara.

Con el contento que recibí en oir estas razones á doña Blanca, me volví á animar los sentidos y á alegrar el alma. Esforcéme cuanto pude, y díjele:

—Ninguna cosa de cuantas hay en el mundo me pudiera restituir la salud sino la merced que al presente recibo con vuestra vista. Estas y el favor que me habeis hecho con las buenas esperanzas que me dais que la gozaré presto enteramente, me tiene ya otro del que ha poco rato que

fuí. El cielo, señora, os pague el consuelo que me habeis dado, que estoy con el tal que me parece que en mí no hay mal alguno.

—Si ese efecto (dijo doña Blanca) hace mi visita (que quiero creer de vos por cortesía) deseo tanto veros sin ningún penoso accidente, que he de suplicar á mi tía muchas veces me dé licencia para hacer esto, siquiera por desenojar á vuestra hermana, que ha días que no me favorece como solía.

—La peligrosa enfermedad de mi hermano (dijo ella) ha sido la causa de no haberos enviado á visitar, si bien en este aprieto de su mal pudiera esto haber comenzado de vos, pues me teníades justamente quejosa.

—No quiero que en ninguna manera lo estéis de mí (dijo doña Blanca), que deseo serviros con todas veras, y así dejémonos de quejas, que vengo con ánimo de satisfacerlas y de que divirtamos á nuestro enfermo.

Pidió entonces si había una harpa, y trajéronla una de mi hermana; la cual, después de haberla templado en una pieza antes de la en que yo estaba volvió á su asiento y con dulce y regalada voz cantó un romance, que por ser breve os le tengo de decir, que se me quedó en la memoria:

Afligido corazón,
no os atajen imposibles,
que mal logrará deseos
quien sin esperanzas vive.

Si jamás al dulce amor
habéis tributado humilde,
desconfianzas del premio
no es bien que os desacrediten.
El valor que en el desdén
ni se desea ni rinde,
tanto acrecienta de gloria
cuanto de pena resiste.
Asistencias del cuidado
vencerán lo más difícil,
que sin mérito el favor
nunca llega á quien lo pide.
La más alentada fé,
en la voluntad más firme,
dudosa espere remedio
si se desmaya en los fines.
En la milicia de amor
nadie es bien que desconfíe,
que se infama de cobarde
quien de la empresa desiste.

Bien entendí en los versos del romance, que se dirigían á darme ánimo á proseguir con mi pretensión, con los cuales quedé muy alentado, y ya otro del que era antes que doña Blanca viniera. De nuevo la dí las gracias por lo que me había favorecido, conociendo todos de mi semblante el efecto que la visita de doña Blanca había hecho. Hízose hora de despedirse, y llegándose á mi lecho, me dijo:

—Estimo señor don Martín, el ir más favorecida de vos que mi tía, que me significó cuan

poco la hablastes. Esforzáos, que me holgaré de saber presto buenas nuevas de vuestra salud, y en lo que pudiese serviros creedme que me tendréis muy de vuestra parte.

Con esto dió lugar á que entre mis agradecimientos la tomase una blanca mano, poniéndola en mi boca; y á mi hermana la dió grandes satisfacciones de lo pasado, prometiéndola que de allí adelante sería diferente, y que esto lo atribuyese á lo mucho que estimaba su amistad, que no deseaba perderla. Mi hermana le agradeció aquel favor y suplicó no la olvidase. Así lo prometió doña Blanca y lo cumplió, porque me volvió á ver otras dos veces, y en la última me dejó un relicario suyo muy curioso pendiente de un cordón de sus rubios cabellos. Con estos favores tuve brevemente salud, admirándose los médicos de mi acelerada mejoría, no atribuyendo la causa della sino á mi juventud, que con ella había vuelto á mi primero ser.

Continuábamos nuestros amores por medio de mi hermana, permitiendo doña Blanca que yo la escribiese y mereciendo (con hacer ésto á menudo) ser correspondido, favoreciéndome con muestras de grande voluntad. Hasta aquí anduvo favorable la fortuna conmigo, porque en algunas fiestas que se ofrecieron, nunca salí en ellas sin favor de mi dama, ya banda bordada de sus hermosas manos, ya manga hecha por las mismas.

Vino su padre de la jornada á que había ido y quiso volverse con su hija á Burgos, pero era tanta la afición que su anciana tía la había cobrado, que no consintió que se la llevase de su compañía. Obligole á don Lope condescender con su gusto, el esperar heredar della una buena parte de su hacienda, y así se determinó á dejarle á doña Blanca, volviéndose á Burgos á ver la suya.

Había servido á doña Blanca en su patria un caballero muy principal y rico della, llamado don Enrique, el cual á esta razón estaba en la corte pretendiendo un hábito medio año había, de donde se correspondía con doña Blanca y ella con él, sin faltar ordinario alguno de escribirse. Estaba yo muy ajeno de saber ésto hasta que un día que estaba mi hermana visitando á doña Blanca, vió traerle del correo las cartas, y por estar con otras señoras amigas suyas, que así mismo la visitaban, mirando más á su gusto que á la descortesía que hizo, se apartó á un lado del estrado á leerlas, si bien las pidió licencia para ello, con llaneza de amiga. Atenta estuvo mi hermana desde que comenzó á leer las cartas al semblante de doña Blanca, juzgando de él que se había holgado mucho con lo que la carta contenía. Llegó á este tiempo una criada suya, á la cual habló al oído, aunque no tan secretamente que con el cuidado que estaba mi hermana no entendiese las últimas razones de su plática, que era decirle doña Blanca:

—Paréceme, Teodora, que será su venida dentro de quince días aquí, y hállome tan confusa con lo que tengo presente, que no sé que tengo de hacerme.

La criada le replicó:

—Ya veo el cuidado que te podrá dar esto; pero será fácil con la vuelta á Burgos, dejar lo que hay aquí, pues es más de tu gusto lo ausente.

—Así habrá de ser (volvió á decir doña Blanca), que esto sólo ha sido entretener el tiempo mientras llega don Enrique.

Cuidadosa dejó á mi hermana lo que les había oído á doña Blanca y su criada, de lo cual me dió cuenta en llegando á casa, con que los rabiosos celos tuvieron lugar en mi pecho, para darme no pocos desvelos, si antes lo habían hecho los desdenes de doña Blanca. Advirtióme mi hermana, que para saber si esta era correspondencia asentada, hiciese diligencias en coger una carta del correo. Parecióme bueno su consejo, y así estuve con cuidado todo lo restante de aquel día, para ver si salía algún criado de doña Blanca á llevar cartas. No me salió en vano la celosa curiosidad, porque á prima noche ví llegar á un pajecillo de doña Blanca, conocido mío, una carta. Seguíle hasta ver que la había dejado en el correo, de donde me fué fácil el tomarla, sobornando á un oficial suyo. Volví con ella á casa, y en presencia de mi hermana la abrí, ha-

llando en ella estas razones, que tengo bien en la memoria:

«Menos que con la resolución que me escribes de que partirás presto desa corte (único dueño mio), no pudiera pasar esta larga y penosa ausencia careciendo de tu vista. Doite la enhorabuena del hábito que has recibido, y á mí me la doy del que dejaré de penas y cuidados viéndote en mi presencia. Tendré por mejor que tu venida sea á Burgos, porque no seas notado aquí (aunque sea contra la voluntad de mi tía que lo contradice) persuadiré á mi padre que me vuelva á la patria, donde me hallarás tan tuya como siempre.»

No puedo significaros cual yo quedé de haber leído esta carta, considerando el doble trato de doña Blanca, que me estaba vendiendo finezas al mismo tiempo que se correspondía con otro. Bien fueron menester los prudentes consejos de mi hermana, para no perder el juicio. No quise por entonces darme por entendido, y así, tornando á cerrar la carta la volví al correo. Pasé con doña Blanca aquellos quince días como antes, sin conocer mudanza de semblante en mí, si bien el interior era ya diferente de lo que solía. Ella dió en este tiempo (para mayor tormento mío), en escribirme amorosa y tiernamente con que yo me desesperaba. Nunca tuve ocasión aquellos días de verme con ella á solas, porque lo reusaba cuidadosamente. Vino su padre de Burgos,

é intentando ella que la volviese á aquella ciudad no se le cumplió su deseo, porque el amor en la tía y la codicia de heredar en el viejo, estorbaron este intento, antes por serle más afecto á su hermana, trajo del todo su casa desde Burgos á Pamplona.

Vino don Enrique á Burgos, y como no hallase allí á su dama, habiendo descansado en aquella ciudad ocho días, se partió della á ver á su dueña á Pamplona.

Esotro día adelante del que llegó, que era fiesta, supo á qué parte iba á misa, y acudió muy galán y acompañado de lucidos criados y pajes con librea de los colores de doña Blanca, que eran verde y leonado. Halléme en aquella ocasión que entró en la iglesia, donde llegó á hablar á su dama, que á pesar mío le recibió con notables muestras de alegría; hablando con ella todo el tiempo que duraron dos misas. Acabadas, se salió con doña Blanca, á quien acompañó hasta su casa, cosa con que me dejó hecho el pecho un infierno de celos. Esa misma noche tuve un papel de doña Blanca, en que con violentas razones me daba á entender, ser aquel caballero un deudo suyo y grande amigo de su padre, cosa con que me dejó más sospechoso, porque satisfación anticipada á la queja, trae consigo mala presunción de agravio.

Con el conocimiento de ser amigos, acudía don Enrique todos los días á casa de doña Blanca, visitándola en presencia de su tía, en uno de

los cuales se halló á mi hermana con ella, más por curiosidad de saber lo que había, que por visita que la debiese. Allí vió en las demostraciones de los dos, cuán apretada correspondencia tenían, que el amor es dificultosa pasión de cubrir, aunque el recato más le abstenga de los ojos de los circunstantes. Con esto estaba yo el hombre más impaciente del mundo, y así no dormía, ni sosegaba, gastando las más parte de las noches en pasear su calle.

Eran mis amores y los de doña Blanca tan secretos, que si no era ella y una criada suya y mi hermana, nadie los sabía, con lo cual podía disfrazado pasear la calle sin sospecha alguna. Yo, con la que tenía de que mi dama quería tiernamente al caballero paisano, estaba una noche á la puerta de doña Blanca, embozado cuidadoso de ver si entraba don Enrique en su casa, vi salir un pajecillo della, el cual llegándose á mí me dijo en voz baja si era don Enrique; yo, en el mismo tono, disimulando la mía le respondí que sí, y á este tiempo me puso un papel en las manos diciéndome:

—Mi señora os suplica, que mañana no la vais á ver, que ha de estar con una visita de una amiga suya, pero os ruega que veáis este papel y hagáis lo que os dice en él.

Yo le respondí que haría lo que me mandaba, y al paje le dí un doblón, con que partió de mi presencia tan contento.

Volvíme á casa, donde leí el papel, en el cual le mandaba á don Enrique acudir á la media noche á la puerta falsa del jardín, donde le estaría esperando. Aquí fué mi verdadero sentimiento, mis quejas, y finalmente, mi desesperación; quisiera dar voces como un loco, si no temiera alborotar á mi anciano padre y hermanos.

Con esta pena ya podreis considerar lo poco que dormiría aquella noche, queriendo tanto á doña Blanca, y viendo su falso y doble trato. Llegó la aurora, no tan temprano como yo la deseaba, que á los enfermos y celosos siempre les parece perezosa en madrugar. Levantéme, y luego dí cuenta á mi hermana de lo que pasaba, la cual se maravilló extrañamente de lo que me oía, y más de que aquel día le viniese un recaudo de doña Blanca, en que la avisaba que la vendría á ver aquella tarde, que me diese parte desto. Todos estos favores eran ya tormentos para mi, conociendo bien que era sólo con fin de engañarme, siendo su amor fingido para conmigo, cuanto verdadero para don Enrique.

Vino á mi casa doña Blanca, la cual me halló acompañando á mi hermana, no con el gustoso semblante que otras veces, porque la pena que en mi corazón había hecho asiento, nacida de su poca fe y falso proceder, no daba lugar á que mi simulación la ocultara. Echó luego de ver esta novedad en mí, y preguntóme si estaba indispuesto. En este tiempo se me ofreció una ficción

con que hacer experiencia en doña Blanca, de lo que fingía quererme, y así le dije:

Que el Rey había hecho merced á un tío mío de la escuadra de las galeras de Sicilia, y que por honrarme me quería hacer su teniente, habiéndoselo pedido al Rey, en remuneración de sus grandes servicios, con lo cual era fuerza á mi pesar irle á servir en aquel cargo, obedeciendo á mi padre que gustaba dello. Fingió con esto grande turbación doña Blanca, que de su cauteloso trato pude presumir esto, antes que ser procedido de amor. Supo tan bien hacer el papel de la pesarosa, que sentada en una silla (habiendo dejado el estrado), comenzó á derramar muchas lágrimas. Prueba fuera esta de grande amor, á no me constar antes lo que sabía del papel, que le desmentían estas fingidas finezas. Yo no quise (aunque fingidamente), mostrarme ingrato á tal pensamiento, y así comencé á consolarla diciéndola que si era su gusto que yo no saliese de Pamplona, atropellaría por todo, perdiendo mis aumentos y la gracia de mi padre, que era lo que más podía sentir. A todo esto acudió con más intención que yo quisiera, diciéndome:

—Señor don Martín: no permita el cielo, ya que yo soy sumamente desgraciada en perder tanto bien teniéndoos ausente, que vos perdáis reputación, y aumentos antes gusto (aunque sea tan á mi costa), que váis á ocupar ese cargo, pues con él tendreis más cierta la voluntad de mi pa-

dre para tenerme por vuestra esposa. En cualquier parte que estuviéredes, os suplico, no seais ingrato á mi voluntad, acordándoos del amor que os tengo, que si en vos hallo siempre firme fe, y segura correspondencia, bien sabré resistir violencias de mi padre ocho y diez años, sin admitir otro empleo sino el vuestro.

Estaba yo considerando cuando decía esto, cuánto oculta un engaño y cuánto podía una falsa fe. Otro creyera con estas razones que no había que buscar más firmeza en el mundo; que la de Penélope y Porcia era rasguño en comparación désta; mas yo que estaba cierto de su cautela, en vez de pagarme de sus razones, era cada una un enemigo que me irritaba á vengarme. Agradecíle cómo supe tantos favores, prometiéndola ser el más firme de los hombres; y deseaba que se fuera ya á su casa y ver tender la noche fría su lóbrego manto, para hallarme en el puesto con el galán favorecido.

Despidióse doña Blanca de mi hermana con lágrimas, y de mí ni más ni menos, tornando á reiterar lo que pensaba hacer por mí; con lo cual se fué á su casa, quedándome en la mía, trazando lo que había de hacer aquella noche. Cuando doña Blanca salió de mi posada, fué tal su suerte, que se encontró en la calle con don Enrique, á quien preguntó si le habían dado la noche antes un papel, y como él dijere que no, se alteró mucho por si el paje se lo había dado á otro, de-

terminando averiguarlo en llegando á casa. Finalmente, de palabra, le volvió á avisar, que la viese aquella noche por el jardín, con que se despidió. Esto lo oyó todo un pajecillo mío, que siendo amigo de otro de doña Blanca, se fué con él hasta su casa, y volviendo después á la mía, dió cuenta desto á mi hermana y ella me lo dijo á mí.

Llegó, pues, la noche y la hora deseada de mí, en que se me hizo tardo el tiempo, porque solamente para los deseosos y amantes no es veloz. Púseme un acerado jaco, y con un fuerte y ligero broquel, salí acompañado de un criado, de cuyo ánimo tenía hechas en otras ocasiones bastantes experiencias. Fuíme con él á la puerta del jardín de la casa de doña Blanca, donde esperé encubierto de las obscuras sombras de unos copados árboles. A poco rato después que hube llegado, acudió don Enrique al señalado puesto con otro que le acompañaba. Dió un silbo, á cuya seña le fué abierta la puerta del jardín por una criada de doña Blanca, y al tiempo que tenía un pie dentro del umbral de la puerta para entrar, llegué yo á ese punto, y trabándole de la capa, le dije:

—Señor don Enrique, antes que emprendáis la entrada de esta casa, me conviene hablaros á solas una palabra, que lo deseo mucho.

Conocióme don Enrique y díjome con algún género de enfado:

—A riguroso tiempo llegáis á estorbarme esta entrada hecho centinela desta puerta, creo que os ha de pesar esta curiosidad y más si averiguo si os importa.

—Que me importa es cierto, dije yo, que me ha de pesar el hablaros, está en duda, porque á no lo estar no me determinara á hacerlo.

A este tiempo la criada de doña Blanca, no advirtiendo bien lo que entre los dos pasaba, volvió á decir á don Enrique que á qué aguardaba á entrar. A lo cual le respondió disimulando su enojo, que había por allí gente y que no quería ser notado, que cerrase, que él volvería presto y haría la misma seña. Esto dijo confiado de sí que en cualquier suceso se desembarazaría de mí brevemente. Cerró con esto la criada, y los dos con nuestros acompañantes nos fuimos cosa de dos tiros de piedra, apartados de aquel lugar, donde en un sitio solo y remoto del paso de la gente, le dije á don Enrique estas razones:

—Bien creo, señor don Enrique, que me conocéis.

—Bastantemente, dijo él.

—Supuesto esto, repliqué yo, cuando nuestra plática llegue á rompimiento de desafío, ya os consta que os igualo, para que le aceptéis con más gusto. Yo os he sacado aquí fuera para daros á entender que soy favorecido de mi señora doña Blanca desde que vino á esta ciudad, cuyos favores manifiestan bien papeles de larga y

amorosa correspondencia. Bien sé que lo sois también y más antiguo que yo, y estoy cierto (por lo que tengo averiguado) que todo lo que conmigo se ha hecho ha sido sólo por entretenerme el tiempo que estábades ausente, cosa indigna de la calidad de una señora tan principal. Vengarse en las mujeres es de personas bajas y viles, y así dejo esto para la gente de tal profesión, pero reservo la venganza de haberme engañado esta señora en estorbar que vos no gocéis la ocasión desta noche, que he sabido por yerro de un papel que me dió un paje pensando ser vos. A esto he venido, porque os satisfagáis de veras que no me ha pesado de haberos hallado.

Terrible indignación entró á este tiempo en el pecho de don Enrique, pues turbado con la cólera que le causaron mis resueltas razones, apenas podía pronunciar las suyas, pero al fin me dijo:

—Atrevimiento grande es, señor don Martín, querer que yo por favorecido no me aproveche de la ocasión que la fortuna me tiene guardada, habiéndola merecido bien en seis años que ha que sirvo á mi señora doña Blanca. Si se ha querido divertir con vos por juego, con licencia de dama, no apruebo la burla en sujeto de tanta calidad como el vuestro, yo me holgara tras esto ver estos papeles que decís habéis recibido de su mano, para que me certificaran de lo que dudo. Los caballeros navarros pecais de un poco de jactanciosos y soberbios, y si con uno y otro queréis

probar mi valor (que no lo dudo, pues me venís á provocar), sobre que habéis andado mal en haber seguido mis pasos, os daré á conocer que ha sido vuestro término ajeno de quien sois.

—La duda que ponéis, dije yo, en los papeles que he recibido, habiéndolo yo asegurado, será la ocasión de nuestra pendencia, que quiero daros á entender con mi espada que sé decir en todas ocasiones más verdad que vos, que sois quien mentís.

Decir esto y sacar el acero todo fué á un tiempo. Hizo él lo mismo, y los criados que eran animosos, no quisieron estarnos mirando, y así, todos cuatro, comenzamos á acuchillarnos animosasamente, pero quiso la fortuna que yo alcanzase con una punta á don Enrique en la garganta, por haberse reparado mal con el broquel, con lo cual le quité la vida, al tiempo que mi criado había dado otra al de don Enrique por un costado, dejándole tendido en tierra, aunque con vida, pidiendo á grandes voces confesión, lo cual no hizo su dueño, porque brevemente expiró.

Visto lo que había hecho, en lugar de ponerme en salvo, me fui al jardín de doña Blanca, y haciendo la seña á la puerta dél, fuí abiertó de Laurencia, la criada. Entré dentro con mi criado, y hallé sentada cerca de una fuente á la ingrata dama, á quien (ciego de cólera) dije estas razones:

—Ya, fementida doña Blanca, que estoy des-

engañado de tu falso trato mal debido á mi pura voluntad, no quiero que tú dejes de estarlo, si aguardas aquí á tu querido don Enrique. Rabiosos celos me han hecho ser lince de mi agravio hasta certificarme dél; de la remisión de tu amante en entrar aquí, he tenido yo la culpa con estorbarlo (pues no merecí con mis finezas llegar á este puesto) que no gozase en él los favores que le prevenías. Yo le dejo muerto cerca deste sitio; que si bien se defendió con ánimo y valor, por esta vez quiso la fortuna que yo le aventajare en él. Si su muerte llegas á sentir al paso que le has querido, culpa á tu mudable condición este suceso, pues della ha nacido que tú le pierdas. Fuerza es que su muerte me obligue á dejar mi patria, pero á trueque de haberte hecho este pesar, vengándome de tu falso proceder; lo doy todo por bien perdido, interesando en esto no verte más mis ojos, y deseo que el cielo borre de mi memoria tu nombre, para que, donde quiera que me hallare, nunca me acuerde de cosa que tanto me ofende.

Cuando acabé la última razón, ya doña Blanca estaba sin sentido, desmayada del susto que le dió la nueva, con lo cual la dejé en los brazos de su criada, y saliéndome del jardín me fuí á mi posada con mi criado, donde llamando á la puerta de mi mayor hermano, le dí cuenta del trágico suceso, hasta entonces ignorado dél, el cual sintió extrañamente, viendo que era oca-

sión para ausentarme de la patria. Dióme dineros y joyas; con que luego antes que la aurora desterrase las tinieblas de la noche, me partí de Pamplona; y queriendo dejar encomendado á mi hermano diese á doña Blanca las cartas y demás prendas suyas, con la prisa que me dió para partirme, no tuve lugar de entregárselas, y así me las truje conmigo.

Llegué con mi criado á Barcelona, donde me embarqué hasta Génova, y desde allí fuí por tierra de Milán. En esta ciudad estuve seis meses, encubierto siempre mi nombre y hábito. Avisáronme de España los extremos de sentimiento que doña Blanca había hecho por la muerte de su don Enrique, á quien llamaba esposo, y que se había vuelto á Burgos, donde se retiró á un convento por reglar. Asimismo tuve aviso que un hermano del difunto había un mes que partiera de España en busca mía con intención de matarme. Esta carta llegó tres días antes de haberme dicho que mi enemigo estaba en Génova, con lo cual sólo (por habérseme muerto mi criado en Milán) me partí á Nápoles encubierto en este traje y caminando de noche, hasta que errando el camino tuve suerte de servir á la señora Leonora, sacándola de aquel aprieto en que estaba. Esto es lo que hasta ahora me ha sucedido desde que salí de España, dando por bien empleado mi trabajo (dijo volviéndose á Diana) por haberme visto en

vuestra presencia, cuya hermosura venera mi alma, que os adora por única prenda suya, sin que memorias de España me sirvan más que de ensayo para amaros con más veras.

Agradecieron todos á don Martín el haberles dado cuenta de sus amores y ausencia de España, y Diana mucho más interiormente, la cual desengañada de que el español antes estaba ofendido que enamorado de doña Blanca, le comenzó á mostrar grande voluntad y á favorecer. Quince días se pasaron primero que el tío de las dos damas volviere á la quinta, en los cuales los caballeros fueron muy regalados y favorecidos de Diana y de Leonora, donde las voluntades de los cuatro estaban muy conformes, queriéndose tiernamente.

Finalmente llegó Fineo, yendo en busca de Leonora hasta Saona, donde le halló un propio que las damas despacharon, haciéndole saber como su sobrina había parecido, de lo cual holgó mucho. Viose con Julio su padre, que halló con alguna mejoría, dióle cuenta de Leonora y asimismo como tenía en la quinta de Diana, preso al homicida de sus sobrinos, dando las señas de su persona, por las cuales conocieron ser Anselmo, y viendo que justamente, conforme á las leyes del duelo (tan contrarias al precepto de Dios) se había desagraviado de su ofensa, se le dió á entender á Fineo, para que aplacase el rigor que quería ejecutar en él. Sucedió, pues, que

volviendo á agravársele la enfermedad, llegó á lo último de su vida, y haciendo de nuevo testamento mandó en él, que Leonora su hija se casase con Anselmo, por haber siempre conocido valor y partes en su persona para merecerla.

Murió luego dentro de dos días, y habiéndole hecho Fineo las exequias, se partió. luego á la quinta de Diana. Supieron su venida las damas, las cuales escondieron á sus amantes en parte donde no pudiesen ser hallados. Preguntó Fineo en llegando por el preso, y habiéndole dicho que rompieron la cárcel él y otro compañero suyo, que habían preso el día que se partió, mostró el haberle pesado mucho, diciéndoles á sus sobrinas, que la causa de aquel sentimiento era, porque había sabido, que era Anselmo, según las señas que le dió de su persona á Julio el padre de Leonora, y asimismo les dijo lo que había ordenado en su testamento, encargándole de palabra que los casase luego.

Viendo esto Leonora, le dijo á su tío:

—Señor, si los yerros que se cometen queriendo bien traen consigo la disculpa, yo la tengo mayor en haber anticipado mi empleo al mandato de mi padre, en casarme con Anselmo, á quien debo grandes obligaciones de amor; yo le saqué de la prisión, juntamente con otro caballero, que por yerro habían preso vuestros criados, pensando ser compañero suyo, y no fué sino quien me sacó de aquel cerrado sepulcro donde él me dejó,

por no perderme. En esta quinta están los dos escondidos por temor de vuestro enojo.

Mandó Fineo que viniesen á su presencia, á quien recibió con mucho agrado y cortesía, y luego hizo que Leonora y Anselmo se diesen las manos, lo cual hicieron los dos con mucho gusto.

Dieron cuenta á Fineo de quién era don Martín, y así mismo la voluntad y amor que tenía á la hermosa Diana, y viendo su tío en los ojos de la dama inclinación á quererle, dispuso que también se desposasen. Supo el Gobernador de Milán estas bodas, y como fuese grande amigo de don Francés, padre de don Martín, envió luego á visitarle, ofreciéndose ser su padrino en las bodas, las cuales se hicieron con muchas fiestas y saraos, estando los cuatro amantes muy contentos de su buen empleo, los cuales dentro de poco tiempo tuvieron hijos que los heredaron.

Gustoso dejó don Lorenzo al auditorio con su novela, tanto que deseara que no se acabara tan presto. El les agradeció el aplauso que la hacían, y dieron lugar con esto á que se pusiesen las mesas para cenar. Dióles don Sancho una espléndida cena, bien servida y sazonada, no faltando en todo el espacio que duró, muchos tonos que cantaron aquellos músicos á tres y cuatro voces. Acabaron de cenar y vueltos al estrado, don Sancho dijo que mientras se vestían sus criados para una máscara que les tenía preveni-

da, les suplicaba dijesen todos los versos que supiesen de memoria, y si fuesen jocosos serían más á propósito del tiempo, como se les guardase con modestia el decoro que se les debía á las damas. Quiso dar principio don Claudio con un romance, que dijo haber hecho á un médico, que juntamente con serlo, era encuadernador de amorosos empleos. Previniéronse todos para oirle, y dijo en alta voz:

DON CLAUDIO

Á partir van la ganancia
la muerte con el infierno,
cuando sus agencias libran
en un secuaz de Galeno.
Ya tercero, ya asesino,
delinque en dos mandamientos,
ricobeco es para el quinto,
y conduto para el sexto.
Del palenque de Cupido,
del campo del cementerio,
ya es clarín que alienta vivos,
ya es clamor que entierra muertos.
Montante juego de ganso,
que descoyunta el que á un tiempo
goza bien cobrados gajes
por algebrista de Venus.
De dos materias que sabe
siempre enseña los preceptos,
de generatione á sanos
y *de corruptione* á enfermos.

Con drogas y tercerías
medra y surten sus efectos,
ya en concordar las almas,
ya en descomponer los cuerpos.
Si antuviones de su pluma
han poblado los carneros,
enviones de sus trazas
han reparado el exceso.
Halló la moza viuda
por su rigor y su acuerdo,
si con las tocas disgusto,
con el galán el consuelo.
Receta siempre en el Mayo
para la fama el acero,
el oro para su bolsa,
para la doncella el yerro.
Preceptos de medicina
olvida el método nuevo,
pues sangra en las conjunciones
de la vena del dinero.
Para el libro del amor
congrega varios cuadernos,
aunque un pliego esté en las Indias
y en España el otro pliego.
Conjunción copulativa
le llama á la voz del pueblo,
que en gramática de amor
congrega varios sujetos.
Acudan todo estados,
que hace este doctor moderno
divorcios sin ser vicario,
sin ser cura, casamiento.

Todos celebraron el romance, dando lugar á que don Lope, hijo de don Rodrigo, célebre ingenio, dijese este soneto á la violencia del rayo.

SONETO

Aquel de quien es mono el arcabuz,
en lo veloz, activo y criminal,
impulso que con ruido de atabal,
de cualquiera metal es avestruz.
Tú, culebrosa, tú, atrevida luz,
causando ruinas su rigor fatal
privilegia la suela á Fregenal
cuando al dueño le rompe su testuz.
Estos mismos efectos, ¡oh, Beatriz!,
causas con uno y otro pretensor,
no ufana de tu estafa siempre estés.
El pobre se te escapa y es feliz,
que al rico le fulmina tu rigor;
tiemble todo el edificio ginovés.

En tercero lugar quiso don Lorenzo, sin excusarse, con el cansancio de haber novelado, decir este romance, que escuchó á una vieja que se bañaba en Manzanares:

ROMANÇE

Aquel átomo de río
encogido y pasicorto,
almacén de tantas ranas
entre el cielo pecinoso.
Aquel pobre vergonzante
con menos caudal que toldo,

que anda á embozar su miseria
con papagayos de polvo.
Manzanares en romance,
zurce-charcos en moscovio,
tripulino en lengua armenia
y en la culta Paludoso.
Estaba cual digan dueñas
hecho terreno de apodos,
hecho motivos de risa
una tarde por Agosto.
Calvo le ví de raudales,
á cuya falta los olmos,
aunque no eran paniaguados,
hacen oficio de monos.
Y en fe de que gran ribera
cubre dilatado golfo,
toda Madrid le visita
ofendida del bochorno.
Pero llegando á su margen
en piélagos poco hondos
y en cristales jaspeados
con los remiendos de lodo,
que el buen río de poquito
(renegado ya de arroyo)
se cortó para pigmeos
por ser poco peligroso.
Este, pues (charco ambulante),
olla de tantos mondongos,
pelador de pies de puerco,
si no de panzas de tomo,
reservó entre dos alisos
tres álamos, y dos pobos
para retirados baños

cierto cristal aunque poco,
á quien fiaban las damas
lo bueno y defectuoso,
en fe de ser más callado
que un cochero y un soborno.
Cuando Febo al Océano
ilumina á los biombos,
y chapuzando con Tetis
anda, si no en los retozos,
bajó en un coche antigualla
(espantajo en lo andrajoso,
en lo gruñidor caduco
y archibribón en lo roto).
Un testigo de mil siglos,
un largo metamorfóseos,
una eternidad de edades
y un original de choznos.
Esta, pasado el diluvio,
en aquel armenio escollo,
dicen que salió del arca
donde casó con un mono.
Siendo en juvenil edad
la cartilla en quien los mozos
aprendieron rudimentos
para empleos más lustrosos.
Y en esta que sus cenizas
apagaron su rescoldo,
anda á juntar consonantes
sin saber quién es Apolo.
Que el caballo más lozano
y el más alentado potro,
en la noria á la vejez
causa repetidos tornos.

Usurpar quiso esta esfinge
(depuestos ya sus adornos)
en bolsillos de pellejos
el cristal claro y sonoro.
Como la plata del Tajo
sube ingenio artificioso,
así la del Manzanares
andaba de bolso en bolso.
Sustituto del cabello
era un mal rizado copo
de guedejas, al quitar,
que puso encima de un tronco.
Quitó dos sartas de muelas
que desde los siglos de oro
tumolledos ocupadas
nunca partieron regojos.
Hundieran piernas y brazos
(ya de la carne remotos)
servir en paloteados
de alguna danza de momos.
La ventricular fachada
con lo demás que no toco,
era un pergamino al fuego
arrugado y asqueroso.
Pudiera el vivo esqueleto
por lo horrendo y por lo monstruo,
entre demonios magnates
pretender muy bien el proto.
y á copiar su original
con sus pinceles el Bosco,
con más primor afectara
las tentaciones de Antonio.
Parecíame al bañarse

crujiendo sus huesos todos
darse una campal batalla
un comenterio con otro.
Dejéla haciendo más cruces
en el palmo de mi rostro
que en el monte de Granada
puso aquel pastor devoto.

No se solemnizó todo lo que el romance merecía, porque don Sancho pidió á todos silencio para referir este soneto, que había escrito en alabanza del conde de Linares, á aquella memorable hazaña que hizo de salir en Africa á matar á un león á quien quitó la vida á lanzadas.

SONETO

Si el reino hesperio te presenta ufano
Lauro á tu frente, plumas á tu historia,
conserve el tiempo eterna tu memoria,
fuerte Noroña, Alcides lusitano.
Desmiente tu valor del gran Tebano
con su verdad su fabulosa gloria,
que á ser cierto su triunfo, su victoria,
los excede tu esfuerzo soberano.
La fama heroica su clarín aliente
que en su templo te da lugar honroso
sin que aspire á más gloria tu deseo.
Dore con más razón Febo luciente
la piel de león en cielo hermoso
por más hazaña, por mayor trofeo.

Alabáronle el soneto á don Sancho, y él man-

dó á don Melchor, su hijo segundo, que refiriese un romance hecho á un terremoto, y él obedeciendo, dijo:

ROMANCE

Cóncava mansión enfrena
fuertes impulsos veloces,
del que en dilatado espacio
vago imperio anima al orbe.
Cortos esperezos halla
rígido elemento, donde
efectos de su impaciencia
manifiesten sus rigores.
Opreso mugiente brama
en profundos panteones,
de donde trémulo emprende
ruinas que esplendor malogren.
Dudoso ser les prometen
á las cosas los temblores
siendo estable la mudanza
cuanto la firmeza moble.
Prefiriéndose á los valles
presume eminente monte,
erizada la cerviz,
más ya iguala presunciones.
Las estrellas registraba
altiva y soberbia torre,
que si dió un bote en el cielo
ya en la tierra da otro bote.
En fuerzas de sus cimientos
libró el edificio noble
su duración, y hoy le vemos,

motivo de admiraciones.
Fábricas incontrastables
á los vómitos del bronce,
al impulso del ariete
y á la industria de Mavorte.
Despojos de violencia
son ya, si fueron entonces,
prodigios por quien la fama
dió en metal sonoras voces,
Si el monte, si el edificio,
el jaspe, el mármol esconde,
entre el polvo solo un viento,
¿qué fía en su vida el hombre?

Pidió licencia don Félix, hijo de don Rodrigo, para decir al mismo propósito otro romance jocoso, y sabiendo cuan buen ingenio tenía, se la dió el auditorio y dijo en alta voz:

ROMANCE

Azogado está el París:
¿qué le ha dado; que le toma,
que como en indiana hamaca
se está meciendo con sorna?
Con tamboriles el viento
en las profundas mazmorras,
para inquietar edificios
está ensayando pandorgas.
A cuyo son, las murallas
ligeras giradas forman
las torres, hacen fioretas
y los montes cabriolas.
Sin duda, bailan el Rastro

ó la cursada Capona,
que en repetidos meneos
se derriengan y dezgoznan.
Imitándoles la gente
al campo se sale en tropas:
¿qué tarántula les pica?
¿qué rama les alborota?
Ó las fiestas bacanales
á solemnizar se tornan,
ó resultan sus efectos
el placer alguna boda.
Todo varón es panarra;
ya da traspiés, ya se agarra,
y en cualquier mujer no hay duda
si se asoma ó no se asoma.
Ó han sido los brindis muchos,
ó son sus bayucas moras,
donde no exceden bautismos
como en la Corte española.
Con mucho menos trabajo
alcanzaron la victoria,
que Sansón, pues á pie quedo
cada cual cogió su zorra.
Pero no es la culpa suya;
quiero volverles la honra,
que del mismo suelo nace
la novedad prodigiosa.
Aquella torre que al cielo
taladraba las alcobas,
desvanecida su altura
ya no es torre sino torta.
Monte, que barriendo estrellas
sus encinas hizo escobas,

guisa en menuda chanfaina
piedras, troncos, tierra y hojas.
Edificios que á las nubes
les hicieron la mamona
juntos sus pies y cabezas
sirven ya de pepitoria.
Como casa en ratonera
yacen las cerradas monjas,
que al compás que el monasterio
se derriengan y trastornan.
Si estas novedades causa
el viento (que se apitona
de que por entremetido
en calabozos le pongan).
El mismo efecto en Belisa
hace el que tiene en su cholla,
que encerrado en sus desvanes
causa minas en mi bolsa.
La vanidad de las galas
una parte desmorona,
y los coches y meriendas
son los desperjuicios de otra.
En su condición imita
á la puente de Segovia,
que donde el agua no falta
por lo bajo se negocia.

Gustoso rato tuvieron con los dos romances al terremoto; el grave admirándoles, y el jocoso haciéndoles reir. Volvióle la vez á don Claudio, el cual cumplió con este soneto, en que pintó el corral de la villa de Madrid, el día de la prueba de los autos para el Corpus.

SONETO

Damas holgonas, caras en borrón,
porque llevan borrado el solimán,
galanes mil que con ojeras van,
efectos de el no usado madrugón.
Ranchos que congregó conversación,
melindre en dama, celos en galán,
dormidos que roncando ruído dan;
fría y miel, sazonada tragazón.
Palos contra un temático motín,
importuno vulgacho en que se den
puerta guardada y mal guardada al fin.
Farsantes que recitan mal y bien,
autos de alma, demonio y serafín,
¡oh, gran Madrid, en tu corral se ven!

Mucho gusto les dió la descripción. Y para dar fin á los versos por aquella noche, cantaron los músicos un romance que don Lorenzo había hecho á un casado que comía y triunfaba sin tener renta alguna en la Corte.

Ahora que estoy despacio,
señora doña Fortuna,
mil preguntas quiero hacerle,
que no yerra el que pregunta,
Porque siendo yo en la Corte
congregante de la chusma,
y entre plebeyas barajas
la más pedante figura,
en tan inferior esfera,

me da la mano que suba
por pendanga de un consorcio
al cielo de una hermosura;
no se pescan truchas á bragas enjutas.
Si á mi talle y mi vestido
(motivo de risa y burla)
nunca enmendó el artificio
ni los remendones nunca.
¿Cómo entre Narcisos tantos,
vírgenes de su lindura,
mártires de sus guedejas,
confesores de su industria;
me escogieron para novio?
Sospechosa es la ventura,
cautelosa la elección,
ó yo soy blando de nuca,
que no se pescan truchas, *etc.*
Si al marido le compete
que á la bucólica acuda
proveyendo su cuidado
el camarín de la gula,
como sin mover los pies
ni hacer oficio de Judas,
sin ser Daniel en lago
ni Pablo en cerrada gruta;
sin costa ni diligencia
halló á mi mesa epicúrea,
cuanto el mar, la tierra y viento
sustentan, congregan, juntan.
No se pescan truchas, *etc.*
Si con títulos y grandes
no tengo amistad ninguna,
¿como corteses me hablan

y lisonjeros me adulan?
En cuanto á mi vestuario
de gala y de costa mucha,
sin saber por dónde ó cómo
tantos vestidos me ofuscan,
mas por grandes ó pequeños
pocos son los que me ajustan,
que en los suyos mi mujer
halla medida segura.
Ni merienda se me escapa,
ni soláz se me perturba,
ni carroza se me niega,
ni á petición hallo excusa.
Por sufrido y por paciente
pienso, y no lo pongo en duda,
que la fortuna me ha dado
tan colmada la ventura;
hasta que me llego á ver
en el cuerno de la luna,
donde me llama pariente
el animal de San Lucas.
No se pescan truchas á bragas enjutas.

Aplaudió el alegre auditorio el satírico romance que se había cantado, y dando licencia para que la máscara entrase. Salieron doce diestros bailarines con otras tantas mujeres, vestidos de cuatro en cuatro de españoles, indios y franceses, con hachetas blancas. Hicieron con ellas algunos enredosos lazos, y dejándolas, remataron con castañetas en un gracioso baile la fiesta, dejando muy satisfecho á aquellos galanes y damas

de lo bien que les había don Sancho alegrado. Despidiéronse dél y de su esposa y hijos, quedando concertado que don Félix, hijo de don Rodrigo, les entretuviese la última noche con una novela, con que se fueron á sus casas.

Fiesta tercera

Ya en el antártico polo esperaban con la venida de la clara aurora la del luciente planeta, que daba aliento en el humilde Océano á sus ligeros caballos para salir á comunicarse á los indios, cuando en nuestra Mantua, venciendo las obscuras tinieblas con la luz de cuatro hachas se juntaron las casas de don Enrique y don Sancho en la de don Rodrigo, donde había de ser la fiesta.

Fueron alegremente recibidos, y en una pieza no menos bien aderezada que las de las fiestas pasadas se entraron, ocupando las damas el estrado y los galanes las sillas. Dieron seis músicas principio á la fiesta cantando esta canción al son de dos arpas, dos tiorbas y dos guitarras.

CANCIÓN

Junto á una clara fuente
que al Tajo da tributo en sus cristales,
mirando su corriente
olvidado un pastor llora sus males;
á quien la larga ausencia

lastima el alma, acaba la paciencia.
Con su nuevo cuidado
deja el comunicar con los pastores,
deja solo el ganado
y el prado verde á quien esmaltan flores
que cansa al que un bien pierde
conversación, ganado y campo verde.
La soledad segura
asiste en que á las plantas y á las aves
manifestar procura
su cierta dicha, sus tormentos graves
que escoge por partido
llorar en soledad su bien perdido.
En aqueste desvelo
la memoria enemiga le atormenta,
y con tal desconsuelo
la pena que padece se le aumenta,
dando en sus horizontes
quejas al aire y ecos á los montes.

Ocupó su asiento don Félix, y guardándole todos quieto silencio dijo:

—Quisiera, discreto auditorio, que esta fiesta que es la última, tuviera con la novela que os tengo de decir, sazonado remate. Cuidadosamente la he pensado celoso de acertar á serviros; esto me valga para perdonar mis yerros, con que comienzo; y sacando un cuaderno comenzó á leer desta suerte.

EL AYO DE SU HIJO

Novela tercera.

A los fines de la calle de Atocha (en esta insigne villa de Madrid), llegaba Aparicio de Santillana, vecino del lugar de Vallecas (si bien en tiempo antes lo fué de la Corte, entretenido con los dos reales y medio de ración y quitación, asentados gajes de un escudero), cuando emparejando con el chafariz de la fuente vecina al Hospital General, el jumento en que volvía á su aldea, se paró sin ser posible con el castigo del palo que llevaba hacerle pasar adelante.

Dejóle llegar al agua, y estando satisfaciendo la sed á su gusto, oyó su dueño unas dolorosas voces que se daban detrás de unas tapias, cerca de un corral de la última casa de aquella anchurosa calle. Sería la una de la noche, al tiempo que la hermosa Lucina comunicaba sus plateados rayos á la tierra, cuando todos estaban en quieto silencio dando tributo al blando sueño.

Había sido el buen Santillana en su juventud hombre de buenas manos, y arriscado en cualquiera pendencia, y en la edad que al presente tenía (que serían más de cincuenta y ocho años), aún conservaba todavía algunos bríos de aquel gallardo ánimo, con los cuales (habiendo cumplido su cabalgadura con su necesidad) guió á la parte donde había sentido el rumor. Llegó á las tapias, y arrimada á ellas vió al dueño de aquellas tristes voces, que era una mujer, la cual decía al tiempo que llegaba, estas razones:

—¡Soberana Virgen de Atocha, milagrosa vecina destos gloriosos barrios cercanos á vuestro sagrado templo: protectora de todos sois; favorecedme en esta aflicción, no permitáis que perezca mi vida en ella.

Apeóse de su jumento el piadoso Santillana, y á la clara luz de la luna vió una bizarra y hermosa dama, adornada de un lucido faldellín de tabí encarnado, guarnecido todo con costosa guarnición de plata, y asimismo con una ropa de la misma tela, cuajada de muchos alamares de plata.

Llegóse á ella y díjola:

—Afligida señora, decidme quéos ha sucedido; que vuestras dolorosas voces me han hecho dejar el camino que llevaba á mi aldea, por ver si con mi persona os puedo servir en algo. Hombre soy, aunque me veis en este traje, de experiencia, y que sé guardar cualquier secreto, y así podéis

manifestarme la pena que os aflige para que si se puede dar remedio á ella, se le apliquemos, que yo os ofrezco por mi parte ponerme á todo lo que viniese por serviros.

Sosegóse la penosa dama de la inquietud que tenía, para darle las gracias que merecía su piadoso ofrecimiento y sana voluntad, y así le dijo:

—El cielo os pague, señor hidalgo, el buen celo con que, sin conocerme, me ofrecéis vuestra ayuda en esta apretada ocasión. Y porque espero de vos ser remediada en ella, os digo en breves razones, que soy una mujer principal tenida en reputación de doncella por todos los que me conocen. Temiendo el rigor de mis padres me he salido de su casa á esta hora (sin ser sentida dellos) con los dolores del parto, en ocasión que está ausente la causa de mi preñado. A una criada que me acompañó hasta aquí he enviado en busca de una comadre, que como es tan tarde y ella ha tan poco que está en Madrid, dudo que acierte con alguna que me pueda socorrer en este trabajo.

Apenas acabó de decir esto, cuando se abrazó con Santillana, y dando un doloroso grito, permitió Dios que sin ayuda de la comadre que esperaba, pariese la criatura.

Dió lugar, apartándose, para que la tomase Santillana, el cual lo hizo, y á los rayos de la luna pudo ver un hermoso niño, que pagaba réditos de humano con las primicias de su llanto. Envolviole en su capa, en tanto que su afligida

madre estaba descansando del pasado aprieto, la cual, le dijo:

—Pues el cielo ha permitido, piadoso hidalgo, que yo salga deste trabajo, y vos hayáis venido á este tiempo, os ruego afectuosamente, que amparen vuestras canas esa inocente criatura, dándola en parte donde se críe, que yo me ofrezco á que se os satisfaga generosamente el cuidado que en ello pusiéredes; y para principio de paga, tomad estas cuatro vueltas de cadena, que yo quisiera tener al presente más que daros en agradecimiento de vuestro buen socorro. A mí me importa volverme á casa, porque en ella no me echen menos; venid conmigo y sabréisla no para entrar en ella, sino para mostrar desde sus umbrales á otra donde habéis de acudir á saber de mí, y que yo sepa de ese niño y de vos.

Aunque la encomienda era algo embarazosa, la codicia de Santillana atropelló con todas las dificultades que se le ofrecieron al tomar la criatura, y así se encargó de darla á criar con mucho cuidado, cierto de la promesa que la dama le hacía, y agradecido á la dádiva que de presente recibió, acompañó á la dama hasta su casa, y en el camino se toparon con la criada, que venía muy afligida por no haber hallado la comadre que había ido á buscar. Dióle cuenta la dama del buen suceso que había tenido su parto, de que se holgó mucho. Y con esto llegaron á su puerta con mucho silencio.

Desde allí enseñó la dama al viejo un cercano mesón, cuyo dueño había sido criado de sus padres, adonde le dijo que acudiese, que él le daría el orden que había de tener. Con esto se despidió della Santillana, dejándola afligida y llorosa. Abrigó lo mejor que pudo al recién nacido entre los dobleces de su capa, y en breve tiempo se puso en Vallecas, contento de llevarle á su casa, porque su mujer había pocos días que pariera otro y deseaba una comodidad para criar que le fuese de interés y provecho.

Recibió á Santillana su esposa muy alegre, porque estaba con pena de su tardanza, á la cual mostró el niño que traía, dándole cuenta de lo que viniéndose á la aldea le había sucedido, hasta mostrarle la cadena que le había dado la dama, con la cual se alegró mucho Teresa (que así se llamaba la esposa de Santillana). Envolvió luego al niño en las mantillas que tenía del suyo, y trató de alimentar á los dos, fiada en su juventud y buena salud, porque vió ser gusto de su marido que era miserable en superior grado por llevarse la ganancia del ajeno y no pagar la crianza del propio.

Al cuarto día del parto de aquella dama, Santillana fué á Madrid, acudiendo al mesón donde ella le había mandado, y dando cuenta al mesonero de quién era y á qué venía. Él, que ya estaba avisado de la dama, le dijo como estaba muy mala desde aquella noche del parto, que no

era posible hablarla, pero que acudiese á un sacerdote confesor suyo, cuyo nombre era el maestro Bonifacio, que vivía seis casas más arriba de la suya. Fué allá Santillana y halló en su posada al maestro, que le recibió con mucho agrado, sabiendo quién era y á lo que venía. Convidóle á comer, á lo que no se hizo de rogar Santillana. Regalóle mucho y después de haber alzado los manteles, quedando los dos solos, el maestro le habló desta suerte:

— No puedo encareceros con palabras, señor Santillana, cuán agradecida os está mi señora doña Estefanía (que este era el nombre de la dama) del socorro que aquella noche de su parto la hicisteis, en ocasión que tan apretada y sin compañía la cogieron los dolores dél. De su parte soy mandado que os agradezca mucho esto, y que juntamente os dé lo necesario para la crianza de esa criatura que tenéis en vuestro poder, que no se holgará poco de saber que es varón. Aquí tengo mantillas y ropa blanca prevenida, y asimismo dineros que daros.

Si Dios á ella la da salud (como lo espero de su divina clemencia) y su padre vuelve bien de su tierra (que es un conde italiano que ha dado á esta señora palabra de casamiento), se harán las bodas luego, y vos os veréis de buena dicha, por lo que habéis hecho. Tomad esto que me han dado, y volveos á vuestra casa; y por amor de Dios os encargo que tengáis mucha cuenta con

ese niño que os importa á vos, y acudid á mí por lo que hubiéredes menester, que todo se os dará cumplidamente.

Dióle un envoltorio en que iban las mantillas y ropa blanca necesaria, y en un bolsillo cincuenta escudos en oro, con que nuestro Santillana volvió á su aldea el hombre más contento del mundo, dando gracias al cielo por la buena suerte que había tenido desde aquella noche.

Para proseguir mejor con el discurso, es bien que digamos la calidad y condición de Santillana, que no serán de menos entretenimiento estas circunstancias, que lo principal del caso. Era el buen viejo de edad de sesenta años, enjuto de carnes, de mediana estatura, limpio de persona, venerable de barba, reposado en el andar, y, finalmente, hijodalgo como el Cid, nacido en la montaña, de un antiguo solar della. Vínose á la Corte pequeño y acomodóse á servir de paje á una señora viuda muy miserable, cuya lacerada condición y perpetuo ayuno (que experimentó en su casa) se le convirtió en naturaleza, que se le imprimió como carácter en el alma. Llegó á edad de ceñir espada, y enamoróse de una criada desta señora, hasta casarse con ella. Su ama por no les dar de presente lo que les debía para poner casa, los tuvo en la suya, y con los dos reales y medio de quitación bien servidos y mal pagados, pasaban (aunque no muy descansadamente) su vida.

Sirvió Santillana en el ejercicio escuderil treinta y seis años, ayunando más que un anacoreta y murmurando de su dueño más que un envidioso. Este fué el primer hombre que dió documentos á los miserables, de atar el tocino á la olla, para que durase toda la semana, dejándole dar un hervor, para dar sazón y sacándole luego della. Durábale un vestido diez y doce años, conservándole siempre con notable cuidado. Jamás se halló en aprieto de concurso de gente, donde hubiese de salir con algún rasgón ó mancha, y si alguna por negligencia de su cuidado tenía, por saber que la saliva en ayunas era á propósito para quitarla, no comía él ni su mujer en todo el día, hasta la noche, por usar deste remedio, hasta que salía. Echó de ver con la experiencia, que de dar la mano derecha á su señora cuando la acompañaba, se le gastaba mucho más de aquel lado el ferrezuelo que del otro, y así concertaba con ella por escritura, que el medio año la había de dar la una mano, y el otro medio la otra. En el andar, por gastar igualmente los zapatos, tenía un extraño modo, sin que de una parte se gastasen más que de la otra.

De noche, con la obscuridad, excusaba el traerlos puestos, yéndose descalzo á los recados, y en llegando á la casa donde le enviaban, se los ponía.

Pasó un sobrino de su mujer dos noches en su casa, y era tan galán, que calzaba unas botas de

camino tan justas, que por no se las descalzar dormía con ellas.

Súpolo esto Santillana, y pareciéndole que le había echado á perder las sábanas de la cama en que había dormido, no durmió en ellas en dos años, ni en otras, pareciéndole, que con esto satisfacía el daño que había recibido. Siempre bebió agua, dando por excusa de no beber vino, que en la Corte hacían mil mezclas en él, que dañaban la salud. El agua llovediza, decía que era muy buena contra el mal de orina, y mientras la había de las canales no la compraba de las fuentes. Vivía frontero de su aposento un pasamanero, y como era fuerza asistir al oficio velando con luz, le rogaba que no cerrase la puerta de noche, para que le aprovechase á él y ahorrarse de luz. A éste se le manchó una ropilla de paño, y por saber que Santillana andaba siempre en ayunas, y que usaba del remedio de la saliva para estos daños, le pidió, que con la suya le sacase la mancha. Hízolo así, de suerte que por tiempo de ocho días salió. Pidióle al cabo dellos la paga de su trabajo, pensando el otro que por amistad hacía lo que le costaba tan poco, y no fué posible dejarle hasta que le pagó á cuarto por día. Trujéronlo á un canónigo sobrino de su ama, un presente de quesos de Alentejo de Portugal, al tiempo que se halló presente este miserable escudero, y de dos que había sobre un bufete, le mandó que tomase el que quisiera para

sí. Eran tan iguales á la vista, que Santillana estaba dudoso cuál elegiría dellos, tomándolos á peso muchas veces; y preguntándole el canónigo que por qué dudaba en tomarle, él respondió: Que no sabía á cuál inclinarse, y que así los dejaba por el pesar que había de recibir si escogía el menor. Dióselos entrambos, y presumiendo Santillana que esta merced se le hacía con algún fin particular los guardó algún tiempo. Supo el canónigo la miseria deste escudero, y que con ella había ahorrado algún dinerillo, y un día por probarle le pidió prestados 200 reales, mas nuestro escudero, considerando que por el soborno de los quesos le estaba en obligación de prestárselos, se los volvió, diciéndole: Que no los había osado comer teniendo este lance. Y no fué posible acabar con él que los volviese á tomar.

Estas y otras muchas miserias (que no se cuentan por hacer escrúpulo de dar documentos á los miserables) tenía el buen Santillana, el cual, después de haber enviudado del primer matrimonio, intentó el segundo con una labradora de Vallecas, panadera de la casa de su ama, á quien se aficionó. Era viuda también, y hablándola un día, tuvo tan buena dicha, que no hubo menester cansar á terceros, ni gastar tiempo en tratar este comercio, que en breve tiempo se hizo la boda, con la cual dejó el oficio escuderil y siguió el de labrador en aquella aldea. Esto es en

cuanto á lo que toca á Santillana de su vida y condición, ahora diremos lo que falta de nuestro discurso.

Pintaron los antiguos á la codicia desnuda por la facilidad con que sus defectos se descubren; ciega, porque no ve ningún respeto y obligación que la excuse de su insaciable deseo; con alas, por la velocidad con que sigue á aquel objeto que en forma de provecho se le presenta.

Es la codicia un apetito insaciable, fuera de medida, que la razón da á entender, que no tiene ni modo ni fin. Es pasión ajena de discurso y remota del entendimiento. Es una bajeza que envilece los ánimos. Es una infamia del mundo, pues nadie se apodera deste vicio, que con él no ejecute mil infamias. Empléase en las más humildes y viles cosas de la tierra, como dellas sepa que se ha de sacar algún interés. Por ella se surcan los mares, se conquistan las remotas provincias, se buscan los ajenos climas, se mina la tierra, se penetra el mar, buscando en aquella el hijo del sol, y en éste la hija del rocío de la aurora, de quienes es custodia el nácar.

¡Qué de daños se han seguido por este monstruoso apetito de la codicia! ¡Qué de reinos conquistados! ¡Qué de muertos hecho! ¡Qué de tiranías, estupros é injusticias ejecutado! Aristóteles la llama deseo preternatural. Y así se cuenta de un codicioso llamado Hermones, que soñando, que gastaba una noche cantidad de dinero, fué

tanta su pasión, que pensando ser verdad se ahogó en ella. Muchos ejemplos pudiera traer de los daños que la codicia ha hecho, pero por no alargar el discurso, sólo diré, que se cuenta de aquel romano emperador Calígula, que por ser tan en extremo codicioso, obligaba á muchos que le instituyesen en sus testamentos por su heredero, y después de testar, temiendo que viviesen les hacía quitar la vida con ponzoñas.

Instituyó este tal en su casa, pública mancebía de todos vicios, de que se llevaba grande tributo.

Esta pasión (arraigada en tantos pechos), hecha dueño del Santillana, le obligó á usar un rigor con el recién nacido niño que había llevado á criar. Como del maestro Bonifacio hubiese sabido cuyo hijo era, y que se esperaba presto su padre, que viniese de Italia, para casarse en Madrid con aquella dama, quiso que esta ventura gozase el legítimo hijo suyo, que era casi de los días de aquel pequeño infante; y comunicando este pensamiento con su mujer, á quien encargó el secreto, vino en la traza que daba su marido, pues por ella esperaban ver á su hijo en mayor altura, y así poniéndole las mantillas del hijo del conde al niño, supuesto el verdadero quedó por Santillana.

A los quince días que había nacido acudió el maestro Bonifacio á la aldea, donde fué bautizado con mucha fiesta de los labradores della

amigos de Santillana, poniéndole por nombre Fadrique, como su abuelo de parte de la madre, que era un caballero muy principal, y el trueque tuvo lugar después del bautismo como estaba entre marido y mujer concertado.

Agravóse la enfermedad de doña Estefanía de suerte que la llegó á lo último de su vida, y dos horas antes de dar el cuerpo al último sueño, llamando á su anciana madre, la declaró los amores que con el conde Horacio había tenido, la palabra que de esposo la había dado y últimamente el hijo que de los dos había nacido y dónde se criaba. Con esto murió, dejando á la madre, su muerte con extraño sentimiento y más de conocer la áspera condición de su esposo, á quien no se atrevió á dar cuenta desto. Hizo todo cuanto pudo por socorrer á Santillana, para que acudiese á la crianza de su nieto, de suerte que nunca le faltaron regalos, ni dineros, y lo demás necesario en abundancia.

Cuatro años había que el conde Horacio estaba ausente, y éstos casi tenía el niño, criándole como á hijo suyo Santillana, y el legítimo en nombre del conde. Había el maestro Bonifacio escrito á Nápoles al Conde dos veces en este tiempo, dándole aviso de lo que pasaba, y de ninguna carta había tenido respuesta, cosa que le ponía en confusión si era muerto. Ofrecióse partir á Italia un caballero muy conocido suyo, con el cual determinó escribirle tercera vez,

dándole larga cuenta de la muerte de doña Estefanía y de cómo se criaba su hijo, para que ordenase lo que de él se había de hacer. Esta carta llegó á manos del Conde, el cual por haber estado muy al cabo de una larga enfermedad, no habían dádole las cartas. Esta le halló ya convalecido della, con la cual sintió notable pena, porque amaba tiernamente á doña Estefanía, y sólo aguardaba á estar con salud para partir á España, á celebrar sus bodas. Consolóse con ver que tenía hijo que le heredase, y así determinó volver á España, y estar en ella todo lo restante de su vida en compañía de su hijo, sin tratar de tomar estado, porque él era ya de más de cincuenta años. Dispuso brevemente su partida, y sin sucederle detención ninguna en el viaje llegó á Madrid, y al punto subió á la posada del maestro Bonifacio, para que por orden suya le trujesen luego á su hijo, mandando que viniese asimismo con él la persona que le criaba.

Dióse aviso desto á Santillana, y él tomando su legítimo hijo partió á la Corte, y por haberse de ver en la presencia del Conde, dejó el grosero traje de labrador, vistiéndose de negro, reliquias que le quedaron del tiempo que fué escudero. Quiso, asimismo, dar satisfacción al Conde de cuán bien nacido era, y así se llevó la ejecutoria de su nobleza en su caja de hoja de lata pendiendo della el real sello de plomo en filos de seda.

Lo que el Conde se alegró con su hijo no admite ponderación, y como estaba en edad para decir donaires, y él era gracioso y despejado, vino á ser un hechizo para el que pensaba ser su padre. Agradose el Conde de la anciana presencia y venerables canas de Santillana, y constándole su nobleza por la ejecutoria que le mostró, y el amor y puntualidad que en su crianza había tenido, le mandó que fuese su ayo, trayendo su casa á Madrid. Para lo cual le señaló un honrado cuarto en la suya con muy buenos gajes. Besóle la mano Santillana, por la merced que le hacía, estando loco de contento cuán bien se iba disponiendo su traza. Fué por su mujer á Vallecas; mas como esa zafia labradora, cuidaba siempre en aquella aldea, sin salir della no fué posible persuadirla á que viniese á Madrid, con lo cual la hubo de dejar allí acompañada del verdadero hijo del Conde, á quien llamaban el nombre del otro, que era Laurencio. Con esto se vino Santillana á la Corte, á ejercer el oficio de ayo de su legítimo hijo.

Llegó Fadrique á tener quince años, edad en que mostró más el civil natural heredado de su verdadero padre, esforzándole más las enseñanzas suyas. Era el joven si bien de buena disposición, y hermoso rostro, encogido de ánimo, avariento sumamente y amigo de guardar lo que su padre le daba para holgarse y entretenerse en juegos lícitos.

Ninguno de sus criados hallaba socorro en él por apretada necesidad que le significase tener, sólo Santillana era el mejor medrado; que con el amor que como á natural padre le tenía, jamás le dejaba de socorrer en cuanto se le ofrecía.

Pesábale al Conde grandemente ver la condición de su hijo, en toda opuesta á la suya; que era generoso y amigo de socorrer y agasajar á cuantos se querían valer dél, y así le reprendía ásperamente esta falta, advirtiéndole, que, pues, Dios le había dado bienes de fortuna, y él licencia para expenderlos supiere usar de su generosidad con todos los que le hubiesen menester, pues por este medio se adquieren los amigos, y en los señores esto es lo que más realza su opinión.

Reñía con Santillana porque no le aconsejaba esto, atribuyéndole la culpa de su civilidad, más él se disculpaba con que era natural suyo difícil de mudar en los hombres.

De diferente modo procedía el fingido Laurencio en la aldea, que criado en la miseria de su madre, era tan generoso con todos, de lo poco que poseía, que había ganado las voluntades de muchos, amándole con extraña afición. Era el gallardo joven de gentil disposición, bien proporcionado de sus miembros y de hermosas facciones. En todos los ejercicios de tirar á la barra, saltar, correr y luchar, excedía á todos los mozos de la aldea con grandes ventajas. Había to-

mado lecciones de la espada negra, de un vecino suyo que se había criado en la Corte, y era diestro, pero dentro de dos meses supo tanto como él. Era animoso y alentado, y en algunas ocasiones que se le ofrecieron con otros mozos de su aldea, siempre salieron castigados de sus manos, con que le temían y respetaban. Nunca tuvo pendencia sin sobrarle la razón, y con esto, cuando venía á romper, se sabía que le había obligado mucha causa. Queríale Teresa, la mujer de Santillana, entrañablemente, á la cual había mandado su marido que no le dejase venir á Madrid, y que si en ocasión forzosa viniese, no le fuere á ver á casa del Conde, porque importaba á su razón de estado.

Tenía un labrador, vecino suyo, una hija de trece años que era un prodigio de hermosura, á quien su padre quería tanto, que no la consentía acudir á las cosas necesarias de la casa y de la labranza, como lo hacían las otras hijas de los labradores, lo cual era muy murmurado en la aldea. Desta (cuyo nombre era Leonora) se aficionó grandemente Laurencio, trayéndole no poco desvelado sus amores y cuidadoso de asistir siempre á las partes donde iba para merecer con sus finezas ser favorecido della; más era la hermosa Leonora tan presumida y altiva, que no se dignaba de ser galanteada ni servida dél, pareciéndole muy inferior á sus merecimientos, que no hay mujer hermosa que no peque de vana.

Con esto estaba el pobre Laurencio despechado y con poco gusto, sin acudir á las juntas de los mozos de su edad, ni al baile donde asistían las labradoras.

Ofrecióse haber unas fiestas de toros y cañas en la Corte, á las cuales fué Leonora en compañía de su madre y de otras amigas suyas, acomodándose á la caballería de la aldea, que era en andadores jumentos. Seguíales Laurencio á pie, ceñida su espada, aunque iba cosa de un tiro de piedra dellas. Llegaron á Madrid á tiempo que el alba comenzaba á bordar las plantas y flores de menudo aljófar, cuando en la gran plaza de Madrid (octava maravilla del orbe) acababan de encerrar veinticuatro madrigados toros para la fiesta, y quería la gente, para aliviar el cansancio de haberlos encerrado, holgarse con uno. Sucedió, pues, que habiendo salido á la plaza y hecho no poca riza en caballos y peones, halló por descuido de quien la tenía á su cargo, una puerta de la plaza abierta, por la cual se salió tomando la calle de Atocha adelante hasta salirse al campo. A este tiempo llegaban nuestras labradoras cerca del Monasterio de aquella santísima Virgen, patrona de Madrid, insigne por la gloriosa prenda de los cielos, que en él existe, y frecuentado por los prodigiosos milagros que cada día obra esta divina Señora. Las voces y grita de la gente que venía siguiendo al toro asustaron á las labradoras, arrojándo-

se de sus cabalgaduras en tierra al tiempo que ya el famoso bruto estaba con ellas, satisfaciendo su enojo en uno de los jumentos, que era en el que había venido la hermosa Leonora. A este tiempo llegó Laurencio, y viendo en el estado en que se hallaba el querido dueño de su alma, pospuesto de todo temor, con alentado brío puso mano á su espada, y por un lado cerró con el toro, á tan buen tiempo, que pudo desjarretarle una pierna. Volvió con el dolor á él, más arrojándole su capa el advertido mozo, le cubrió con ella los ojos, y con la misma presteza pudo, antes que la arrojase de sí, dejarle del todo desjarretado. La grita de la gente que miraba desde lejos esta animosa acción, sirvió de aplauso della. Llegaron muchos con sus espadas, que no se atrevieron antes, donde á cuchilladas quitaron la vida al ya rendido animal.

Todos celebraban la suerte de Laurencio, y la fama, que ya estaba de su parte, dilató la nueva por toda la Corte. Llegó el tierno amante á donde estaba Leonora casi fuera de su acuerdo del susto que había recibido, á quien dijo Laurencio estas razones:

—Hermosa Leonora; lo que hoy en tu servicio he hecho debo á tu hermosura, que ella me infundió el ánimo con que emprendí servirte, para que menos esquiva te dignes de favorecer á un alma que te adora estas muestras de voluntad.

A esto le respondió ella:

—Desdijera del piadoso natural de las mujeres, ¡oh, animoso Laurencio! si no estimara lo que por mí has hecho, no procedido del favor que dices que la naturaleza me ha hecho, sino de tu valor y ánimo, pues con él has puesto á tanto riesgo tu vida. En cuanto la mía durase, no olvidaré esta deuda, pesarosa de no haber querido conocer lo mucho que mereces.

Con esto le pidió la mano para levantarse de donde el susto la cogió sentada, que tuvo por gran favor Laurencio.

Llegaron entonces los demás que la acompañaban y todas dieron al alentado joven las gracias del socorro que les había hecho, en particular, la madre de Leonora, y volviendo á su camino se fué Laurencio acompañándolas hasta dejarlas en una posada. Y queriéndose despedir dellas, no se lo consintieron, diciéndole la madre de Leonora que fuera desagradecimiento suyo consentirle que se apartase de su compañía hasta volverlas á su aldea. Con esto, y ver en el semblante de la hermosa Leonora que tenía gusto desto, las tuvo de obedecer.

Como tenía Laurencio orden de su fingido padre Santillana para no verle en casa del Conde, nunca acudía allá ninguna de las veces que iba á Madrid.

Quiso, pues, su buena dicha que ciertos labradores de su lugar, que habían visto lo que le había sucedido con el toro, se lo fueron á decir

á su padre, alabando su ánimo y valor. Esto fué en ocasión que el Conde lo pudo oir desde su aposento, y queriéndose informar mejor del caso, mandó entrar á él á los labradores, de los cuales lo supo más por extenso, y volviéndose á Santillana (que estaba pesaroso desto que les oía) le dijo:

—Quejoso estoy de vos, Santillana, de que no me hayáis dicho que teníais deste hijo, cuando por la muerte de Fabio ando cuidadoso de buscar quien me sirva en su lugar.

A lo cual el viejo, algo turbado, le dijo:

—Señor, quien se atreve cara á cara á acometer á un bruto, quién puede ser sino otro falto de razón y de entendimiento; este defecto tiene mi hijo, por lo cual no me he atrevido á ofrecerle á V. S. para que le sirviera.

Pues gusto yo, dijo el Conde, de verle, que quiero satisfacerme de lo que me decís, primero que os crea.

Uno de aquellos labradores dijo, que el sabía donde posaba, con el cual envió el Conde un paje, para que de su parte le llamase, dejando con esto á Santillana perdido el color, cosa que el Conde notó dél, y le puso confusión por ignorar la causa.

Hablaron á Laurencio, el labrador y el paje, que acababa de comer con los labradores, y dándole el recado del Conde hubo de obedecerle (con algún disgusto de Leonora, que sintió que las

dejase), y así se fué con los dos hasta verse en la presencia del Conde, el cual de ver la buena que tenía Laurencio, aun en aquel grosero hábito, y asimismo su agradable rostro (que le dió un aire del de su difunta esposa), le cobró grande afición.

Preguntóle la causa por qué no había acudido á ver á su padre. A que respondió, que haberle él dado orden que no lo hiciese. Con estas y otras preguntas que el Conde le hizo, halló en Laurencio partes de hombre de entendimiento, modestia y buenos respetos, con lo cual dijo á Santillana:

—¿Qué defectos halláis en este mozo para que no me hubiese servido desde que estáis en casa? Que yo en lo que aquí le he comunicado, le hallo de buena razón. En presencia de V. S., dijo Santillana, claro está que ha de estar con respeto y modestia, y asimismo ha de hablar poco; quisiera que estuviera aquí su madre para que informara mejor que yo á V. S. de su altivez y soberbia, y lo poco quieto que es.

Miróle á este tiempo Laurencio á su fingido padre con airados ojos, y encogiéndose de hombros dió á entender esta acción que el respeto del Conde le enfrenaba á no responderle volviendo por sí. Todo esto notaba el Conde con cuidado dejándole no poco sospechoso el ver á Santillana tan puesto en desacreditar á su hijo, cuando él se pagaba de su persona. A este tiempo, el la-

brador que había venido con él dijo mirando al Conde: ¡Pardiez, señor! Diga Santillana lo que quisiere de Laurencio en su descrédito, que él es un voto, y el mozo tiene los de todo un lugar en su favor, porque no hay nadie en nuestra aldea, que no le estime y quiera como si fuera hermano de cada uno de sus labradores, por sus virtudes y buen proceder, y esta información la hallará V. S en todo Vallecas.

Mandó el Conde, que Laurencio se quedase en su casa de gentilhombre suyo, haciéndole luego dar vestidos de su persona, con que mejoró su buen talle con el adorno, pareciendo lo que era á pesar de Santillana, que sintió grandemente estas honras, temiendo que se había de descubrir su engaño. Aquel día vieron la fiesta, y antes de acabarse pidió Laurencio licencia á su dueño para ir á hacer traer la ropa que había dejado en la posada. Diósela el Conde, y llegó á ella al tiempo que los labradoras y Leonora se querían volver á su aldea. Las cuales se holgaron mucho de verle tan galán.

Despidióse Laurencio dellas muy tierno, dándoles cuenta como se quedaba en la Corte en servicio del Conde, por ser este su gusto. Sintió Leonora esta nueva con extremo, manifestándolo el triste semblante. Hubo lugar (aunque poco), de poderse hablar los dos, y en él manifestó Laurencio, cuánto sentía que el Conde le mandase servirle, que si fuera por gusto de su padre no

quedara en casa del Conde, más que á él se le había aficionado con tanto extremo, que era bien no mostrársele desagradecido; que estuviese cierta no la olvidaría jamás, antes buscaría muchas ocasiones para ir á ver á su madre, con las cuales gozaría de su vista, que quizá el cielo viendo sus pocos merecimientos disponía aquel camino para que por él saliese más y la pudiese merecer mejor.

Leonora le prometió ser suya siempre, y esto con muchas lágrimas nacidas de la pasión que la afligía de verle quedar. Encargóle mucho que no la olvidase, pues había declarádole ya su voluntad.

Así se lo prometió Laurencio con grandes juramentos, que no serían bastantes las muchas ocasiones de la Corte para faltar jamás de su memoria, como único dueño de su alma.

Con esto se abrazaron muy tiernos. Y al despedirse le dió Leonora una sortija, para que le sirviese de memoria en lo que le prometía.

Desta suerte se quedó Laurencio en casa del Conde, de quien era favorecido con extremo, hallando cada día partes en él para fiarle cualquier cosa de importancia. El verdadero hijo de Santillana que con nombre de don Fadrique pasaba plaza de hijo del Conde, no quisiera ver á Laurencio en servicio del padre, ni que con él privara tanto, que se gobernara por él, y asimismo el manejo de su hacienda, y desde que entró en

casa tuvo con él una natural antipatía, que no le podía ver en su presencia, no sé si era la mayor causa deste aborrecimiento, el consejo de Santillana, que nunca se le mostraba afecto, debiéndole en esto muy poco la experiencia larga que tenía, pues con tantas navidades, aun no sabia disimular su pasión para pasar con su engaño adelante.

Eran don Fadrique y Laurencio opuestos en las condiciones, pues mientras más edad tenía el hijo supuesto del Conde, más miseria se conocía en él, y al contrario en Laurencio, porque cuanto más mano tuvo en la casa de su verdadero padre, á quien servía, tanto era el amor que todos le cobraban, sabiendo con su apacible término y agrado, grangear las voluntades de todos, hasta decir á voces, que mejor merecía él ser dueño de aquella casa, que el heredero forzoso, por haberle el cielo dado más partes para saber ser señor. Con lo cual el Conde se deshacía de pesar, y cada día tenía sobre esto don Fadrique fraterna poniéndole por ejemplar (para enmienda de su condición), las generosas acciones de Laurencio, con que don Fadrique le iba cada día aborreciendo más, cosa que sentía el Conde mucho.

Convino al servicio del Rey enviar al Conde á ciertos negocios de importancia á Nápoles, por ser persona de tantas partes, y á quien en aquel reino estimaban mucho, de cuya autoridad fiaba

el buen despacho. Previno su jornada, y por el mucho amor que siempre tenía á Laurencio, y el poco que conoció tenerle don Fadrique su hijo, no quiso dejarle en su compañía, y así le mandó que se previniese para ir con él á Italia. Esto sintió mucho Laurencio por ausentarse más lejos de su Leonora, á la cual iba á ver lo más á menudo que podía, y ella venía asimismo algunas veces á la Corte, en compañía de su madre, con lo cual estaba muy asentada su correspondencia, y el amor de los dos muy vivo. No pudo replicar á la determinación del Conde, ni excusarse por ver, que el no apartarle de sí era nacido de la voluntad que le tenía. Pidióle licencia para irse á despedir de su madre á la aldea, y en ella se vió con Leonora, la cual sintió mucho su partida, y quería á Laurencio con tanto extremo, que si no fuera por dar nota de liviana se fuera con él. Dióle buenas esperanzas al tierno amante, de que su vuelta sería con brevedad, con que Leonora se consoló algo.

La noche antes de su partida, el Conde se encerró con don Fadrique y con su ayo, á quien dijo estas razones:

—Hijo, yo os dejo, mientras estoy ausente desta Corte, dueño y señor absoluto de la hacienda que gozo en España y asimismo desta casa; advertid que esto lo hago con el fin de que con ello degeneréis de vuestro civil natural imitando al mío y al de vuestros nobles antecesores,

de suerte que no conozca en vos desde mañana ese defecto que tanto os desluce, pues tenéis orden mía para gastar esta hacienda; expendedla con vuestros amigos lucida y generosamente. El señor que es encogido de ánimo no debe preciarse de serlo, pues su civilidad desmiente su nacimiento, pone defecto en el honor de su padre y dudas en el recato de su madre.

En poco se diferencian el señor civil y el hombre común, y si lo advertimos bien no sólo le iguala, pero le excede. Cumple el hombre común con sus obligaciones en lo poco que posee, y el señor que es avaro, es tan esclavo de su codicia, que ni cumple con su sangre ni con su autoridad. Todos los hombres en quien predomina este vicio de la avaricia les hallo poco celosos de su honra, pues es cierto que si miraran á lo que á sí se debían y juntamente á lo que dellos pueden murmurar, no adquirieran bienes á costa de su opinión y fama. San Jerónimo dice que tanta necesidad tiene el codicioso y avaro de lo que posee como de lo que le falta, pues no tiene ánimo para usar de los bienes que le ha dado la fortuna por guardarlos. Y en otra parte afirma que solo la avaricia hizo en el mundo pobres, porque lo es más que todos el que todo lo desea y poseyendo bienes no usa dellos como si le faltaran. Halle vuestras puertas abiertas el pobre, el menesteroso, el afligido y el preso, que para eso son los señores, para amparar y favorecer á

éstos. Lo que hace durables las amistades es la reciprocación del trato. Si vuestro amigo os obliga y vos no correspondéis, claro está que no puede durar mucho la amistad donde falta la correspondencia. Nunca en mayor altura se pueden ver los príncipes y poderosos que en estos tiempos, donde la necesidad es tan general, pues sabiéndola remediar en los humildes y socorrer en los nobles, atraen las voluntades de todos, adquieren más respeto dellos y cobran mayor favor en sus alabanzas. Mucho más os dijera amonestándoos á la virtud de la piedad, al celo del honor, y, finalmente, á la conservación de la generosidad de nuestros ascendientes, pero el tiempo es corto y muchas las cosas que tengo qué disponer en él hasta que llegue la hora de mi partida.

Cuerdo sóis y ayo prudente tenéis que os gobierna, á quien he dirigido también esta plática, porque paréceme que simboliza mucho con vuestra condición. Halle yo cuando vuelva enmienda en los dos, para que eche de ver que he sacado fruto desta breve plática. Abrazó con esto á Fadrique y él le besó la mano muy humilde, prometiendo obedecerle en lo que le mandaba, y lo mismo hizo el anciano ayo, aunque en lo interior de los pechos del uno y otro no pensaban obedecer ninguno de sus generosos preceptos, tan contrarios de sus civiles naturales, deseando Santillana en esta ocasión aplicar cuanto pudiere para sí y asimismo su verdadero hijo.

Partió el conde á Nápoles llevándose á Laurencio consigo, cuya modestia, agrado y buen entendimiento le tenían ganada la voluntad, y lo más cierto era el amor paternal que fomentaba esta afición, si bien cuando no le hubiera, tenía Laurencio partes para ser estimado y querido de todos. Dejémosle ir á su viaje, y volvamos á nuestro fingido Fadrique, aconsejado de su miserable ayo y padre.

Quedando Fadrique señor absoluto de la hacienda del Conde, quisiera (como si no esperara heredarle después de sus días) no expender un sólo real della, si no era en lo muy preciso para su persona y criados que le servían, excepto Santillana, á quien siempre respetó mucho y socorría en cuanto le pedía.

Bien quisiera aligerarse de casa despidiendo los más de los criados que le dejó su padre, pero temió su enojo más que lo que podían murmurar desto en la Corte, y sólo en esto no se atrevió á exceder, si bien en lo demás que le amonestó fué como predicar en desierto.

Viéndose Santillana á solas con su verdadero hijo, que ya era señor de la hacienda de su padre y dueño en su ausencia de aquella familia, le quiso dar algunos advertimientos en forma de instrucción, y así le habló desta suerte:

—Por el peligro que tienen los señores mozos en gobernarse por su capricho al modo que les dicta su voluntad, me ha parecido (señor don

Fadrique) daros algunos advertimientos provechosos para saber conservaros, sin que el contagio de la prodigalidad disminuya vuestra hacienda y os haga blanco, donde tantos aduladores tiren, más á la estafa que á vuestro provecho.

Tiene el mapa desta Corte tan varios linajes de gentes, como el mundo de provincias y naciones, y porque la experiencia que della tengo me ha dado á conocer los sujetos que son polillas de las casas de los señores, no quiero dejar de advertiros dello, para que los conozcáis, huyendo de su pernicioso contacto.

Hay en esta Corte una cáfila de personas entretenidas acerca de las mesas de algunos señores, que parece que á ellas se incularon, más ciertos á la hora del medio día que el índice del reloj á señalar el número de las doce. Estos se llaman gorras fijas en voluntades errantes, y son de la calidad de los censos perpetuos. No vale contra esta pegajosa gente paje sordo, maestresala de corta vista, mayordomo avaro ni bebida caliente, porque el hechizo de la Corte los tiene en ella asistentes con el socorro de una comida, firmeza de sus estómagos. Por eso han usado los señores las cenas clandestinas, que á ser *in facie populi*, se comieran de pegotes, como los cuerpos muertos de gusanos.

Tienen éstos la materia de la adulata en la uña, con tal artificio, que aunque el señor tenga la del socarronismo muy sabida, en la primera

ocasión que ven la suya por el recoveco de la vanidad entra su demanda. Ésta no se extiende á mucho porque aunque sea brivia con chapines, se contenta con poco, por no perder su mesa, y dejar la puerta abierta para otra petición.

Coches y caballos ya se sabe, que están expuestos á la inclemencia del empréstito de los continuos, y si alguno se pica de toreador, á la de un toro, que á costa del señor es mondonguero de su panza.

La contrahierba deste contagio de gorra y pegotes cotidianos es la hipocresía.

Impórtele al señor fingirse muy retirado del mundo, poco dado á las conversaciones, buscándoselas á solas, y menos amigo de la bucólica, aunque sea un Heliogábalo en lo secreto, éste es un conjuro que destierra esta pedigüeña casta, como el *flagellum dæmonorum* á los espíritus de los cuerpos humanos.

Hay otra jerarquía, si menos bien contentadiza, que es la de los truhanes ó bufones, gente insulsa, y por la mayor parte fría, porque ya no se usan buenos dichos en ellos, sino sátiras mal razonadas, contra otros señores que están ausentes, cosa tan perniciosa que merecía por ellos más castigos que dádivas. Á éstos les es grande apadrinadora la vanidad del mismo señor á quien cortejan, pues porque vayan á decir á palacio y á las casas de otros que es un Alejandro, un pródigo y el más generoso príncipe de España,

le darán el rico vestido de su persona, y la joya que compran para sólo esto, que aquí hacen mejor sus papeles las lisonjas que las gracias, valiendo un dicho de sus bocas un ojo de la cara, porque no se hallan. Esta canalla son los mortales enemigos de los criados de los señores, viendo que con ella se usa de largueza, cuando ellos por sus servicios la merecen mejor.

Contra éstos no hay tapaboca como la severidad y poca celebración de sus gracias, porque del aplauso dellas se origina el mérito y se acrecienta la paga, y como ésto falte á la primera vista, huye la tal sabandija de la presencia del Príncipe, y si bien le acreditan de avaro, mal aplaudido y peor pagado, él se califica de prudente, con lo que lo son, y son estas caravanas para aspirar á la dignidad de ministro.

Otra jerarquía hay con distinción que es la de los poetas, los buenos que por sus escritos merecen lugar y honor en las casas de los señores. Confieso que deben ser admitidos en ellas, y honrarlos para que con el favor se animen en sus obras á sacarlas á luz con su aprobación y aplauso, y asimismo se les deben premiar los escritos que les dirigiesen; pues es cierto que á los príncipes y caballeros de ilustres familias, se han de consagrar que no á los hombres humildes. Y por la elección que hacen en esto es justo que se les satisfaga con obras y alabanzas. No es muy á propósito para guardar la hacienda el

ser franco con éstos, porque á la fama de que un señor es premiador de versos acuden á su casa más legiones de poetas buenos y malos que tuvo el ejército romano.

Contra esto han tomado algunos señores expediente, que es admitir sus direcciones, alabar sus escritos, hacerles grandes honras y no darles nada por hacer cierto el proverbio, que nunca se halla junta con el provecho; éste se le quitan dejándoles su trabajo mal premiado y escarmiento en las demás para huir dellos como de lugar apestado. Pónese á peligro que en la segunda impresión muden la dedicatoria á otro señor, que es decir con esto lo corto y civilmente que lo ha hecho con él.

El hechizo de la hermosura es tan fuerte que el más ajustado á la razón la suele perder, y el más retirado no se escapa de estar obediente á su dominio. La experiencia nos dice que puso el demonio toda su eficacia en la tentación de una mujer, para que el hombre aficionado della pierda la hacienda y el alma que es lo más importante.

Es en la Corte una hermosa cara una alcorzada briva, una estafa dulce y una demanda sin remisión, que como la sorda lima sin hacer ruido labra el más duro hierro, así ablanda y labra el más duro y empedernido pecho.

Los que han dado más documentos para su escapatoria han perdido pie en este profundo

piélago, dejándose llevar de la costumbre, por no singularizarse con nombre de groseros, mal se puede uno asir á la aldaba de la negativa á cualquier demanda suya, sin incurrir en el desaire de poco galán y menos cortés, los mismos lances en que uno se ve suelen ofrecer los remedios, mas tal vez vienen tan apretados, que el ofrecerse á la paga es aliviar la pesadumbre.

No hallo remedio más conveniente con las damas que fingirse muy enamorado y constante de una, aunque no la tenga. Y aun esto no basta para que por firme enamorado se escape de ser estafado, que hay mujer que no repara en inconvenientes cuando lleva puesta la mira en el interés; porque por conseguirle, se pondrá á las ancas de cualquiera afición por apretada que sea, y llevará esto de pensión por conseguir lo que pide.

Estas y otras muchas más advertencias que á su tiempo pienso decirte, te libren de la parte de los mendigones, del garrotillo de las busconas y de la apoplegía de un hartazgo de poetas.

Cuadráronle más á don Fadrique los civiles advertimientos que su verdadero padre (con celo de ayo) le dió, que los generosos del Conde, y propuso no exceder un punto de lo que Santillana le ordenare, gobernándose por su capricho.

Hízose nuestro caballero muy al tiempo, mintiendo de ventaja de suerte, que no se le hallaba verdad en su boca, defecto que al más calificado

sujeto le deslustra y al más estimado desacredita.

Tratóse un día de caballos delante de algunos señores, y vino á decir que él los tenía de todos los colores de raza que había, y en particular uno pía melado negro y blanco, que le había prestado un Príncipe extranjero. Hallóse presente á la plática un señor que no sabía la costumbre de mentir de don Fadrique, y ofreciéndosele salir dentro de cuatro días á un acompañamiento de una dama de palacio, deuda suya, que salía casada, quiso vestirse de los colores que el caballo tenía, con ánimo de pedirle prestado para salir conforme con él, y para esto le escribió este papel:

«Lo extraordinario del caballo extranjero de V. S., me ha dado motivo para sacar una gala que conforma con los colores de su pellejo, en fe de que V. S. me lo prestaría; suplícole que reciba esta merced para que mi lucimiento se logre como deseo.»

A este papel le respondió don Fadrique con el que sigue:

«Su papel de V. S. llegó á tiempo que de mal de ojo se acaba de morir el caballo que me pide; para que su vestido no desdiga en lo conforme, le advierto que un cofrero que vive en la calle de los Peregrinos, me compró su pellejo; acuda V. S. allá, que es justo que el cofre á quien cubre tan vistosa piel, sea custodia de un vestido de tan buen capricho.»

En otra conversación se halló donde tratándose de la ausencia de su padre, dijo haber partido á desposarse con poder suyo con la mayor señora de Italia. Hallóse, pues, un poeta, y esa noche, á costa de sus uñas, la pasó con todo desvelo escribiéndole un epitalamio á sus bodas, aun sin saber el nombre de la fingida señora, y la siguiente mañana madrugó á llevarle á don Fadrique. Topóse con Santillana, y como hombre experto en conocer los sujetos de la corte, supo á lo que venía y díjole que el señor don Fadrique estaba reposando; que había pasado mala noche, que dejase su papel y que le dijese su posada. Hízolo así el poeta pensando que era con ánimo de enviarle á ella algo en premio de su trabajo. Entró Santillana después de ido con el papel á la cama de don Fadrique y diósele. Leyó el epitalamio primero, donde vió tantos hipérboles y alabanzas de la hermosura de su fingida dama, como si verdaderamente la hubiese visto toda su vida ó en su lugar una fiel copia de su original del más saliente pincel de Italia. Con él venía un papel en que leyó estas razones:

«El deseo de servir á V. S. alentó mi pluma para escribir este epitalamio á sus felices bodas, de que le doy la norabuena, tenga en V. S. el lugar que desea su autor, que espera de su generosa mano el premio de su desvelo.»

Era muy buen correspondiente don Fadrique de pluma, ya que no de dádivas, y así quiso con

la suya satisfacer al poeta socarronamente desta suerte:

«Dudoso me ha tenido cuál sea de más embarazo: el casarme yo ó escribir v. m. estos versos á mis alegres bodas, y al fin me resuelvo en que será más difícil de llevar yo los malos días que me esperan, que v. m. otra mala noche como la que ha pasado; consolémonos el uno con el otro, que mal de muchos gozo es.»

Ofreciósele á nuestro miserable don Fadrique verse con una dama en una gustosa conversación, donde por no perder la costumbre de mentir, la dijo que era gran poeta. Quiso averiguar ésto la dama, y para brindarle le mostró un romance que había hecho un galán á una dama al verla dormida á orillas de Manzanares, la cual al mismo tiempo que dormía lloraba.

No le parecían bien las cosas ajenas á don Fadrique, defecto de los ignorantes que piensan que todo lo que en otros exageran se lo quitan de su opinión. En fin, él dijo que quería hacerle otro romance por acreditarse de lo que había asegurado que era poeta. Y para esto buscó uno que se contentase (caso que quisiera paga de su trabajo) con poca cosa y le sacase deste empeño. Acertó su desgracia á toparse con un culto de los del nuevo idioma, tan obscuro en sus versos como Noruega en la mitad del año, hombre que para exagerarle de poco entendido, bastará decir que él mismo no sabía entenderse lo que es-

cribía. Este tal, después de un día y una noche, de desvelo, escribió en su nueva jerigonza (remedo del erudito estilo que no alcanzaba á entender aunque le quería imitar), un romance el cual le llevo don Fadrique á la dama que se le había pedido, confiando que en lengua culta había de ser bien recibido. Pero sucedió al revés de lo que pensó, porque cuando estaba aguardando grandes hipérboles de su hermosura, y sutiles conceptos en su alabanza, halló nuevas y exquisitas voces extranjeras, de nuestra lengua y mal entendidas della. Y lo que le dijo el día siguiente que la volvió á visitar, fué:

—Señor don Fadrique, si como no sois mi galán, lo fuérades, me diera por desobligada de nuestros versos, porque no os he entendido lo que en ellos habéis querido decir; declarádmelos, por vida vuestra, hasta que tenga su vocabulario de esas voces (pues que tanto se usan ya la debe de haber), ó aprenda latín.

Aquí fué cogido en la trampa nuestro postizo caballero, pues queriendo la curiosa dama saber lo que contenían las coplas del obscuro romance, no se las supo declarar, con que se salió corriendo de la visita sin volver á ver más la dama.

Quiso el culto poeta la paga de su trabajo, y una mañana cuando don Fadrique se levantaba, le dió un paje un papel, en que leyó estas razones:

«Afectuosa puse mente el cuidado en servir á

V. S. con los de mi musa meditados versos, seánme intercesores con V. S., para que en una que se me ofrece necesidad, se sirva de darme treinta su generosa mano escudos, no por de mi trabajo premio, sino por ser V. S. quien es.»

Al alma le llegó la petición, y la nota del papel á don Fadrique, y para no darle lo que le pedía, formó queja de que no habían sido entendidos sus versos, dándosela en la respuesta de su papel, con éste que se sigue:

«Hiciera mal, si reales monedas, con católicas armas, y santas cruces, fueran premio de versos herejes, apóstatas de la cristiana lengua castellana.

En un armenio y un griego (cuyos idiomas imita), puede buscar este socorro, que yo no gasto mi dinero neto en calabriada de lenguas extranjeras.»

Este papel se lo dió al culto poeta, volviendo por la respuesta del suyo, con esperanza de merecer por sus versos lo que había pedido. Enfurecióse habiendo leído el culterano, con el desprecio del incostrastable don Fadrique, y no quiso que se le fuese sin castigo, dando un valioso filo á su pluma, é invocando una criminal musa, que le dictó esta sátira, la cual se le cantó la siguiente noche á la puerta de su casa, cerca de las ventanas del aposento en que dormía, de donde la pudo muy bien oir, que era desta suerte:

Anti-Alejandro español
perdona pasados chistes
que á sátiras criminales
les das motivos civiles.
Antípoda al liberal
cerrada la mano vives,
que aun á la buena ventura
nunca al gitano la abristes.
A la acuñada moneda
Con las armas de Felipe,
como otro Midas avaro
siempre por Dios la tuviste.
De Gastones de Moncada
nunca envidiaste el origen
que sólo de Guardiolas
has estimado su estirpe.
No tengas antipatía
con francos ni francolines,
que no todos han de ser-
Tenorios y Tenerifes.
Ser Conde en Villafranqueza
ni lo apeteces ni eliges,
que tu condición te esfuerza
que al de Tentuvar te inclines.
Al capitán de la guardia
bien es que el cargo le envidies,
que oficio de pagador
no quiere que te acredite.
Después que en ser guardián
tanta eficacia pusiste,
nunca apóstata moneda
salió de tus camarines.
Al juego del deja y pon

tu inclinación no se rinde,
que sólo con tus talegos
te alegras al escondite.
Miserable de valor
eres, pues cuando te embisten
con los asaltos del «daca»
hallan tu fuerza invencible.
Cierto de tu condición
estoy si la Iglesia sigues,
que préstamos repudiares
por lo que el nombre te aflige.
Y á ser jurista en la Corte
de los que á abogar asisten,
sólo del civil derecho
supieras leyes civiles.
Sólo un impulso cristiano
se te ve entre mil gentiles,
que es tener contra paganos
siempre ojeriza terrible.
Informado de tu gente,
conformes todos me dicen
que con membrillos y servas
panza y condición estringes.
Plegue á cielo, ¡oh miserable!
que boticarios malsines
esa indigestión que tienes
con sus clisteles te quiten.
Y que en cuadrúpeda forma
con el latón te jeriguen,
hecho blanco donde asesten
y terrero donde tiren,
Hasta despedir el alma

desa cárcel insufrible,
que por avara la aguardan
los piélagos de alquebrite.

Oyó, como digo, cantar la sátira el miserable don Fadrique desde el principio hasta el fin, y así mismo Santillana, su verdadero padre. Menos sintió este agravio el estrítico mozo que el avariento viejo, porque temeroso de que viniese á saber esto el ausente Conde, reprendió (contra su natural) á don Fadrique por no haber contentado al enojado poeta, desde que le escribió por su orden los primeros versos, para excusar con esto que le perdieran el respeto. Y lo que se temía era que los demás, quejosos de su poca liberalidad, no hiciesen otro tanto. Todo esto era cansarse y perder tiempo Santillana, porque su hijo era tan inexorable de bolsa como inexpugnable de condición, y quería más un real que todo cuanto podían decir dél. No se contentó el ofendido poeta con haberle hecho cantar la sátira á sus puertas, sino que pasó adelante en su venganza, sacando traslados del romance, dándoselos á todos los señores de la corte, con que hacían donaire y burla de su miseria, llamándole el caballero inexpugnable, apellido que nunca le dejó, sino fué con el conocimiento del engaño de su codicioso padre, como después diremos.

Quisieron unas damas por curiosidad, si no

fué por codicia, tentar á este miserable joven, procurando la más hermosa hacerle en una iglesia donde acudía á misa, muchos favores, ya descubriéndose, ya mirándole con amoroso semblante, ya últimamente llamándole con la blanca mano desnuda del oloroso guante; pero con todo esto no fué posible llegarse á ella, la cual, presumiendo que otra dama que debía de tener allí estorbaba no hacer su gusto, dejó de hacerle más señas, pero llegada á su casa quiso saber la ocasión de su encogimiento, y así le escribió este papel:

«Nunca me prometí de vuestra cortesía los despegos que he experimentado tan á mi costa, cuando los deseosos de mis favores envidiaban que yo os llamase. Atribuyo la remisión vuestra á causa superior de vuestro gusto, que estaría presente. El desengaño desto espero con la respuesta deste; y la enmienda, en que paguéis una voluntad que de veras se os inclina.»

Recibió este papel don Fadrique, y con acuerdo de Santillana, respondió á él desta suerte:

«La remisión en hablar á mujeres en los templos corre ahora en los hombres, desde la poca que vemos en los ministros, que castigan por ésto; baste la pena en que ponéis á quien vé vuestra hermosura sin que otra agrave más este accidente. Esta fué la causa de no admitir vuestro favor, que rehusaré todas las veces que en la iglesia se me hiciere, determinando antes ser

católico mudo, que pagano hablador. Lo de la voluntad estimo, como no sea vendible, que si es al uso, ni tendré envidiosos de ser llamado, ni menos de ser escogido.»

Más dificultosa se le hizo la empresa á la dama que se pensaba, siendo el retiro de don Fadrique en hablarla por temor de su dinero, y el recelo que asimismo tenía de que su voluntad era interesable. Aseguróle los temores con favorecerle y regalarle con unos dulces y aguas olorosas, fingiéndosele por papeles muy enamorada. Nunca se persuadió don Fadrique (conociendo el estilo de la Corte), que aquello se hacía con fundamento de solo quererle. Y así (aunque se correspondía con ella), siempre fué con advertimiento de gastar largamente la prosa y ser muy avaro de bolsa.

Bien se holgara la dama que don Fadrique tuviera otra condición de la que tenía, para tener una larga correspondencia; más conociendo su temor y recato, que le estorbaban no entenderse á despejar con ella, hizo profesión de probar por todos los caminos á estafarle. Intentó varias trazas, hallándose en algunos lances, y de todos escapó diestramente, sacando limpia la bolsa, como el buen toreador en la suerte del garrochón. Hízose la dama mala, y de ahí á dos días fingió haberse sangrado; enviole un cabezalero de cambrai ensangrentado y un listón leonado con este papel:

«El susto con que estuve aguardándoos anoche, me ocasionó una calentura, de la cual ha sido fuerza sangrarme, porque el mal no pase adelante, hay os envío las insignias del sacrificio, haréisle de mí en tenerme sin vos. El cielo os guarde.»

Bien entendió don Fadrique al blanco donde tiraba la dama, y como era más pródigo de pluma que de bolsa, satisfizo con otro papel desta suerte:

«Del susto de haber sabido vuestra sangría ha sido fuerza el purgarme, que no cumplía menos con la fineza de amante vuestro. Copioso fué el sentimiento de ver vuestro precioso humor desperdiciado, y á ese paso, el mal humor que he expelido. No tengo insignias que enviaros decentes para testigos de mi purgatorio, como vos de vuestro sacrificio; yo le creo asegurándoos el cabezal y listón, el médico de mi receta os asegurará de vuestra operación. No permita el cielo que vuestro mal pase adelante, porque en mí no hagan vuestras sangrías el efecto que los pepinos y agua fría.»

Vano le salió el lance á la entendida señora, y así quiso sin reboso pedirle por otro papel un vestido para unas fiestas que se esperaban; contenía estas razones:

«De leonado y azul me pide el alma aficionada vuestra, que vista al cuerpo; antojos della son deudas que corren por cuenta de su dueño, que

sois vos. El leonado sea tabí y la guarnición raso azul, y pasamanos de plata le bastan. Espero la respuesta con la generosidad de vuestro ánimo.»

Esta respuesta cobró brevemente la dama sin poner dudas en volvérsela don Fadrique, ni costarle algún rato de cuidado el hacer la cuenta de lo que costaría la demanda, antojo de su dama, y así la escribió estas razones:

«Yo niego, á juntos pies, al paso que los vais apartando de mi condición; pide vuestra alma colores de congoja y celos; mal cortesano fuera y poco galán si aun en vestidos os los diera, y y así con el buen despejo que Dios me dió niego deudas que no conozco, por no contraerlas con el mercader. No se nos niegue á los dos, que tenéis gracia en pedir, como yo en no conceder. Del tabí que me pedís, se asegura mi dinero detrás de muchos tabiques, y con el raso cumplo en haberos desengañado rasamente. La plata se queda en el buen metal de voz, con que os diré esto mismo á boca, porque os huele mal la vuestra.»

Estas cartas anduvieron por toda la Corte de mano en mano, de suerte que así damas como caballeros, todos las sabían de memoria, y no había otra conversación en las visitas, sino la miseria del caballero inexpugnable, llegando á estado que se lo decían cara á cara, mas como él la ponía de perro á todos, para no dar ni prestar hacía ya gala de su defecto.

Volvió el Conde de Italia, cada día más obligado de Laurencio, y á pocos días que estuvo en la Corte, supo de la manera que don Fadrique se había portado en ella, sin ocultarle cosa alguna de cuantas le habían sucedido, con que estuvo á pique de perder el juicio de pena. Disimuló por algunos días, y uno al tiempo de la siesta, cuando vió que todos estaban reposando se entró al cuarto de don Fadrique, á quien le dijo (algo reportada la cólera) estas razones:

—Nunca menos me prometí (Fadrique) de vuestra avara condición que las experiencias que della han visto tantos, y la ruín fama que os ha adquirido. En vano os amonesté á mi partida con los paternales preceptos, pues tan poco os habéis aprovechado dellos. Dudoso puedo estar del amor que como hijo debéis tenerme, si veo que el interés está tan apoderado de vos, que por poseer mi hacienda, presumo que me desearéis la muerte. Amar los bienes con tanto afecto, y adquirirlos para sólo poseerlos, es de hombres imprudentes y faltos de razón; porque ese día pierde los quilates de la honra, y opinión el que se lleva del vicio de la avaricia, pues ni cumple con sus obligaciones, ni se ofende (como vos) de los que murmuran sin rienda deste vil defecto. Las riquezas, por sí no son buenas ni malas, sino el uso dellas, pues él engrandece á quien las posee, ó le desacredita; y así no es rico el que tiene mucho, sino el que con lo que tiene se

contenta, y no hay mayor pobreza que por emplear el deseo en un metal (que sin buen uso no aprovecha), dejar los hombres lo mucho que pueden adquirir con él. No soy tan viejo que no podría tomar estado, y tener hijo legítimo que heredase el mío, que vos queréis perder por vuestras bajezas. Halle en vos desde hoy en adelante enmienda en esto; y sírvaos de ejemplo ese mancebo que me sirve, pues siendo hijo de un pobre hidalgo, criado en la miseria de una corta aldea, es tal su poder y buen proceder, que podéis seguramente aprovecharos de vuestras acciones para saber ser señor. Esto os advierto con amor de padre, que si riguroso le pierdo, pondréisme en ocasión de que os castigue con lo dicho.

Dejó con esto el Conde á don Fadrique, el cual se quedó por un rato suspenso, sentado en una silla, metido en varias imaginaciones. Obligárale su padre á forzar su mísero natural, que era hacer otro hombre de nuevo, y con esto desesperábase. Consideraba que con su venida había cesado el gobernar la casa y manejar la hacienda con que juntaba dinero para guardar, y que esto había de durar mientras la vida del Conde, y como el amor de hijo faltase en quien no lo era, determinóse un día (falto de razón y de prudencia) á matar á su padre, cogiéndole descuidado durmiendo. El modo de su muerte era ahogarle con una liga, porque aunque pudiera dársela con veneno, dudó mucho de fiarse de nadie, por ser

tan poco afecto á todos sus criados, y de la edad de Santillana no esperaba consejo á propósito de su riguroso intento. Finalmente, él se determinó para de allí á seis días, poner su deseo en ejecución.

En este ínterin, Laurencio acudió á su aldea á ver á la hermosa Leonora, con quien se había correspondido todo el tiempo que estuvo en Italia, por orden de un amigo suyo, que encaminaba las cartas. Hallóla tan fina en quererle como el día de su partida, holgándose sumamente con su vista. Dióle cuenta como su padre trataba de casarla con un hidalgo muy lucido de la Corte, el cual había venido una noche acompañado de un anciano caballero, y que en ella trataron de que dentro de seis días se desposasen, que se cumplía el plazo el día siguiente. Leonora le consolaba diciéndole que no bastaría el rigor de su anciano padre para que ella se casase contra su gusto, aunque hallase muchas partes en la persona que la proponían, y para que echase de ver cuanto le quería, dispusiese el llevarla consigo aquella noche á Madrid, que ella dejaría la casa de sus padres con mucho gusto, pero que esto había de ser con pretexto de ser su esposo, de que le había de dar palabra primero. Estimó en mucho Laurencio esta amorosa fineza, y así se dieron palabra de ser esposos luego, determinándose Leonora aquella noche á cumplir la suya, yéndose con su amante. Llegó la hora con-

certada, y habiendo prevenido Leonora sus vestidos, joyas y algunos dineros, se fué á media noche con Laurencio, el cual lo pudo hacer sin ser visto de nadie en la aldea. Llevóla á las ancas de una jaca andadora á casa del Conde, su dueño, donde tenía un buen cuarto, en que pudo tenerla secretamente sin ser juzgado de nadie. Siendo echada menos esotro día en la aldea con mucho sentimiento de su padre, hizo grandes diligencias por hallarla, pero fueron en vano todas.

Llegó en este tiempo el día de la determinación de don Fadrique, que fué á tiempo que Santillana, su ayo, estaba ausente de Madrid en una cobranza de su dueño, dos leguas de la Corte.

Halló el desalumbrado mozo á su propósito la ocasión, porque el Conde se había echado á dormir, en una silla de descanso, la siesta, y no había allí paje de guarda ni otro alguno, que todos estaban reposando á aquella hora. Llegóse quietamente donde dormía, la liga en mano con que le había de ahogar, y teniéndosela echada al cuello, al tiempo que quería apretársela para acabar con su vida, despertó el Conde con grande susto, el cual, reconociendo en el estado en que se hallaba, y que el autor de aquel yerro era don Fadrique, se levantó de la silla. El mozo que vió malogrado su intento, y descubierta su traición, ciego de todo punto y perdido el respeto á Dios y al que tenía por padre, sacó una

acerada daga para que ella hiciese lo que la liga no pudo.

Abrazóse con el Conde y andando luchando los dos, él por quitar la daga á Fadrique y Fadrique por ofenderle con ella. Entró á este tiempo Laurencio que iba á dar cuenta al Conde á aquella hora del casamiento que había hecho con Leonora, el cual, viendo á los dos de aquella suerte, y alevosía de don Fadrique contra el que tenía por padre, hizo en su pecho el amor de verdadero hijo su poderoso efecto. Llegó á ellos y apartó al Conde de los brazos de Fadrique, herido de un piquete de la daga en una mano, y habiendo hecho con la suya, dió dos puñaladas al alevoso don Fadrique, con que le tendió á sus pies. Acabar quisiera con su vida si no le estorbara el Conde hacerlo abrazándose con él. Mandó luego poner á Fadrique en un aposento, y que allí le viniesen á curar los cirujanos, los cuales hallaron no ser penetrantes las heridas, dando buenas esperanzas al Conde de que no tenía peligro su vida.

Él estaba admirado de lo sucedido, y retirándose á su cuarto, como hombre prudente, comenzó á discurrir á solas sobre esto largamente. Consideraba el modo con que había sido aquel mozo llevado á criar á la aldea por Santillana. Cuan parecido había salido á sus civiles costumbres.

Y por el contrario, veía en Laurencio cuanto

asimilaba á las suyas, siendo franco, generoso y amigo de todos.

Vistas estas cosas y el haber negado Santillana que tenía hijo en su aldea, sospechó si acaso Fadrique no era su hijo legítimo, y que en esto había algún oculto secreto.

En esto estaba cuando Santillana (que había venido de su jornada) entró en el aposento del Conde, descuidado de lo que había pasado. Halló la ocasión á su propósito, y cerrando la puerta se quedó con él á solas. Donde habiéndole contado el caso, con la misma daga que había quitado á Fadrique (declarando su sospecha) le amenazó que le había de quitar la vida sino le confesaba la verdad. Viéndose en tal aprieto Santillana, le obligó el miedo á declarar el trueque que de los dos había hecho. Con lo cual, contentísimo el Conde de haber averiguado lo que tan bien le estaba, le dijo mostrando cólera:

—Bien merecíades, avaro y codicioso viejo, que yo os quitara la vida si no mirara que era bajeza ensuciar mis manos en tan vil sangre. No en balde, el corazón me decía (conociendo las partes del fingido Laurencio) que él era el verdadero hijo mío; su conocimiento os salva del riguroso castigo que merecíades. Ahí esta vuestro alevoso Laurencio, llevadle á vuestra aldea luego, que no quiero que estéis uno y otro más en mi presencia, por no me irritar con vuestra vista á hacer un disparate.

Hizo al punto poner el coche y que al verdadero Laurencio le llevasen á la aldea, el cual, herido como estaba, con su padre se volvieron á su tosco traje. Digno castigo de su ambición y alevosía. Pareció don Fadrique (antes Laurencio) en la presencia de su padre, el cual fué mucho no perder el juicio de contento, no acabando de darle mil abrazos. Con haber sabido Fadrique, cuyo hijo era, se resolvió á no dar cuenta á su padre de cómo tenía allí á Leonora, presumiendo que lo llevaría mal que, siendo quien era, se casase con una villana. En esto estaban cuando entró un Alcalde de Corte acompañado de muchos alguaciles y gente.

Traía á su lado un caballero anciano amigo del Conde. Hízole saber cómo esta allí, y juntamente con su hijo salieron á ver qué mandaba en su casa con aquella gente. El Alcalde, en breves razones, le dijo que él venía á prender un criado suyo, llamado Laurencio, á quien se le imputaba haber sacado una doncella de casa de sus padres, en Vallecas, y que la tenía allí en la suya, de lo cual tenía hecha bastante información con tres testigos que la habían visto puesta á una ventana de su aposento, y que era fuerza mirar toda la casa, por si estaba allí como afirmaban. El Conde, haciendo poco caso desto, por parecerle que no era cosa para darle cuidado, dijo al Alcalde:

—El que hasta ahora ha estado con nombre

de Laurencio, y por criado mío, acabo en este punto de conocer por hijo, averiguando un engaño, con que había sido trocado de la persona á quien se dió á criar recién nacido. Si él (como v. m. dice) ha traído á esa labradora, presente está, diga lo que hay en eso, y si pasa así, hacienda tengo con que satisfacer la queja de su padre, dándole bastantemente con que se remedie, ó casándose, ó entrando en un convento.

Aquí salió el caballero que acompañaba al Alcalde, diciendo al Conde:

—Mal podrá contentarse el padre desa doncella con la satisfacción que le prometéis cuando no os debe nada en calidad, y para que no hablemos confusamente, ella es mi hija, y como tal se ha criado en casa deste labrador, en su aldea. Ved la satisfacción que Laurencio, ya conocido por vuestro hijo, le puede dar.

Aquí dijo don Fadrique:

—La que pide la obligación que yo le debo, pues aficionado della la saqué de casa del que tenía por padre, y es mi esposa.

—Yo soy contento, dijo el Conde, con que sepais, Fadrique, cumplir tan bien con vuestras obligaciones, empleándoos en hija del señor don Rodrigo. Decid dónde la tenéis, para que luego os desposéis con ella, como lo manda la iglesia.

Entonces fué don Fadrique á su aposento, y haciendo que Leonora se vistiese un rico vestido que la había traído de Italia, la bajó de la

mano al cuarto del Conde, sin decirla para qué la llevaba. Y puesta en su presencia, conociendo á su padre, la salieron nuevos colores al rostro, con que acrecentó más su belleza.

Mucho se holgó el Conde de ver á Leonora, calificando la buena elección de su hijo, y abrazándola la dijo:

—Todas las dichas me suceden hoy á medida de mi deseo. Don Fadrique, mi hijo (no ya Laurencio como hasta aquí se llamaba), es vuestro esposo con mi gusto y bendición, y vos, señora, sois hija mía y del señor don Rodrigo, vuestro verdadero padre.

En esto llegó don Rodrigo, y dándole la mano se la besó, y él la abrazó con tiernas lágrimas de contento; que esta dama se criaba al modo que don Fadrique, por cuenta de don Rodrigo, en Vallecas, pasando plaza de hija de aquel labrador. Desposáronse los dos amantes, luego, dándoles la enhorabuena el Alcalde, y después todos los caballeros de la Corte, admirados del suceso del engañoso trueque. Santillana y su hijo Laurencio vivieron en Vallecas, siempre asistidos con un honrado socorro del Conde, que lo hizo noblemente con ellos, si bien jamás los quiso ver; y don Fadrique y su amada esposa vivieron muy contentos, teniendo hijos de su alegre matrimonio, que les heredaron.

Entretuvo á todos los caballeros y damas, con

su novela, don Félix, y habiendo prevenido las mesas en otra cuadra bien aderezada, se entraron en ella á cenar.

Dióles don Rodrigo una cena con mucha puntualidad, servida de gustosos y bien sazonados manjares, frutas, dulces y ensaladas. Acabada se volvieron á sus asientos los caballeros y damas. Y apenas se acomodaron en ellos, cuando cuatro músicos, para proseguir con la fiesta, cantaron, al son de cuatro bien templadas guitarras este romance con sonoras y acordadas voces.

Para dar más luz al sol
y á los campos alegría,
al soto de Manzanares
sale la hermosa Lucinda.
Con su presencia las aves
se alegran y regocijan
y las olorosas flores
su fragancia multiplican.
Libre salió de su aldea,
que á su condición altiva
jamás el amor tirano
se mueve á hacerle caricias.
Y los arroyuelos y fuentecillas
Bullen, corren, y juegan entre las guijas
y á sus liras undosas de plata
sonoros motetes las aves cantan.
Pastores de las riberas
huid de su hermosa vista,
que libertades sujeta
y corazones cautiva.

Ocioso vive el amor,
después que en sus ojos libra
rigores de sus desdenes,
poder de su tiranía.
Que este prodigio ocasiona
con su beldad peregrina
en los pastores cuidado
y en los zagales envidia.
Y los arroyuelos, *etc.*

Acabado de cantar el romance con mucha destreza y gusto del auditorio, aquellas damas pidieron á don Claudio que dijese algunos versos, y él dijo de memoria este romance, que había escrito por un amigo con quien le pasó esta historia:

Erase, auditorio insigne,
érase Laura una moza
pimienta de los donaires
y la sal de las chacotas.
Cuyo verónico palmo,
hablando en culto idioma,
fué brindis del apetito,
fué de la nota lisonja.
En tanto que el verde Abril
vertió en sus mejillas rosas,
vertió en sus labios claveles
y azahares en su boca.
Siempre en las necesidades
fué (sin que pecase en boba),
para las gentes buscada
y por la propia buscona.

La entereza de su garbo
nunca se dobló sin dobla,
ni la miel de su hermosura
admitió mosca sin mosca.
Siempre la acción del amago
de sus umbrales remonta,
por hallar que es solo buena
para pintura y estofa.
Que en la esgrima del amor
al que es más diestro le importa
contra reparos del «daca»
las conclusiones del «toma»
Contra boquirrubios, Laura
fué pirata destas costas,
sin librarse de su saco
cofre avaro, cauta bolsa.
En parangón desta harpía
era un mandria Barbarroja,
Morato Arráez, una dueña
y el Draque inglés una monja.
Entre los que á sus estafas
rindieron sus fuerzas todas,
fué mi bolsa, y á sus ancas
mi pureza virginosa.
Halló en su belleza grillos
y en sus donaires esposas;
era, en efecto, inocente
Laura Herodes, degollóla.
Seis años sin pausa alguna,
que no se me hicieron horas,
(tanto puede un torpe hechizo),
fuí macho de su tahona.
Donde con vida gentil

esta Lamia y esta Flora
me forzó á ser su pagano
desde el chapín á la toca.
En la posesión estaba
con tan humana señora,
si bien presencias ajenas
suplían ausencias propias.
Cuando lince mi cuidado
tal vez columbraba sombras,
á quien el sol de mi daifa
desvaneció cautelosa.
Frecuentaban sus esquinas
desde la noche á la aurora,
por su aceite más lechuzas
que la capilla de Atocha.
Llegó al fin el desengaño
á desollar mi mamona,
con que pude (aunque á caballo)
descartarme de tal sota.
Pisé Gálicas provincias
al salir de su mazmorra,
y aunque de alhajas pelado
no me escapé sin pelona.
Mudanzas del tiempo vano
mis conyunturas pregonan,
que hizo un humor castellano
ser profetizas franchotas.
Estimar pudiera Arabia
el granjear mi persona,
sino por Fénix de bubas
por árbol de tantas gomas.
Físicos y magistrales
mi rota salud taconan

á quien por culpas de á libra
dar purgatorios por onzas.
Ensayos para difunto
me previno estrecha alcoba,
donde en la tumba me encierran
y en la mortaja me embolsan.
Hecho viviente alquitara
con el fuego y con la ropa,
lo que me holgué paso á paso
vine á sudar gota á gota.
Libre ya destos naufragios
y seguro de sus olas,
sin peligrar en estatua
miraba el fuego en Sodoma.
El bajel de nuestra Laura
(que en nueve lustros se engolfa)
arribó á Civita Vieja
sin tener que hacer en Roma.
Hizo el tiempo de las suyas;
y como á nadie perdona,
en su casa le cantaron
lo de castaña pilonga.
Rugas, ostenta en la frente,
en los claros ojos motas,
perigalos en su cuello
y en sus mejillas alforjas.
Los epicúreos marfiles
de su oficina golosa,
apostatas de raíces
en ser muebles se conforman.
Segura por lo atentado
toda corteza derogan,
acogiéndose al refugio

del molledo y de la ropa.
En su casa el desengaño
juzga (si bien pesarosa)
que llegó rompiendo cinchas
y desorejando postas.
Con el cual y conocerse
por fin al remedio toma,
ser en los cambios de Venus
corredera de sus lonjas.
Tanto supo en este oficio
que fué quien dió caprichosa
más primores al engarce,
más timbres al cornucopia.
Tanto presumió del trato,
que á fin de propagadora
juntaba en acto venéreo
un vencejo y una zorra.
Parecióle de poquito
esta ciencia perniciosa,
y metióse con los diablos
á saber su jerigonza.
Supo la magia en dos meses
y á una preñada antojona,
trujo alcachofas de Persia
y almendrucos de Moscovia.
¿Qué muela se halló segura
en bóca facinorosa
sin darle nocturno asalto
en la tumba ó la picota?
¿Qué temporar se vió quieto;
que laguna perniciosa,
ni que nube traginante
no la aplico á su tramoya?

En su cubo la consultan
los que en la tabla redonda
del Erebo almuerzan chispas,
comen brasas, cenan bombas.
Ya la fama desta maga,
desta circe cavilosa
como tasa de concejo
andaba de boca en boca.
Púsola en nuevo cuidado
que la olían (aunque Roma)
á papelón las dos sienes
y á esparto nuevo la gorja.
Cuando la señora Parca
de nuestras vidas glotona,
tocó con priesa á jarrete
y la guadaña tronchóla.
Hízosele entierro á Laura,
pocas misas, mucha pompa,
que á quien de virtud es falto
todo sufragio le sobra.

Mucho rieron todos con el romance de don Claudio, que dijo haberle hecho por un amigo suyo. Pidieron á don Félix que dijese otros versos, y mientras se vestían sus criados para representarles una comedia, él les entretuvo con estas endechas muy del tiempo:

Musa que en la cumbre
del Parnaso asistes
con tu jefe Apolo
docta sabia virgen.

El licor me infunde
que espele Aganipe,
y entre sus guijuelas
bulle, salta, ríe.
A una dama quieren
que la satirice
y que de su amante
mofe, burle, fisgue.
Paciencia si á caso
han venido á oirme
que contra ellos parten
chanzas, pullas, chistes.
Érase don Breque
galán de Alfeñique,
y entre letras de hombres,
punto, coma, tilde.
Tan breve de cuerpo
que lo que Timique
por sustento escoge,
pasta, arroz, alpiste.
Dió en enamorarse,
dió en no corregirse,
gastando con hembras
lovas, galas, dijes.
Siguió esta derrota,
que mal se resiste
quien tiene á los ojos
vino, trazas, brindis.
De tales andanzas
tuvo, Dios nos libre,
baldado de humores,
brazos, piernas, ingles.
Sacó una pelona

de hacerse alambique;
tal es el sudar:
muele, cansa, aflige.
Viendo que en su calva
los ojos se imprimen
(pues lo liso espele,
piojo, pulga, chinche).
De adoptivo pelo
quiere que se abrigue,
y el célebre mondo,
cubre, forra, viste.
Retoñó su gala,
amó á doña Tisbe,
en quien se conocen
sal, primor, melindres.
Dama indubitable,
doncella infalible,
si bien como todas
habla, toma, pide.
Su trigueño rostro
de artificios vive,
pues en él congrega
color, blanco, pringue.
Con cuya frecuencia
(uso aborrecible)
de color de dientes,
llora, grita y gime.
Hasta que el gatillo,
brindado de mices,
á comer raigones
llega, emprende, embiste.
Del ebúrneo hueso
socorros admite,

que por lo atentado
suplen, mascan, sirven.
Topóse en la calle
con su don Confite,
cuya voluntad,
fuerza manda, rige.
Quitóle la gorra
tan cortés y humilde
que el cerebro deja
mondo, calvo, libre.
Ella en ser su amante
pudo con reirse
expeler á un tiempo
aire, voz, marfiles.
Sus muebles dejaron
por no ser raíces
donde se los lleven,
carro, escoba, riche.

Preguntó don Rodrigo si los que habían de representar estaban vestidos; y habiéndole respondido que brevemente acabarían en el ínterin dijo don Lorenzo que cada uno dijere un epigrama jocoso, y comenzando él, dijo así:

Fabia, hoy te da tu caudal,
de tomajona renombre,
que tú originaste el nombre
á Tomar en Portugal.
Y así, en diversos corrillos,
murmuran por lo tomado
que eres tú la que ha inventado
guarnición de tomadillos.

DON LOPE

Destrozos de tu vestido,
te tienen Celio de suerte,
que siento llegue á tenerte
retraído un retraído.

Tu justo dolor te venza
para que nota no dés,
que quien tan raído es
no ha de ponerte vergüenza.

DON MELCHOR

Fabio grueso, Lama flaca,
en su maridable unión
me parecen un cebón
atado á una seca estaca.

No hay temer que se descarne
pues su desdicha no siente,
ni que la carne le tiente
á quien nunca tienta carne.

DON FELIX

A ser la calle Mayor,
como fué el mar siciliano,
Ulises tuviera en vano
contra sirenas valor.

Que aquí los más advertidos
por más que dellas se alejan,
tales van que no les dejan
aun la cera en los oídos.

Acabáronse los versos y luego entraron los músicos á cantar, con que se dió principio á la comedia, que fué representada con tanto concierto, gracia y bizarría de galas, que los oyentes quedaron muy gustosos de oirla, dando gracias á don Rodrigo por lo bien que les había entretenido y agasajado. En esto ya en los más conventos de la Corte avisaban las campanas que se tocaba á maitines, ser ya la media noche, con lo cual todos se recogieron á sus posadas cuidadosos de cumplir el día siguiente con la ceremonia de la ceniza; y el autor deste libro da fin á él, deseando que salga á satisfacción de los lectores, por animarse á dar á la estampa á *La reina Cleopatra* y acabar los *Escarmientos de amor*, que saldrán presto con el favor de Dios.

FIN

EN MADRID
POR LUIS SANCHEZ
M.DC.XXVII

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO:	V
Preliminares	3
LAS HARPÍAS DE MADRID Y COCHE DE LAS ESTAFAS	7
Estafa primera	31
Id. segunda	71
Id. tercera	106
Id. cuarta	140
TIEMPO DE REGOCIJO Y CARNESTOLENDAS DE MADRID	181
Preliminares	183
Fiesta primera	195
Id. segunda	285
El Duque de Milán (novela primera)	199
La Quinta de Diana (novela segunda)	288
Fiesta tercera	367
El hayo de su hijo (novela tercera)	369

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EL DÍA 10 DE JULIO
DE 1907, EN LA «IMPRENTA
IBÉRICA» DE E. MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID.

COLECCIÓN SELECTA
DE
ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS
á 3 pesetas tomo.

Publicados

Tomo I.—Teatro popular (novelas), por D. Francisco de Lugo y Dávila.

Tomo II.—Historias peregrinas y ejemplares, por D. Gonzalo de Céspedes y Meneses.

Tomo III.—La Niña de los Embustes: Teresa del Manzanares, por D. Alonso de Castillo Solórzano.

Tomo IV.—Novelas de Miguel Moreno y del Alférez D. Baltasar Mateo Velázquez.

Tomo V.—Noches de placer (novelas), por D. Alonso de Castillo Solórzano.

Tomo VI.—Casos prodigiosos, por Juan Piña Escribano.

Tomo VII.—Las Harpías en Madrid, novela por D. Alonso de Castillo Solórzano.

En prensa

Tomo VIII.—Mogiganga del gusto, novelas de D. Andrés del Castillo, y Mogiganga del gusto, por D. Franciscode la Cueva.

Preparada:

Tomo IX.—El Menandro: Novelas por Matías de los Reyes.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE OCT '64 H

2/6/71

MAR 5 '68 H

1916860